Mary Balogh

1º Serie Bedwyn

NOCHE DE AMOR

Para Gayle Knutson
antigua alumna y actual amiga,
que diseñó y creó mi sitio web
a tiempo para la promoción de este libro.
Con mi gratitud

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: El regreso 4
Capítulo 1 5
Capítulo 2 13
SEGUNDA PARTE: Recuerdo una única noche para el amor 20
Capítulo 3 21
TERCERA PARTE: Un sueño imposible 31
Capítulo 4 32
Capítulo 5 41
Capítulo 6 49
Capítulo 7 59
Capítulo 8 69
Capítulo 9 74
Capítulo 10 83
Capítulo 11 92
Capítulo 12 101
Capítulo 13 110
Capítulo 14 118
Capítulo 15 126
Capítulo 16 135
CUARTA PARTE: La educación de una Dama 143
Capítulo 17 144
Capítulo 18 154
Capítulo 19 164
Capítulo 20 174
Capítulo 21 183
Capítulo 22 193
Capítulo 23 202
Capítulo 24 211
QUINTA PARTE: Una boda 218
Capítulo 25 219
Capítulo 26 229
Capítulo 27 236
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 241

PRIMERA PARTE:
El regreso

Capítulo 1

Pese a lo temprano de la hora y al frío que hacía, el patio de la posada White Horse, en Fetter Lane, Londres, desbordaba de gente y bullicio. La diligencia para el West Country se estaba preparando para su viaje diario. Eran pocos los pasajeros que habían subido ya; la mayoría de ellos daban vueltas, nerviosos, para asegurarse de que su equipaje estaba adecuadamente colocado. Los vendedores ambulantes trataban de vender sus productos a los pasajeros a quienes esperaba un día largo y tedioso. Los mozos de cuadra se ocupaban de sus tareas. Cuando no los echaban de vuelta a la calle, unos niños harapientos corrían de un lado para otro, alimentándose de la excitación.

El guardia tocó la corneta, una advertencia ensordecedora de que el coche partiría a los pocos minutos y que todos los que tuvieran billete harían bien en subir a bordo.

El capitán Gordon Harris, muy elegante con el uniforme verde del Noventa y cinco de Fusileros, y su joven esposa, que iba vestida con ropa de abrigo a la moda, parecían un poco fuera de lugar en aquel ambiente tan poco distinguido. Pero es que ellos no eran pasajeros; habían acompañado a una mujer al White Horse para despedirla.

El aspecto de la mujer contrastaba fuertemente con el de ellos. Aunque iba limpia y bien arreglada, no se podía negar que su ropa estaba gastada. Llevaba un sencillo vestido de algodón de talle alto con un chal para abrigarse. Ambas prendas se veían muy usadas y lavadas. Estaba claro que su sombrero, que quizá en un tiempo fuera bonito, aunque nunca a la moda, había protegido a su propietaria de demasiados chaparrones. Su amplia ala estaba lacia y deformada. Era joven; en realidad, era tan pequeña y delgada que, a primera vista, se la podría confundir con una muchacha. Pero había algo en ella que atraía segundas miradas, más demoradas, por parte de los varios hombres que se ocupaban de las diversas tareas. Había belleza y gracia y un aire indefinible de feminidad en ella que proclamaban que era, sin lugar a dudas, una mujer.

—Debo subir al coche —dijo sonriendo al capitán y a su esposa—. No es necesario que esperen más. Hace demasiado frío para estar aquí, de pie. —Le tendió las esbeltas manos a la señora Harris, aunque siguió mirándolos, alternativamente, a los dos—. ¿Cómo podré agradecerles lo suficiente todo lo que han hecho por mí?

Las lágrimas afloraron a los ojos de la señora Harris y estrechó apretadamente a la joven entre sus brazos.

—No hemos hecho nada muy importante —dijo—. Y ahora te abandonamos para que viajes en la diligencia, la forma más barata de transporte, cuando podrías

haber ido más respetablemente en silla de posta o, en el peor de los casos, en el coche correo.

—Ya me han prestado demasiado —dijo la joven— como para que me permita lujos innecesarios.

—¿Prestado? —La señora Harris sacó un pañuelo de encaje del ridículo y se secó los ojos con él.

—Todavía no es demasiado tarde para cambiar de planes, ¿sabes? —dijo el capitán Harris cogiendo una de las manos de la joven entre las suyas—. Vuelve al hotel a desayunar con nosotros y escribiré esa carta, antes incluso de que tomemos nada, y la enviaré enseguida. Me atrevo a decir que llegará una respuesta dentro de esta misma semana.

—No, señor —le respondió ella, con mucha firmeza, aunque sonriendo— No puedo esperar. Debo ir.

Él no insistió más; suspiró, le dio unas palmaditas en la mano y luego, impulsivamente, la atrajo hacia él y la abrazó igual que había hecho su esposa. Para entonces, la joven corría peligro de perder el asiento interior en que él había insistido. Incluso le había dado una propina al cochero para que le asegurara un lugar junto a la ventana para el largo viaje hasta el pueblo de Upper Newbury, en Dorsetshire. Pero una mujer robusta, con aspecto de estar dispuesta a encargarse de cualquier cochero o capitán del ejército que se atreviera a cruzarse en su camino, o incluso de los dos a la vez, ya se estaba acomodando en el único asiento de ventana todavía disponible.

La joven tuvo que introducirse, apretada, en el asiento de en medio. No parecía compartir la cólera del capitán. Sonrió e hizo un ademán, despidiéndose. En ese momento, la corneta del guardia sonó de nuevo, advirtiendo a todos los que estaban cerca de que la diligencia estaba a punto de emprender viaje.

La mano enguantada de la señora Harris seguía alzada con un gesto de adiós después de que el coche saliera con gran estruendo del patio, entrara en la calle y se perdiera de vista.

—Nunca en toda mi vida había conocido a nadie tan terco —dijo, utilizando el pañuelo de nuevo—. Ni a nadie tan encantador. ¿Qué será de ella, Gordon?

El capitán suspiró una vez más.

—Me temo que está cometiendo un error —dijo—. Ha pasado casi un año y medio, y lo que parecía una locura incluso en aquel momento, ahora será, sin duda, algo totalmente imposible. Pero ella no lo entiende.

—Cuando aparezca de repente va a causar una conmoción terrible —dijo la señora Harris—. Qué tonta ha sido al negarse a esperar unos pocos días mientras escribías la carta. ¿Cómo se las va a arreglar, Gordon? Es tan menuda y frágil y tan... tan inocente. Temo por ella.

—Durante todo el tiempo que conozco a Lily —respondió el capitán Harris— siempre ha tenido casi el mismo aspecto, aunque reconozco que ahora está más delgada que antes. Pero esa apariencia de fragilidad e inocencia son bastante ilusorias. Sabemos que ha pasado por muchas cosas que pondrían gravemente a

prueba al más duro y rudo de mis hombres. Debe de haber sufrido otras cosas peores que solo podemos imaginar.

—Prefiero ni intentarlo —dijo su esposa, fervientemente.

—Ha sobrevivido, Maisie —le recordó—, con su orgullo y su valor intactos. Y también con su dulzura; no parece estar amargada. Pese a todo, sigue pareciendo conservar algo más que un poco de inocencia.

—¿Qué hará él cuando la vea? —preguntó ella, mientras se encaminaban al hotel para desayunar—. Oh, cariño, la verdad es que tendríamos que habérselo advertido.

Newbury Abbey, casa solariega y principal propiedad del conde de Kilbourne en Dorsetshire, era una mansión imponente, dentro de un gran parque, muy bien cuidado, que incluía un valle solitario lleno de helechos y una playa privada de arena dorada. Situado más allá de las verjas del parque, Upper Newbury era un pueblo pintoresco, con casas encaladas con techo de paja, agrupadas alrededor de un prado, junto a la iglesia de Todos los Santos, con su alto chapitel, y una posada con el bar abajo y la sala de actos y las habitaciones de los huéspedes arriba. El pueblo de Lower Newbury, una comunidad pesquera construida alrededor de la protegida cala en la que cabeceaban los barcos de pesca en reposo cuando no se usaban, estaba comunicada con el pueblo de arriba por un empinado sendero, bordeado de casas y de unas cuantas tiendas.

Los habitantes de ambos pueblos y de las tierras de alrededor estaban, en general, contentos con la tranquila oscuridad de su vida. Pero, a fin de cuentas, eran humanos. Les gustaba algo de excitación tanto como a cualquier hijo de vecino. Newbury Abbey se la proporcionaba de vez en cuando.

El último gran espectáculo fue el funeral del viejo conde, hacía más de un año. El nuevo conde, su hijo, estaba en Portugal por aquel entonces, con los ejércitos de lord Wellington, y no pudo volver a tiempo para el fúnebre suceso. Más tarde, vendió su puesto en el ejército y volvió a casa para asumir sus responsabilidades.

Y ahora, a principios de mayo de 1813, los habitantes de los dos Newbury estaban a punto de experimentar algo mucho más gozoso, mucho más espléndido que un funeral. Neville Wyatt, el nuevo conde de Kilbourne, un joven de veintisiete años, iba a unirse a su prima en matrimonio, que se había criado en la abadía con él y con su hermana, lady Gwendoline. Su padre, el difunto conde, y el barón Galton, el abuelo materno de la novia, habían planeado el enlace muchos años atrás.

Era una unión que gozaba del favor popular. Los lugareños estaban de acuerdo en que no había una pareja más atractiva que el conde de Kilbourne y la señorita Lauren Edgeworth. Cuando su señoría se fue a la guerra —muy en contra de los deseos de su padre, según se rumoreó— era un joven alto, esbelto, rubio y apuesto. Volvió, seis años después, mejorado hasta casi ser irreconocible. Era ancho donde un hombre debe ser ancho, esbelto donde un hombre debe ser esbelto y en buen estado físico, fuerte y duro. Incluso la cicatriz de una vieja herida de sable que le recorría la

cara desde la sien derecha hasta la barbilla, evitando por muy poco el ojo y el extremo de los labios, parecía aumentar más que estropear su atractivo. En cuanto a la señorita Edgeworth, era alta, esbelta, elegante y más bonita que cualquier cuadro, con sus rizos oscuros y brillantes y unos ojos que algunos describían como de color gris humo y otros violeta, aunque todos estaban de acuerdo en que eran inusualmente encantadores. Y había esperado pacientemente a su conde hasta una edad casi peligrosamente avanzada; ya había cumplido los veinticuatro años.

Todos estaban de acuerdo en que todo era muy apropiado y muy romántico.

Durante dos días una corriente ininterrumpida de imponentes carruajes había cruzado el pueblo, mientras el vulgo los contemplaba con la boca abierta y los más refinados atisbaban ocultos tras las cortinas de las ventanas. Se decía que la mitad de la gente de categoría de Inglaterra acudiría para la ocasión y más personas con título de las que algunos de ellos pensaban que había en toda Inglaterra, Escocia y Gales juntos. Se rumoreaba, aunque seguro que era más un hecho que un rumor, porque venía directamente del primer primo del cuñado de la tía de una de las ayudantes de cocina de Newbury, que no quedaba ni una cámara en la abadía que no estuviera llena de huéspedes. Y eso representaba un número prodigioso de habitaciones.

Una serie de familias del lugar habían recibido invitaciones a la propia boda, al almuerzo que se celebraría seguidamente en la abadía y al gran baile de la noche anterior a la boda. La verdad es que nadie recordaba unos planes más minuciosamente pensados. Ni siquiera los más humildes estaban condenados a ser meros espectadores. Mientras los invitados a la boda estuvieran desayunando, los lugareños, por su parte, disfrutarían de una suntuosa comida, servida en la posada a instancias del conde y a su cargo. Después habría baile alrededor del mayo levantado en el prado.

La víspera de la boda era un momento de intensa actividad en el pueblo. Tentadores aromas de comida salían de la posada durante todo el día, como promesa del festín del día siguiente. Algunas de las mujeres preparaban las mesas en la sala de actos, mientras sus maridos colgaban guirnaldas de colores en el mayo y los niños las probaban y recibían regañinas por enredarlas y estar siempre en medio. La señorita Taylor, hija solterona del anterior vicario, y su hermana más joven, Amelia, ayudaban a la esposa del actual vicario a adornar la iglesia con lazos blancos y flores primaverales, mientras el propio vicario colocaba velas nuevas en los candelabros y soñaba en la gloria que el día siguiente le traería.

La mañana siguiente vería cómo convergían todos los ilustres huéspedes con sus carruajes en el pueblo de arriba. Y allí estaría el conde, para que lo admiraran, vestido con sus mejores galas y la novia, con las suyas. Y estaría —suprema felicidad— la pareja recién casada para que la aclamaran cuando saliera de la iglesia, mientras sonaban las campanas anunciando que había una nueva y joven condesa para la abadía. Y luego empezaría el festín y la diversión.

Todos miraban, desconfiados, hacia el oeste, de donde solía venir el mal tiempo. Pero no había nada ominoso a la vista. El día era claro, soleado y realmente bastante cálido. No había señales de nubes por el oeste. Parecía que el día siguiente sería un

hermoso día, tal como debía ser. No se debía permitir que nada estropeara la jornada.

A nadie se le ocurrió mirar hacia el este.

La diligencia de Londres dejó a Lily frente a la posada del pueblo de Upper Newbury. Mientras respiraba el aire del atardecer, fresco y ligeramente salino, y empezaba a sentirse un poco recuperada, pese al cansancio y la rigidez de las piernas, se dijo que, sin duda, era un bonito lugar. Todo le parecía muy inglés, muy hermoso, muy tranquilo y bastante extraño.

Pero empezaba a caer la noche y quizá todavía le quedara un trecho que recorrer a pie. No tenía el tiempo ni las energías para dedicarse a explorar. Además, el corazón le latía desbocado en el pecho, dejándola un poco sin aliento. Se acababa de dar cuenta de lo cerca que estaba, por fin. Pero cuanto más cerca estaba, más insegura se sentía de ser bienvenida y de la sensatez de haber hecho aquel viaje; excepto que no le parecía que hubiera otra alternativa.

Lily dio media vuelta y entró en la posada.

—¿Está lejos Newbury Abbey? —le preguntó al posadero, sin hacer caso del silencio casi absoluto que se había hecho en el bar cuando ella entró. La sala estaba llena a desbordar de hombres y todos parecían estar de ánimo festivo, pero no era una situación inusual para Lily. Un gran número de hombres juntos no la hacía sentirse violenta ni asustada.

—Algo más de media legua, si quiere saberlo —dijo el posadero, apoyando unos codos enormes en el mostrador y mirándola de arriba abajo con evidente curiosidad.

—¿En qué dirección? —preguntó Lily.

—Pasada la iglesia y a través del portón —dijo, señalando—, luego sigue el camino de carruajes.

—Gracias —dijo Lily educadamente y dio media vuelta.

—Yo, en tu lugar, bonita —le dijo, con un tono no exento de amabilidad, un hombre sentado a una de las mesas—, llamaría a la puerta de la vicaría. Junto a la iglesia, de este lado. Te darán un poco de pan y una jarra de agua.

—Si vienes y te sientas aquí, entre Mitch y yo —añadió otro de los hombres, con tosco buen humor—, haré que tengas tu pan y una jarra de cerveza para acompañarlo, preciosa.

Sus palabras fueron recibidas con fuertes risotadas, unidas a unos cuantos silbidos y al ruido de las mesas al golpearlas con la palma de la mano.

Lily sonrió, sin ofenderse. Estaba acostumbrada a hombres y modales toscos. Raramente tenían malas intenciones; ni tampoco la intención de faltarle al respeto.

—Gracias —dijo—, pero esta noche no.

Salió de la posada. Más de media legua. Y ya casi era de noche. Pero no podía esperar hasta por la mañana. ¿Dónde iba a alojarse? Tenía suficiente dinero para comprarse un vaso de limonada y quizá un pan pequeño, pero no para pagar una habitación para pasar la noche. Además, estaba muy cerca.

Solo faltaba poco más de media legua.

El salón de baile de Newbury Abbey, magnífico incluso cuando estaba vacío, ahora estaba lleno de flores amarillas, naranjas y blancas, procedentes de los jardines e invernaderos, y adornado con cintas y lazos de satén blancos. Resplandecía con las luces de cientos de velas colocadas en las arañas de cristal del techo y con sus mil reflejos en los largos espejos que cubrían dos de las paredes. Estaba atestado con la flor y nata de la buena sociedad además de con los miembros de la burguesía local, todos vestidos con sus mejores galas para el baile de la víspera de bodas. El satén y la seda brillaban y los encajes y el hilo de las mantelerías resplandecían. Las costosas gemas centelleaban. Los perfumes más caros competían con el olor de mil flores. Subía el tono de las voces, en un esfuerzo de todos por ser oídos por encima de los demás y del sonido de la música que ofrecía una orquesta completa.

Más allá del salón, los invitados paseaban por el amplio rellano y ascendían o descendían por la doble escalinata curva hasta el gran vestíbulo abovedado, con columnas. Salían al balcón del otro lado del salón o a la terraza frente a la casa; paseaban alrededor de la fuente de piedra, bajo la terraza; deambulaban por los caminos de grava del jardín de rocas y flores al este de la casa. Había farolillos de colores colgados alrededor de la fuente y en los árboles, aunque la luz de la luna habría ofrecido iluminación incluso sin ellos.

Era una noche de mayo perfecta. Solo cabía esperar, como varios de los invitados comentaron en voz alta a Lauren y Neville, cuando los saludaron al llegar, que mañana fuera un día igual de magnífico.

—Mañana será el doble de magnífico —respondía Neville cada vez, con una cálida sonrisa para su prometida—, aunque ruja el viento, llueva a mares y truene sin parar.

La sonrisa de Lauren solo podía describirse como radiante. Mientras la acompañaba al salón para las primeras danzas tradicionales, Neville pensó que era extraño que hubiera vacilado alguna vez en convertirla en su esposa, que la hubiera tenido esperando seis años, mientras él agotaba la impaciente rebeldía de la juventud como oficial con el Noventa y cinco de Fusileros. Le había aconsejado que no lo esperara, claro; sentía demasiado afecto por ella para dejarla allí colgada, cuando no estaba seguro de sus intenciones hacia ella. Pero ella había esperado. Ahora se alegraba de ello, después de que la paciencia y fidelidad de la joven le dieran una lección de humildad. Su próxima boda era lo justo. Y su afecto por ella no había disminuido.

Había crecido a la par que la admiración por su carácter y la apreciación de su belleza.

—Y este es el principio —le susurró, cuando la orquesta empezó a tocar—. Son nuestros esponsales, Lauren. ¿Eres feliz?

—Sí.

Pero hasta aquella única palabra era innecesaria. Brillaba de felicidad. Parecía la

quintaesencia de una novia. Era su novia. Todo estaba bien.

Neville bailó primero con Lauren y, a continuación, con su hermana. Luego, con una serie de jóvenes que parecían pensar que nadie las iba a sacar a bailar, mientras Lauren lo hacía con una serie de parejas diferentes.

Después de dar una vuelta por el balcón con una de sus parejas de baile, Neville entró en el salón por las puertas cristaleras y se unió a un grupo de caballeros jóvenes que, como suele suceder en los bailes, parecían necesitar de la compañía colectiva de los demás para reunir el valor de pedirle a una joven que bailara con ellos. Tuvo la mala fortuna de comentar el hecho de que ninguno estuviera bailando.

—Bueno, tú no te has perdido ni un baile, Nev —dijo su primo Ralph Milne, vizconde de Sterne—, aunque solo has bailado una vez con tu prometida. Mala suerte, compañero, pero supongo que no te está permitido danzar con ella más de una vez, ¿verdad?

—No, por desgracia —admitió Neville, mirando al otro lado del salón hacia donde Lauren estaba de pie junto a su madre, su tía paterna, lady Elizabeth Wyatt, y el duque y la duquesa de Anburey, todos ellos familia de Neville.

Sir Paul Longford, vecino y amigo de la infancia, no pudo resistirse a una oportunidad tan perfecta para hacer un comentario subido de tono.

—Bueno, ya sabes, Sterne, querido amigo —comentó con su mejor acento—, esto es solo por esta noche. Mañana, Nev danzará solo con su novia toda la noche, aunque no necesariamente en la pista de baile. Lo sé de las mejores fuentes.

Todo el grupo explotó en estridentes carcajadas masculinas, atrayendo una considerable atención.

—Paul ha dado en el blanco, Nev, tienes que reconocerlo —dijo el marqués de Attingsborough, su primo, que sería su padrino al día siguiente.

Neville sonrió, después de fruncir los labios y arreglar la cinta de su monóculo.

—Si dejas que esas palabras lleguen a los oídos de cualquier dama, Paul —amenazó—, quizá me vea obligado a pedirte que salgamos. Caballeros, divertíos, pero no descuidéis a las damas, por favor.

Se dirigió, lentamente, hacia donde estaba su prometida. Iba vestida con un traje de talle alto, de blonda sobre tafetán de Venecia, de color amarillo narciso, y parecía tan lozana y encantadora como la primavera. Era de verdad una lástima que no pudiera volver a bailar con ella durante el resto de la noche. Pero sería muy raro que no consiguiera arreglar las cosas más a su gusto.

No fue posible de inmediato. Fue necesario sostener una cortés conversación con el señor Calvin Dorsey, un conocido del abuelo de Lauren de mediana edad y modales suaves, quien había venido a solicitarle a Lauren el baile de después de la cena y que se había quedado unos minutos por cortesía. Y luego llegó el duque de Portfrey, pisándole los talones a Dorsey para llevarse a Elizabeth para la próxima danza. Era su amigo y pretendiente desde hacía mucho tiempo. Pero finalmente, Neville vio su oportunidad.

—Fuera más parece ser verano que primavera —comentó, sin dirigirse a nadie en particular—. El jardín de rocas debe de tener un aspecto encantador a la luz de los

faroles. —Le sonrió a Lauren con un deliberado aire nostálgico.

—Humm —dijo ella—. Y la fuente también.

—Supongo que has reservado el siguiente baile con Lauren, ¿verdad, tío Webster?

—Por supuesto que sí —respondió el duque de Anburey, pero le guiñó un ojo a su sobrino por encima de la cabeza de Lauren. No le había pasado por alto la indirecta—. Pero tanto hablar de farolillos y noches de verano me ha hecho entrar ganas de ver los jardines del brazo de Sadie. —Miró a su esposa y movió las cejas—. Si pudiera convencer a alguien para que se encargara de Lauren en mi lugar...

—Si me retorcieras el brazo lo bastante fuerte —dijo Neville— quizá podrías persuadirme de que me encargara yo mismo de la tarea.

Y así fue como, un minuto después, bajaba por las escaleras con su prometida del brazo. Ciertamente, fueron detenidos, por lo menos media docena de veces, por invitados que deseaban felicitarlos por el baile y desearles lo mejor para el día siguiente y los años venideros, pero finalmente llegaron afuera y descendieron por la amplia escalinata de mármol para deleitarse mirando los arco iris creados por la luz de los farolillos en la rociada de agua de la fuente. Se dirigieron lentamente hacia el jardín de rocas.

—Eres un manipulador desvergonzado, Neville —dijo Lauren.

—¿Y te alegras? —Acercó más la cabeza a la de ella.

Ella lo pensó un momento, con la cabeza ladeada y un hoyuelo delator en la mejilla izquierda.

—Sí—dijo con decisión—. Mucho.

—Recordaremos esta noche —respondió él— como una de las más felices de nuestra vida. —Aspiró la frescura del aire con su ligero sabor a salitre marino. Entrecerró los ojos de forma que las luces de cada farolillo del jardín rocoso se confundieron en un caleidoscopio de color.

—Oh, Neville —exclamó Lauren, apretándole el brazo con la mano—. ¿Alguien tiene derecho a tanta felicidad?

—Sí —le respondió él, en voz baja, al oído—. Tú.

—Pero mira el jardín. Los farolillos hacen que parezca el país de las hadas.

Neville se dispuso a disfrutar de aquella inesperada media hora con ella.

Capítulo 2

Lily encontró la calzada para carruajes al otro lado de la enorme verja de entrada al parque; un camino ancho y serpenteante, tan ensombrecido por los enormes árboles que crecían a ambos lados y cuyas ramas se unían en lo alto que solo el brillo ocasional de la luna impidió que se saliera del camino y se perdiera por completo. Era un camino que más parecía tener una legua de largo que media. Los grillos chirriaban a ambos lados y un pájaro que quizá fuera un búho ululó muy cerca. Una vez, en el bosque a su derecha, oyó un crujido producido por algo al moverse, algún animal salvaje al que había molestado, quizá. Pero los ruidos solo conseguían intensificar el silencio y la oscuridad dominantes. La noche había caído con un apresuramiento casi indecente.

Y luego, por fin, dobló un recodo y se sobresaltó al ver luz a poca distancia. Estaba frente a una mansión brillantemente iluminada, junto a otro edificio grande igualmente iluminado. En el exterior también había luces; farolillos de colores que debían de estar colgados de las ramas de los árboles.

Lily se detuvo y se quedó mirando asombrada y sobrecogida. No había esperado nada de esta magnitud. La casa parecía construida de granito gris, pero no había nada pesado en su diseño. Era toda columnas, frontones en punta, ventanas altas y una simetría perfecta. No tenía los conocimientos de arquitectura necesarios para reconocer el estilo Palladio superpuesto a la abadía medieval original con un efecto muy agradable, pero percibía la grandiosidad del edificio y se sentía abrumada. Si acaso había imaginado algo, era una casa de campo con un jardín de buen tamaño. Pero si hubiera pensado realmente en ello, el propio nombre debería haberla alertado. ¿Esto era Newbury Abbey? Francamente, la aterraba. ¿Y qué estaba pasando allí dentro? No podía ser que tuviera este aspecto todas las noches.

Habría dado media vuelta, pero ¿a dónde podía ir? Solo podía seguir adelante. Por lo menos las luces —y el sonido de la música que llegó a sus oídos cuando se fue acercando— le aseguraban que él debía de estar en casa.

No sabía por qué, pero tampoco aquella idea le parecía especialmente reconfortante.

Las imponentes puertas dobles de entrada a Newbury Abbey estaban abiertas. La luz del interior se derramaba por la escalinata de mármol que llevaba hasta ellas y desde dentro se oían, resonantes, voces y risas. También se oían voces en el exterior, aunque Lily solo vio unas sombras lejanas en la oscuridad y nadie la vio acercarse.

Subió los peldaños de mármol —había ocho, según contó— y entró en un vestíbulo tan brillantemente iluminado y tan amplio que, de repente, se sintió empequeñecida, sin aliento y sin poder pensar con coherencia. Había gente por todas

partes, dando vueltas por el vestíbulo, subiendo y bajando las impresionantes escalinatas. Todos iban vestidos con ricas telas y centelleaban con joyas y piedras preciosas. Tontamente, Lily había esperado llegar a una puerta cerrada, llamar y que él le abriera.

En aquel momento, deseó haber permitido que el capitán Harris escribiera su carta y haber esperado la respuesta. Lo que había hecho, en cambio, ya no le parecía en absoluto sensato.

Varios sirvientes de librea y con pelucas blancas atendían a los invitados. Observó con alivio que uno de ellos se dirigía apresuradamente hacia ella. Se sentía invisible y conspicua al mismo tiempo.

—¡Fuera de aquí inmediatamente! —le ordenó, en voz baja, tratando de hacerla retroceder hacia las puertas, aunque sin llegar a empujarla. Estaba claro que no quería llamar la atención hacia él ni hacia ella—. Si te trae aquí algún asunto, te diré dónde está la entrada de servicio. Pero dudo que sea así, especialmente a estas horas de la noche.

—Deseo hablar con el conde de Kilbourne —dijo Lily. Nunca pensaba en él con ese nombre. Le parecía estar preguntando por un extraño.

—¡Ah, vaya! ¿Así que deseas hablar con el conde? —El sirviente la miraba con un desprecio hiriente—. Si has venido a mendigar, lárgate antes de que llame a un guardia.

—Deseo hablar con el conde de Kilbourne —repitió, sin ceder terreno.

El sirviente le puso las manos enguantadas en los hombros, con la evidente intención de obligarla a retroceder a la fuerza. Pero otro hombre había aparecido al lado del primero, un hombre vestido de blanco y negro, aunque no con la misma clase de esplendor que los demás caballeros que estaban en el vestíbulo o las escaleras. Lily supuso que también debía de ser un sirviente, aunque de una categoría superior al primero.

—¿Qué pasa, Jones? —preguntó fríamente—. ¿Se niega a marcharse sin armar jaleo?

—Deseo hablar con el conde de Kilbourne —repitió Lily.

—Puedes marcharte por tu propia voluntad ahora —le dijo con un tranquilo énfasis el hombre de negro— o ser detenida por vagancia dentro de cinco minutos y encerrada en la cárcel. Tú eliges, mujer. A mí me da igual. ¿Qué decides?

Lily abrió la boca de nuevo y respiró hondo. Había llegado en un mal momento, estaba claro. Estaban celebrando algún tipo de acontecimiento importante. Él no le agradecería que se presentara en aquel momento. Es más, quizá no le agradeciera en absoluto que hubiera venido. Ahora que había visto aquello, empezaba a comprender lo imposible que era todo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿A dónde podía ir? Cerró la boca.

—¿Bien? —preguntó el sirviente de más categoría.

—¿Algún problema, Forbes? —preguntó otra voz mucho más cultivada, y Lily volvió la cabeza para ver a un caballero de más edad, con el pelo plateado, y a una dama vestida de satén púrpura con un turbante a juego, apoyada en su brazo. La

dama llevaba un anillo en cada dedo, por encima del guante.

—Nada en absoluto, su excelencia —respondió el sirviente llamado Forbes, con una inclinación deferente—. Solo es una mendiga que ha tenido la insolencia de llegar hasta aquí. Se marchará enseguida.

—Bien, dale seis peniques —dijo el caballero, mirando a Lily con cierta compasión—. Con eso, podrás comprar pan para un par de días, muchacha.

Desanimada, Lily decidió que no era el momento de mantenerse firme. Estaba muy cerca del final de su viaje y, sin embargo, parecía que estuviera más lejos que nunca. El sirviente de negro estaba hurgando en el bolsillo, seguramente buscando una moneda de seis peniques.

—Gracias —dijo la joven, con dignidad—, pero no he venido aquí en busca de caridad.

Se volvió en el mismo momento que el caballero de la voz educada y el sirviente rompían a hablar simultáneamente y se apresuró a abandonar el vestíbulo, bajar la escalinata, atravesar la terraza y cruzar un prado en pendiente. No podía enfrentarse a aquella oscura calzada otra vez.

La luz de la luna la orientó hacia un estrecho sendero que bajaba con una inclinación mayor a través de más árboles, aunque estos no ocultaban la luz por completo. Lily decidió que lo seguiría lo suficiente para dejar de ver la casa.

El camino se hizo más pendiente y los árboles se aclararon hasta que solo lo flanqueaba, a ambos lados, una gran cantidad de helechos, espesos y exuberantes. Ahora oía el sonido del agua; el elemental ruido del oleaje y el correr del agua más cerca de ella. Supuso que era una cascada y enseguida la pudo ver, a cierta distancia a su derecha, brillando bajo la luz de la luna; una cinta de agua que caía casi en vertical por una pared del acantilado hasta el valle y el arroyo que fluía hacia el mar. Y al pie de la cascada había lo que parecía una casa pequeña.

Lily no subió por el valle hacia allí. No había luz en el interior y no se habría acercado aunque la hubiera habido. A su izquierda vio una playa ancha y arenosa y la luz de la luna dibujando una banda centelleante en el mar.

Decidió que pasaría la noche justo al final de la playa. Y mañana volvería a Newbury Abbey.

Cuando se despertó al día siguiente, se lavó la cara y las manos con la fría agua del arroyo y se adecentó lo mejor que pudo antes de volver a subir por el camino que cruzaba la pendiente cubierta de helechos y pasaba por entre los árboles hasta la parte inferior del prado cultivado.

Se quedó mirando lo que parecían establos, con la casa más allá. Los dos edificios tenían un aspecto incluso más enorme e imponente a la luz de la mañana de lo que le había parecido la noche antes. Y había mucha actividad en marcha. Había numerosos carruajes en la calzada, junto a los establos, y mozos de cuadra y cocheros se afanaban por todas partes. Lily se dijo que los invitados del día anterior debían de haberse quedado a pasar la noche y ahora se estaban preparando para marcharse.

Estaba claro que tampoco ahora era el momento oportuno para hacer su visita. Debía esperar hasta más tarde.

Después de volver a la playa, descubrió que tenía hambre y decidió ocupar parte del tiempo yendo hasta el pueblo, donde quizá podría comprar un poco de pan. Pero cuando llegó, se encontró con que no era el lugar tranquilo y desierto de la noche antes. La plaza estaba rodeada casi por completo de espléndidos carruajes, quizá los mismos que había visto antes, junto a los establos de la abadía. El propio prado estaba abarrotado de gente. Las puertas de la posada estaban abiertas de par en par y el trajín de gente que entraba y salía afanosamente la desanimó de acercarse. Vio que el camino a la iglesia estaba atestado con una multitud más densa todavía que la que había en el prado.

—¿Qué pasa? —preguntó a un par de mujeres que estaban al borde del prado, cerca de la posada, una de ellas de puntillas.

Volvieron la cabeza y se la quedaron mirando fijamente. Una la miró de arriba abajo, la reconoció como forastera y frunció el ceño. La otra se mostró más amigable.

—Una boda —dijo—. La mitad de la gente de alcurnia de Inglaterra está aquí para la boda de la señorita Edgeworth y el conde de Kilbourne. No sé cómo han conseguido meterlos a todos en la iglesia.

¡El conde de Kilbourne! De nuevo el nombre le sonaba extraño. Pero él no era un extraño. Y acababa de comprender el sentido de lo que la mujer había dicho. ¿Iba a casarse? ¿Ahora? ¿En aquella iglesia? ¿El conde de Kilbourne se estaba casando?

—La novia acaba de llegar —añadió la segunda mujer, que se había ablandado ante la idea de tener a una extraña como público—. Se la ha perdido, qué lástima. Iba toda de satén blanco, con una cola festoneada y un gorrito y un velo que le cubría la cara. Pero si se queda aquí un ratito, los verá salir en cuanto empiecen a tocar las campanas de la iglesia. Casi seguro que el carruaje pasará por aquí antes de dar la vuelta y cruzar la verja, para que todos podamos saludarlos y echarles una buena mirada. Por lo menos, eso es lo que dice el señor Wesley; el posadero, ya sabe.

Pero Lily no esperó a que le dieran más explicaciones. Estaba cruzando el prado a toda prisa, abriéndose camino entre la gente reunida allí. Casi iba corriendo cuando llegó a las puertas de la iglesia.

Neville supo por el bullicio al fondo de la iglesia que Lauren había llegado acompañada por su abuelo, el barón Galton. En los bancos, donde se sentaba la flor y nata de la sociedad, así como varias de las familias más notables de la localidad, se produjo un rebullir lleno de expectación. Varias cabezas se volvieron para mirar atrás, aunque todavía no había nada que ver.

Neville se sentía como si alguien le hubiera apretado demasiado la corbata y le hubiera metido un puñado de inquietas mariposas en el estómago, aflicciones que le acompañaban con diversa intensidad desde el almuerzo, que no había sido capaz de tomar, pero se volvió, emocionado, para ver a la novia. Vislumbró a Gwen, que estaba inclinada, al parecer ocupada en enderezar la cola de la novia. Esta quedaba,

provocativamente, fuera de la vista.

El vicario, espléndidamente ataviado para la ocasión, permanecía justo detrás y a un lado de Neville. Joseph Fawcitt, marqués de Attingsborough, su primo más cercano por edad y siempre un amigo íntimo, carraspeó desde el otro lado. Neville era consciente de que todas las cabezas se habían vuelto ahora hacia la puerta, esperando la entrada de la novia. Bien mirado, ¿qué importancia tenía el novio, cuando la novia estaba a punto de aparecer? Pensó, con una media sonrisa, que Lauren llegaba a la hora en punto. Sería impropio de ella llegar tarde aunque solo fuera un minuto.

Cambió de postura cuando aumentó el movimiento al fondo de la iglesia; incluso le llegó el sonido de voces inadecuadamente altas para el interior de una iglesia. Alguien le decía a alguien con voz seca y apremiante que él o ella no debían entrar.

Y entonces ella cruzó el umbral y apareció ante la vista de todos los reunidos en la iglesia. Excepto que estaba sola y no iba vestida como una novia, sino como una mendiga. Y no era Lauren. La mujer dio unos pasos apresurados a lo largo de la nave antes de detenerse.

Alguna remota parte de su mente le dijo a Neville que era una alucinación provocada por el momento. La mujer tenía un aspecto asombrosamente, dolorosamente familiar. Pero no era Lauren. Su visión se oscureció en los bordes y se afinó en el centro. Miró a lo largo de la nave como por un largo túnel —o como a través de la mira de un telescopio— al espejismo que estaba allí de pie. Su mente se negaba a funcionar con normalidad.

Alguien —en realidad dos hombres, observó casi desapasionadamente— la agarró por los brazos y se la habrían llevado fuera de la vista. Pero su súbito terror a que desapareciera, a no volver a verla nunca más, lo liberó de la parálisis que lo aferraba entre sus garras. Levantó un brazo para detenerlos. No se oyó hablar, pero todos se volvieron bruscamente para mirarlo y fue consciente del eco de la voz de alguien diciendo algo.

Avanzó dos pasos.

—¿Lily?—susurró.

Trató de recuperar el sentido de la realidad y se pasó la mano rápidamente por los ojos, pero ella seguía allí, con un hombre a cada lado, cogiéndola por el brazo y mirando hacia él, como esperando instrucciones. Sentía frío en la cabeza y en la nariz.

—¿Lily? —repitió, está vez más alto.

—Sí —respondió ella, con la voz suave y melódica que lo había perseguido en sus sueños y obsesionado su conciencia durante muchos meses después de que ella...

—Lily —dijo, y se sentía curiosamente distante de la escena. Oyó sus palabras zumbándole en los oídos, como si otro las pronunciara—. Lily, pero si estás muerta.

—No —replicó ella—. No morí.

Seguía viéndola a través del túnel de su alucinación. Solo a ella. Solo a Lily. No era consciente de la iglesia ni de la gente que rebullía inquieta en los bancos ni del vicario que carraspeaba ni de Joseph que le ponía una mano en el brazo ni de Lauren

de pie en la puerta, detrás de Lily, con los ojos muy abiertos y la premonición de un inminente desastre. Se aferraba a la visión. No quería dejarla ir. Otra vez no. No dejaría que se fuera otra vez. Dio otro paso hacia delante.

El vicario carraspeó una vez más y Neville comprendió finalmente que estaba en la iglesia de Todos los Santos, en Upper Newbury, el día de su boda. Con Lily de pie en el pasillo, entre él y su novia.

—Milord —dijo el vicario, dirigiéndose a él—, ¿conocéis a esta mujer? ¿Deseáis que se la lleven de aquí para que podamos proceder con el servicio del matrimonio?

¿La conocía?

¿Que si la conocía?

—Sí, la conozco —dijo con voz queda, aunque era plenamente consciente de que cada uno de los invitados a la boda estaba pendiente de sus palabras y lo oía con claridad—. Es mi esposa.

El silencio, aunque absoluto, solo duró apenas unos segundos.

—¿Milord? —El vicario fue el primero en romperlo.

Hubo una marea de ruidos cuando, al parecer, la mitad de los presentes trataba de hablar al mismo tiempo, mientras la otra mitad trataba, con voces igual de altas, de hacerles callar para no perderse nada importante. La condesa de Kilbourne, en el primer banco, se había puesto de pie. Su hermano, el duque de Anburey, se levantó también y le puso la mano en el brazo.

—Neville —dijo la condesa, con voz temblorosa pero sin embargo claramente audible por encima del rumor general—. ¿Qué es esto? ¿Quién es esta mujer?

—Tendría que haberla hecho detener por vagancia anoche —dijo el duque, con su voz autoritaria de siempre, tratando de asumir el mando de la situación—. Cálmate, Clara. Caballeros, llévense a esta mujer de aquí, por favor. Neville, vuelve a tu sitio para poder proceder con la ceremonia.

Pero nadie le hizo ningún caso a su excelencia, excepto el vicario. Todos habían oído lo que Neville acababa de decir. No había habido ninguna ambigüedad en sus palabras.

—Con el debido respeto, excelencia —dijo el reverendo Beckford—, esta boda no puede seguir adelante cuando su señoría acaba de reconocer que esta mujer es su esposa.

—Me casé con Lily Doyle en Portugal —dijo Neville, sin apartar los ojos ni un momento de la mendiga. Las voces que trataban de acallar a las demás se hicieron más insistentes y un silencio tan absoluto que casi era un grito cayó de nuevo sobre la congregación—. La vi morir cuando aún no habían pasado ni veinticuatro horas de nuestra boda. Llegué a su lado solo unos minutos después. Estuve junto a su cuerpo; estabas muerta, Lily. Y entonces recibí un disparo en la cabeza.

Todos sabían que durante más de un mes antes de su regreso a Inglaterra, Neville había estado ingresado en un hospital de Lisboa, con una herida en la cabeza recibida durante una emboscada en las colinas del centro de Portugal, cuando mandaba una partida de reconocimiento. La amnesia, el persistente mareo y los dolores de cabeza habían impedido su vuelta al regimiento incluso después de que la

herida cicatrizara. Y luego la noticia de la muerte de su padre lo trajo de vuelta a casa.

Pero nadie había sabido nada de un matrimonio.

Hasta ahora.

Y estaba claro que la mujer con la que se había casado no estaba muerta.

Una de las personas que estaban en la iglesia había comprendido ya todas las repercusiones de este hecho. Se oyó un gemido ahogado al fondo de la iglesia y los que se volvieron a mirar vieron a Lauren, allí de pie, con la cara tan pálida como el velo que la cubría y las manos aferrando los lados del traje, recogiendo la cola antes de darse media vuelta y salir corriendo, seguida de cerca por Gwendoline. Las puertas de la iglesia se abrieron y se volvieron a cerrar con estruendo.

—Lo siento —dijo Lily—. Lo siento muchísimo. No estaba muerta.

—¡Neville! —Lady Kilbourne se agarraba con las enguantadas manos a la parte de atrás del banco.

El ruido aumentó de nuevo.

Pero Neville levantó las manos, con las palmas hacia arriba.

—Les pido perdón, a todos —dijo—, pero está claro que no es un asunto para airearlo en público. Por lo menos, todavía no. Espero ofrecerles una explicación antes de que acabe el día. Entretanto, es evidente que esta mañana aquí no habrá ninguna boda. Les invito a regresar a la abadía a desayunar.

Bajó los brazos y se dirigió al pasillo, tendiéndole la mano derecha a Lily. Sus ojos no se apartaban de los de ella.

—Lily —dijo—, ven.

La cogió de la mano con fuerza. Sin apenas cambiar el paso, continuó su camino hacia la salida, con Lily a su lado.

Neville abrió las puertas de par en par y salieron. Fuera, bajo el sol cegador, se encontraron con un mar de caras y un coro de voces curiosas y excitadas.

No les prestó ninguna atención. Es más, ni siquiera las vio ni las oyó. Recorrió rápidamente el sendero que atravesaba el patio de la iglesia, cruzó la verja, entre la multitud, que le abrió paso retrocediendo apresuradamente y tropezando con quienes estaban detrás, y dobló hacia la entrada al parque de Newbury Abbey.

No le dijo nada a la mujer que iba a su lado. Todavía no confiaba en que lo sucedido, lo que estaba sucediendo, fuera real, aunque se aferraba a la aparición y notaba su pequeña mano dentro de la suya.

Recordaba...

SEGUNDA PARTE:
Recuerdo una única noche para el amor

Capítulo 3

Lily Doyle está sentada, sola, en un pequeño promontorio rocoso que sobresale por encima de un profundo valle en lo alto de los áridos montes del centro de Portugal. Es diciembre y hace mucho frío.

Está envuelta en una vieja y gastada capa del ejército que ha cortado para adaptarla a su tamaño, pero no puede ocultar el hecho de que, en un año, ha dejado de ser una chiquilla ágil y retozona y se ha transformado en una mujer tan bella que quita el aliento. Su cabello rubio oscuro le cae, ondulado, por la espalda hasta por debajo de la cintura. El viento lo levanta detrás de ella y se lo enreda de una forma imposible. Sus esbeltos brazos, cubiertos por las mangas del ajado vestido de algodón azul, rodean las rodillas dobladas. Lleva los pies desnudos, pese al frío. Como dijo una vez, ¿cómo puede sentir la tierra, cómo puede sentir la vida, si siempre va calzada?

Neville Wyatt, el mayor lord Newbury, está cómodamente reclinado en el suelo a cierta distancia de ella, con una taza de estaño llena de té entre las manos. La está observando. No puede verle la cara, pero puede imaginar su expresión mientras mira hacia abajo, al valle, o hacia arriba, al cielo punteado de nubes y al pájaro solitario que vuela en círculos sobre sus cabezas. Tendrá una expresión serena, soñadora. No, es una descripción demasiado pasiva. Habrá un fulgor en su rostro, un brillo en sus ojos.

Lily ve belleza dondequiera que vaya. Mientras los hombres del Noventa y cinco y las mujeres que los siguen maldicen el paisaje ibérico, el tiempo, las interminables marchas, los horribles campamentos, la comida y unos a otros, Lily siempre es capaz de encontrar algo bello. Pero no despierta resentimiento por su permanente alegría. Es la preferida de todos los que la conocen.

Hasta hace poco era una muchacha. Ya no lo es.

Neville tira los restos del té en la hierba, a su lado, y se pone en pie. Mira alrededor, primero a la compañía que ha traído con él, en una expedición invernal de reconocimiento, para asegurarse de que los franceses observan la tregua no escrita de la estación y se mantienen detrás de sus líneas en España o dentro de la fortaleza fronteriza de Ciudad Rodrigo, que las fuerzas británicas sitiarán en cuanto llegue la primavera.

Mira, entrecerrando los ojos, hacia las colinas del otro lado y, abajo, al valle. Todo está tranquilo. No esperaba otra cosa. Si hubiera habido algún peligro, nunca habría permitido que el cabo Geary trajera a su esposa ni el sargento Doyle a su hija. Es una misión de rutina y ha sido inesperadamente placentera; normalmente es la estación de las lluvias. Mañana volverán al campamento base, pero hoy acamparán

donde están.

No puede resistirse más. Va hacia el promontorio donde está sentada Lily y, cuando llega a su lado, monta toda una comedia, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos y barriendo con la mirada todo el valle. Ella levanta la vista y sonríe. Neville no sabe exactamente cuándo su aspecto y sus sonrisas empezaron a hacer que el corazón le latiera más deprisa. Ha intentado seguir viéndola como la joven hija —la hija demasiado joven— de su sargento. Pero últimamente ha fracasado lamentablemente. Después de todo, Lily ya tiene dieciocho años.

—¿No has observado ningún regimiento francés avanzando sigilosamente, de puntillas, por el valle, Lily? —pregunta sin mirarla.

Ella se echa a reír.

—Dos, a decir verdad, señor —dice—. Uno de caballería y otro de infantería. ¿Se suponía que tenía que avisar?

—No, no. —Baja la mirada y le sonríe y ahí está; vuelve a suceder. El corazón le da un vuelco cuando ve el vivo deleite de su cara—. No tiene importancia; a menos que el viejo Napo estuviera con ellos.

Ella se echa a reír de nuevo. Neville se pregunta, mientras, se sienta junto a ella, con una pierna estirada y rodeando con el brazo la rodilla doblada de la otra, si es consciente del efecto que tiene en los hombres... en él. No es, en absoluto, el único que se ha dado cuenta de que se ha convertido en una mujer.

—Supongo, Lily —dice—, que ves algo de belleza en este lugar abandonado de la mano de Dios.

—Oh, no está abandonado —dice con vivacidad, como él sabía que haría—. Incluso las rocas desnudas tienen cierta majestad que sobrecoge. Pero ¿lo ve? —Levanta el esbelto brazo y señala—. Allí hay hierba; incluso hay unos cuantos árboles. No es posible dominar a la naturaleza. Siempre renace.

—La verdad es que son un lamentable remedo de árboles —responde mirando hacia donde ella le señala—. Y en cuanto a la hierba, el jardinero de Newbury Abbey la consignaría a la basura sin pensárselo dos veces.

Cuando ella se vuelve hacia él y lo mira a los ojos, siente que respira lentamente, medio queriendo alejarse más de ella y medio queriendo salvar la distancia hasta...

—¿Cómo es el jardín? —le pregunta, con una inconfundible nostalgia en la voz—. Papá dice que no hay nada tan bonito como un jardín inglés.

—Verde —responde él—. Un verde exuberante, vibrante, que no se puede describir con palabras, Lily. Hay hierba, árboles y flores de todas las clases y todos los colores. Miles. En especial, rosas. El aire está lleno de su perfume en verano.

Raramente siente nostalgia de casa. A veces, al darse cuenta, se siente culpable. No es que no quiera a sus padres; los quiere. Pero fue educado para ocupar, algún día, el lugar de su padre como conde y para casarse con Lauren, su prima por matrimonio, que se crió en Newbury Abbey con él y por la que sentía tanto afecto como por su propia hermana Gwen. Llegó un momento en que se sintió asfixiado por los cariñosos planes que su padre había elaborado para él, desesperado por tener una

vida propia, llena de acción, aventura y libertad. Hizo daño a sus padres al ingresar en el ejército. Sospecha que también ha hecho más que herir a Lauren, cuando al marcharse la informó, con todo el tacto que pudo, de que no le prometía volver pronto y que no daba por supuesto que ella lo esperaría.

—Cuánto me gustaría verlas y olerlas. —Lily ha cerrado los ojos e inspira lentamente, como si pudiera oler realmente las rosas de Newbury.

—Un día lo harás. —Sin pensar, alarga el brazo hacia ella y libera un mechón de pelo que el viento le ha pegado en la comisura de los labios. Su piel es suave... y cálida. Tiene el pelo húmedo. Siente como un violento deseo le inunda la entrepierna y retira la mano apresuradamente.

Ella sonríe, pero luego hace algo inusual. Se sonroja, su mirada vacila y después la dirige, bruscamente, de nuevo hacia el valle.

Lo sabe.

Neville se apena al pensarlo. Lily siempre ha sido amiga suya, desde que Doyle se convirtió en su sargento, cuatro años atrás. Tiene una mente viva, un delicioso sentido del humor y unos modales naturalmente refinados, pese al hecho de ser analfabeta. Le ha hablado de su vida, en especial de sus años en la India, donde murió su madre, y de la gente y las experiencias que tienen en común. En una ocasión se revolvió contra él, cuando la encontró en el campo de batalla, una vez acabada la lucha, y la riñó por estar cuidando a un soldado francés herido y moribundo. Ella le dijo que un hombre es solo un hombre, una persona. Nunca se ha sentido intimidada por su rango, aunque igual que su padre y todos los hombres, lo llama «señor». En aquella ocasión, él se arrodilló a su lado y le dio de beber al francés de su propia cantimplora.

Pero las cosas han cambiado. Lily ha crecido. Y la desea. Ella lo sabe. Tendrá que alejarse de su amistad porque ella es un terreno prohibido para él, salvo como amiga. Es la hija del sargento Doyle y él lo respeta, aunque sean de clases sociales diferentes. Pero, además, Lily es inocente y él tiene el deber de proteger su honor, no arrebatárselo. Y claro, también ella es de otra clase social. Esas cosas importan en el mundo real, por desgracia. Por rebelde que él siga siendo, no ha roto con su propio mundo y nunca lo hará. Tiene un sentido del deber demasiado fuerte para hacerlo. Es un caballero, un oficial, vizconde y un futuro conde.

Nunca podrá ser el amante de Lily.

—Lily —le pregunta, esforzándose por aferrarse a la amistad y así reprimir los otros sentimientos indeseables—, ¿qué te gustaría hacer? ¿Qué vas a hacer con tu vida? ¿Cuáles son tus sueños?

No puede quedarse con su padre para siempre. ¿Qué le reserva el futuro? ¿El matrimonio con un soldado cuidadosamente elegido por su padre? No. Le gustaría que no se le hubiera ocurrida aquella idea.

Ella no responde de inmediato. Pero cuando él vuelve la cabeza hacia ella, ve que está mirando hacia arriba y que su maravillosa sonrisa soñadora le ilumina la cara de nuevo.

—¿Ve aquel pájaro, señor? —Él vuelve la cabeza y lo mira—. Quiero ser como

él. Volar muy alto. Fuerte. Libre. Sostenida por el viento y amiga del cielo. No sé qué será de mí. Un día usted se marchará, y un día...

Pero sus palabras se apagan y su sonrisa se desvanece, y lo que acaba de decir queda flotando en el aire ante ellos, como algo intangible.

En ese momento, el silencio se rompe por el chasquido de un único disparo.

Uno de los vigías ha visto un conejo por el rabillo del ojo y ha imaginado que era un famélico soldado francés. Eso es lo primero que piensa Neville. Pero no puede arriesgarse. Sus años de oficial le han adiestrado para actuar por instinto, tanto como por razonamiento. Es más rápido y, a veces, salva vidas.

Se pone en pie de un salto y levanta a Lily de un tirón. Ya están corriendo de vuelta a la compañía, Neville atrás, inclinado sobre la joven, protegiéndola, cuando el sargento Doyle la llama gritando y todos los demás cogen sus rifles y la munición. Neville comprueba la espada que lleva colgada a un lado mientras corre. Da órdenes a gritos a sus hombres, olvidándose de Lily en cuanto la ha dejado en la relativa seguridad del campamento improvisado.

Ha juzgado mal al vigía. No ha sido un conejo lo que le ha llamado la atención, sino una partida francesa de reconocimiento. Pero el disparo de advertencia ha sido un error. Sin él, probablemente los franceses habrían seguido su camino tranquilamente, incluso si hubieran detectado a los soldados británicos. Ninguno de los dos bandos tiene nada que ganar entablando combate. Pero se ha hecho un disparo.

La escaramuza siguiente es corta e intensa, pero relativamente inofensiva. Lo habría sido por completo de no ser por un nuevo recluta de la compañía de Neville que, paralizado por el terror en la desnuda colina, es un blanco inmóvil, al descubierto, para los franceses. El sargento Doyle, soltando los peores tacos de su repertorio, corre en ayuda del soldado y recibe la bala destinada a él en su propio pecho.

La lucha ha acabado cinco minutos después de empezar. Con una ovación burlona, los franceses siguen su camino.

—¡Dejadlo donde está! —grita Neville, corriendo a través de la pendiente hacia su sargento caído—. Traed el botiquín.

Pero será inútil. Lo ve en cuanto llega más cerca. Solo hay una pequeña mancha de sangre en la tela verde oscuro de la chaqueta del sargento, pero hay muerte en sus ojos. Neville la ha visto en demasiados rostros para equivocarse. Y Doyle también lo sabe.

—Se acabó, señor —dice con voz débil.

—¡Traed ese maldito botiquín! —Neville se inclina, apoyado en una rodilla, junto al moribundo—. Te habremos remendado en un momento, sargento.

—No, señor. —Doyle se aferra a su mano con unos dedos que ya empiezan a estar fríos y débiles—. Lily.

—Está a salvo. No ha resultado herida —dice Neville, tranquilizándolo.

—No debería haberla traído aquí. —La mirada del hombre se está desenfocando. Su respiración es entrecortada y rasposa—. Si atacan de nuevo...

—No lo harán. —Los dedos de Neville se cierran sobre los del sargento. Deja de fingir—. Mañana la dejaré a salvo en el campamento.

—Si la cogen prisionera...

Es muy improbable, incluso en el remoto caso de que hubiera otro encuentro, otra escaramuza. Seguro que los franceses tienen tan pocas ganas de un enfrentamiento en esta época del año como los británicos. Pero si sucediera, si la cogieran prisionera, su sino sería atroz. La violarían...

—Me ocuparé de que no corra peligro. —Neville se inclina sobre el hombre que ha sido su respetado camarada, incluso su amigo, pese a la diferencia de rango. Su corazón está más comprometido que su cabeza en esta muerte—. No le harán ningún daño aunque la cojan prisionera. Tienes mi palabra de caballero. Me casaré con ella hoy mismo.

En tanto que esposa de un oficial y caballero, Lily será tratada con honor y cortesía incluso por los franceses. Y el reverendo Parker-Rowe, el capellán del regimiento, que encuentra la vida del campamento tan tediosa como el más impaciente de los soldados, los ha acompañado en la partida de reconocimiento.

—Será mi esposa, sargento. Estará a salvo. —No está demasiado seguro de que el moribundo lo entienda. Los fríos dedos siguen tirando débilmente de los suyos.

—Mi petate, en la base —dice el sargento Doyle—. Dentro...

—Se le entregará a Lily —promete Neville—. Mañana, cuando lleguemos sanos y salvos al campamento.

—Tendría que habérselo dicho hace mucho tiempo. —La voz es cada vez más débil, menos clara. Neville se inclina hacia él—. Debería habérselo dicho a él. Mi esposa... Qué Dios me perdone. La quería. Los dos la queríamos. La queríamos demasiado para...

—Dios le perdona, sargento. —¿Dónde diablos está el capellán?, piensa—. Y nadie podría dudar de su devoción por Lily.

Parker-Rowe y Lily llegan al mismo tiempo, la segunda corriendo colina abajo a una velocidad temeraria. Neville se levanta y se aparta a un lado cuando Lily ocupa su lugar junto a su padre, cogiéndole la mano entre las suyas, inclinándose hasta casi tocarlo, con el pelo convertido en una cortina alrededor de la cara de él y la suya propia.

—Papá —dice. Susurra su nombre una y otra vez y permanece como está varios minutos, mientras el capellán murmura una plegaria y la compañía permanece en pie, alrededor, impotente en presencia de la muerte y el dolor.

Después de enterrar al sargento Doyle en la misma ladera donde murió, Neville ordena trasladar el campamento dos o tres millas más lejos. Camina junto a una Lily silenciosa, con cara inexpresiva, mientras Parker-Rowe va al otro lado. Ya ha hablado con el capellán.

Lily no ha llorado. No ha dicho ni una palabra desde que Neville la cogió por los hombros para ponerla de pie y le dijo suavemente lo que ella ya sabía; que su

padre había muerto. Está acostumbrada a la muerte, claro. Pero nadie está preparado, nunca, para la muerte de un ser querido.

—Lily —dice Neville, con la misma voz tierna que ha usado antes—, quiero que sepas que los últimos pensamientos de tu padre fueron para ti, para tu seguridad y para tu futuro.

Ella no contesta.

—Le hice una promesa —añade—. Una promesa de caballero. Porque era mi amigo, Lily, y porque era algo que yo también quería hacer. Le prometí que hoy me casaría contigo, para que tengas la protección de mi nombre y rango durante el resto de este viaje y durante el resto de tu vida.

Sigue sin haber respuesta. ¿De verdad ha hecho una promesa así? ¿Una promesa de caballero? ¿Porque era lo que quería? ¿Quería verse obligado a hacer algo imposible para que fuera posible después de todo? Es imposible que él, oficial, aristócrata, futuro conde, se case con la hija humilde y analfabeta de un soldado sin rango. Pero hacerlo se ha convertido ahora en una obligación, la obligación de un caballero. Siente una extraña oleada de alegría.

—Lily —le pregunta, inclinando la cabeza para mirarle la cara pálida e inexpresiva, tan diferente de ella misma—, ¿comprendes lo que te digo?

—Sí, señor —responde, con una voz átona, abatida.

—¿Te casarás conmigo? ¿Serás mi esposa? —El momento parece irreal, como todo lo sucedido en las dos últimas horas. Pero tiene una sensación de intenso pánico. ¿Porque puede negarse? ¿Porque puede aceptar?

—Sí —responde ella.

—Lo haremos en cuanto hayamos levantado el campamento de nuevo —dice él.

Es impropio de Lily mostrarse tan pasiva, tan mansa. ¿Es justo para ella...?

Pero ¿cuál es la alternativa? ¿La vuelta a Inglaterra, con unos parientes que sabe que ni siquiera conoce? ¿El matrimonio con un soldado raso de su propia clase social? No, es una idea insoportable. Pero es la vida de Lily.

—Mírame, Lily —le ordena, dejando de lado la suavidad, usando la voz que ella, igual que todos los hombres bajo su mando, obedece instintivamente. Ella lo mira—. Dentro de una hora serás mi esposa. ¿Es lo que quieres?

—Sí, señor. —Sus ojos se clavan en los suyos, obedientes, antes de que él mire por encima de su cabeza y cruce la mirada con el capellán.

Así será, entonces. En una hora. La gran imposibilidad. La obligación.

De nuevo el pánico.

De nuevo la euforia.

La boda se celebra ante toda la compañía, y el teniente Harris y el recién ascendido sargento Riedes actúan como testigos. Los hombres reunidos no saben si dar vítores o mantener la contenida solemnidad que muestran desde el funeral del sargento Doyle, hace tres horas. Siguiendo el ejemplo del teniente, aplauden cortemente y lanzan tres vítores por el mayor recién casado y por la nueva

vizcondesa Newbury.

La nueva vizcondesa parece totalmente distante de los procedimientos. Se marcha, sin decir nada, a ayudar a la señora Geary a preparar la cena. Neville no la detiene ni menciona el hecho de que una vizcondesa debe dar por sentado que la servirán. Tiene deberes propios que atender.

Es de noche. Neville ha comprobado los piquetes y los horarios de las guardias nocturnas.

Ha decidido que permanecerá en el ejército. Hará que sea su profesión de forma permanente. En el ejército, Lily y él pueden ser iguales. Pueden compartir un mundo que los dos conocen y en el que los dos se sienten cómodos. Ya no sentirá que tiran de él en direcciones contrarias, como le sucede desde que se marchó de Newbury. De todos modos, no lo querrían de vuelta allí. No con Lily. Es hermosa. Es toda gracia, luz y alegría. Está enamorado de ella. Más aún, la ama. Pero nunca podría ser la condesa de Kilbourne, excepto quizá de nombre. Las cenicientas están muy bien en las páginas de un cuento de hadas, donde pueden esperar vivir felices por siempre jamás con sus príncipes. En la vida real, las cosas no suceden así.

Se alegra de haberse casado con Lily. Siente como si le hubieran quitado un peso enorme del alma. Ella será su mundo, su futuro, su felicidad. Su todo.

Observa que han plantado su tienda a una distancia discreta del resto del campamento. La joven está de pie, sola, en el exterior, mirando hacia el valle iluminado por la luna.

—Lily —le dice suavemente al acercarse.

Ella vuelve la cabeza para mirarlo. No dice nada, pero incluso a la tenue luz de la luna, ve que la mirada vidriosa producida por el choque ha desaparecido de sus ojos. Lo mira con consciencia y comprensión.

—Lily... —Hablan en susurros, para que nadie los oiga—. Lo siento mucho. Siento lo de tu padre.

Levanta la mano y, con las yemas de los dedos, le acaricia suavemente la mejilla. Lo ha pensado. No le impondrá su presencia esta noche. Debe darle tiempo para llorar a su padre, para adaptarse a las nuevas condiciones de su vida. Ella sigue sin decir nada, pero levanta una mano y la pone encima de la de él, haciendo que la palma descanse sobre su mejilla.

—Debería haberme negado —dice—. Sabía lo que me pedías. Fingí, incluso ante mí misma, que no era así para no tener que rechazarte y enfrentarme a un futuro vacío. Lo siento.

—Lily, lo hice porque quería.

Ella vuelve la cabeza y roza con los labios la palma de su mano. Cierra los ojos y no dice nada.

—Lily, ah, Lily, ¿es posible...?

—Quédate la tienda —le dice—. Yo dormiré aquí fuera. No te preocupes. Estarás a salvo.

Pero ella abre los ojos y lo mira a la luz de la luna.

—¿De verdad querías? —pregunta—. ¿De verdad querías casarte conmigo?

—Sí. —Desearía poder apartar la mano. No está hecho de piedra.

—Me preguntaste cuál era mi sueño —le dice ella—. ¿Cómo podía decírtelo entonces? Pero ahora sí que puedo. Era esto. Solo esto. Mi sueño.

Él le roza los labios con los suyos y se pregunta, mientras todavía puede, si alguien los oye.

—Lily —le dice, sin apartar los labios—. Lily.

—Sí, señor.

—Neville —le dice—. Dilo. Di mi nombre. Quiero oírtelo decir.

—Neville —dice ella, y no hay otra expresión de cariño más tierna y más erótica—. Neville, Neville.

—Entonces ¿quieres que comparta la tienda contigo? —le pregunta.

—Sí. —No hay ninguna duda de que lo dice de verdad, que lo desea—. Neville. Mi amado.

Solo Lily puede pronunciar una palabra así sin parecer teatral.

A Neville le parece extraño que estén a punto de consumar su matrimonio, cuando solo hace unas pocas horas que han enterrado a su camarada y padre de ella. Pero tiene la suficiente experiencia de la muerte para saber que la vida debe reafirmarse de inmediato en los supervivientes, que seguir viviendo es una parte integral del proceso del llorar a los muertos.

—Ven —dice, inclinándose para abrir el faldón de la pequeña tienda—. Ven, Lily. Ven, amor mío.

Hacen el amor casi en silencio porque, sin duda, hay gente cerca ansiosa por oír gruñidos de placer, gemidos de dolor. Y hacen el amor lentamente, para no sacudir indebidamente la frágil estructura de la tienda. Y hacen el amor completamente vestidos, salvo en los lugares esenciales y tapados por las dos capas, para no quedarse helados debido a la helada noche de diciembre.

Ella es inocente e ignorante.

Él está ansioso, tiene experiencia y está desesperado por darle placer, aterrado por causarle dolor.

La besa, la acaricia con manos suaves, que la exploran y la adoran, primero a través de la ropa, luego por debajo de ella, caricias ligeras sobre su carne cálida y sedosa, anidando sus senos pequeños y firmes, pasando el pulgar por los pezones, que se endurecen, deslizando los dedos, con lenta caricia, por el húmedo calor que hay entre sus muslos, tocando, separando, excitando.

Ella lo abraza. No lo acaricia. No hace ningún sonido, salvo el de su respiración acelerada. Pero él sabe que siente el mismo deseo que él. Sabe que incluso en esto encuentra belleza.

—Lily...

Ella se abre a él, respondiendo a la presión de sus rodillas y lo envuelve

respondiendo a las demandas de su propio instinto. Le susurra suaves palabras de cariño —sobre todo su nombre— cuando él se sube encima, sorprendiéndose al oírse sollozar al hacerlo. Es pequeña, estrecha y absolutamente virgen. La barrera parece infranqueable y sabe que le está haciendo daño. Y luego desaparece y penetra en ella por completo, lentamente, para encontrarse con un calor suave y húmedo y las involuntarias contracciones de sus músculos.

Ella le habla en un susurro al oído.

—Siempre supe —dice— que este sería el momento más hermoso de mi vida. Este. Contigo. Pero nunca esperé que sucediera.

Ah, Lily. Yo nunca lo supe.

—Vida mía, mi dulce amor —le responde.

Pero ya no puede pensar en no hacerle daño a su esposa. Su deseo, su necesidad late como el ritmo del tambor en todos los vasos sanguíneos de su cuerpo y se concentra en un exquisito dolor en la entrepierna y en esa parte de sí mismo que está enfundada en ella. Se retira hasta el borde y presiona profundamente de nuevo, oye su exclamación de sorpresa y, seguramente, también de placer y se retira y penetra profundamente.

Mantiene un ritmo constante mientras puede, tanto por ella como por él, resistiéndose al apremio de entregarse al placer demasiado pronto, antes de que ella pueda aprender que aquella intimidad consiste en algo más que la simple penetración.

Ella yace, relajada, debajo de él. No es repugnancia ni horror ni sumisión pasiva. Lo sabría. Aunque no estuviera emitiendo los quedos gemidos de satisfacción siguiendo el ritmo, él lo sabría. Está disfrutando de lo que sucede. Busca su boca con la suya y está abierta, cálida y receptiva.

—Amor mío—le dice—, esto es lo que sucede. Ah, eres hermosa, Lily. Muy hermosa.

Ya no puede contenerse más. Afloja el ritmo, presionando más hondo, haciendo unas pausas más largas. Está rodeado por ella, sumido en ella, es parte de ella. Lily. Mi amor. Mi esposa. Carne de mi carne, huesos de mis huesos, corazón de mi corazón.

Se retira y ahonda más todavía. Más hondo. Más allá de las barreras. Más allá del tiempo y el lugar. Se libera en la eternidad que son él mismo y Lily unidos.

La oye susurrar su nombre.

Les queda poco para llegar al campamento base. Pero hay que cruzar por un paso estrecho antes de alcanzarlo. No puede haber ningún peligro real de que alguna fuerza francesa esté tan en vanguardia, tan adelantada a sus líneas de invierno, pero Neville es cauto. Envía hombres por delante para reconocer las colinas. Ordena la línea de su compañía de forma que él ocupa la posición más peligrosa al frente, mientras que el teniente Harris cubre la retaguardia y los más novatos de entre sus hombres y las dos mujeres van en medio.

Lily está callada, pero ya no aturdida. Empieza a ser consciente de la realidad de la muerte de su padre. Ha empezado su duelo. Pero ha hecho el amor con él una segunda vez, en la oscuridad del principio de la mañana, antes de que él se levantara, y le ha rodeado el cuello con los brazos y le ha dicho que lo amaba, que siempre lo había amado, desde el primer momento en que lo vio, quizá incluso antes de eso, antes de nacer, antes del tiempo y la creación. Él se ha reído bajito y le ha dicho que la adoraba.

Lily lleva una bolsa colgada de un cordón alrededor del cuello. En ella hay una copia de sus papeles de matrimonio. Parker-Rowe registrará la otra copia debidamente cuando vuelvan al campamento. La bolsa de Lily es una última precaución. Cualquiera que lo abra verá que es la esposa de un oficial británico y la tratará con la debida caballerosidad.

Los franceses son listos. Por lo menos esta compañía en particular lo es. No han sido detectados por la avanzadilla británica. Dejan que la vanguardia de las fuerzas británicas cruce el paso y salga al otro lado antes de atacar el débil centro.

Neville gira en redondo al oír la primera descarga de disparos desde las colinas. Le parece que el mundo se detiene y su visión se convierte en un túnel a través del cual observa a Lily en mitad del paso, alzando los brazos al aire y cayendo hacia atrás, fuera de la vista, entre el humo y la confusión de cuerpos de sus hombres.

Le han dado.

Grita su nombre.

—¡Lily! ¡Lily!

Instintivamente reacciona como el oficial que es, saca la espada, grita sus órdenes y se abre paso hacia el lugar de la matanza. Vuelve hacia Lily.

Mientras, el teniente Harris conduce a sus hombres de la retaguardia hacia lo alto de la colina. En unos minutos, los franceses son puestos en fuga, al menos temporalmente. Pero durante esos minutos, Neville ha llegado a la mitad del paso y ha encontrado a Lily, que tiene sangre en el pecho. Más sangre de la que tenía su padre el día antes.

Está muerta.

Mira su cuerpo muerto y cae de rodillas a su lado, olvidando su deber. Tiende los brazos hacia ella.

Lily. Mi amor. Mi vida. Tan brevemente mi vida. Por una única noche.

Tan sólo una única noche para el amor.

¡Lily!

No siente el dolor de la bala que le alcanza la cabeza. El mundo se apaga, mientras cae sin conocimiento sobre el cuerpo muerto de Lily.

TERCERA PARTE:
Un sueño imposible

Capítulo 4

No siguieron por la calzada para coches, como Lily esperaba. Giraron justo después de pasar la verja, tomando un sendero de tierra, entre los árboles. Neville no le habló ni la miró. La cogía de la mano con tanta fuerza que le hacía daño. Casi tuvo que correr para seguir el paso de sus largas zancadas.

Estaba aturdido, lo sabía, no del todo consciente de adonde se dirigía ni con quién. Lily no trató de romper el silencio.

La verdad es que también ella estaba conmocionada. Él estaba a punto de casarse. La creía muerta; eso lo sabía por el capitán Harris. Pero no habían pasado ni dos años. Y él estaba a punto de casarse de nuevo. Tan pronto.

Lily había podido ver a la novia cuando irrumpió en la iglesia, presa del pánico. Era alta, elegante y hermosa, vestida de satén y encaje blancos. Su novia. Alguien de su propio mundo. Alguien a quien quizá amaba.

Y luego Lily siguió adelante, dejando atrás a la novia y entrando en la nave de la iglesia. Fue como la noche anterior, como penetrar en un universo diferente. Pero peor que la noche anterior. La iglesia estaba llena de damas y caballeros vestidos espléndidamente, lujosamente, y todos la estaban mirando. Notaba sus ojos sobre ella, incluso después de que los suyos se centraran en el hombre que estaba de pie junto al altar, como un príncipe de cuento de hadas.

Vestía de azul pálido, plateado y blanco. Lily apenas lo reconoció. La altura, la anchura de los hombros, el cuerpo fuerte y musculoso eran los mismos. Pero aquel hombre era el conde de Kilbourne, un lejano aristócrata inglés. El hombre que ella recordaba era el mayor lord Newbury, un duro oficial del Noventa y cinco de Fusileros.

Su esposo.

El mayor Newbury que ella recordaba —Neville, como se había convertido para ella en aquel último día— siempre había sido descuidado en su apariencia y siempre había estado increíblemente atractivo con el uniforme verde y negro de su regimiento, que a menudo estaba arrugado, polvoriento o manchado de barro. Siempre llevaba el pelo rubio muy corto. Hoy estaba inmaculadamente elegante.

Y estaba a punto de casarse con aquella bella mujer perteneciente a su propio mundo.

Él la creía muerta. Se había olvidado de ella. Nunca había hablado de ella; estaba claro por la reacción de todos los presentes en la iglesia. Quizá se sintiera avergonzado. O quizá ella le importara tan poco que ni siquiera se le habría ocurrido hacerlo. Su boda con ella se había celebrado apresuradamente, porque él creía que se lo debía a su padre. Y la había descartado como un incidente del que no valía la pena

hablar.

Hoy era el día de su boda, con otra.

Y ella había llegado para ponerle fin.

—Lily. —Habló de repente y le apretó la mano todavía más, haciéndole daño—. Eres tú de verdad. Estás viva de verdad. —Seguía mirando hacia delante. No había aflojado el paso.

—Sí. —Se contuvo justo a tiempo para no pedir perdón, como había hecho en la iglesia. Sería mucho mejor para él que estuviera muerta. No es que fuera un hombre cruel, eso nunca, pero...

—Estabas muerta —dijo y, en ese momento, ella se dio cuenta de que el sendero que seguían era un atajo hacia la playa donde había pasado la noche. Habían dejado atrás los árboles y descendían por la ladera, cruzando por en medio de los helechos a una velocidad imprudente—. Yo te vi morir, Lily. Te vi muerta con el corazón atravesado por una bala. Tú y once de mis hombres.

—La bala no me alcanzó el corazón —le explicó—. Me recuperé.

Él se detuvo al llegar al valle y miró hacia la cascada que caía en una espectacular cinta de espuma brillante desde un acantilado vestido de helechos hasta la poza que había abajo y el arroyo que fluía hasta el mar. La casita con techo de paja que Lily había visto la noche antes quedaba por encima de la poza. Había un sendero que llevaba hasta la puerta, aunque no había señal alguna de que estuviera habitada.

Él giró en dirección opuesta y se dirigió hacia la playa, llevando a Lily con él. La joven, que estaba acalorada por la duración y la rapidez de su manera de andar, se soltó las cintas del sombrero con la mano libre y lo dejó caer en la arena detrás de ella. Había perdido varias horquillas durante la noche. Las pocas que quedaban no eran suficientes para sujetar bien su melena rizada y rebelde, que se le soltó, derramándose sobre los hombros y la espalda. Sacudió la cabeza y dejó que la brisa le apartara el pelo de la cara.

—Lily —dijo él, mirándola por vez primera desde que salieron de la iglesia—. Lily, Lily.

Seguían caminando, no a lo largo de la franja de arena dura de la playa, sino hacia el mar. Se detuvieron al borde del agua. Lily deseó que todavía estuvieran separados por toda la amplitud del océano. Ojalá se hubiera quedado en Portugal. Habría sido mejor para los dos.

Él se habría casado con la otra mujer.

Ella no habría sabido que él había olvidado tan pronto, que había significado tan poco para él.

—Estás viva. —Por fin, le había soltado la mano, pero se volvió hacia ella, mirándola intensamente a la cara, con ojos penetrantes. Levantó la mano, vacilando antes de tocarle la mejilla con las yemas de los dedos—. Lily. Oh, cariño, estás viva.

—Sí. —Había llegado al final de su viaje. O quizá solamente al principio de otro. Él estaba allí, en todo el esplendor del conde de Kilbourne.

Neville cayó de pronto en la cuenta de que estaban de pie en la playa, al borde del agua. No tenía ni idea de por qué había ido precisamente allí. Excepto que la casa pronto volvería a estar llena de invitados y que aquí era donde venía cuando quería estar solo. Para pensar.

Pero ahora no estaba solo. Lily estaba con él. La tocaba. Estaba viva y cálida. Era menuda, delgada y bonita y estaba desaliñada, con la larga cabellera flotando, salvaje, al viento.

Era... oh, Dios, era Lily.

—¿Lily —preguntó y miró hacia el mar entrecerrando los ojos, aunque en realidad no veía ni el agua ni el infinito más allá—, qué pasó?

A él lo habían sacado, inconsciente, de aquel paso. En el hospital, el teniente Harris le había dicho que Lily y once de los hombres, incluido el reverendo Parker-Rowe, habían muerto, que la compañía se había visto forzada a huir llevando solo las mochilas y los heridos. Habían tenido que dejar a los muertos y sus pertenencias para que los franceses las saquearan y los enterraran.

Durante el año y medio transcurrido desde entonces, lo había consumido la culpa. No había sabido proteger a sus hombres. Le había fallado al sargento Doyle. Le había fallado a Lily, su esposa.

—Me llevaron a Ciudad Rodrigo —dijo Lily— y un cirujano me extrajo la bala. Me dijo que había pasado rozando el corazón, que no lo había alcanzado por un pelo; esa fue la palabra que usó. Hablaba inglés. Varios lo hablaban. Fueron amables conmigo.

—¿Lo fueron? —Volvió la cabeza y le dirigió una mirada penetrante—. ¿Encontraron tus papeles, Lily? ¿Te trataron bien? ¿Con respeto?

—Sí —respondió ella, mirándolo. Él recordó entonces aquellos ojos, grandes e inocentes y tan azules como el cielo de verano. No habían cambiado—. Fueron muy amables. Me llamaban «milady». —Sonrió fugazmente.

El alivio hizo que le temblaran las rodillas. Comprendió que el golpe de la sorpresa empezaba a disminuir. En este momento ya debería estar casado y volviendo hacia la abadía para el almuerzo... con Lauren, su esposa. En cambio, estaba de pie en la playa vestido con sus galas de boda con... su esposa. Sintió que el mareo lo inundaba de nuevo.

—¿Te mantuvieron cautiva y te trataron bien? ¿Cuándo y dónde te liberaron, Lily? —preguntó—. ¿Por qué no me informaron? ¿O es que te escapaste?

Lily bajó la mirada hasta su barbilla.

—Fueron atacados poco después de que dejáramos Ciudad Rodrigo —dijo—. Por los partisanos españoles. Me hicieron prisionera.

Neville sintió que su alivio aumentaba. Incluso sonrió.

—Entonces estabas a salvo —dijo—. Los partisanos son nuestros aliados. ¿Te escoltaron de vuelta al regimiento? Pero deben de haber pasado muchos meses desde entonces, Lily. ¿Por qué nadie me avisó?

Observó que ella se volvía para mirar hacia el interior de la playa, hacia el valle. El viento le alborotó el pelo por encima de los hombros, ocultándole la cara a su

mirada.

—Sabían que era inglesa —dijo—. Pero no se creyeron que estuviera prisionera de los franceses. No estaba encerrada, ¿sabes? Y no quisieron creer que fuera la esposa de un oficial. No vestía como si lo fuera. Pensaron que estaba con los franceses como... como concubina.

Neville sintió que el corazón le daba un vuelco completo en el pecho. Abrió la boca para decir algo, pero apenas consiguió que salieran las palabras.

—Pero, tus papeles, Lily...

—Los franceses me los habían cogido y no me los habían devuelto —dijo.

Él cerró los ojos con fuerza y los mantuvo cerrados. Los partisanos españoles eran famosos por el salvajismo con que trataban a sus prisioneros franceses. ¿Cómo tratarían a una concubina francesa, aunque fuera inglesa? ¿Cómo había escapado Lily a una atroz tortura y a la muerte?

Sabía cómo.

Tragó aire con fuerza.

—¿Estuviste con ellos... mucho tiempo? —preguntó. No esperó su respuesta—. Lily, ¿te...?

¿Se habrían hecho realidad los peores temores de Doyle? ¿Y los suyos? Pero no. tenía necesidad de oír la respuesta. Era lamentablemente obvia. No había otra respuesta posible.

—Sí —respondió ella, en voz baja.

El silencio se prolongó antes de que ella continuara hablando. En algún lugar, chillaba una gaviota y era fácil imaginar que era un sonido lastimero.

—Al cabo de muchos meses (siete), un agente inglés se unió a ellos durante unos días y los convenció para que me dejaran marchar. Volví andando a Lisboa. Allí nadie quiso creer mi historia hasta que, por casualidad, el capitán Harris fue a Lisboa para algún asunto. Él y su esposa volvían a Londres y me trajeron con ellos. El capitán quería escribirte, pero yo no quise esperar y vine. Tenía que venir. Necesitaba decirte que todavía estaba viva. Lo intenté anoche, cuando había una fiesta en la casa, pero pensaron que era una mendiga y querían darme seis peniques. Siento que haya tenido que ser esta mañana. No... no me quedaré ahora que te lo he dicho. Si me... compras el billete para el viaje en la diligencia, me iré... a algún otro sitio. Creo que hay un medio de poner fin a un matrimonio por lo que yo he hecho. Es decir, si tienes dinero e influencia y supongo que tú los tienes. Debes hacerlo y entonces podrás... continuar con tus planes.

Para casarse con otra. Con Lauren, que, de repente, le parecía alguien perteneciente a otra vida.

Lily hablaba de divorcio. Por adulterio. Porque había permitido que la violaran como alternativa a la tortura y la ejecución... eso si acaso le habían dado a elegir. Porque había decidido sobrevivir. Y había sobrevivido.

Lily, violada.

Lily, adúltera.

Su dulce, encantadora e inocente Lily.

—Lily... —No eran imaginaciones suyas que estaba más delgada. Antes aquel esbelto cuerpo tenía una gracia ágil. Ahora estaba descarnado—. ¿Cuánto hace que no has comido?

Tardó un poco en contestar.

—Desde ayer —dijo—, al mediodía. Tengo un poco de dinero. Quizá me pueda comprar pan en el pueblo.

—Ven. —La cogió de la mano otra vez. Ahora estaba fría y sin vida—. Necesitas un baño caliente y cambiarte de ropa y una buena comida y un largo sueño. ¿No llevas ninguna pertenencia contigo?

—Mi bolsa —dijo, mirando hacia abajo, como si esperara que se materializara de repente en su mano vacía—. Supongo que la he dejado caer en algún sitio. La tenía cuando fui al pueblo esta mañana. Iba a comprar algo para desayunar. Y entonces me dijeron lo de... lo de tu boda.

—La encontraremos —le aseguró—. No tiene importancia. Voy a llevarte a casa.

A casa y a unas complicaciones que su mente ni siquiera podía empezar a contemplar.

—No es que te considere como una sirvienta, Lily —explicó Neville. Eran las primeras palabras que cualquiera de los dos pronunciaba desde la playa—, pero de esta manera evitaremos a la mayor parte de la gente.

La puerta por la que entraron en Newbury Abbey no estaba en la parte de delante. Era, supuso Lily, una entrada del servicio. Y la desnuda escalera por la que subieron debía de ser la escalera de la servidumbre. Estaba desierta. No sucedía lo mismo con el resto de la casa, a juzgar por todos los carruajes que había frente a los establos y las cocheras y en la terraza. Y también había gente en la terraza en pequeños grupos, algunos de aquellos invitados tan lujosamente vestidos que esaban en la iglesia.

Neville abrió una puerta que daba a un amplio pasillo. Estaba alfombrado y lleno de cuadros, esculturas y puertas. Así pues, ahora estaban en la parte principal de la casa. Y había tres personas allí, en plena conversación, que dejaron de hablar y la miraron con curiosidad, parecieron sentirse violentos y saludaron a Neville, dubitativos. Él les dirigió un breve saludo con la cabeza, pero no dijo nada. Tampoco Lily dijo nada, con la mano encerrada en la de él, apretadamente.

Y luego él abrió una de las puertas y le soltó la mano para apoyarle la suya en la parte de atrás de la cintura, para hacerla entrar en la estancia, al otro lado de la puerta. Era una habitación grande, cuadrada, con techos altos. Con una mirada hacia arriba, vio que junto al techo había molduras doradas bordeando la pared y pinturas en el propio techo, que incluían niñitos gordezuelos, desnudos y con alas. Dos ventanas largas le mostraron que la habitación daba a la parte frontal de la casa. Era un dormitorio, ricamente alfombrado y suntuosamente amueblado. La cama tenía dosel y cortinajes de pesada seda. Los colores rosa oscuro y verde musgo del mobiliario y la tapicería combinaban armoniosamente.

Lily no había visto, en toda su vida, nada tan grandioso; salvo, quizá, el gran vestíbulo que vio, apenas, la noche antes.

—Haré que te suban comida y bebida de inmediato —dijo Neville, cruzando la estancia para tirar de una cinta de seda adornada con borlas que había junto a la cama— y luego ordenaré que te suban agua caliente al vestidor para que te des un baño. Seguramente será posible recuperar tu bolsa, pero, por el momento, estoy seguro de que podremos encontrarte un camisón y una bata. Debes dormir, Lily. Pareces agotada.

Sí, suponía que estaba cansada. Pero ese agotamiento había sido una característica de su vida desde hacía tanto tiempo que apenas la reconocía por lo que era. Sabía que tenía hambre, aunque no estaba segura de poder comer. El tono de Neville era enérgico y formal. No se parecía en nada a la alegre vuelta a casa que había imaginado ni al rechazo horrorizado que había temido. Él sabía lo que le había pasado y, sin embargo, la había traído a su casa, a aquellas espléndidas dependencias.

—¿Esta es tu habitación? —preguntó. No sabía cómo llamarlo. «Neville» le parecía demasiado familiar, aunque fuera su esposa. Se habría sentido cómoda llamándolo «señor», pero él ya no era oficial y ella ya no formaba parte de su regimiento. No conseguía llamarlo «milord». Así que no lo llamaba nada.

—Es la habitación de la condesa —contestó él. Con un gesto señaló una puerta, que ella todavía no había visto—. Allí encontrarás el vestidor.

¿La condesa? La condesa sería su esposa o su madre. No la habría llevado a la habitación de su madre. La dama alta de la iglesia tenía que haber sido su esposa, su condesa. Pero no se había podido casar con ella porque ya estaba casado con ella misma, con Lily. Eso la convertía en... condesa. ¿Era así? La verdad es que no había pensado en ello hasta aquel momento. Se había sorprendido cuando los franceses que la capturaron la llamaron «milady» y comprendió que era la vizcondesa Newbury. Pero de eso hacía mucho, muchísimo tiempo.

—¿Esta va a ser mi habitación? —preguntó—. Entonces, ¿me voy a quedar? —Nunca había pensado más allá del final del viaje. En su interior sabía que, sin duda, un conde se libraría de la hija de un sargento a la menor excusa y el conde de Kilbourne tenía una excusa que no podía calificarse de menor. Pero ella había tratado de pensar solo en que el conde de Kilbourne era también el mayor lord Newbury. Su mayor Newbury, el hombre al que siempre había admirado, en quien había confiado, a quien había adorado. Neville. Su esposo. Su amante. Su amor. Pero sabía, allí de pie en la habitación de la condesa, que nunca había esperado realmente vivir feliz para siempre jamás. Solo algún tipo de final.

—Lily... —Dio un paso hacia ella y vio que estaba tan inseguro y desconcertado como ella. Quizá más. Nadie lo había avisado de lo que le iba a suceder—. No miremos más allá del momento presente. Estás viva. Estás aquí. Y estás en la habitación de la condesa. Para comer y descansar. Haz las dos cosas antes de que sigamos hablando.

—Sí. Está bien. —Sí, más que nada en este mundo lo que quería era olvidar. No sabía cómo seguir de pie, cómo mantener los ojos abiertos, cómo concentrar su mente en nada más que en su necesidad de dormir.

La puerta se abrió, detrás de Lily, y ella se volvió para ver a una muchacha con un vestido negro y un delantal y una cofia blancos recién planchados, con los ojos abiertos como platos, que hacía una reverencia. Neville le dio instrucciones, mientras Lily iba hasta la ventana y miraba afuera con ojos que le costaba mantener abiertos. Él estaba pidiendo suficiente comida como para alimentar a un ejército. Y un baño caliente... ¡Qué lujo tan increíble!

Cuando se fue la doncella, acudió a su lado.

—Esperaré hasta que llegue la comida —dijo—. Luego te dejaré sola mientras comes. Tendrás agua y ropa para dormir esperándote en el vestidor cuando acabes. Luego tienes que acostarte y dormir. Volveré a buscarte más tarde. Hablaremos entonces.

—Gracias, señor —dijo y, de inmediato, se sintió tonta.

De repente, se preguntó si solo habría imaginado que, en una ocasión, durante una breve noche, se había producido un glorioso florecer del amor... extrañamente mezclado con el pesar por la muerte de su padre. Las dos emociones las había compartido con este hombre, este extraño que era su esposo. El amor —o algo que, a veces, recibía el nombre de amor— fue tan horrible a partir de aquella noche que resultaba difícil creer que pudiera ser algo hermoso. Pero lo había sido. Una vez. Una única vez en su vida. Con él, con el mayor lord Newbury. Con Neville.

Había sido la experiencia más hermosa de toda su vida. Todo el amor que atesoraba secretamente en su corazón desde que lo vio por primera vez había culminado en aquella noche de pasión carnal. Y creyó —sintió— que era un amor compartido, aunque desde entonces había aprendido que los hombres eran capaces de pasión sin sentir ni un ápice de amor. Incluso eran capaces de murmurar palabras cariñosas.

¿Había imaginado que Neville sentía las dos cosas aquella noche? ¿Lo había imaginado debido a su inocencia o a la necesidad que sintió, en los meses que siguieron a aquella noche, de creer que una vez, por una única y corta noche, había amado a un hombre que, a su vez, la había amado?

Llegó la comida, mientras todavía estaba perdida en sus recuerdos, y la dejaron encima de una elegante mesita. Neville le apartó una silla y, cuando Lily se acercó, la ayudó a sentarse y acercó la silla a la mesa de nuevo. Realmente, había comida para todo un regimiento. Miró, hambrienta, un par de huevos pasados por agua, mientras él le servía una taza de té.

—Ahora te dejaré sola —dijo él, cogiéndole la mano derecha entre las suyas—. No puedo expresar lo feliz que me siento de que no murieras, Lily. Me alegro de que sobrevivieras a todo lo demás. —Se llevó su mano a los labios y le besó los dedos antes de dar media vuelta y salir de la habitación, cerrando sin hacer ruido.

Lily se quedó mirando fijamente la puerta, preguntándose si de verdad él se alegraba. Aparte del hecho de que no era un hombre cruel y no desearía que hubiera muerto, ¿se sentía feliz? De que hubiera sobrevivido, sí, quizá. Pero ¿de qué hubiera aparecido de nuevo en su vida, para complicársela? ¿Se alegraba de que hubiera sucedido, por alguna espantosa coincidencia, el mismo día de su boda con otra

mujer?

¿Cómo podía alegrarse? En especial, sabiendo la verdad de lo que le había sucedido a ella.

Lily se preguntó quién era su prometida. Era hermosa. Lily no la había visto muy bien y, además, llevaba la cara tapada por el velo, pero le había dado la impresión de gracia, elegancia y belleza. ¿Él la amaba? ¿Y ella, lo amaba a él? ¿Eran perfectos el uno para el otro? ¿Les habían faltado solo unos minutos para vivir felices por siempre jamás?

Pero aquellas ideas no tenían sentido. Y era imposible pensar, cuando los pensamientos eran como plomo en sus párpados. Lily cogió la taza de té y tomó un sorbo del templado líquido. Cerró los ojos con una dicha absoluta.

Se dijo que ojalá hubiera podido recuperar las cosas de su padre cuando volvió a Lisboa. Pero había pasado demasiado tiempo. Finalmente, le dijeron que probablemente las habían enviado de vuelta a Inglaterra, a algún pariente vivo, a menos que se hubieran perdido o las hubieran destruido. Su padre tenía un padre y un hermano vivos en algún sitio... ¿Era en Leicestershire? Lily no estaba segura y no los conocía. Su padre estaba distanciado de ellos. Pero le había dicho una y otra vez que si él moría de repente, tenía que llevar su petate a un oficial superior y hacer que mirara el paquete que había dentro. Le decía siempre que era su llave para un futuro seguro, igual que el guardapelo de oro que ella siempre llevaba al cuello, como un talismán.

Suponía que su padre había estado ahorrando parte de su sueldo para ella, durante toda su vida. No tenía ni idea de cuánto dinero podía haber en el paquete. Es probable que no fuera suficiente para que le durara mucho tiempo, pero quizá habría bastado para llevarla de vuelta a Inglaterra y mantenerla hasta que encontrara un empleo decente. De haberlo encontrarlo, no habría necesitado venir aquí, a Newbury Abbey. Aunque lo habría hecho de todos modos. Lo único que la sostuvo durante sus dos cautiverios fue pensar en él y acariciar la esperanza de volver a verlo. En realidad, no había pensado en lo imposible que era todo hasta hacía poco, después de su llegada a Inglaterra. Y en especial, la noche anterior, cuando vio y luego entró en su casa y en su mundo.

Era su esposa... pero también era, estrictamente hablando, una adúltera.

Si hubiera encontrado el petate y el dinero, habría tenido una alternativa.

Justo cuando acababa de comerse uno de los huevos y estaba mordiendo su segunda tostada, Lily cerró los ojos con fuerza y luchó contra una oleada de pánico. ¡Su guardapelo! Estaba en la bolsa que había perdido. No lo llevaba desde hacía mucho tiempo, porque, cuando Manuel se lo arrancó del cuello, la cadena se rompió. Pero, por algún milagro, se lo devolvió cuando la dejó libre. No había dejado de llevarlo con ella desde entonces... hasta esta mañana.

¿Encontraría Neville su bolsa? Habría ido a buscarla ella misma, pero no estaba segura de saber cómo salir de la casa. Y podía tropezarse con alguien. No, tendría que confiar en que él la encontrara y se la trajera.

Pero la idea de perder el último vínculo con su padre le provocó una oleada de

náuseas y no pudo comer nada más.

Se puso en pie y fue hasta la puerta del vestidor, tambaleándose de agotamiento. Giró el adornado pomo, con cuidado.

Capítulo 5

Una vez que se recobró un poco de su conmoción en la iglesia, la condesa de Kilbourne había tomado las riendas para solucionar una situación muy embarazosa. Los invitados de la casa vendrían a desayunar. Dio instrucciones para que sirvieran el almuerzo en el salón de baile, como estaba previsto. Hasta donde fuera posible, había que retirar todo lo que indicara que iba a ser un almuerzo de bodas; los lazos blancos y el pastel de boda, por ejemplo.

El salón de baile no estaba ni mucho menos lleno, pero sí que había bastante gente. Varios de los invitados, la condesa incluida, se habían cambiado las galas que llevaban en la boda por una ropa más adecuada para el principio de la tarde. Pese a lo que hubieran comentado en la iglesia, fuera de ella y durante el regreso a la abadía, durante el almuerzo prevalecían los buenos modales. Las conversaciones corteses estaban a la orden del día. Cualquier extraño que entrara en la estancia apenas podría adivinar que la comida que se estaba celebrando tenía que haber sido un almuerzo de bodas, pero que la propia boda había acabado en un desastre catastrófico, ni que los miembros de ambas familias y sus invitados se morían de curiosidad por saber más.

La condesa estaba serena y cortés. Se dedicó a hablar con sus vecinos de mesa sobre una variedad de temas y no mostró ningún indicio externo de la zozobra que sentía. Las preocupaciones personales y privadas debían esperar. No en vano era la condesa de Kilbourne.

Esta fue la escena que vieron los ojos de Neville al entrar en el salón de baile. Pero lo artificial que era se hizo visible cuando, en la reunión, se hizo un súbito silencio y todos los ojos se volvieron hacia él. Cayó en la cuenta, horrorizado, de que no se había cambiado de ropa; no había pensado en ello. Era un novio sin novia. Se quedó donde estaba, justo cruzada la puerta y enlazó las manos a la espalda.

—Me alegra ver que se ha servido la comida —dijo. Miró alrededor, devolviendo la mirada de amigos y parientes y observando sin sorpresa que no había señales de Lauren ni de Gwen—. No les molestaré mucho tiempo. Pero, naturalmente, les debo una explicación más extensa que la que les he dado en la iglesia esta mañana. En realidad, ni siquiera recuerdo lo que dije en aquel momento.

El marqués de Attingsborough, que se había levantado de su asiento, quizá para indicarle a Neville la silla vacía que había a su lado, se volvió a sentar sin decir nada.

Neville no había preparado su discurso. No sabía cuánto decir. Pero la verdad es que no tenía sentido ocultar nada. Su madre lo miraba fijamente, con una dignidad inexpresiva. Su tío, junto a ella, tenía el ceño fruncido. Había varios sirvientes

presentes, incluyendo a Forbes, el mayordomo. Pero Neville suponía que también ellos tenían derecho a saber. No esperaría a que se retiraran antes de hablar.

—Me casé con Lily Doyle unas horas después de que su padre, mi sargento, resultara muerto —dijo—. Me casé con ella para cumplir la promesa que le hice, justo antes de morir, de darle la protección de mi nombre y rango, en caso de que cayera prisionera de los franceses. Al día siguiente, la compañía que mandaba cayó en una emboscada. Mi... esposa murió o eso creímos tanto yo como el teniente que me informó más tarde. A mí me llevaron detrás de las líneas británicas con una grave herida en la cabeza. Pero Lily sobrevivió, cautiva de los franceses. —Su apresamiento por los partisanos españoles no tenía intención de comunicárselo a nadie—. La trataron honorablemente como, esposa mía y finalmente la liberaron. Volvió a Inglaterra con el capitán Harris y su esposa y vino sola a Newbury Abbey para reunirse conmigo.

A Neville le pareció que nadie había movido ni un músculo desde que empezó a hablar. Se preguntó si alguno de los que estaban allí reunidos había visto a Lily la noche anterior o sabía que la habían echado de la abadía ofreciéndole una moneda de seis peniques, porque la habían confundido con una mendiga. Se preguntaba cuántos se estaban diciendo que era, en realidad, la condesa de Kilbourne. Era necesario decirlo.

—Será un honor presentarles a mi esposa, mi condesa, a todos más tarde —dijo—. Pero como pueden comprender, en estos momentos sería un tanto abrumador para ella. Muchos de ustedes conocen... a Lauren como amiga y pariente. Todos ustedes, o la mayoría imaginarán el dolor que siente hoy. Tengo la esperanza de que no culpen de su sufrimiento a... a mi esposa. Ella es inocente de cualquier intención de causar perturbación o dolor. Yo... Bien. —Realmente, no había nada más que decir.

—Por supuesto que lo es, Nev —dijo vivamente el marqués de Attingsborough, pero fue el único en romper el silencio.

—Ahora les ruego que me disculpen —dijo Neville—. Disfruten de la comida, por favor. ¿Alguien sabe dónde está Lauren? —Cerró los ojos un breve momento.

—Está en casa de la condesa viuda, con Gwendoline, Neville —le dijo lady Elizabeth. Era la casa donde habían vivido con la condesa desde el compromiso oficial, la Navidad pasada—. Ninguna de las dos me permitió entrar, cuando me detuve allí en el camino de vuelta de la iglesia. Quizá...

Pero Neville se limitó a inclinarse y salió de la estancia. No era el momento de reflexiones, consultas ni sentido común. Tenía que actuar con el impulso del momento o hundirse por completo.

Neville estaba bajando las escaleras cuando la voz de su tío lo llamó desde el rellano superior. Levantó la mirada y vio no solo al duque, sino también a su madre y a Elizabeth.

—Unas palabras en privado contigo, Kilbourne —dijo su tío, con rígido formalismo—. Se lo debes a tu madre.

Neville pensó cansadamente que así era. Tal vez debería haber hablado con ella

primero, antes de presentarse y hacer su declaración pública en el salón de baile. Sencillamente, no sabía cuál era el protocolo adecuado en situaciones como esta. No le divirtió el negro humor de aquella idea. Dio media vuelta, con un seco gesto de asentimiento, y se dirigió hacia la biblioteca. Cruzó la habitación y se quedó mirando los carbones no encendidos de la chimenea hasta que oyó cerrarse la puerta y se volvió para hacerles frente.

—Supongo que no se te ocurrió —dijo su madre, cuya habitual dignidad elegante había desaparecido de sus modales para dar paso a la amargura— informar a tu madre de un matrimonio anterior. O informar a Lauren. La profunda humillación de esta mañana se podría haber evitado.

—Cálmate, Clara —dijo el duque Anburey, dándole unas palmaditas en el hombro—. Dudo que pudiera haberse evitado, aunque sí que, quizá, te habría conmocionado menos, si Neville hubiera sido más sincero respecto al pasado.

—Mi matrimonio fue muy súbito y muy breve —dijo Neville—. La creí muerta y... bueno, decidí guardarme ese breve interludio de mi vida para mí solo.

¿Fue porque le daba vergüenza admitir que se había casado con la hija analfabeta de un sargento, incluso aunque ya estuviera muerta? Era una posibilidad muy desagradable y confiaba en que no fuera verdad. Pero ¿cómo podía haber explicado el impulso que lo había llevado a aquel matrimonio? ¿Cómo podía haberles descrito a Lily? ¿Cómo podía haberles dicho que, a veces, una mujer podía ser tan especial que sencillamente no importaba quién era ni —más importante todavía— quién no era? Les habría comunicado los hechos desnudos y ellos se habrían alegrado en secreto, aliviados de que ella hubiera muerto antes de llegar a ser un motivo de vergüenza para ellos.

—Solo he podido pensar en manejar, de alguna manera, el horrible desastre de esta mañana —dijo la condesa, dejándose caer en la butaca más cercana y llevándose un pañuelo de encaje a los labios— y de lo que va a pasar con la pobre Lauren. No he podido pensar en nada más. Neville, dime que no es una criatura tan espantosa como parecía esta mañana. Dime que es solo la ropa...

—Ya has oído que el muchacho decía que era hija de un sargento, Clara —le recordó el duque, situándose junto a la ventana, de espaldas a la habitación—. Diría que ese hecho habla por sí solo. ¿Quién era su madre, Neville?

—No conocí a la señora Doyle —respondió el joven—. Murió en la India cuando Lily era muy pequeña. Sin embargo, no hay nada de sangre azul por ese lado, tío, si eso es lo que preguntas. Lily es plebeya. Pero también es mi esposa. Tiene mi nombre y mi protección.

—Sí, sí, todo eso está muy bien, Neville —dijo la madre, con tono de impaciencia—. Pero... Oh, Señor, no puedo pensar a derechas. ¿Cómo has podido hacernos esto? ¿Cómo has podido hacértelo a ti mismo? Sin duda, tu crianza y tu educación significaban más para ti que... que casarte con una mujer que tiene todo el aspecto de una vulgar mendiga y que es, realmente, un producto de la clase baja. — Se levantó bruscamente y vaciló claramente al hacerlo—. Tengo unos huéspedes a los que estoy descuidando.

—Pobre Lily —dijo Elizabeth, hablando por primera vez. Era la tía de Neville, hermana de su padre, pero solo le llevaba nueve años y él nunca la llamaba tía. Era soltera, no porque no hubiera tenido ofertas, sino porque, mucho tiempo atrás, declaró que no se casaría salvo que encontrara un caballero que pudiera convencerla de que perder su independencia era preferible a conservarla... y no esperaba que tal cosa sucediera. Era bella, inteligente y cultivada... y nadie sabía con certeza si el duque de Portfrey era solo un amigo o algo más para ella—. Con nuestra preocupación egoísta por nosotros mismos, nos estamos olvidando de su aflicción. ¿Dónde está, Neville?

—Sí, ¿dónde está? —repitió la madre, con una voz inusualmente quisquillosa—. No estará aquí, supongo. No hay una sola habitación vacía en la abadía.

—Sí que hay una habitación desocupada, mamá —dijo Neville, rígidamente—. Está en las habitaciones de la condesa... en el lugar que le pertenece. La he dejado allí para que comiera algo, tomara un baño y durmiera un poco. He dado instrucciones para que no la molesten hasta que yo vaya a buscarla.

Su madre cerró los ojos y se llevó el pañuelo a los labios de nuevo. La habitación de la condesa, que en un tiempo fue la suya, formaba parte del conjunto de estancias que incluían el dormitorio del conde; el del propio Neville. Este casi pudo ver cómo ella asumía la realidad de los hechos; aquel era el lugar de Lily.

—Sí —dijo Elizabeth—, estoy segura de que lo mejor es que descanse un rato. Tengo muchas ganas de conocerla, Neville.

Pensó que era propio de Elizabeth ser amable; tomar cualquier situación tal como era y, de alguna manera, hacer de ella algo soportable.

—Gracias —respondió.

Su madre había recuperado la compostura de nuevo.

—Esta tarde bajarás con ella a tomar el té, Neville —le dijo—. No tiene sentido tenerla escondida, ¿verdad? La conoceré al mismo tiempo que el resto de la familia. Todos nos comportaremos como es debido hacia tu... tu esposa, puedes estar seguro.

Neville se inclinó ante su madre.

—No esperaría menos de ti, mamá —dijo—. Pero, si me disculpáis, tengo que ir a ver a Lauren.

—Tendrás suerte si no te tira algo a la cabeza, Neville —le advirtió Elizabeth.

Él asintió.

—A pesar de eso —dijo.

Salió un par de minutos más tarde y se encaminó hacia la casa de la condesa viuda, que estaba cerca de la verja del parque, apartada del camino de carruajes, al abrigo de los árboles y rodeada por su propio jardín privado. Y había recorrido un buen trecho del camino cuando se dio cuenta de que todavía iba vestido con sus galas de boda. Pero no iba a volver atrás para cambiarse. Si lo hacía, quizá no conseguiría reunir el valor de nuevo.

Comprendía que estaba a punto de enfrentarse a uno de los encuentros más difíciles de su vida.

Lauren no estaba en la casa, sino fuera, en la parte de atrás, sentada en el columpio del árbol, impulsándose, abstraída, hacia delante y hacia atrás. Tenía la mirada fija, sin ver, en el suelo delante de ella. Gwendoline estaba sentada en la hierba, a un lado del columpio. Las dos seguían vestidas con los trajes que llevaban para la boda.

Justo antes de que su hermana lo viera, Neville pensó que preferiría estar en cualquier otro sitio de la tierra. Eran dos de las personas que más quería en este mundo y les había hecho daño a ambas. Y no podía ofrecerles ningún consuelo. Solo una explicación totalmente inadecuada.

Gwendoline se puso en pie de un salto al verlo y lo miró furiosa.

—Te odio, Neville —exclamó—. Si has venido aquí a hacerla todavía más desdichada, ya te puedes marchar por dónde has venido. ¿Qué significado tiene? Explícamelo. ¿Qué querías decir con que aquella horrible mujer era tu esposa? —Estalló en sollozos, ruidosos y poco dignos y volvió la cara hacia otro lado.

Lauren había dejado de columpiarse, pero no se dio la vuelta.

—Lauren —dijo Neville—, querida Lauren... —Seguía sin saber qué decirle.

La voz de la joven era firme cuando habló, pero átona.

—Está bien —dijo—. No pasa nada. Después de todo, nuestro matrimonio solo era un acuerdo conveniente, ¿no es así? Porque habíamos crecido juntos y nos teníamos cariño y era lo que el tío y el abuelo siempre habían querido. Y además, cuanto te fuiste, me dijiste que no te esperara. Fuiste justo y honrado conmigo. No estabas comprometido conmigo, ni siquiera prometido. Eras completamente libre de casarte con ella. No te culpo en absoluto.

Neville estaba consternado. Habría preferido, con mucho, que ella se lanzara contra él, enseñándole los dientes, con las manos convertidas en garras.

—Lauren —dijo—, déjame que te lo explique, si puedo.

—No hay nada que explicar —dijo Gwendoline, furiosa, una vez dominadas las lágrimas—. ¿Es o no es tu esposa, Neville? Eso es lo único que importa. Pero no habrías mentido en la iglesia, delante de todos. Es tu esposa.

—Sí—respondió Neville.

—¡La odio! —exclamó Gwendoline—. Criatura sucia, repugnante, inferior.

Pero Lauren no quiso compartir su opinión.

—No la conocemos, Gwen —dijo—. Sí, Neville. Cuéntame. Cuéntanos. Debe de haber una explicación absolutamente lógica, estoy segura. Una vez que lo entienda, podré aceptarlo. Todo estará perfectamente.

Estaba conmocionada, claro. Negaba la situación. Trataba de convencerse de que lo que había sucedido no era tan desastroso, después de todo, sino algo simplemente desconcertante que sería perfectamente aceptable una vez que lo comprendiera. Neville observó que la cola del traje de novia, exquisitamente festoneada y bordada, arrastraba por el polvo.

Era típico de Lauren reaccionar racionalmente en lugar de emocionalmente, incluso cuando no había ninguna manera posible de actuar racionalmente. Siempre

había sido así; de los tres siempre era la buena, la que pensaba en las consecuencias, la que se preocupaba de no disgustar a los adultos. En parte, su historia explicaba su carácter, claro. Había llegado a Newbury Abbey a la edad de tres años, cuando su madre, la vizcondesa viuda de Whileaf, se casó con el hermano menor del anterior conde. La niña se quedó en la abadía cuando los recién casados partieron en viaje de bodas... un viaje de bodas del que no regresaron. Durante una serie de años, llegaron cartas y paquetes de diversas partes del mundo y luego nada. Ni siquiera noticias de su muerte.

La familia paterna de Lauren no había hecho nada por recuperarla. Es más, cuando ella les escribió, al cumplir los dieciocho años, recibió una seca respuesta de la secretaria del vizconde diciéndole, prácticamente, que su señoría no estaba interesado en conocerla. Neville sospechaba que Lauren nunca había confiado demasiado en su atractivo. Y ahora estaban estas circunstancias para confirmarle la baja opinión que tenía de sí misma.

—Yo no quiero comprender —dijo Gwendoline, enfadada—. ¿Cómo puedes seguir ahí sentada, Lauren, con ese aspecto tan tranquilo, tolerante e indulgente? Tendrías que sacarle los ojos a Neville —dijo, y rompió a llorar de nuevo.

—Neville —insistió Lauren, inmóvil una vez más—, necesito comprenderlo. Háblame de... de Lily.

—¡Lily! —exclamó Gwendoline, desdeñosa—. Detesto ese nombre. Es despreciable.

—Era la hija de un sargento —explicó Neville—. Creció con el regimiento, viviendo con él, moviéndose con él. Siempre hacía su parte del trabajo y era amiga de todo el mundo. Hasta el más tosco de los hombres y la más dura de las mujeres la adoraban. Pero era muy independiente. Había algo irreal, etéreo en ella. No sé cómo describir esa cualidad suya. No la había afectado la fealdad de la vida que la rodeaba. Tenía dieciocho años cuando yo... cuando nos casamos. —A continuación les explicó brevemente los detalles de las circunstancias de su matrimonio.

—Y además, la amabas —añadió Lauren, cuando él terminó.

Para no hacerle daño, deseó poder negarlo. Aunque no cambiaría lo esencial. No dijo nada.

—Eso no es excusa —dijo Gwendoline—. Tú no tenías dieciocho años, Neville. Eras un hombre. Tendrías que haber sabido lo que hacías. Deberías haber tenido más sentido del deber hacia tu familia y posición y no casarte con la hija de un sargento, por una razón tan estúpida. El matrimonio es para toda la vida.

—Tendré que aprender a quererla yo también —afirmó Lauren, como si Gwendoline no hubiera hablado—. Estoy segura de que será posible. Si tú la quieres, Neville, entonces yo... —Pero dejó la frase sin terminar. Volvió a poner el columpio en marcha, impulsándose con el pie.

Neville se preguntó si la ayudaría que fuera hasta el columpio, la cogiera por los hombros, la arrancara de allí y la sacudiera con fuerza. Pero recordó su propia conmoción de unas horas antes. Había recorrido todo el camino desde la iglesia hasta la playa sin darse cuenta siquiera de que se había movido del altar. La alternativa de

bajarla del columpio y ofrecerle el refugio consolador de sus brazos no era posible.

—Lauren —dijo—, lo siento, lo siento muchísimo, cariño. Me gustaría poder decir algo más, algo para consolarte, algo que te hiciera sentir menos... abandonada. Podría decir todo tipo de cosas sin sentido para garantizarte que, al final, todo esto será cosa del pasado y... Pero esas cosas no te consolarían y sería presuntuoso de mi parte. Sin embargo, tienes que saber que esta familia te quiere, esta familia que es la tuya tanto como la mía o la de Gwen. —Unas palabras pomposas y vacías, pese a ser verdad. No creía haberse sentido tan impotente en su vida.

—Pero nada va a ser como antes —gimió Gwendoline—. Cuando Vernon murió y yo volví a casa, viuda, y entonces papá murió, pensé que el mundo se acababa. Pero volviste tú y nosotros tres volvimos a estar juntos de nuevo y vi que te casarías con Lauren y... Pero ahora todo se ha acabado, todo se ha hecho añicos y no se puede recomponer.

Neville se pasó la mano por el pelo. Lauren se columpiaba lentamente.

Gwendoline se había casado por amor, mientras él estaba en la península. No había llegado a conocer al vizconde Muir, pero fue un matrimonio corto y trágico, que se acabó a los dos años. Primero, Gwen tuvo un accidente mientras montaba a caballo, que le provocó un aborto y que, cuando se le curó la pierna rota, la dejó con una cojera permanente y luego, solo un año más tarde, Muir murió al romperse la balaustrada de su propia casa y caerse hasta el vestíbulo de mármol. Gwen había corrido a refugiarse en su casa, en busca de consuelo, en lugar de quedarse en la de su marido.

—Ah, cómo desprecio mi propio egoísmo —dijo Gwendoline, cuando nadie reaccionó a sus palabras—. Solo pienso en mi propia infelicidad cuando no es nada comparada con la de Lauren. Qué criatura tan desalmada soy. —Se recogió la falda y salió corriendo hacia la casa, evitando el brazo tendido de Neville al pasar a su lado.

—Pobre Gwen —dijo Lauren—. Después de la muerte de lord Muir deseaba tanto dar marcha atrás en el tiempo. Quería que la vida fuera como cuando éramos niños y le parecía que su sueño se estaba haciendo realidad... Pero nunca se puede volver atrás. Solo se puede ir hacia delante. No podemos volver a ayer o a esta mañana temprano. Ahora está Lily.

—Sí.

—Yo también he sido egoísta —siguió diciendo—. Solo he pensado en mi propia desilusión. Pero tú debes ser muy feliz, Neville, aunque eres tan bondadoso que estás triste por mí y te has tomado el tiempo de venir y hablar conmigo. Lily está viva y ha venido a reunirse contigo. Es maravilloso para los dos.

—Lauren —dijo él, en voz baja—, cariño, no hagas esto. Por favor, no lo hagas.

—¿Qué quieres entonces, que te diga lo mucho que la odio, lo mucho que desearía que hubiera muerto y siguiera muerta? ¿Que incluso ahora desearía que muriera? ¿Quieres que te diga lo dolida que estoy por que te fueras, después de decirme que no te esperara, y luego te casaras con la hija de un sargento siguiendo un mero impulso? ¿Quieres que te diga lo mucho que te odio por no decírmelo? ¿Porque yo te importara tan poco que ni siquiera mencionaste el hecho de que iba a

ser tu segundo matrimonio? ¿Por causarme una humillación tan grande esta mañana?

Neville respiró lentamente.

—Sí —dijo—. Esto es lo que quiero oír, Lauren. Sácatelo de dentro. Chíllame. Tírame cosas. Pégame. No te quedes sentada ahí. —Volvió a pasarse los dedos por el pelo—. Dios santo, Lauren. Lo siento mucho, muchísimo. Si pudiera...

—Pero no puedes —respondió ella, en voz queda, aunque finalmente había irritación en su voz—. No puedes, Neville. Y el odio no tiene sentido. Como tampoco lo tienen las emociones violentas. ¿Quieres marcharte, por favor? Deseo estar sola.

—Claro. —Era lo único que podía hacer por ella. Desaparecer de su vista.

Cuando él se volvió para marcharse, ella siguió impulsando el columpio con el pie, tratando de asimilar su conmoción. Alimentando su convicción de que si conservaba la calma y la sensatez, todo se arreglaría; su intenso odio hacia la hija del sargento que había destruido sus esperanzas y sus sueños, su vida misma, de un solo golpe. Y hacia el hombre al que había amado toda su vida.

A Neville no le servía de consuelo saber, más allá de toda duda, que ella siempre lo había amado mucho más intensa y profundamente de lo que él la había amado nunca a ella.

Mientras se encaminaba de vuelta a la casa, pensó, de repente, en Lauren como estaba la noche antes; radiante, brillando de felicidad, preguntándole si alguien se merecía ser tan feliz.

Ella se lo merecía, como él le había dicho. Pero la vida no siempre nos da lo que nos merecemos.

¿Qué había hecho él para merecer la vuelta de Lily? Apretó el paso al pensar en ella, dormida, viva, en la cama de la condesa.

Capítulo 6

La comida y el té habían saciado a Lily; el baño profundo y caliente, con jabón perfumado y una toalla esponjosa, la había sosegado y adormecido; había dormido profundamente, mucho tiempo, y se había despertado descansada, pero desconcertada. Durante unos momentos fue incapaz de recordar dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. No recordaba cuándo fue la última vez que había dormido tan bien.

Claro que no tardó mucho en volverle todo a la mente. Había llegado. Había alcanzado el final de un viaje iniciado, no sabía cuánto tiempo atrás, cuando Manuel fue a buscarla y le dijo que podía marcharse. Así, sin más; después de siete meses de cautiverio y esclavitud. Estaba en algún lugar de España. Lo único que supo hacer fue poner rumbo al oeste, donde estaba Portugal, para ir a buscarlo; a él, a Neville, mayor lord Newbury, su esposo. Ni siquiera sabía si estaba vivo. Podía haber muerto en la emboscada donde ella había resultado herida y que la había convertido en prisionera. Pero, de todos modos, había iniciado el viaje. No podía hacer nada más. Su padre estaba muerto.

Apartando la ropa de la cama y poniéndose de pie, en la suave alfombra rosa y verde, se repitió que había llegado. Tuvo que recogerse el borde del camisón para no pisárselo. Era por lo menos quince centímetros demasiado largo, o ella era quince centímetros demasiado baja... probablemente lo segundo. Había llegado en unas circunstancias espectacularmente embarazosas y perturbadoras. Pero todavía no la habían echado, aunque había reconocido la verdad esencial que podía hacer que él la rechazara sin más explicaciones.

Claro que todavía lo podía hacer. Pero la había tratado amablemente, pese a haber destrozado sus planes para el futuro. Seguramente le daría, o le prestaría, el dinero suficiente para volver a Londres. Quizá la señora Harris fuera tan bondadosa que la ayudara a encontrar algún empleo, aunque no sabía qué era capaz de hacer.

Giró el pomo de la puerta del vestidor con tanto cuidado como había hecho antes. Pero esta vez no tuvo tanta suerte. Allí dentro había alguien más.

—Oh, lo siento —dijo, cerrando rápidamente la puerta.

Pero la puerta se volvió a abrir casi de inmediato y una joven, más o menos de su misma edad, se la quedó mirando con cara sorprendida. La muchacha llevaba una de esas bonitas cofias que también llevaba la sirvienta que le había traído la comida.

—Le ruego que me disculpe, milady —dijo la joven—. He venido a traerle su ropa y la señora Aislam me ha dicho que me quede para ayudarla a vestirse y peinarse. Ha dicho que su señoría vendrá a recogerla dentro de media hora, milady, para acompañarla a tomar el té.

—Oh. —Lily sonrió y le tendió la mano derecha—. Eres una sirvienta. Es un alivio saberlo. ¿Cómo estás? Soy Lily.

La doncella se quedó mirando la mano tendida con recelo. En lugar de cogerla, hizo una reverencia.

—Me alegro de conocerla, milady —dijo—. Soy Dolly. Mis padres me bautizaron con el nombre de Dorothy, pero todo el mundo me ha llamado siempre solo Dolly. La señora Aislam dice que voy a ser su doncella personal, hasta que llegue la suya.

—¿La señora Aislam? —Lily entró en el vestidor y miró alrededor. Vio que se habían llevado la bañera.

—El ama de llaves, milady —explicó Dolly.

Entonces Lily vio su bolsa encima del taburete, delante del tocador. Se apresuró a ir y rebuscar ansiosamente en el interior. Pero todo estaba bien. Su mano se cerró sobre el guardapelo que estaba al fondo de la bolsa. Lo sacó y lo apretó en la mano; era tranquilizador. De haberlo perdido, habría sentido que perdía una parte de ella misma. Sin embargo, faltaban algunas otras cosas. Miró por la habitación.

—Me he tomado la libertad de coger un vestido y una enagua de la bolsa, milady —dijo Dolly—. Los he planchado. Estaban muy arrugados.

Las dos prendas estaban colocadas, cuidadosamente, en el respaldo de una butaca: sus enaguas de algodón y el precioso vestido de muselina, de color verde pálido, que la señora Harris había insistido en comprarle en Londres.

—¿Tú los has planchado? —dijo, sonriéndole cálidamente a la doncella— ¡Qué amable por tu parte, Dolly! Podría haberlo hecho yo misma. Pero me alegro de no tener que hacerlo. ¿Cómo iba a encontrar el camino a la cocina? —Se echó a reír.

Dolly se rió también, un poco insegura.

—¡Sería divertido, milady —dijo—, la cara que pondrían todos si apareciera en la cocina con el vestido al brazo y pidiera una plancha! —Parecía hacerle mucha gracia aquella idea.

—Especialmente vestida como estoy ahora —dijo Lily, cogiéndose el camisón por los lados y levantándolo hasta que quedaron al descubierto los pies desnudos—. Tropezando continuamente con el dobladillo.

Las dos se echaron a reír como un par de niñas.

—La ayudaré a vestirse, milady.

—¿Ayudarme? ¿Por qué razón? —preguntó Lily.

Dolly no respondió. Señaló los estropeados zapatos de Lily, el único par que tenía. También se los había comprado la señora Harris, pero le había dicho que los pagaba el ejército. El ejército, en opinión de la señora Harris, estaba en deuda con Lily. El ejército le había comprado también la bolsa de viaje y el pasaje en el barco que los había traído a Inglaterra.

—He hecho que los limpiaran, milady —dijo Dolly—, pero, si quiere que le diga la verdad, necesita unos nuevos.

—No creo que haya ninguna duda —dijo Lily, mientras se vestía rápidamente. Se sentía curiosamente de buen humor—. Uno de estos días, voy a dar un paso

adelante y mis zapatos decidirán quedarse donde estaban y se acabó.

Lily no recordaba haberse reído con tanta alegría desde hacía mucho, muchísimo tiempo... hasta ahora cuando lo hizo una vez más, con Dolly.

—Tiene una bonita figura, milady —dijo Dolly, mirándola críticamente, cuando se hubo vestido—. Pequeña y delicada, no toda piernas, brazos y codos, como yo. Estará muy elegante cuando hayan llegado todos sus baúles.

—A mí me gustaría ser alta como tú —dijo Lily, suspirando—. ¿Hay una cinta en algún sitio, Dolly, para que puede recogerme el pelo? Me parece que he perdido todas las horquillas.

—Oh, una cinta no será suficiente, milady. —Dolly parecía escandalizada—. No para bajar a tomar el té. Ahora, siéntese en el taburete (pondré la bolsa en esta silla) y la peinaré. No tiene que preocuparse de que haga un desastre. A veces, peinaba a lady Gwendoline, antes de que se trasladara a la casa de la condesa viuda; incluso le retoqué el peinado a lady Elizabeth anoche, cuando se le soltó un poco durante el baile y no hubo manera de encontrar a su propia doncella. Dijo que lo había hecho muy bien. Quiero ser doncella todo el tiempo, en lugar de solo criada. Esa es mi mayor ambición, milady. Tiene un pelo precioso.

Lily se sentó.

—Sin embargo, no sé qué hacer con él, Dolly —dijo, dubitativa—. Se riza terriblemente y es como si fuera maleza. Hoy está más indomable que nunca porque me lo he lavado. Oh, qué original... nunca me habían peinado.

Dolly se echó a reír.

—Qué bromas tan divertidas hace, milady —dijo—. Conozco a algunas que matarían por tener el pelo rizado como usted. Mire qué bien se recoge y se mantiene en lo alto, sin caerse como un pan cuando se abre la puerta del horno demasiado pronto. Y, oooh, mire milady, cómo cae en tirabuzones sin necesidad de usar las tenacillas ni nada. Yo mataría por tener el pelo así.

Lily miró el peinado que iba surgiendo en el espejo, con ojos muy asombrados.

—Qué extraordinariamente hábil eres —dijo—. Tienes una destreza sorprendente, Dolly. No pensaba que fuera posible que mi pelo tuviera un aspecto tan domado.

Dolly se sonrojó de placer y colocó la última horquilla en su sitio. Cogió un espejo de mano de encima del tocador y lo sostuvo en diferentes ángulos detrás de Lily para que pudiera verse la parte de atrás y los lados de la cabeza.

—Esto servirá para el té, milady —dijo—. Para esta noche necesitaremos algo más especial. Pensaré en qué hacer. Espero que su doncella no llegue demasiado pronto, aunque no debería decirlo, ¿verdad? —Mientras hablaba, iba ahuecando las mangas cortas y abullonadas del vestido de Lily, observando el efecto en el espejo—. Ya está, milady. Lista para cuando venga su señoría.

No era una perspectiva reconfortante. Iba a llevarla a tomar el té. ¿Qué significaba eso exactamente? Pero no hubo tiempo para cavilaciones. Casi enseguida, llamaron a una de las tres puertas del vestidor y Dolly fue a abrir; parecía saber con total seguridad qué puerta abrir. Lily se puso en pie.

Neville se había quitado su traje de boda de color claro. Ahora tenía un aspecto más familiar, vestido con una chaqueta de color verde oscuro, aunque estaba cortada con mucho más esmero y le sentaba mejor que su uniforme de los fusileros. La miró rápidamente de arriba abajo y se inclinó.

—Tienes mejor aspecto —dijo—. Espero que hayas dormido bien.

—Sí, gracias, señor —respondió e hizo una mueca. Debía acordarse de no llamarlo así.

—Estabas profundamente dormida cuando he entrado a verte antes. Estás muy bonita.

—Gracias a Dolly —dijo, sonriéndole a la criada—. Me ha planchado el vestido y ha conseguido domarme el pelo. ¿No es muy amable por su parte?

—Por supuesto. —Enarcó las cejas—. Puedes dejarnos... Dolly.

—Sí, milord. —La doncella hizo una profunda reverencia, sin levantar los ojos hacia él, y se apresuró a salir de la habitación.

Bueno, Lily comprendía esta reacción. Había visto cómo los soldados abandonaban su presencia de una manera parecida —aunque sin hacerle una reverencia, claro— cuando él fijaba su mirada en ellos. Sus hombres siempre habían sentido adoración por él y terror de incurrir en su desagrado. Terror, Lily nunca lo había sentido.

—Mi nombre es Neville, Lily —dijo él—. Por favor, úsalo. Voy a llevarte a la sala para tomar el té. No te preocupes. Varios de mis invitados se han marchado ya, así que no quedará un número tan abrumador. En su mayoría son miembros de mi familia. Estaré a tu lado. Solo sé tú misma.

Pero ¿algunas de aquellas personas tan importantes que había visto la noche anterior estarían allí, reunidas en la sala? ¿Y él la llevaba a reunirse con ellas? ¿Qué haría cuando se las presentaran? ¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? ¿Qué pensarían de ella? Supuso que no tendrían muy buena opinión. Había vivido la mayor parte de su vida con el ejército y era muy consciente de la enorme distancia que separaba a los soldados —incluido su padre— de los oficiales. Y aquí estaba ella, la esposa de un conde, haciendo su primera aparición en su casa el mismo día en que iba a casarse con otra, con una dama de su propia clase, de eso no tenía ninguna duda. Sería difícil imaginar una situación menos deseable.

Pero durante toda su vida Lily se había visto empujada a situaciones difíciles, ninguna elegida por ella. Había crecido con un ejército en guerra. Se había adaptado a toda clase de lugares, situaciones y personas. Incluso había vivido siete meses en lo que muchas mujeres considerarían un destino peor que la muerte.

Por ello, avanzó y se apoyó en el brazo que Neville le ofrecía, sin mostrar su ansiedad interna, y salieron al ancho pasillo que recordaba de antes. Descendieron por una de las grandiosas escalinatas curvadas. Miró hacia abajo, por encima de la barandilla, hacia el vestíbulo embaldosado de mármol y hacia arriba, a la cúpula dorada y con ventanas. Notó de nuevo la sensación de haber quedado empequeñecida, aplastada.

—Esperaba una casa de campo grande —dijo.

—¿Cómo dices?

—Tu casa —explicó—. Esperaba una gran casa de campo con un amplio jardín.

—¿De verdad, Lily? —La miró con aire grave—. Y en cambio, has encontrado esto. Lo siento.

—Pensaba que solo los reyes vivían en casas así —dijo, y se sintió realmente estúpida, en especial cuando vio que sus ojos se llenaban de arruguitas en el extremo y comprendió que había dicho algo que le divertía.

Estaban acercándose a dos enormes puertas dobles y uno de los lacayos vestidos de librea esperaba para abrirlas. Lily vio que era el criado que había conocido la noche anterior. Incluso se acordaba de cómo lo había llamado el sirviente de más categoría. Su vida con el ejército la había hecho hábil para recordar caras y nombres. Sonrió cálidamente.

—¿Cómo está, señor Jones? —preguntó.

El lacayo pareció sobresaltarse, se sonrojó visiblemente bajo la peluca blanca, inclinó la cabeza y abrió las puertas. Lily levantó la mirada y vio que en el rabillo de los ojos de Neville volvía a haber arruguitas. También estaba apretando los labios para no echarse a reír.

Pero no tuvo oportunidad de pensar más en aquel asunto porque, en cuanto entraron en la sala, se vio asaltada por tantas impresiones de golpe que se quedó como atontada y sin respiración. Estaba la grandiosidad y magnificencia de la propia estancia; dentro habrían cabido fácilmente cuatro de sus casas de campo. Pero más intimidante que la sala era el número de personas que la ocupaba. ¿Era posible que ya se hubieran marchado a casa algunos de los invitados a la boda? Todos los presentes iban vestidos con menos magnificencia que la noche anterior o que aquella misma mañana, pero incluso así Lily se dio cuenta de repente de que su propio y preciado vestido de muselina era muy corriente y su peinado muy sencillo. ¡Por no hablar de sus zapatos!

Neville la condujo, en medio del silencio que se había hecho a su entrada, hacia una señora de edad, con un porte regio y un cabello oscuro con unas atractivas canas. Estaba sentada, con un delicado platillo en una mano y una taza en la otra. Parecía haberse quedado paralizada en aquella posición. Sus cejas se arqueaban delicadamente hacia arriba.

—Mamá —dijo Neville, inclinándose ante ella—, ¿me permites que te presente a Lily, mi esposa? Esta es mi madre, Lily, la condesa de Kilbourne. —Respiró audiblemente y, en voz más baja, añadió—: Perdón... la condesa viuda de Kilbourne.

Lily vio que era la dama que estaba de pie en la parte frontal de la iglesia por la mañana, la que lo había llamado a él por su nombre. Era su madre, que dejó la taza y el plato y se puso en pie. Era alta.

—Lily —dijo sonriendo—, bienvenida a Newbury Abbey, querida, y a tu familia. —Y cogiéndole una mano, se inclinó para besarla en la mejilla.

Lily notó un fugaz olor a perfume caro y exquisito.

—Es un placer conocerla —dijo, nada segura de que ninguna de las dos hablara con sinceridad.

—Permíteme que te presente a todos los demás, Lily —dijo Neville. En la sala había un asombroso silencio—. O mejor no. Podría ser demasiado abrumador para ti. ¿Qué tal una presentación general por el momento? —Se volvió y sonrió a todo el mundo.

Pero la condesa viuda tenía otras ideas y se lo hizo saber.

—Por supuesto que Lily debe ser presentada a todo el mundo, Neville —dijo, enlazando el brazo de la joven en el suyo—. Es tu condesa. Ven, Lily, a conocer a tu familia y tus amigos.

Siguió un rato desconcertante, que a Lily le pareció que duraba horas, aunque era dudoso que hubiera excedido de un cuarto de hora. Le presentaron al caballero del pelo plateado y a la dama con todos los anillos que había visto abajo la noche anterior y supo que eran el duque y la duquesa de Anburey, hermano y cuñada de la condesa viuda. Le presentaron a su hijo, el marqués de algo imposiblemente largo. Y luego solo fue consciente de caras, todas las cuales pertenecían a personas con nombres de pila y apellidos y —con demasiada frecuencia— títulos además. Algunas eran tías o tíos. Algunas eran primos, de primero o segundo grado o incluso más lejanos. Algunas eran amigas de la familia o amigos de su esposo o amigos de alguien. Algunos inclinaban la cabeza ante ella. Varios de los más jóvenes se inclinaban ante ella o le hacían una reverencia. La mayoría sonreía; algunos no. Demasiados le hablaban y a ella no se le ocurría nada que decir, excepto que era un placer conocerlos a todos.

—Pobre Lily. Pareces totalmente desconcertada —dijo la señora de detrás de la bandeja del té, cuando la joven llegó finalmente hasta ella, acompañada por la condesa viuda—. Ya basta por hoy, Clara. Ven, siéntate en esta silla, Lily, y toma una taza de té y un sándwich. Soy Elizabeth. Apuesto a que no lo oíste la primera vez y, en realidad, no importa si lo has olvidado la próxima vez que me veas. Nosotros solo tenemos que recordar un nombre, mientras que tú tienes una multitud. Con el tiempo, llegarás a acordarte de todos. Toma, querida.

Había servido una taza de té mientras hablaba y se la tendió a Lily con una fuente de diminutos sándwiches a los que les habían recortado la corteza. Lily no tenía hambre, pero no quiso rehusar. Cogió un sándwich y entonces descubrió que si quería beber, como deseaba hacer ardientemente, primero tenía que comerse el sándwich para tener una mano libre para poder llevarse la taza a los labios. La porcelana era tan delicada y bonita que sintió un súbito terror a dejarla caer y que se hiciera añicos.

La mano de Neville se apoyó en su hombro.

Lily observó con cierto alivio que la sala ya no estaba en silencio y que ya no era el centro de la atención de todos. Dedujo que todos estaban siendo corteses. Escuchó la conversación que fluía a su alrededor mientras comía su sándwich y conseguía tomar un sorbo de té sin causar una catástrofe. Pero tampoco la dejaban de lado. Personas cuyos nombres no podía recordar —¡vaya momento para que le fallara su habitual don de memoria!— insistían en tratar de que participara en la conversación. Algunas damas estaban teniendo una animada discusión sobre los méritos relativos

de dos tipos de sombrero.

—¿Qué opinas tú, Lily? —preguntó amablemente una de ellas, una pelirroja vestida con elegancia. ¿Era una de las primas?

—No lo sé —dijo Lily, para quien un sombrero era simplemente algo para protegerse del sol.

Luego hablaron de un teatro de Londres y mostraron opiniones divergentes sobre si el público prefería comedias o tragedias. Lily recordó con una grata nostalgia las farsas que los soldados montaban a veces, para diversión del regimiento.

—¿Qué opinas, Lily? —preguntó un caballero, un hombre todavía joven, de cara agradable y pelo en retirada. ¿Era un familiar o uno de los amigos?

—No lo sé —respondió Lily. Hablaron de un concierto al que varios habían asistido en Londres, unas semanas antes. La duquesa de Anburey opinaba que Mozart era el genio musical más grande que había existido. Un caballero corpulento, de cara roja, se mostró en desacuerdo y habló a favor de Beethoven. Había firmes partidarios en ambos bandos.

—¿Qué opinas, Lily? —preguntó la duquesa.

—No lo sé —dijo Lily, que no había oído hablar de ninguno de los dos caballeros.

Empezó a preguntarse si le pedían su opinión deliberadamente, sabiendo que no sabía nada, que era casi tan ignorante ahora como el día en que nació. Pero tal vez no. No parecían mirarla con intención maliciosa.

Ahora hablaban de libros; los caballeros defendían los tratados políticos y filosóficos y algunas de las damas defendían la novela como forma legítima de arte.

—¿Qué novelas has leído, Lily? —preguntó una joven vestida y peinada con una extrema elegancia.

—No sé leer —admitió Lily.

De repente, pareció que todo el mundo se sentía violento. Se produjo un embarazoso silencio que nadie parecía tener prisa por romper. Lily siempre había querido leer. Cuando era niña, sus padres le contaban historias y siempre había pensado que sería maravilloso ser capaz de coger un libro y escapar al interior de aquellos mágicos mundos de la imaginación siempre que lo deseara, o adquirir conocimientos de cosas que ignoraba. Era tan ignorante... Pero nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela y su padre, que sabía leer un poquito y escribir su nombre, siempre se había declarado incompetente para enseñarle.

Neville se inclinó sobre ella, desde detrás de la silla. Pensó con alivio que la iba a rescatar y llevársela de la sala. Pero antes de que pudiera hacerlo, habló la señora de detrás de la bandeja del té... Elizabeth. Lily había observado antes que era muy bella, aunque ya no era joven. Tenía una gracia y elegancia que Lily envidiaba y una cara llena de personalidad y el cabello tan rubio como el de Neville. Era su tía.

—Apuesto a que Lily es un libro viviente —dijo, sonriendo amablemente—. Nunca he podido viajar más allá de estas costas, Lily, porque ha habido una desdichada guerra u otra casi durante toda mi vida adulta. Me encantaría viajar y ver todos los países y culturas sobre las que solo he podido leer. Tú debes de haber visto

varios. ¿Dónde has estado?

—En la India —dijo Lily—. En España y Portugal. Y ahora en Inglaterra.

—¡La India! —exclamó Elizabeth, contemplando admirada a Lily—. Los hombres vuelven a casa desde esos lugares, ¿sabes?, y solo hablan de esta batalla y de aquella escaramuza. ¡Qué afortunados somos de tener una mujer que nos pueda contar cosas más interesantes e importantes! Háblanos de la India. No, es un tema demasiado amplio y seguro que se te trababa la lengua. ¿Y la gente, Lily? ¿Son muy diferentes de nosotros en lo esencial? Háblanos de las mujeres. ¿Cómo visten? ¿Qué hacen? ¿Cómo son?

—Yo adoraba la India —respondió Lily, y por un instante, el recuerdo le iluminó la cara y le hizo brillar los ojos—. Y la gente era muy sensata. Mucho más que en nuestro propio país.

—¿Cómo es eso? —le preguntó uno de los caballeros jóvenes.

—Vestían con mucha sensatez —dijo Lily—. Tanto los hombres como las mujeres llevaban ropa ligera, suelta, para defenderse del calor. Los hombres no tenían que llevar las chaquetas abotonadas hasta el cuello todo el día ni alzacuellos de piel que les apretaran la garganta ni pantalones ajustados y botas de piel que les quemaban las piernas y los pies. No es que fuera culpa de nuestros pobres soldados; solo obedecían órdenes. Pero con mucha frecuencia, parecían remolachas hervidas.

Hubo un estallido de risas, sobre todo entre los caballeros; las damas parecían bastante escandalizadas, aunque unas cuantas de las más jóvenes se reían con disimulo. Elizabeth sonreía.

—Y las mujeres no eran tan tontas como para llevar corsé —añadió Lily—. Me atrevo a decir que nuestras mujeres no habrían tenido vahídos con tanta frecuencia si hubieran seguido el ejemplo de las mujeres indias. Las mujeres pueden ser muy tontas... y todo en nombre de la moda.

Una de las señoras de más edad —Lily no recordaba su nombre ni el parentesco con el resto de la familia— se llevó la mano a la boca y ahogó un sonido de zozobra provocado por la mención del corsé en público.

—Muy tontas, realmente —admitió Elizabeth.

—Ah, pero los vestidos de las mujeres... —Lily cerró los ojos por un momento y se sintió transportada de vuelta al país que tanto había amado; casi podía oler el calor y las especias—. Sus saris. No les hacían falta joyas para realzar esas prendas. Pero llevaban pulseras de cristal que tintineaban en sus muñecas y anillos en la nariz y puntos rojos aquí. —Se llevó el dedo medio a la frente, por encima del puente de la nariz y dibujó un círculo con él—. Para mostrar que estaban casadas. Está claro que los hombres no tienen que echar miradas disimuladas a sus dedos, como hacen nuestros hombres, para ver si pueden cortejarlas libremente. Lo único que tienen que hacer es mirarlas a los ojos.

—Entonces ¿no tienen ninguna excusa para fingir que no lo sabían? —preguntó, con ojos chispeantes, el joven caballero del nombre largo, el marqués—. No me parece muy justo.

Varios de los jóvenes se rieron.

—¿Sabían —preguntó Lily, inclinándose ligeramente hacia delante y mirando alrededor— que los saris son en realidad solo una tira de ropa muy larga que se enrolla al cuerpo hasta parecer el más exquisito de los vestidos? No hay puntos de costura ni cintas ni agujas ni botones. Una de las mujeres, que era amiga de mi madre, me enseñó cómo hacerlo. Estaba muy orgullosa de mí misma la primera vez que intenté ponérmelo sin ayuda. Pensaba que parecía una princesa. Pero no había dado más de tres pasos cuando se me cayó y me quedé allí de pie, en enaguas. Me sentí muy estúpida, se lo aseguro. —Se echó a reír alegremente, igual que la mayoría de los presentes.

—Cielo santo, niña. —Era la condesa, que se había reído, pero que ahora parecía un poco avergonzada.

—Creo que tenía seis o siete años, en aquel momento —dijo Lily sonriéndole— Y todos pensaron que eran muy divertido, todos excepto yo. Creo recordar que rompí a llorar. Más tarde, aprendí a llevar un sari como es debido. Creo que todavía recuerdo cómo hacerlo. No hay forma de vestir más encantadora, se lo aseguro. Ni país más maravilloso que la India. Siempre que mis padres me contaban cuentos, imaginaba que sucedían allí, en la India, fuera del campamento británico. Allí, donde la vida era más luminosa y llena de color, misteriosa y romántica que la vida en el regimiento.

—Si hubieras ido a la escuela, Lily —dijo el caballero con el pelo rubio en retroceso— te habrían enseñado que cualquier otro país y cualquier otro pueblo son inferiores a Gran Bretaña y a los británicos. —Pero, mientras lo decía, sus ojos reían.

—Entonces, quizá valga la pena no haber ido a la escuela —respondió Lily.

Él le hizo un guiño.

—La verdad es, Lily —dijo Elizabeth—, que hay una escuela de experiencia donde aquellos con inteligencia, una mente abierta e inquisitiva y un agudo poder de observación pueden aprender valiosas lecciones. Me parece que has sido una alumna diligente.

Lily le dedicó una amplia sonrisa. Durante unos minutos había olvidado su ignorancia y su inferioridad ante todas aquellas personas tan importantes. Había olvidado que estaba asustada.

—Pero te hemos tenido hablando demasiado tiempo y tu té se ha enfriado —prosiguió Elizabeth—. Ven. Déjame que te vacíe la taza y te sirva una nueva.

Entonces le pidieron a una de las jóvenes —la del cabello rojo— que tocara el piano en la sala de música adyacente y varias personas la siguieron allí, dejando abiertas las puertas dobles. Neville se sentó junto a Lily, en el lugar que acababa de quedar vacío.

—¡Bravo! —dijo, en voz baja—. Lo has hecho muy bien.

Pero Lily estaba escuchando la música. Se sentía subyugada. ¿Cómo podían unos sonidos tan ricos y armoniosos salir de un único instrumento, producidos por solo diez dedos humanos? Debía de ser maravilloso poder hacerlo. Pensó que daría casi todo lo que poseía en el mundo, para poder tocar el piano y para poder leer y hablar de sombreros y de tragedias y para saber cuál era la diferencia entre Mozart y

Beethoven.

Era tan terrible, tan atrozmente ignorante...

Capítulo 7

Neville estaba de pie en la escalinata de mármol, fuera de la casa, viendo cómo Lily se alejaba, paseando, con Elizabeth y el duque de Portfrey, en dirección al jardín de rocas. Comprendía que si Lily tenía que actuar como su condesa, iba a tener que hacerlo sin que él diera vueltas a su alrededor en todo momento, listo para rescatarla en cuanto pareciera en apuros, como había estado a punto de hacer cuando ella reconoció que era analfabeta. Había notado la sorpresa de todos y la vergüenza de Lily y estaba resuelto a llevársela y evitarle ninguna humillación más. Pero Elizabeth había llegado, magnífica, al rescate con sus preguntas sobre la India y Lily se había transformado, de súbito, en una estudiosa del mundo, cálida, relajada e informada. Cierto que había escandalizado a algunas de sus tías y primas con sus francas referencias a las enaguas y los corsés y demás. Pero parecía que había seducido a más de un par de sus parientes.

Por desgracia, su madre no era uno de ellos. Había esperado hasta que Lily se fuera y que todos, salvo unos cuantos íntimos de la familia, se retiraran después del té.

—Neville —le dijo—, no consigo imaginar en qué estabas pensando. Es una mujer absolutamente imposible. No tiene conversación ni educación ni ninguna habilidad; no tiene... no tiene presencia. ¿Y no tiene nada más adecuado que ponerse para tomar el té de la tarde que esa lamentable prenda de muselina? —Pero su madre no era de las que se regodean en sentimientos de derrota. Se irguió y cambió de tono—. Pero es poco lo que podemos ganar lamentándonos de que es imposible, ¿verdad? Sencillamente, debemos convertirla en posible.

—Yo la he encontrado condenadamente bonita —dijo Hal Wollston, su primo.

—Por supuesto, Hal —dijo lady Wilma Fawcitt, la pelirroja, hija del duque de Anburey, con un tono que sonaba desdeñoso—. Como si ser bonita tuviera nada que ver con esto. Estoy de acuerdo con tía Clara. ¡Es imposible!

—Quizá —dijo Neville con un tranquilo énfasis— sería conveniente que recordaras, Wilma, que estás hablando de mi esposa.

Ella chasqueó la lengua, pero no dijo nada más.

Su madre se levantó para salir de la estancia.

—Debo volver a casa para ver qué hacemos con la pobre Lauren —dijo— Pero mañana me trasladaré de nuevo a la abadía, Neville. Va a necesitar una dueña y está claro que Lily no será capaz de asumir este cometido durante algún tiempo. Me encargaré de adiestrarla.

—Hablaremos de esto en otro momento, mamá —dijo él—, aunque estoy de acuerdo en que sería mejor que te trasladaras aquí. Sin embargo, no consentiré que

nadie haga que Lily se sienta desdichada. Todo esto es muy difícil para ella. Mucho más difícil que para cualquiera de nosotros.

Había salido de la habitación antes de que nadie pudiera decir nada más y se había quedado allí, en la escalinata. Se dijo que había días tan poco interesantes que al cabo de una semana nadie recordaba nada de lo que había sucedido en ellos. Y también había días que parecían llenos a desbordar de toda una vida de experiencias. Este era, sin lugar a dudas, uno de esos días.

Había escrito varias cartas al volver de casa de la condesa viuda y después de entrar a ver a Lily, que estaba profundamente dormida. Ya las había enviado. No sería fácil tener paciencia para esperar las respuestas.

La verdad era que, pese a toda su solicitud, pese a toda su aparente calma, sencillamente no estaba seguro de que Lily fuera su esposa.

Se habían casado sin licencia y sin que se leyeran las amonestaciones de costumbre. El capellán del regimiento le había asegurado que la boda era totalmente legal y había extendido los papeles debidos, para que Neville los firmara y Lily pusiera su marca y también los habían firmado Harris y Rieder, como testigos. Pero Parker-Rowe había muerto en la emboscada del día siguiente. Harris había informado de que las pertenencias de los muertos se habían quedado con ellos, en el paso.

Eso parecería indicar que el matrimonio nunca se había registrado. En consecuencia, ¿no era un matrimonio? ¿Era nulo? Neville suponía que su mente había pensado en esa posibilidad antes de hoy. Pero nunca había hecho más indagaciones. Carecía de importancia. Lily estaba muerta.

Pero ahora estaba viva y en Newbury Abbey. La había reconocido como su esposa y su condesa. Le había causado dolor a Lauren. Todas sus vidas estaban del revés. Pero, tal vez, el matrimonio no era legal. Le había escrito a Harris —ahora capitán Harris, parecía— y a varias autoridades civiles y eclesiásticas para averiguarlo.

¿Y si, después de todo, Lily y él no estuvieran casados legalmente?

¿Debía mencionarle sus dudas ahora antes de saber la respuesta? ¿Debía mencionárselas a alguien más? La pregunta pesaba en su interior desde que se le había ocurrido, mientras estaba en la playa con ella, mirando el mar. Pero había decidido guardarse sus dudas hasta saber la respuesta. De todos modos, no estaba seguro de que fuera a cambiar mucho las cosas. Se había casado con Lily de buena fe. Había hecho unas promesas que tenía toda la intención de cumplir. Había consumado su matrimonio con ella.

Y la había amado.

Pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de Lauren, balanceándose lentamente hacia delante y hacia atrás en el columpio del árbol, vestida con su traje de novia, abatida y aceptando su desilusión en silencio y, seguramente, a punto de estallar con la cólera que a él le había dicho que no tenía sentido. Una novia rechazada y humillada en el día de su boda.

Se dijo que era un embrollo de todos los demonios. Se sentía abrumado por la

culpa, aunque el sentido común le decía que no podía, de ninguna manera, haber previsto los acontecimientos del día.

Lily daba gracias por estar al aire libre de nuevo; fuera de aquella enorme y sobrecogedora mansión y lejos de aquella desconcertante multitud de personas.

Elizabeth le había propuesto dar un paseo hasta el jardín de rocas, que tenía un nombre extraño, porque tenía muchas más flores y árboles ornamentales que rocas. Lo recorrían unos senderos de grava serpenteantes y unos cuantos asientos de hierro forjado, bien situados, permitían que el paseante se sentara y apreciara la refinada belleza. Lily estaba más acostumbrada a la belleza salvaje, pero decidió que un jardín creado y atendido con cariño por los jardineros tenía su encanto.

Elizabeth caminaba del brazo del duque de Portfrey. A Lily le habían vuelto a decir cómo se llamaba, pero se había fijado en él en el salón, en parte porque era un caballero muy distinguido. Suponía que debía de tener unos cuarenta años, aunque seguía siendo apuesto. No era muy alto, pero su porte esbelto y digno le hacía parecer más alto de lo que era. Tenía unos rasgos aristocráticos marcados y el cabello oscuro, que se había vuelto plateado en las sienes. Sin embargo, se había fijado en él, principalmente, porque la observaba más atentamente que los demás. A decir verdad, apenas había apartado los ojos de ella. Había una extraña expresión en su cara; casi de perplejidad.

Mientras paseaban, le hizo unas cuantas preguntas muy concretas.

—¿Quién era su padre, Lily? —preguntó

—El sargento Thomas Doyle, del Noventa y nueve, señor —respondió.

—¿Y dónde vivía antes de alistarse en el ejército? —inquirió.

—Creo que en Leicestershire.

—Ah —dijo—, ¿dónde exactamente de Leicestershire?

—No lo sé. —Su padre nunca hablaba mucho del pasado. Sin embargo, algo que dijo una vez la había llevado a pensar que se había ido de casa y se había enrolado en el ejército porque no era feliz.

—¿Y su familia? —preguntó el duque—. ¿Qué sabe de ellos?

—Muy poco, señor —contestó—. Creo que tenía padre y un hermano vivos.

—Pero ¿nunca los visitó?

—No, señor —dijo negando con la cabeza.

—¿Y su madre?—insistió—¿Quién era?

—Se llamaba Beatrice —dijo—. Murió en la India cuando yo tenía siete años. Murió de fiebres.

—¿Y su nombre de soltera, Lily?

Elizabeth se echó a reír.

—¿Estás pensando en escribir una biografía, Lyndon? —preguntó—. Por favor, Lily, no te sientas obligada a contestar. Todos sentimos curiosidad por saber cosas de ti, porque nos has sido presentada, de repente, como esposa de Neville y porque tu vida ha sido tan fascinantemente diferente de la nuestra. Tienes que perdonarnos si

parecemos casi maleducados de tan inquisitivos que somos.

Lily se sintió aliviada al ver que el duque no le hacía más preguntas. Encontraba sus ojos azules bastante desconcertantes. Daba la impresión de ser capaz de ver dentro de la mente de cualquier persona.

—¿Sabe cómo se llaman estas flores? —le preguntó a Elizabeth—. Son preciosas, pero diferentes de las que yo conozco.

Se sentaron en uno de los bancos mientras Elizabeth nombraba cada flor y cada árbol y Lily se aplicaba a memorizar sus nombres: altramuces, malvarrosas, alhelíes, azucenas, iris, eglantinas, lilas, cerezos, perales. ¿Conseguiría acordarse de todos alguna vez? El duque de Portfrey paseaba por los senderos mientras ellas hablaban, aunque se detuvo un rato en el extremo inferior del jardín de rocas para mirar de nuevo a Lily.

Lady Elizabeth permaneció de pie, junto a la fuente, viendo cómo Lily se dirigía de vuelta hacia la casa. Parecía pequeña y bastante perdida, pero había declinado su ofrecimiento de acompañarla hasta su habitación. Había dicho que creía que recordaba el camino.

—Es valiente —dijo Elizabeth, más para ella misma que para el duque de Portfrey, que estaba a su lado.

—Debo darte las gracias, Elizabeth —dijo el duque, con un tono muy formal— por señalar que mis preguntas eran de mala educación y excesivamente inquisitivas.

Ella dio media vuelta para mirarlo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó sonriendo, contrita—. Te he ofendido.

—No, en absoluto —respondió, haciéndole una ligera reverencia—. Estoy seguro de que tenías razón.

—Pobre niña. Una siente que es una niña, aunque si Neville se casó con ella hace más de un año, no puede ser tan joven, ¿verdad? Es menuda y parece muy frágil; sin embargo, ha vivido en la India, Portugal y España con el ejército. No puede haber sido fácil. Y estuvo prisionera de los franceses casi un año. ¿Qué interés particular tienes en ella?

El duque enarcó las cejas.

—¿No acabas de decirlo tú misma? —preguntó—. Es alguien que despierta curiosidad. Y no podía haber elegido un momento mejor para aparecer ni aunque lo hubiera hecho con toda la intención de conseguir un efecto deliberado.

—Pero seguramente no crees que fue así, ¿verdad?

—No, no. —Estaba mirando, con aire meditabundo, la puerta por la que había desaparecido Lily—. Es muy bella. Incluso ahora. Cuando Kilbourne haya gastado dinero en ropa y joyas para ella y la haya vestido a la moda... —No completó la idea; no era necesario.

Elizabeth no dijo nada. Nunca había podido explicar, ni siquiera a sí misma, la naturaleza de su relación con el duque de Portfrey. Hacía varios años que eran amigos. Había una comodidad y una intimidad entre ellos que eran raras entre un

hombre y una mujer solteros. Pero también había distancia. Tal vez era la distancia inevitable al ser de sexo diferente pero no amantes.

A veces, Elizabeth se preguntaba si se convertiría en su amante si él se lo pedía. Pero él nunca lo había hecho. Tampoco le había pedido que fuera su esposa. Se alegraba de ello. Aunque había vivido su juventud y hasta los treinta con la esperanza de encontrar un hombre que le importara lo bastante para casarse con él, ya no estaba segura de estar dispuesta a renunciar a la independencia que tanto valoraba.

Pero, algunas veces, pensaba que le gustaría la experiencia de ser amada —físicamente amada— por el apuesto duque de Portfrey.

Él se había casado siendo muy joven, un matrimonio breve y trágico. En aquel entonces, era oficial del ejército y no tenía esperanzas de heredar el título ducal de su padre porque era el segundón. Se había casado en secreto antes de partir con su regimiento, primero a los Países Bajos y luego a las Antillas, dejando atrás a su reciente esposa y su matrimonio sin desvelar. Ella había muerto antes de su vuelta. Aunque de eso hacía años y años, con frecuencia Elizabeth sentía que nunca se había recuperado del todo de aquella experiencia; que quizá nunca se había perdonado por dejarla, por no estar con ella cuando murió en un accidente de carruaje, por no estar allí para asistir a su funeral.

Elizabeth sentía que era casi como si no hubiera aceptado del todo aquella muerte ni hubiera olvidado a su esposa, aunque jamás hablaba de ella. Era un hombre taciturno al que nunca había comprendido del todo. Se dijo que, tal vez, en eso residía su fascinación.

Y ahora parecía fascinado por Lily, una mujer joven a la que acababa de describir —muy acertadamente— como bella. Y la propia Elizabeth tenía treinta y seis años. Sonrió irónica.

—¿Entramos? —propuso—. Está refrescando.

Él le ofreció el brazo.

Lily trató de recrear en su mente el sueño que había guardado allí durante más de un año. Qué ridículo le parecía ahora, al pensarlo. Se había imaginado llegando a aquella casa de campo grande, con su bonito jardín inglés —su padre siempre decía que los jardines ingleses eran más bonitos que cualquier otro jardín del mundo— y ver la enorme alegría en la cara de Neville cuando abriera la puerta y se la encontrara allí, de pie en el umbral. La rodearía con sus brazos y la estrecharía tan fuerte que la dejaría sin respiración y entonces ella le contaría lo que había pasado y él le perdonaría la parte que necesitaba perdón y vivirían felices por siempre jamás. Tendría un hogar, un lugar permanente al que pertenecería y que podría convertir en suyo. En su sueño, no había nadie más, solo Neville y ella.

Lily suspiró mientras abría una de las largas ventanas de su dormitorio y respiraba el aire frío de la noche. ¿Había creído de verdad en aquel sueño alguna vez? Probablemente no. No era tan ingenua como para imaginar que la vida pudiera

ser tan sencilla. Siempre había sido consciente de la distancia social insuperable que había entre los oficiales y los soldados... y sus mujeres. Y su matrimonio había sido tan súbito y tan, tan breve... Pero el sueño la había sostenido durante muchos momentos difíciles. Y se dijo que, a veces, era mejor tener un sueño poco realista que contar solo con la fría verdad de la realidad.

Era la condesa de Kilbourne, señora de todo aquello... a menos que, después de todo, él decidiera divorciarse de ella, aunque no creía que lo hiciera. Toda la situación era absurda. El té había sido una pesadilla. Y la cena todavía peor. No había sabido qué comida o bebida aceptar de los sirvientes, qué cuchillos, tenedores y cucharas usar con qué platos. Si Neville no le hubiera tocado la mano, casi al principio de la comida, susurrándole que hiciera lo mismo que él y si Elizabeth no hubiera atraído su atención desde el otro lado de la mesa y, haciéndole un guiño, no hubiera cogido los cubiertos que se necesitaban para el plato que servían en aquel momento, habría hecho el ridículo más espantoso.

Y después, en el saloncito, de nuevo toda aquella conversación. Quizá habría sido maravilloso escuchar lo que decían, si hubiera podido volverse invisible, si los demás, por alguna razón, no hubieran tratado de incluirla. Cada vez que abría la boca, revelaba más y más su ignorancia.

Volvía a llevar su vestido de muselina verde, aunque Dolly la había peinado de otra manera. Todos los demás se habían cambiado y esto hizo que se sintiera todavía menos agraciada y sin estilo que antes. Odiaba que la hicieran sentirse consciente de esas cosas. Antes, nunca le había importado especialmente lo que llevaba puesto. La ropa solo era algo que se ponía para estar fresca o caliente o por pura decencia. Pero aquí la ropa decía algo de la posición social.

Mientras se apartaba de la ventana y se dirigía hacia la cama, se dijo que esta iba a ser su vida. Se inclinó con la intención de recogerse los lados del camisón para no tropezar con el borde. Pero se detuvo y sonrió mirando los pies descalzos. Dolly había estado buena parte de la tarde en el vestidor, quitando el volante del final, acortando la prenda y volviendo a coser el volante. Fue muy amable por su parte, cuando era algo que Lily podía hacer perfectamente por sí sola. Pero cuando se lo dijo, Dolly se había echado a reír y había dicho, otra vez, que era divertida y las dos se habían reído sin razón alguna. La doncella le explicó que había sacado las cosas de la bolsa y había visto que no había ningún camisón dentro. No podía aceptar que la señora tropezara con el volante y se rompiera el cuello.

Alguien llamó a la puerta. ¿Dolly todavía estaba levantada? ¿Es que aquella chica no tenía tiempo libre?

—Adelante —dijo Lily.

Pero no era Dolly. Era Neville, muy apuesto con una larga bata de brocado azul. Lily recordó que le había dicho que, antes, mientras ella dormía, había entrado a ver cómo estaba. Se mordió el labio inferior, recordando su noche de bodas. Pero, casi al mismo tiempo, recordó con una punzada de dolor que esta tenía que haber sido la noche de bodas de Neville con otra mujer.

—Lily —preguntó él—, ¿tienes todo lo que necesitas?

Ella asintió.

—¿Estás... estás bien? —dijo, mirándola inquisitivo.

Ella asintió.

—Ha sido un día difícil para ti. Tal vez mañana será más fácil.

—¿La quieres? —No pudo evitar soltarlo así. Se quedó mirándolo fijamente, deseando poder recuperar las palabras, deseando no sentirse herida si la respuesta era que sí. Durante todo el tiempo que estuvo con Manuel y los partisanos, aferrándose a la esperanza de que un día volvería con el hombre que se había casado con ella, él estaba cortejando a otra mujer, quizá enamorándose de ella. Durante todo el tiempo que ella hacía su difícil viaje, él estaba preparando su boda con otra.

Él enlazó las manos a la espalda y la miró gravemente.

—Crecimos juntos —dijo—. Ella vivía aquí, en la abadía, con nosotros. Su madre se casó con mi tío, el hermano de mi padre, pero Lauren era la hija de un matrimonio anterior. Estábamos destinados el uno al otro desde la infancia. Siempre he sentido mucho afecto por ella. Cuando volví de la península, parecía que el paso lógico era que nos casáramos.

—¿Estabas prometido con otra persona cuando te casaste conmigo? —preguntó ella.

—No —respondió—. En realidad, no. En aquella época, me estaba rebelando contra la suerte que me había tocado en la vida. Incluso nosotros, los aristócratas privilegiados, lo hacemos, Lily. Y a ella le advertí que no me esperara.

—Entonces ¿yo fui parte de tu rebeldía? —le preguntó, comprendiendo que seguramente no podía haber un desprecio mayor hacia su vida anterior y hacia sus padres que casarse con la hija de un sargento.

—No, Lily. —La miraba frunciendo el ceño—. No, no fue así. Me casé contigo porque era necesario hacerlo, porque le había hecho una promesa a tu padre. Y porque quería hacerlo.

Sí. Era verdad. No debía empezar a creer que la había elegido cínicamente. Se había casado con ella porque era un hombre bueno y honorable. Y porque había querido. ¿Qué significaba aquello?

—Pero seguiste sintiendo afecto por ella —dijo.

—Sí, Lily.

No se le había pasado por alto que, en realidad, él no había contestado a su pregunta original. ¿Amaba a la mujer llamada Lauren? ¿Comprendía ahora el horrible error que había cometido al casarse con ella, aunque hubiera querido hacerlo siguiendo el impulso de un momento?

—Y hoy te habrías casado con ella —dijo.

—Sí. —No había apartado la mirada de ella—. La he conocido toda mi vida, Lily. Ella me esperó. Mi padre murió y yo volví para hacerme cargo de mis responsabilidades aquí. Uno de mis deberes era casarme con ella, para que la abadía tuviera una condesa. Y para engendrar hijos, en particular un heredero. Mi vida de rebeldía se había terminado. Y tú estabas muerta.

—No le hablaste a nadie de mí. —No era una pregunta. Se volvió y acarició el

sedoso brocado de las colgaduras de la cama. Tan pesadas y tan lujosas. Tan diferentes de todo lo que había conocido en su vida. Ojalá se hubiera quedado en Portugal. No sabía qué habría hecho allí, pero deseaba no haber vuelto. Tal vez podría haber seguido aferrada a parte del sueño...

—Lily —dijo él, como si le estuviera leyendo el pensamiento—, lloré por ti en lo más profundo de mi corazón. No lamento que hayas sobrevivido. De verdad que no, cariño. ¿Cómo podría?

No, era un hombre bondadoso. Siempre la había tratado con amabilidad y cortesía, incluso cuando ella solo era una niña y, a veces, debía de parecer alguien carente de importancia, en el mejor de los casos, y una molestia, en el peor. Por supuesto que nunca desearía que hubiera muerto, aunque su supervivencia representara un obstáculo en su cómodo camino al futuro.

—No fue porque no me importaras por lo que nunca hablé de ti —prosiguió— No fue porque no me importaras por lo que iba a casarme con Lauren esta mañana, solo un año y medio después de tu... tu muerte. Por favor, créeme.

Lo creía. Sí, a él le había importado. Lo suficiente como para casarse con ella. Lo suficiente como para susurrarle aquellas palabras de cariño la noche de su boda. Lo suficiente como para llorar por ella. Pero pensó que si fuera él quien hubiera muerto, ella lo habría llorado durante el resto de su vida. Nunca habría, nunca podría... Pero ¿cómo podía saberlo seguro? ¿Quién era ella para juzgarlo? Mientras tanto, había un obstáculo más insuperable incluso que el hecho de que él fuera el conde de Kilbourne y ella la antigua Lily Doyle.

—Yo... —Tragó saliva—. Sabes lo que me pasó en España, ¿verdad? ¿Lo comprendiste esta mañana?

Sintió como él la miraba fijamente, durante largo rato, mientras ella jugaba con el borde galonado de la cortina.

—¿Fue un solo hombre, Lily, o muchos? —preguntó.

—Uno. —Manuel, el cabecilla. Manuel, pequeño, nervudo, apuesto, con un atractivo misterioso, que mandaba en su banda de partisanos por medio del arrojo, el carisma y, en ocasiones, la intimidación—. No he sido sincera contigo.

—Fue una violación —dijo él, con aspereza.

—Yo... no luché. Dije no muchas veces y estaba totalmente decidida a... a morir antes que someterme, pero cuando llegó el momento no luché. —Le pesaba en la conciencia el no haberse resistido con más tenacidad al hombre que la había capturado.

—Mírame, Lily —dijo, con aquella voz queda y autoritaria del mayor que ella había conocido. A regañadientes, lo miró a los ojos—. ¿Por qué no luchaste?

—Había prisioneros franceses —empezó. Hablaba con la respiración entrecortada, tratando de no recordar lo que les había pasado—. Porque tenía miedo. Mucho miedo. Porque fui cobarde.

—Lily. —Seguía usando la misma voz. La miraba muy directamente a los ojos, haciendo que le fuera imposible apartar la mirada. De repente, era de nuevo su oficial al mando, no su esposo—. Fue violación. No fuiste cobarde. En cautividad, el

deber de un soldado es sobrevivir de la forma que pueda.... y tú eras la hija de un soldado y la esposa de un soldado. No se trató de cobardía. Fue violación. No fue adulterio. El adulterio requiere consentimiento.

Neville parecía tan seguro, tan convencido de lo que decía... ¿Podía ser verdad? ¿No fue cobarde? ¿Ni adúltera?

—Déjame que te abrace —dijo él suavemente. Ahora usaba una voz diferente—. Pareces sentirte muy sola, Lily.

Una mujer que llega a casa, a un mundo que le es ajeno y a un esposo que está a punto de casarse con otra. ¿Hasta qué punto puede sentirse despreciable? ¿No volvería a ser ella misma nunca, la persona serena, confiada y feliz que recordaba, la que, no sabía cómo, se había perdido después de una única noche de amor?

Dejó caer los hombros y se miró las manos. Cuando él se acercó hasta estar delante de ella, la cogió por los brazos y la atrajo hacia sí, se relajó unos momentos, volviendo la cabeza para apoyarla en su hombro, sintiendo su calor y su fuerza en todo su cuerpo. Se permitió el lujo de sentirse a salvo, querida, de sentir que había llegado a casa. Él olía bien... a almizcle, jabón y pura masculinidad.

Sin embargo, se sentía como alguien que llega al final del arco iris solo para descubrir que, después de todo, allí no hay nada... ningún caldero de oro, ni siquiera briznas del propio arco iris. Solamente... nada. Ni más fe en ningún arco iris. Solo su propio núcleo, con el cual construir una nueva identidad, una nueva vida.

Se apartó de él para no perderse en una dependencia que no era buena.

—Habría sido mejor para los dos —dijo— si hubiera muerto.

—No, Lily. —Habló con brusquedad.

—¿Me puedes decir que en el último año y medio no te ha pasado ni una sola vez por la cabeza que era mejor así?

Se detuvo solo brevemente, pero no le pasó por alto que él no se había apresurado a negarlo.

—Creo —siguió diciendo— que si hubiera vivido... si tú hubieras sabido que vivía... no me habrías traído aquí. Habrías encontrado alguna excusa para mantenerme lejos. Habrías sido bondadoso al respecto. Me habrías explicado que era por mi propio bien, y habrías tenido razón. Pero no me habrías traído aquí.

—Lily. —Había ido hasta una de las ventanas y miraba hacia fuera, a la oscuridad—. No puedes saberlo. Yo no puedo saberlo. No sé qué habría sucedido. Eras mi esposa. Significabas... mucho para mí.

Ah, significaba mucho para él. ¿No era la amada de su corazón como la había llamado aquella noche? Lily sonrió tristemente y se sentó en el borde de la cama, rodeándose con sus propios brazos para defenderse del frío de la noche.

—Creo —dijo— que esto es imposible. Decir que aquí estoy fuera de lugar es tan obvio que resulta risible. Ella no está fuera de lugar, ¿verdad? Lauren. Ella ha crecido en medio de todo esto y la han educado para ser tu esposa y tu condesa. En cambio, le hemos causado sufrimiento, tu futuro está destrozado y yo... Bueno.

—Lily. —Había vuelto a su lado, acuclillándose delante de ella y cogiéndole las manos—. Nada es imposible. Escúchate. ¿Es Lily Doyle la que habla? Lily Doyle que

recorrió la península a lo ancho y a lo largo, inmutable al calor del verano, al duro frío del invierno, a los peligros de las batallas y las emboscadas, a la incomodidad y las enfermedades del campamento? ¿Lily Doyle, que siempre tenía una sonrisa y una palabra de ánimo para todos? ¿La que veía belleza en los lugares más deprimentes? No hay nada imposible que tú, precisamente tú, no puedas hacer posible. Y yo te ayudaré. Unimos libremente nuestras vidas en aquella colina de Portugal. Debemos seguir en la brecha, Lily. No tenemos otra alternativa. No estoy seguro de desear siquiera que hubiera una alternativa.

No sabía si podría resucitar a aquella vieja Lily. Pero su fe en ella le dio ánimos.

—Quizá —dijo, sonriendo lánguidamente—. Es solo que estoy cansada y abatida. Tal vez mañana todo parezca mejor. Ha sido un día difícil para los dos. Gracias por tu bondad. De verdad, has sido muy bondadoso.

—¿Preferirías estar sola? —le preguntó—. Me quedaré y te abrazaré toda la noche si necesitas ese consuelo, Lily. No te obligaré a soportar otras atenciones.

Era tentador. Sería muy fácil relajarse de forma permanente, acomodarse en su bondad y su fuerza y llegar a sentirse tan poca cosa como había sido con Manuel. Pero, de alguna manera, si quería encontrar un medio de hacer frente a esta nueva vida, tan aterradora e imposible, no debía ceder a la necesidad de acogerse al consuelo de sus brazos... en especial aquello era lo único que quería de él.

—Preferiría estar sola —respondió.

Él le apretó las manos antes de soltárselas y ponerse en pie.

—Buenas noches, entonces —dijo—. Si acaso me necesitaras, esta noche o cualquier otra noche, mi vestidor se comunica con el tuyo y mi dormitorio está al otro lado. Si necesitas cualquier otra cosa, el tirador de la campanilla está junto a la cama. Acudirá tu doncella.

—Gracias —dijo—. Buenas noches.

De repente se preguntó cómo debía de sentirse su prometida... Lauren, esta noche. ¿Lo amaba? Lily sentía auténtica lástima de ella, atrapada en una situación de la cual era enteramente inocente y ante la cual era totalmente impotente. Tenía que haber sido su noche de bodas, pero era Lily quien estaba en la habitación de la condesa en su lugar.

Todo estaba absolutamente mal.

Capítulo 8

Lily había dormido demasiado durante el día. Por la noche, durmió inquieta y dos veces la despertó el mismo sueño, la vieja pesadilla. Siempre era la misma, en todos sus detalles.

Manuel estaba encima de ella, mientras ella permanecía echada debajo de él y entonces abría los ojos y lo veía a él... al mayor Newbury, Neville, de pie en el umbral de la cabaña, observando. Tenía aquella mirada en la cara que ella le había visto, algunas veces, inmediatamente después de una batalla, una mirada dura, fría, enloquecida por la lucha, casi inhumana y la mano, con los nudillos blancos, estaba en el puño de la espada. Estaba a punto de matar a Manuel y rescatarla. La esperanza aumentaba dolorosamente, mientras trataba de permanecer inmóvil para no alertar a Manuel.

El sueño siempre seguía igual. Después de permanecer allí, demudado e inmóvil durante unos momentos interminables, se volvía y desaparecía y ella perdía unos minutos preciosos mientras Manuel gozaba de ella.

En el sueño era libre de correr detrás de Neville, en cuanto Manuel acababa con ella, pero sus piernas estaban siempre demasiado débiles y el aire era demasiado espeso para atravesarlo. No tenía voz con la que llamarlo y nunca veía por dónde se había ido, qué dirección había tomado. Siempre había remolinos de niebla y el pánico la inmovilizaba. Y luego, y esa era la parte más cruel del sueño, la niebla se disipaba de repente y allí estaba él, a solo unos pasos de distancia, inmóvil, dándole la espalda.

En el sueño, también ella se detenía siempre en ese momento, con miedo a seguir, a tenderle los brazos, con miedo a ver qué habría en sus ojos si se volvía. Era el momento más aterrador del sueño y casi el momento final, cuando llegaba a la desesperación más espantosa y profunda. Porque durante ese segundo de indecisión, la niebla se arremolinaba de nuevo y él desaparecía y no volvía a verlo más.

Durante la primera noche en Newbury Abbey tuvo aquella pesadilla dos veces.

Se levantó cuando todavía era de noche, hizo la cama, se lavó con agua fría en el vestidor y se puso su viejo vestido de algodón azul. Tenía que salir a donde pudiera respirar. No se detuvo a coger un sombrero ni a ponerse sus viejos zapatos. Tenía que sentir la buena tierra bajo los pies. No encontró a nadie mientras se dirigía a la planta baja ni mientras se esforzaba por descorrer los pesados cerrojos de las puertas.

Por fin estuvo fuera, cuando empezaba a despuntar el día, allá hacia el este. Respiró llenándose los pulmones de aire frío. Notó como se le ponía la piel de gallina en los brazos desnudos y se le entumecían los pies. De inmediato se sintió en calma y

se puso en marcha hacia la playa.

No se detuvo hasta que alcanzó el borde del agua. El extremo de la tierra, el extremo del lugar y el tiempo. Al filo del infinito y la eternidad. El viento, que soplaba desde la vasta extensión de lo desconocido era fuerte, salado y frío. Le aplastaba el vestido contra el cuerpo y le alborotaba el pelo hacia atrás. Los pies se le hundían un poco en una arena esponjosa. Por encima de su cabeza las gaviotas chillaban, volando en círculos, como espíritus liberados del tiempo y el espacio. Por un momento, las envidió.

Pero solo por un momento. Esta mañana no sentía ningún deseo real de escapar al yugo de la mortalidad. Sus años con el ejército le habían enseñado algo sobre lo infinitamente precioso que era el momento presente. La vida era algo tan incierto, tan fugaz, tan lleno de pesares, horrores y miseria... y de asombro, belleza y misterio. Como todo el mundo, ella había vivido su parte de pesares. Una abundancia casi abrumadora de ellos había empezado justo al día siguiente del más desdichado y el más feliz de su vida, el día en que murió su padre y el mayor Newbury se casó con ella. Pero había sobrevivido.

¡Había sobrevivido!

Y ahora —ahora, en el más preciado de los momentos— era libre y estaba rodeada de una belleza tan elemental que le dolían el pecho y la garganta con el tormento que le producía. Y le parecía que el viento la atravesaba, en lugar de soplar a su alrededor, llenándola del misterioso espíritu de la propia vida.

¿Cómo podía no abrir los brazos y aceptar aquel regalo?

¿Cómo podía no soltar el lastre de los asfixiantes jirones de su sueño y de todos los recelos sobre su nueva vida que ayer la oprimían?

Por lo menos, era vida.

Y por lo menos, era nuevo. Nuevo siempre. Cada día.

Lily extendió los brazos hacia los lados, levantó la vista hacia el sol naciente y giró dos veces en la arena, abrumada por su fugaz vislumbre del corazón mismo del misterio.

Estaba viva.

¡Lo estaba!

Llena de nuevas esperanzas, nuevo valor, nueva exuberancia, se lanzó a explorar, eligiendo su camino cuidadosamente, con los pies descalzos, por las rocas del final de la playa, recreándose en el aislamiento cada vez mayor que le ofrecían los altos acantilados a su izquierda y el mar a su derecha. Pero el aislamiento no duró mucho. En cuanto dobló la punta de un promontorio, vio pequeñas barcas cabeceando en el agua delante de ella y pequeñas casas y otras construcciones agrupadas al pie del acantilado. Comprendió que debía de ser el pueblo de abajo, Lower Newbury, al pie de la escarpada colina que había visto junto a la posada.

Lily sonrió alegremente y continuó andando. Veía gente ya levantada moviéndose por el pueblo, aunque todavía debía de ser muy temprano. Gente corriente, como ella.

Lily se sentía feliz, cuando sus pies desnudos la llevaron finalmente a las verjas de Newbury Abbey y a la larga calzada para carruajes. Había subido por la empinada colina hasta Upper Newbury y cruzado el prado, saludando con la mano a las pocas personas que vio. Todas ellas, después de una ligera vacilación, le habían devuelto el saludo.

Era sorprendente cómo un nuevo día podía restablecer el ánimo y el valor.

Pero mientras pasaba frente al camino más estreche que Neville y ella habían seguido el día antes, al salir de la iglesia, vio que no estaba desierto. Había dos señoras caminando hacia ella, no muy lejos. Lily se detuvo y sonrió. Eran dos señoras jóvenes, vestidas con mucha elegancia, probablemente invitadas de la casa, aunque no reconoció a ninguna de las dos.

Una de ellas era alta y esbelta, con el pelo oscuro.

La otra era más baja y rubia y cojeaba ligeramente. Las dos eran encantadoras. Ver su inmaculada elegancia le recordó el aspecto que debía de tener, con su gastado vestido y los pies descalzos, con el pelo suelto, rizado y enredado por el viento y las mejillas, sin duda, sonrosadas por el aire y el ejercicio. Vaciló, a punto de alejarse. Después de todo, las señoras eran desconocidas.

Pero entonces, con un vuelco en el estómago, reconoció a la más alta, aunque el día antes llevaba la cara cubierta por un velo.

Y ellas dos la reconocieron a ella. Estaba muy claro. Se detuvieron. La miraban con los ojos muy abiertos y una idéntica mirada de consternación. Luego, la más alta se acercó.

—Es usted Lily —dijo. Ah, era muy hermosa pese a la palidez de su cara y a las oscuras ojeras que tenía bajo los ojos violeta.

—Sí. —Lily observó que la otra señora se había puesto rígida, con una evidente hostilidad—. Y usted es Lauren. La prometida del mayor Newbury.

—¿Mayor? —Lauren asintió, comprendiendo—. Ah, sí, Neville. Es un placer conocerla, Lily. Esta es lady Gwendoline, lady Muir, la hermana de Neville.

Su hermana. Su propia cuñada. Lady Gwendoline la miró sin disimular su desagrado y sin decir nada. Se quedó donde estaba.

En la cara de Lauren no había esa expresión. Ni ninguna otra. Era una máscara pálida.

—Siento muchísimo lo que pasó ayer —dijo Lily. ¡Oh, qué inadecuadas eran las palabras!—. De verdad que lo siento.

—Bueno. —Lily observó que Lauren no la miraba a los ojos—. Veamos el lado bueno. Mejor ayer que hoy o mañana. Pero ¿ha salido sin compañía ni una sirvienta, Lily ? No debería hacerlo. ¿Lo sabe Neville?

Lily sentía una irresistible necesidad de vencer lo terriblemente embarazoso del encuentro y decir algo que eliminara la mirada vacía de la mujer. Se dijo que debía de haber sufrido una terrible conmoción.

—Oh, he pasado una mañana maravillosa —le dijo a Lauren—. Bajé hasta la playa para ver salir el sol y luego crucé por las rocas, por curiosidad, y llegué al

pueblo de abajo. Algunos de los pescadores se estaban preparando para sacar las barcas y sus esposas los ayudaban y sus hijos corrían de un lado para otro, jugando. Hablé con varias personas y fueron muy amables conmigo. Desayuné con la señora Fundy, ¿la conocen?, y luego entretuve a los niños, mientras ella daba de comer al bebé. No sé cómo se las arregla para cuidar de cuatro niños tan pequeños y tener la casa ordenada al mismo tiempo, pero lo hace. Me he hecho amiga de todos ellos y les he prometido volver con tanta frecuencia como pueda. —Se rió—. Al principio, todos eran muy graciosos y querían inclinarse y hacerme reverencias y llamarme «milady». ¿Se lo pueden imaginar?

El silencio de Lady Gwendoline era casi un grito.

La cara de Lauren se estiró un momento con lo que quizá fuera una sonrisa.

—Pero las estoy entreteniendo —dijo Lily, perdiendo la animación—. De verdad que lo lamento. Es usted muy amable. El... el mayor Newbury me dijo anoche que le tenía mucho afecto. No me extraña. Yo... bien, lo siento. —Todo lo que decía estaba mal, claro. Pero ¿se podía decir algo que estuviera bien?—. ¿Vive en Newbury Abbey?

—En casa de la condesa viuda —dijo Lauren, señalando con la cabeza hacia los árboles del otro lado, a través de los cuales Lily divisó apenas una casa, cuando volvió la cabeza para mirar—. Con Gwen y la condesa, su madre. Tal vez venga a visitarla en algún momento. ¿Quizá mañana?

—Sí. —Lily sonrió, enormemente aliviada—. Por favor, me gustaría mucho. ¿Vendrá usted también... Gwendoline? —Se volvió dubitativa hacia su cuñada, que no respondió, pero cuyas aletas de la nariz se agitaron con lo que era, claramente, una ira apenas controlada.

Lily pensó que Gwendoline quería a su prima. Su enfado era comprensible. Les sonrió levemente a las dos, antes de continuar su camino hacia la abadía. Se sentía enormemente turbada. Lauren era bella, señorial y mucho más gentil de lo que se podía esperar. ¿Cómo podía Neville no amarla?

Lily sintió que la opresiva sensación del día anterior la inundaba de nuevo.

Lauren y Gwendoline se quedaron allí quietas, mirándola.

—¡Oh, vaya! —Gwendoline soltó el aire audiblemente y fue junto a su prima, cuando Lily ya no podía oírlas—. En mi vida me había sentido tan insultada. ¿Cómo se ha atrevido a detenerse y hablar con nosotras, contigo en particular?

—¿Que cómo se ha atrevido, Gwen? —Lauren miraba a la figura que desaparecía—. Es la esposa de Neville. Es tu cuñada. Es la condesa de Kilbourne. Además, yo le hablé primero. —Se echó a reír, aunque no había ninguna alegría en aquella risa—. Es muy bonita.

—¿Bonita? —Gwendoline habló con el máximo desdén—. Haría sonrojarse a un mendigo. ¿Está tratando deliberadamente de avergonzar a Neville o es que no sabe lo que tiene que hacer? Se ha presentado en los dos pueblos, para que todo el mundo la viera, con ese aspecto... sin sombrero, sin zapatos, sin... —Emitió un sonido de

desaprobación—. ¿Es que no sabe nada de cómo hay que comportarse?

—Pero Gwen —dijo Lauren, tan bajito que su prima casi no pudo oír lo que decía—, ¿no has visto que está llena de vida y originalidad? ¿Qué es algo fuera de lo corriente? ¿Qué es la clase de mujer que atraería la mirada y los deseos de un hombre? ¿De Neville, por ejemplo?

Gwendoline se quedó mirando a su prima, incrédula.

—¿Estás loca? —preguntó retóricamente—. Es repugnante. Es imposible. Y tú, precisamente tú, que deberías odiarla, Lauren... No la estarás defendiendo, ¿verdad?

Lauren volvió a reírse bajito mientras cruzaba el camino y se dirigía hacia casa de la condesa viuda.

—Solo trato de verla con los ojos de Neville —dijo—. Intento comprender por qué me dejó y me dijo que no lo esperara y luego la conoció y se casó con ella. Oh, Gwen, pues claro que la odio. —Por vez primera, la voz se llenó de pasión aunque no levantó el tono—. Siento el odio más intenso hacia ella. Desearía que estuviera muerta. Sé que no tendría que sentirme así. Me horrorizan mis propios sentimientos. Ojalá estuviera muerta. Y por eso, ¿sabes?, tengo que tratar... sí tengo que procurar comprender. Después de todo, no es culpa suya, ¿verdad? Apuesto a que Neville no le habló de mí más de lo que a mí me habló de ella. ¿Y qué había que decir, de todos modos? Él me había dicho que no lo esperara. No tenía ninguna obligación hacia mí. No estábamos prometidos. Debo tratar de que me caiga bien. Me esforzaré porque me caiga bien.

Gwendoline la siguió cojeando, con dificultades para mantenerse a su paso.

—Pues yo ni siquiera tengo intención de intentarlo —dijo—. La odiaré lo suficiente por las dos. Ha destrozado tu vida y la de Neville, aunque él se lo ha buscado, y sois las dos personas que quiero más que a nadie. Y no me digas que Lily no tiene la culpa. Claro que no tiene la culpa y claro que estoy siendo injusta con ella. Pero es una criatura detestable y además, ¿cómo puedo no odiarla cuando veo que eres tan terriblemente desgraciada?

Habían llegado a la casa, pero Lauren se detuvo antes de entrar.

—Vamos a tener que enseñarle algunas cosas —dijo, con una voz tan átona como la del día antes—. Cómo vestirse, cómo comportarse, cómo ser una dama. Iré a verla mañana, Gwen. Trataré... de ser amable con ella.

—Y además, intentaremos aprender a tocar al arpa y sostener la aureola encima de la cabeza —dijo Gwendoline, enfadada—, y así, cuando muramos, ya estaremos preparadas para convertirnos en santas o ángeles.

Las dos se echaron a reír.

—Por favor, Gwen —dijo Lauren, cogiendo con fuerza el brazo a su prima—, ayúdame a no odiarla. Ayúdame... Oh, ¿cómo ha podido casarse Neville con esa... esa criatura salvaje, ese espíritu libre? ¿Qué hay de malo en mí?

Gwendoline no respondió. No le podía dar ninguna respuesta razonable.

Capítulo 9

De repente, Lily sintió casi como si estuviera volviendo a prisión. En cuanto la casa apareció a la vista, sus pasos se fueron haciendo más lentos. Pero luego, volvieron a hacerse más rápidos. Vio que Neville estaba en la terraza, acompañado por tres caballeros más. Durante mucho tiempo, lo había conservado constantemente en su memoria y en sus sueños, pero ahora volvía a ser real y la miraba acercarse, con los labios fruncidos y el rabillo de los ojos fruncido. Todos la observaban. Pensó que antes había estado en lo cierto. Las cosas parecían más luminosas esta mañana.

Neville se inclinó cuando estuvo junto a él, le cogió una mano y se la besó.

—Buenos días, Lily —dijo.

—He estado en la playa —le informó ella—. Quería ver salir el sol. Y luego he explorado las rocas y me he encontrado en el pueblo. —Su propósito y su destino explicarían su aspecto.

—Lo sé —respondió él, sonriendo—. Te he visto desde la ventana.

El marqués del nombre largo se inclinó entonces.

—Estoy tan asombrado que no tengo palabras —dijo, pero siguió hablando de todos modos—. Ninguna de las damas que conozco se levanta nunca a una hora lo bastante temprana para saber que el sol hace algo tan peculiar como salir por la mañana.

—Entonces se pierden una de las grandes alegrías de la vida —le aseguró Lily—. Por favor, ¿le importa decirme su nombre otra vez? Solo recuerdo que es largo.

—Joseph —dijo, y se echó a reír, revelando que era un caballero realmente muy atractivo—. Ahora eres mi prima, Lily, y no hay ninguna necesidad de hacer que se te trabe la lengua tratando de decir Attingsborough.

—Joseph —repitió ella—. Estoy segura de que me acordaré.

—Y también de James —dijo uno de los otros caballeros, inclinándose—. Otro primo, Lily. Tengo una esposa, que se llama Sylvia, y un hijo pequeño, Patrick. Mi madre se llama Julia y es tía de Neville, la hermana de su padre. Mi padre...

—Que el diablo te lleve, James —interrumpió el cuarto caballero, alzando los ojos al cielo—. ¿No ves que los ojos de Lily bizquean y la cabeza le da vueltas? ¿Por qué no añades, para su edificación, que las otras tías paternas de Neville son Mary y Elizabeth y que su tío es la famosa oveja negra, la oveja perdida, que se embarcó para hacer su viaje de bodas hace más de veinte años y nunca jamás volvió? Soy Ralph. Lily. Sí, otro primo. Si no te acuerdas de mi nombre cuando nos veamos la próxima vez, llámame «tú».

—Gracias —contestó Lily, riendo. No cabía ninguna duda; esta mañana era más fácil. Tal vez todo fuera más fácil. Pero también es verdad que siempre se había

sentido cómoda en compañía de los hombres, quizá porque había crecido rodeada de tantos.

—El ejercicio ha hecho que te salieran las rosas más encantadoras en las mejillas, Lily —dijo el marqués—. Pero ¿cómo te las has arreglado para ir tan lejos con los pies descalzos? —Los estaba observando a través de su monóculo.

—Oh. —Bajó los ojos para mirarlos—. Es que es mucho más cómodo que caminar con zapatos. Si te quitaras las botas y anduvieras sobre la hierba, Joseph, descubrirías que tengo razón.

—Dios santo —exclamó él.

—Pero no lo harás —añadió ella, con una luminosa sonrisa—. Lo sé. Había hombres en la península que nunca se quitaban las botas, jamás. Te lo prometo; se iban a la cama con ellas puestas. Algunas veces me preguntaba si tenían pies o si las piernas se les acababan justo por debajo de las rodillas. No querrían reconocer una deformidad así, por supuesto. Imagina lo bajos que habrían sido... y los hombres dan mucha importancia a su estatura. Detestan tener que mirar hacia arriba cuando están con otros hombres y se sienten totalmente avergonzados si tienen que levantar la cabeza para mirar a una mujer.

Todos los caballeros se reían. Lily se unió a ellos.

—Cielo santo —dijo Joseph, utilizando el monóculo para mirarse sus propias botas—, mi secreto al descubierto. ¿Sabes, Lily?, cuando dejé de crecer, al alcanzar un metro y medio, hice que Hoby me hiciera botas... botas altas. Para poder mirar al mundo desde una altura majestuosa.

—No se las quita ni para bailar, Lily —dijo Ralph—. No te gustaría poner en peligro tus pies bailando con Joe.

—Si les das un golpecito, suenan a hueco —añadió James.

—Esta conversación ha acabado siendo absurda —declaró Lily alegremente—. Pero pese a vuestras bromas, he sentido la hierba y el rocío bajo mis pies esta mañana y la arena entre los dedos. Y he visto salir el sol sobre el mar. Inglaterra es un hermoso país, como siempre decía mi padre.

Neville le sonrió.

—Tienes razón, Lily —dijo y, ofreciéndole el brazo, añadió—: Permíteme que te escolte hasta tu habitación y llame a Dolly para que te ayude. Mi madre ha venido de la casa de la condesa viuda y te espera en el saloncito con varias señoras.

No parecía irritado en absoluto. No pronunció ni una palabra de reproche ni entonces ni después de que dejaran la compañía de sus primos. Sin embargo, a Lily no le había pasado por alto el «varias» que acompañaba al señoras.

—¿Las demás están fuera, disfrutando de la mañana? —preguntó.

—Todavía están en la cama o en su tocador. Las señoras no... esto, «disfrutan de la mañana» hasta que sus doncellas las han vestido y peinado y hasta que han desayunado, Lily. —Le sonrió mientras subían por la grandiosa escalinata.

—Oh. —Doncellas... no había pensado en llamar a Dolly al levantarse. Además, no le habría gustado despertarla tan temprano. Y no tenía ningún traje adecuado para Newbury Abbey salvo el de muselina verde y también sobre él tenía sus dudas.

Pensó que, por lo menos, podría haberse recogido el pelo y puesto zapatos—. No lo pensé. No tendría que haber salido tal como estoy, ¿verdad? Qué avergonzado te has debido de sentir cuando he vuelto y todos tus primos estaban allí para verme. Lo lamento mucho.

—No, no. —Le cubrió la mano que se apoyaba en su brazo con la mano libre— No quería decir eso. No te estaba regañando, por todos los santos. Esta es tu casa, Lily. Debes hacer todo lo que desees.

Lily se quedó en silencio, recordando lo elegantemente vestida que iba Lauren. Llevaba un sombrero e, incluso, guantes. Ella no se habría ido por ahí, con los pies descalzos y el pelo suelto, cayéndole por la espalda, para ver salir el sol sobre el mar. Ella no habría hecho que se sintiera avergonzado en la terraza.

Una vez que Lily se hubo lavado, puesto medias y sus viejos zapatos, y Dolly le hubo recogido el pelo en un sencillo moño en la nuca, con dos trenzas alrededor, Neville la acompañó hasta el saloncito. Dolly le aconsejó que no se pusiera el vestido de muselina, ya que necesitaría algo para cambiarse por la tarde, así que el viejo traje de algodón tendría que servir.

Neville se quedó con ella en el saloncito durante un rato, aunque no había otros caballeros presentes, pero luego lo avisaron de que había llegado el administrador, con quien tenía que resolver unos asuntos.

Todas las señoras la saludaron amablemente. La condesa viuda incluso se levantó para besarla en la mejilla y la hizo sentar junto a ella en un confidente. Pero la conversación no era nada cómoda, a diferencia de como lo había sido en la terraza. Hablaron de Londres y Almack, de las bibliotecas públicas, de las rosaledas y de los sirvientes y ninguno de estos temas formaba parte de la experiencia de Lily. Y cuando se mencionó la guerra y se habló de los franceses como monstruos de maldad y depravación y Lily expresó la opinión de que eran personas igual que los británicos y compartían su capacidad para la ternura, la lealtad, el amor y los buenos sentimientos, la señora pelirroja, que Lily recordó era Wilma — ¿la hermana de Joseph?— afirmó que estaba a punto de desmayarse y alguien más riñó a la joven Miranda por introducir un tema tan poco elegante en la conversación de las damas.

Lily sonrió comprensivamente a la joven, cuyos numerosos rizos la hacían parecer ligeramente cabezuda, pero ella se había sonrojado y tenía la mirada baja, mientras se mordía el labio.

La tía Sadie trató de salvar la situación, en aquel momento tan embarazoso, preguntándole a Lily sí le gustaría trabajar en un bordado. Lily había observado que casi todas las señoras estaban ocupadas haciendo trabajos de aguja. Se vio obligada a admitir que nunca le habían enseñado a bordar, aunque era bastante diestra en apedazar y zurcir. Se produjo otro violento silencio antes de que su madre política sugiriera que Miranda fuera al salón de música y tocara algo para ellas al piano, dejando la puerta abierta.

Finalmente, Lily fue rescatada por la aparición del mayordomo, que anunció

que la señora y la señorita Holyoake acaban de llegar para servir a la condesa de Kilbourne.

Lily miró a la condesa viuda, igual que hicieron todas las otras señoras presentes, y la dama enarcó las cejas.

—¿Qué puede querer hoy de mí la señora Holyoake? —preguntó—. Con toda certeza, yo no la he hecho venir.

—Le ruego me perdone, milady —dijo el señor Forbes, después de un discreto carraspeo—, pero entiendo que el señor conde las ha llamado... para su esposa. Las he acompañado al salón azul.

Lily se sintió horriblemente violenta al ver la mueca de dolor, rápidamente contenida, que apareció en la cara de su suegra, que claramente había olvidado que ella, Lily, era ahora la condesa de Kilbourne. Lily pensó por enésima vez que todo aquello iba a ser completamente imposible, salvo que no podía permitir que lo fuera. De alguna manera, tendría que vivir con aquella situación. Todos tendrían que vivir con ella.

Lady Elizabeth acudió corriendo a su lado, con las dos manos extendidas, cuando salía de la sala.

—Lily —dijo, cogiéndole las manos y besándola en la mejilla—. Buenos días, querida. Gracias, Forbes. Yo acompañaré a la condesa donde están las señoras Holyoake. Son las modistas del pueblo, Lily. Neville me habló de ellas antes y me preguntó si me podía encargar de que te tomaran medidas para tantos vestidos bonitos como puedan hacerte en estos momentos.

Lily tuvo que admitir que era una perspectiva tentadora. Los dos vestidos que tenía no eran en absoluto adecuados para las necesidades de su nueva vida. Sin embargo, en el salón azul la esperaba más desconcierto. Después de que le presentaran a la señora Holyoake y a su hija, unas señoras de pelo negro y ojos negros, que eran casi idénticas, y después de que le hubieran hecho sendas reverencias, llamándola «milady», vio que habían traído con ellas muchos rollos de tela y tantos modelos y otros instrumentos de su oficio que debían de haber necesitado varios sirvientes para entrarlo todo.

—¿No habría sido más cómodo que yo hubiera ido a su casa? —preguntó.

Ambas señoras parecieron escandalizarse y Elizabeth se echó a reír.

—No cuando eres la condesa de Kilbourne, de Newbury Abbey, Lily —dijo.

Parecía que no iba a tener solo dos o tres vestidos nuevos, lo cual ya le habría parecido un lujo impensable a Lily, sino una docena o más. Cuando protestó, descubrió que iba a necesitar vestidos de mañana, vestidos de tarde y vestidos de noche —algunos para las noches en familia, otros para las cenas con invitados y otros más para los bailes—, y vestidos para pasear y vestidos para ir en carruaje. Y, cuando descubrieron que sabía montar, también un traje para ir a caballo, aunque quizá no tendría que haberlo dicho porque la verdad es que no había montado mucho.

Descubrió que las diferentes funciones de cada vestido exigían tejidos diferentes y diseños diferentes. Había muchos colores entre los que elegir, pero no podía escoger simplemente algo porque creyera que era bonito. Al parecer, había

colores adecuados para ciertas personas, pero no para otras. Había tonos que resultaban bien a la luz del día y otros que resultaban mejor a la luz de las velas. Y había todo tipo de adornos apropiados para diferentes telas, funciones y ocasiones. Había adornos de un color idéntico al de las telas que tenían que realzar. Había otros que las complementaban o no. Había estilos a la moda y otros que eran demasiado *avant garde* o demasiado *passé.* Había estilos adecuados para una joven y otros que iban mejor para una joven matrona o una señora de más edad. Había que tomar medidas. Había...

Pese a toda la amabilidad de Elizabeth y al respeto mostrado por las dos modistas, Lily no tardó en sentirse como una marioneta, que levantaba los brazos cuando alguien tiraba del hilo acertado y que hacía una pirueta cuando alguien tiraba de otro hilo y sonreía constantemente con una sonrisa pintada. Toda la alegría que le había producido la idea de tener ropa nueva se desvaneció al cabo de poco. No sabía nada y se veía obligada a dejar las decisiones en manos de las que sí sabían. Y todo el tiempo, estaba aquella tonta preocupación... ¿Él se podía permitir todo aquello? Y se había olvidado de preguntarle si podía enviarle al capitán Harris el dinero que le había prestado. ¿Cómo podía haberse descuidado de decírselo?

Cuando, por fin, terminó la tortura, Elizabeth la cogió del brazo y se fueron, dejando que las modistas recogieran sus cosas, pues habían rehusado el ofrecimiento de Lily para ayudarlas, mostrándose sorprendidas y nerviosas al hacerlo.

—Pobre Lily, todo esto es muy difícil para ti, ¿verdad? Ven, vamos a almorzar y a descansar. —Se rió, con aire travieso—. Pero ni siquiera una comida es algo donde te puedes relajar, ¿verdad? Todo será más fácil con el tiempo, te lo prometo.

A Lily le habría gustado creerla. Pero no estaba segura de poder hacerlo. Pensó que ojalá pudiera volver atrás, aunque solo fuera unos días... Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho, sino venir aquí? Incluso si pudiera volver y decidir que esperaría a que el capitán Harris escribiera su carta, solo estaría posponiendo lo inevitable. Simplemente, no podía haber permanecido alejada de allí. Era la esposa de Neville y él tenía derecho a saber que estaba viva.

Lo que de verdad deseaba era poder volver atrás, hasta el día en que su padre perdió la vida. Deseaba poder volver atrás y oír con más claridad y más responsabilidad lo que el mayor Newbury le había dicho después, para poder reunir el valor de decir no cuando dijo sí.

¿Era eso realmente lo que deseaba? ¿No haberse casado con él? ¿Que no hubiera existido aquella noche? Si no hubiera habido aquella noche, aquel sueño de amor y perfección, no sabía si habría sido capaz de sobrevivir a lo que le pasó después. Por lo menos no con su cordura intacta.

Lily no salió de nuevo. Neville la observaba con una profunda preocupación mientras sus familiares, la mayoría de los cuales estabas dispuestos a hacer lo debido y aceptarla entre ellos, la llevaban y traían de un lado para otro. Y ella hacía todo lo que podía para parecer animada, para aprender los nombres y las relaciones de

parentesco, para contestar las preguntas que le hacían, para seguir sus indicaciones, las de su madre y las de Elizabeth en cuestiones de etiqueta. Pero el color que iluminaba sus mejillas cuando volvió de su excursión matutina, el brillo de sus ojos y la viveza de sus modales —todos ellos distintivos de la vieja Lily— se habían ido marchitando de nuevo según avanzaba el día.

La llevó a hacer un recorrido por la casa y ella se mostró interesada y pareció impresionada. Miró mucho rato, atentamente, los retratos de familia en la larga galería.

—Debe de ser maravilloso —dijo cuando estaban hacia la mitad de la habitación— saber tanto de tus antepasados e, incluso, tener fotografías de ellos. Te pareces mucho a tu abuelo en este retrato. Ni mi padre ni mi madre hablaban mucho de sus familias, mis ancestros. Hasta que mi padre murió no comprendí lo sola que estaba. Si hubiera querido encontrar a sus parientes o a los de mi madre al volver a Inglaterra, ni siquiera habría sabido por dónde empezar a buscar. Apuesto a que Leicestershire es un sitio muy grande.

—No estabas sola —le dijo él, lleno de compasión por ella—. Me tenías a mí y a mi familia. —Pero el día después de su boda con ella, había aceptado, sin confirmarlo, lo que sus ojos le decían y la evidencia observada apresuradamente por Harris y no había ido a buscarla, para llevarla a casa y apartarla del peligro.

Lily avanzó hasta el siguiente cuadro.

—¿No había retratos de tus padres en el guardapelo, Lily? —le preguntó. Recordaba que siempre lo llevaba puesto, aunque ahora no era así.

Lily se llevó la mano al cuello, como si todavía estuviera allí.

—No —dijo—, estaba vacío.

Neville no le preguntó dónde estaba la joya. Era probable que se lo hubieran quitado durante su cautiverio y volver a recordarle su pérdida sería doloroso para ella.

A la mañana siguiente, se sintió decepcionado cuando descubrió que Lily no había salido, de nuevo, para ver salir el sol. Durante la noche había llovido y todavía estaba nublado y borrascoso, pero no creía que fuera el tiempo lo que la había disuadido. Cuando se asomó a su dormitorio, la encontró sentada junto a la ventana, mirando hacia fuera, sin hacer nada. Al verlo, le sonrió y le dijo que le iban a traer uno de sus nuevos vestidos aquella mañana temprano y que estaba esperando para ponérselo. Añadió que la madre de Neville iba a presentarle al ama de llaves y hacer que participara en la discusión del menú del día.

—Suponía que era importante —ciertamente, su madre creía que lo era— que Lily aprendiera cómo se llevaba una gran casa. Pero no quería que su nueva vida la vaciara de toda su luz y alegría. Quería que fuera Lily, la persona que recordaba de la península.

Neville descubrió más tarde que resultaba que Lily se había confundido y no había comprendido que el ama de llaves iba a acudir a sus habitaciones, no al revés. Se fue sola a la cocina, esperando encontrar allí a su suegra. Para cuando, mucho más tarde, la señora Ailsham informó a la señora, la condesa viuda, de que la condesa de

Kilbourne estaba abajo y una estupefacta madre política la siguió hasta allí, Lily estaba sentada a la gran mesa de la cocina, con un delantal enorme protegiéndole el vestido nuevo, pelando patatas con una criada de la cocina y obsequiando a un personal de cocina nervioso, pero encantado, con historias de cómo cocinar para un regimiento con raciones que llegaban de forma muy irregular y que, cuando llegaban, solían ser inadecuadas a las necesidades de los hombres.

Cuando le contaron la historia a Neville, se echó a reír, aunque a su madre no le hacía ninguna gracia. Luego, fue a buscar a Lily. Pero para entonces, la habían devuelto a la respetabilidad del saloncito y la compañía de sus tías y sus primas. Parecía animada, callada y lánguida al mismo tiempo... y estaba muy bonita con su nuevo vestido azul de mañana.

Habían avisado de casa de la condesa viuda de que Lauren y Gwendoline vendrían de visita por la tarde.

Cuando la familia se reunió en el salón, se notaba un aire general de tensión. Nadie actuaba de forma natural. Todos sonreían mucho, hablaban mucho y se reían más de lo necesario. Lily estaba muy callada.

Neville esperaba la llegada con una profunda aprensión.

Pero cuando llegaron, el momento fue casi un anticlímax. Habían preferido que no las anunciaran y entraron juntas en la estancia tan pronto como un lacayo les abrió la puerta, igual que habrían hecho en cualquier otra ocasión, antes de la llegada de Lily. Las dos mostraban su aspecto más elegante. Gwen no sonreía. Lauren sí, con una sonrisa alegre y gentil. Miraba alrededor, cruzando la mirada con todo el mundo, al parecer absolutamente cómoda.

Mientras se levantaba y se apresuraba a acudir hasta ellas, Neville se dijo que aquel momento debía de costarle un esfuerzo enorme.

—Lauren —dijo, resistiéndose al impulso de cogerle las dos manos e inclinándose ante ella—. ¿Cómo estás? Gwen...

—Hola, Neville. —Lauren le sonrió y le tendió las manos—. Hemos venido a presentar nuestros respetos a tu esposa, ¿no es así, Gwen? Pero no a ser presentadas a ella. La conocimos ayer por la mañana, cuando las tres habíamos salido a dar un paseo y nuestros caminos se cruzaron. Ah, hola, Lily, aquí estás. —Se apartó de Neville con una cálida sonrisa y tendió de nuevo las manos—. Con aspecto... domesticado. —Se echó a reír—. Qué vestido tan bonito. El azul pálido te sienta bien. —Cogió las manos de Lily y se inclinó para besarla en la mejilla.

Fue una representación estelar. Pero ¿era una representación? A continuación, saludó a todo el mundo con naturalidad y afecto, antes de sentarse junto a Lily en un confidente.

El contraste entre las dos —entre su esposa y la mujer que había estado a punto de serlo dos mañanas antes— apenas podía ser más notable. Lily, pequeña, bonita, callada, ligeramente nerviosa cuando alguien se dirigía a ella, apoyada en el respaldo del asiento, bebiendo el té de una vez, sin dejar la taza en el plato ni un momento hasta que estaba vacía, del todo sin la «presencia» que su madre consideraba tan importante en una condesa. Lauren, alta, bella y elegante, perfectamente cómoda,

sentada con una postura erguida pero grácil, sin tocar con la espalda el respaldo, tomando un sorbo de té y dejando la taza en el platillo, con toda la apreciación que una auténtica dama tiene por las cosas delicadas.

Neville pensó que era casi como si se hubiera sentado deliberadamente junto a Lily, sabiendo que los contrastes serían observados e interpretados. Pero era un pensamiento cruel. Lauren nunca había sido una mujer cruel. Claro que también es verdad que nunca antes se había encontrado en una situación así.

Gwen se comportaba mucho más como él habría esperado que actuara la novia rechazada. Aunque estaba perfectamente bien educada, después del primer y rígido saludo, no volvió a prestar ninguna atención, deliberadamente, ni a Lily ni a él mismo.

Limitó su conversación a un grupo de primos.

Neville medio suponía —y más que medio deseaba— que Lauren abandonara Newbury durante la mañana, que acompañara a su abuelo y al señor Calvin Dorsey, que se había dedicado a consolar discretamente al anciano barón desde el día de la boda suspendida y que se había ofrecido amablemente para acompañarlo durante el primer día de su viaje de vuelta a Yorkshire. Pero Lauren no se había ido con ellos. Después de todo, Newbury había sido su hogar la mayor parte de su vida. Neville se dijo que, quizá, era importante para ella no salir huyendo, sino quedarse y hacer frente a las nuevas condiciones de su vida.

Lo estaba haciendo magníficamente bien. Tal vez tendría que sentirse aliviado; se sentía aliviado. Pero no podía evitar recordar que Lauren, de niña, solía parlotear alegremente sobre lo que haría cuando su madre volviera a casa; hasta que un día dejó de hacerlo, por completo, y no volvió a mencionarla nunca más. Y que, cuando era mayor, hablaba con entusiasmo de que había escrito a la familia de su padre para recuperar su relación y, quizá, ir a pasar unos meses con ellos; hasta que dejó de hablar de ellos, por completo, después de recibir la respuesta a su carta. En los dos casos, solo el silencio. No dejó de mostrarse alegre. Solo adoptó el silencio más absoluto.

Ningún extraño que entrara en el saloncito ahora sospecharía que Lauren era una novia —su novia— que, solo dos días antes, estaba a punto de casarse ni que sus esperanzas se habían visto brusca y cruelmente destruidas.

Pensó, incómodo, que Lauren le recordaba, de alguna manera, a un barril de pólvora, del todo inofensivo en apariencia, pero a la espera de la chispa que lo haría estallar.

Tal vez se equivocaba. Tal vez solo era que no había mucha pasión en Lauren.

Pero una parte de él deseaba que ella se hubiera puesto furiosa contra él, cuando fue a verla dos mañanas antes. Y otra parte de él deseaba que hubiera entrado furiosa en la sala y hubiera hecho una escena vehemente y escandalosa.

Por fin, Pauline Bray, la hermana de James, hizo una propuesta que rompió la normalidad, extrañamente tensa, de la reunión.

—Me parece que voy a dar un paseo —anunció—. Mirad. Ha salido el sol y la hierba debe de haber tenido el tiempo suficiente para secarse después de la lluvia de

anoche. ¿A alguien le apetece venir conmigo?

Al parecer, a casi todos les apetecía. Las primas aceptaron la sugerencia con entusiasmo e incluso algunos de los parientes de más edad expresaron su disposición a tomar el aire. Hubo una breve discusión sobre si seguir el paseo de los rododendros hasta el otro lado de las colinas, por detrás de la casa, o bajar hasta la playa. Ganó la playa, aunque Wilma protestó diciendo que el aire del mar estropeaba el cutis y que la arena se levantaba por todas partes alrededor de cualquier persona, por mucho cuidado que pusiera al caminar.

Antes de que un grupo numeroso se pusiera en marcha, los planes se habían vuelto más complicados y se habían enviado instrucciones abajo para que, un poco más tarde, llevaran una merienda a la playa, aunque acababan de tomar el té en la sala.

Neville se alegró de la distracción, tanto por él mismo como por Lily. Llevaba un día y medio confinada en la casa y sabía que se sentía desconcertada y agobiada, aunque no se quejara. La visita de Lauren, en particular, debía de haberla sometido a una fuerte tensión.

Pero cualquier idea que tuviera de cogerla del brazo y, quizá, apartarla un poco del grupo principal se vio frustrada incluso antes de que abandonaran la casa. Lauren no se había apartado de su lado y la cogió del brazo con una sonrisa.

—Tú y yo pasearemos juntas, Lily —dijo—. Así nos iremos conociendo mejor.

Capítulo 10

Atravesaron, reposadamente, la terraza y el prado. Bajaron, reposadamente, por la pendiente ladera y caminaron, reposadamente, a lo largo de la playa. Llegaron más lejos que donde Lily había llegado antes, más allá de una enorme roca que parecía elevarse muy por encima de ellos cuando pasaron.

Lily llevaba sus viejos zapatos, aunque al parecer el zapatero del pueblo le estaba haciendo algunos pares nuevos. Pero llevaba su nuevo vestido azul pálido y su *pelisse* —la señora y la señorita Holyoake debían de haber trabajado muchas horas para acabárselos en un solo día— y el sencillo sombrero de paja que había elegido de entre el surtido que las modistas habían traído a la abadía con ellas. Elizabeth le explicó que, como no había sombrerero en el pueblo, la señora Holyoake se ocupaba de tener una selecta selección a mano.

La amplia ala del sombrero le protegía la cara del sol, que brillaba saliendo de entre las nubes que cruzaban raudas el cielo la mayor parte del tiempo. El parasol de Lauren, que insistía en compartir con ella, impedía que ni un rayo de sol extraviado le llegara a la cara. Lauren explicó que debían tener un cuidado extremo con sus cutis, especialmente ahora que tenían el verano prácticamente encima. Había observado que la cara de Lily estaba desafortunadamente bronceada, probablemente un accidente causado por el viaje desde Portugal. Pero no tenía que desesperar; el color desaparecería si se protegía con un parasol siempre que estuviera al aire libre. Lauren le prestaría uno.

Wilma no quería caminar demasiado cerca del agua, porque la sal marina le resecaría la piel y le pondría el pelo áspero. Y debían andar muy despacio por la arena, por miedo a que se les metiera dentro de los zapatos. Cuando alcanzaron un lugar resguardado para la merienda y llegaron los sirvientes con mantas y cestos, se asignó a los caballeros la tarea —fue Wilma quien se la asignó— de levantar, con las mantas, lo que equivalía a una tienda, para estar a resguardo del viento y de los perjudiciales efluvios del mar. Cuando se sentaron, no podían ver el agua; ni siquiera podían ver la arena.

Lily pensó que tanto daba que se hubieran quedado dentro de la casa.

Los caballeros lo habían pasado mucho mejor. Habían llegado a buen paso hasta el final de la playa y tomado el camino de vuelta antes de que las señoras se encontraran con ellos a medio camino. Y habían caminado junto al borde del agua, donde volaban las gaviotas y el viento soplaba con más fuerza. De su grupo llegaban alegres carcajadas. Lily deseaba haber podido ir con ellos.

Todos se sentaron a tomar la merienda, pero en cuanto acallaron el hambre, algunos de los primos más jóvenes —Hal y sus hermanos Richard y William— se

mostraron ansiosos por irse a explorar de nuevo. William le hizo un guiño a Miranda, que tenía más o menos su misma edad, y la invitó con un ademán. Miranda miró ansiosamente hacia su madre, que estaba muy ocupada sosteniendo dos vasos mientras su hijo Ralph, vizconde de Sterne, los llenaba de vino. Luego miró, dubitativa, a Lily.

—Yo también tengo muchas ganas de escapar —susurró Lily, olvidando todas sus buenas intenciones, que había observado fielmente durante un día y medio. Neville, junto con Elizabeth y el duque de Portfrey, escuchaba cortésmente un monólogo que su tía Mary llevaba cinco minutos o más pronunciando.

Así que, al cabo de un momento, se habían marchado, las dos, con los caballeros jóvenes, corriendo por la playa hacia el agua, hasta que de dar un paso más, se habrían empapado los zapatos.

—Apostaría a que, en esta época del año, el agua está lo bastante fría como para que te dé un ataque al corazón —dijo Richard.

—No —respondió Lily, que estaba acostumbrada a bañarse en los arroyos de montaña en todas las estaciones del año, excepto en lo más crudo del invierno—. Sería estimulante. Ah, qué maravilla de viento —exclamó, levantando la cara para que le diera el viento y el sol.

—Bañarse en el mar es lo último en todos los sitios de moda —dijo Hal— Pero no aquí y menos en mayo; es una lástima. Yo me bañé el año pasado cuando estuve en Brighton, con los Porter.

—Me moriría antes que meter un dedo en el mar —dijo Miranda—. Estoy segura de que se te resecaría la piel por completo.

Lily se echó a reír.

—Solo es agua, aunque no es buena para beber, claro, debido a la sal. —Y sin pararse a pensar en lo que hacía, se quitó los zapatos y las medias y, sosteniéndolos en una mano mientras con la otra se recogía la falda, se metió en el agua, hasta que le llegó a media pantorrilla.

Miranda soltó una risita y los jóvenes silbaron regocijados.

—Sí que está fría —dijo Lily, riendo todavía más alegremente—. Está estupenda. Venid y probadlo.

Richard fue el primero, seguido de Hal y William.

Finalmente, convencieron a Miranda para que se quitara los zapatos y las medias y, cautelosa, riendo con miedo y excitación, entrara en el agua hasta que le llegó casi a los tobillos.

—Oh, Lily —exclamó—, es tan divertido estar contigo.

—Wilma es una vieja carca —comentó Richard, con una maravillosa falta de respeto hacia sus mayores—. Y Lauren y Gwen no pueden olvidar ni un momento que son unas damas.

Todos caminaron por el agua, con zapatos y medias en la mano, hasta llegar a la gran roca y Lily decidió que una roca en aquella situación y con aquella estructura debía de haber sido puesta allí para que la escalaran. Trepó hasta arriba y se sentó en lo más alto, rodeándose las rodillas con los brazos y echando la cabeza hacia atrás.

Notaba cómo le pesaba el borde del vestido, empapado con agua de mar, pero pensó que se secaría muy rápidamente. Se dijo que era completamente imposible estar abatida mucho tiempo, cuando se podía sentir el sol y el aire en la cara, oír cómo las olas llegaban hasta la playa y las gaviotas chillaban en lo alto. Se quitó el sombrero y lo dejó a su lado, junto a los zapatos y las medias. Se sintió todavía mejor.

Los otros cuatro habían subido después de ella y se habían sentado, juntos, un poco más abajo, charlando y riendo. Lily se olvidó de ellos y disfrutó de su bien conocida sensación de estar a solas con el universo. Siempre había tenido el don —necesario cuando tan poca intimidad real había habido en su vida— de poder encerrarse en sí misma, apartada de la multitud.

—¡Miranda!

La voz, fuerte y escandalizada, sobresaltó a Lily y la devolvió a lo que la rodeaba. La tía Theodora acababa de aparecer al pie de la roca, con Elizabeth y la tía Mary.

—Ponte los zapatos, las medias, el sombrero y los guantes ahora mismo. ¡Y bájate de ahí! Dios mío, tienes el borde del vestido mojado. ¿Has estado en el agua? ¡Qué vergüenza! Eres una joven vulgar y desobediente. Una auténtica dama nunca habría siquiera soñado en... —Pero miró hacia arriba y vio a Lily, que estaba mucho más despeinada que su hija.

Elizabeth chasqueó la lengua, riendo.

—¡Pero qué listas han sido! —dijo—. Han hecho lo que todas nosotras deseábamos hacer en secreto y están disfrutando del sol y el aire del mar... incluso del mismo mar.

Pero su intento por suavizar lo incómodo de la situación no tuvo demasiado éxito. Todo el grupo estaba ahora a la vista; tía Theodora se había sonrojado violentamente y Miranda se había echado a llorar. Tía Mary aseguraba a todo el mundo, con voz agitada, que estaba segura de que toda la culpa era de sus hijos. Eran unos muchachos tan llenos de vida... Hal le recordó, indignado, que con veintiún años no le gustaba especialmente que lo llamaran «muchacho».

Sin decir palabra, Lily se puso las medias y los zapatos, se ató las cintas del sombrero bajo la barbilla y se volvió para descender cuidadosamente a la playa. Wilma se estaba quejando en voz muy alta de algo y Gwendoline le decía que no fuera pesada. El marqués preguntaba con voz deliberadamente lánguida si alguien había oído hablar de tormentas en un vaso de agua y a Pauline le costaba mucho dominar la risa. Un par de fuertes brazos cogieron a Lily y la depositaron en la arena de la playa, cuando ella todavía estaba eligiendo cuidadosamente dónde poner los pies.

Neville la hizo dar media vuelta y le sonrió, sin apartar las manos de su cintura.

—Verte ahí arriba —dijo— me ha traído el vivísimo recuerdo de un día en que yo te observaba, mientras tú estabas sentada en un saliente de roca, mirando las colinas de Portugal. —Pero su sonrisa se desvaneció incluso antes de que acabara de hablar—. Perdona, lo siento. Fue justo antes de que muriera tu padre.

Y justo unas horas antes de su boda. Cuánto debía lamentar que todo aquello

sucediera. Cuánto lo lamentaba ella.

Todos habían empezado a caminar hacia el valle y el sendero que llevaba a la casa entre un ambiente general de descontento e incomodidad. Lily y Neville los siguieron a corta distancia.

—Lo siento —dijo ella.

—No —respondió él, tajante—. No debes sentirlo, Lily. No debes estar siempre pidiendo perdón. Debes vivir tu vida a tu manera.

—Pero he metido a Miranda en un lío. No lo pensé.

—Hablaré con la tía Theodora —le prometió, riendo—. ¿Sabes?, no fue nada muy grave.

—No —contestó Lily—. Ya hablaré yo con ella. No debes estar protegiéndome todo el tiempo. No soy una niña.

—Lily —dijo él, con voz suave—. Esto no va bien, ¿verdad? Vamos a tomarnos un poco de tiempo para nosotros solos, ¿de acuerdo? Déjame que te enseñe la casa de la playa.

—¿La que hay en el valle? —preguntó ella.

Neville asintió.

—Mi refugio privado. Mi remanso de paz y tranquilidad. Te llevaré allí.

La cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. No le importaba que alguien de los que iban delante mirara atrás y los viera. Se dijo que, después de todo, estaban casados.

—Entonces ¿la casita es tuya? —preguntó Lily—. Es un lugar muy bonito.

—Mi abuela era pintora —explicó él—. Le gustaba estar sola, pintando. Mi abuelo hizo que le construyeran la casita en el lugar más maravilloso de toda la propiedad. Está amueblada y la limpian y la airean una vez al mes. Está allí para que todos nosotros la usemos y disfrutemos de ella; aunque me parece que han acabado considerándola mi propio sitio especial. A mí también me gusta estar allí solo y tranquilo, a veces.

Ella le sonrió. Era evidente que comprendía muy bien esas necesidades antisociales.

—Fue lo único que me resultó difícil de la vida en el ejército —dijo él—. La falta de privacidad. Tú también debías de sentirlo, Lily. Sin embargo, había algo en ti... ¿Sabes?, yo observaba que, con frecuencia, te alejabas de los demás, aunque nunca fuera de la vista de tu padre. Te sentabas o te quedabas de pie sola, sin hacer nada, solo contemplando lo que te rodeaba. Siempre me imaginaba que habías descubierto un mundo que estaba cerrado para mí y para casi todos los demás. ¿Era así?

—Hay algunos lugares que parecen haber recibido una gracia especial. Lugares donde uno siente... a Dios, supongo. Nunca he sido capaz de sentir a Dios dentro de una iglesia. Es todo lo contrario, allí me siento encerrada, oprimida, igual que me pasa en muchos edificios. Pero hay lugares de una belleza, una paz y... una santidad inusuales. Son raros. Yo no tenía un valle como el tuyo cuando crecía ni una cascada,

una poza o una casa. Y no encontraba muchos de esos lugares con el regimiento, aunque algunos había. Aprendí a... a...

—¿A qué? —le preguntó, inclinando la cabeza, acercándose más a ella. En el pasado, hablaba con Lily con frecuencia, a veces durante una hora seguida o más. Siempre se habían sentido cómodos el uno con el otro, pese a las diferencias de sexo y posición social. Siempre había sentido que la conocía bien. Pero nunca le había preguntado por su mundo privado, solo la había observado. Había honduras de su carácter que seguían siéndole desconocidas. Sospechaba que allí había una gran belleza y sabiduría, pese a su juventud y a la falta de formación estructurada. Pero no había nada superficial en su Lily.

—No sé cómo decirlo —dijo ella—. Aprendí a quedarme inmóvil y a dejar de hacer, de escuchar, incluso de pensar. Aprendí a ser. Aprendí que casi cualquier lugar puede ser uno de esos lugares especiales, si yo permito que lo sea. Quizá aprendí a encontrar ese lugar dentro de mí misma.

La miró, Lily, bonita y delicada, con su vestido azul pálido, su *pelisse* y su sombrero de paja. La serenidad que siempre había observado en ella tenía una explicación. Pensó que ella había descubierto en su corta y difícil vida lo que solo pocas personas descubren en toda una vida. Él mismo no había avanzado mucho, aunque conocía el valor de la soledad y el silencio. Se preguntaba si la capacidad de Lily para encontrar un lugar interior, sencillamente para ser, como ella había dicho, la había ayudado a sobrellevar su dura experiencia en España. Pero no se lo preguntaría. No soportaba ni siquiera pensar en ello.

Habían llegado al valle y subieron por el sendero hacia la casita y la poza al pie de la cascada. Todos los demás habían desaparecido colina arriba, por entre los árboles. Cuando estaban a poca distancia, se detuvieron de común acuerdo, sin decir nada, deleitaron sus ojos en la belleza de la escena y sus oídos en el sosegador rumor del agua que caía.

—Ah, sí —dijo ella, al final, suspirando—, este es uno de esos lugares. Comprendo por qué vienes aquí.

Neville había observado que, desde su regreso, no le llamaba por ningún nombre, aunque él le había recordado que era su esposa y que usara su nombre de pila. Ansiaba oírlo de nuevo en sus labios. Recordaba que, en su noche de bodas, le sonaba como la palabra de cariño más íntima que había oído. Pero no podía, no quería insistir. Debía darle tiempo.

—Ven a ver la casa —dijo. De repente, cayó en la cuenta, sorprendido, de que nunca había venido aquí con Lauren; por lo menos no desde que eran niños.

Solo había dos habitaciones, ambas amuebladas acogedoramente y dotadas de sendas chimeneas con leños apilados junto a ellas, listos para un día... o una noche fríos. De vez en cuando, pasaba la noche allí. Durante el último año, lo había hecho algunas veces, cuando se acordaba de su vida con el Noventa y cinco y sus años en la península, y se sentía inquieto, con un anhelo sin nombre.

No, sin nombre no. Era aquí donde había sentido el fuerte deseo de estar con Lily, de quien se había ido enamorando según la conocía, aunque ese amor solo se

convirtió en pasión sexual poco antes de su final y glorioso florecer, la noche antes de pensar que ella había muerto.

En Newbury, se había esforzado por no pensar en Lily. Había procurado centrarse solo en su nueva vida, la vida de deber para la cual lo habían criado y educado, esa vida que incluía a Lauren. Venía a la casa para recordar a Lily y llorar su pérdida.

Seguía resultando extraño comprender que Lily no había muerto. Que estaba allí. Ahora.

La joven echó una ojeada al dormitorio, pero fue la otra estancia la que pareció fascinarla. Había sillas, una mesa, libros, papel, plumas para escribir y tinta... y las vistas; daba directamente sobre la poza y la cascada. A él le gustaba estar allí, leyendo o escribiendo. También le gustaba permanecer sentado, sencillamente contemplando el paisaje. Tal vez lo que ella llamaba «siendo».

—Lees aquí —dijo, cogiendo uno de los libros, quitándose el sombrero y dejándolo encima de una de las sillas—. Aprendes cosas de otros mundos y otras maneras de pensar. Y puedes volver y leer los libros una y otra vez.

—Sí —respondió él.

—Y, a veces, escribes tus propios pensamientos —añadió, pasando el dedo a lo largo de una de las plumas—. Y puedes volver y leer lo que has escrito y recordar lo que pensabas o sentías sobre algo.

—Sí —respondió y se dio cuenta de que ella parecía melancólica.

—Debe de ser lo más maravilloso del mundo —dijo—; ser capaz de leer y escribir.

Neville comprendió que daba demasiado por sentado. Nunca había pensado en lo privilegiado que era por haber recibido educación.

—A lo mejor —propuso— podrías aprender.

—A lo mejor —aceptó ella—. Aunque es probable que sea demasiado mayor. Me parece que no sería una alumna apta. Papá siempre decía que aprender a leer era lo más difícil que había hecho en su vida. Nunca lo encontró fácil. —Dejó el libro y fue hasta la ventana, donde se quedó mirando hacia fuera.

No había tenido intención de hacerle la pregunta cuya respuesta temía oír... todavía no. No se sentía lo bastante fuerte para saberlo. Pero, de alguna manera, el momento y el lugar parecían los adecuados y, no sabía cómo, las palabras salieron de su boca.

—Lily —preguntó—, ¿qué te hicieron?

Fue hasta su lado y se quedó mirando su perfil. Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Parecía muy delicada; sin embargo, él sabía que era tan dura, a su manera, como el más curtido de los veteranos. Pero ¿hasta qué punto habían puesto a prueba esa resistencia?

—¿Puedes hablar de lo que pasó?

Ella volvió la cabeza y sus enormes ojos azules miraron directamente a los de él. Curiosamente, los dos parecían a un tiempo heridos y sosegados. Cualquier cosa que hubiera padecido le había hecho daño, quizá un daño permanente, pero no la había

roto. O eso parecía decir sus ojos.

—Estábamos en guerra —respondió—. Vi sufrimientos mucho peores que el mío. Vi mutilaciones, torturas y muerte. A mí no me mutilaron. Ni he muerto.

—¿Te... torturaron?

Ella negó con la cabeza.

—Me pegaron unas cuantas veces —dijo ella—, cuando... cuando no daba satisfacción. Pero solo con la mano. Nunca me torturaron realmente.

A él le habría gustado que cierto partisano español se materializara de repente delante de él. Le habría gustado partirle todos y cada uno de los huesos del cuerpo con los puños y luego desgarrarlo miembro a miembro con las manos desnudas. ¿Había pegado a Lily? De alguna manera, le parecía un crimen tan odioso como la violación.

—Entonces, no te torturaron. Solo te golpearon y... usaron.

—Sí—respondió y bajó la mirada hasta fijarla en el corbatín de Neville.

Le dolía imaginar a otro hombre usando a Lily. No porque esto la hiciera menos deseable para él —había pensado en esa posibilidad la noche antes y la había desechado— sino porque ella era toda inocencia, luz y bondad y alguien la había tomado como esclava y, con su lujuria, había introducido oscuridad y amargura en su cuerpo. Y quizá la había herido de forma irreparable.

¿Cómo iba a saberlo? Quizá ni ella misma lo sabía. Tal vez, su calmada aceptación de lo que había sucedido, su sensata explicación de que era la guerra, fuera solo una pequeña venda que cubría una enorme herida abierta. Quizá, en cierto sentido, su manera de sobrellevar el dolor no era diferente de la de Lauren...

De repente, perdió el valor, o el poco valor que había reunido para hacer la primera pregunta. De habérselo preguntado, es posible que ella le hubiera contado el resto. Todos los atroces detalles de lo que había sufrido, soportado y a lo que había sobrevivido. No quería saberlo. No podía soportar el saberlo. Aunque comprendía que quizá ella necesitaba contarlo.

Ah, Lily, ¿y tú hablabas de cobardía?

Le acarició la mejilla y la mandíbula con el dorso de los dedos y luego le hizo levantar la barbilla.

—No tienes nada de qué avergonzarte, Lily —dijo. No sabía si se sentía avergonzada, pero sí que había dado por sentado que él quizá se divorciara de ella por adulterio—. No hiciste nada malo. Fui yo quien lo hizo. Soy yo quien debería sentir vergüenza. Tendría que haberte protegido mejor. Tendría que haber adivinado que atacarían el centro de la columna. Tendría que haber comprendido que había una posibilidad de que aún siguieras con vida. Tendría que haber revuelto cielo y tierra para encontrarte y rescatarte.

—No. —Lo miraba sosegadamente a los ojos—. A veces, es más fácil encontrar falta y culpar, incluso culparse a uno mismo, que aceptar el hecho de que la guerra no tiene sentido. Estábamos en guerra. Eso es todo.

Y sin embargo, ella se culpaba, como había quedado claro la penúltima noche. Se culpaba por su cobardía al no luchar por su virtud, al no morir con los prisioneros

franceses, en lugar de someterse. Y él no podía aceptar la excusa de la guerra como absolución de su propia culpa.

Había pensado que se había recuperado de sus heridas. Ella parecía no tener ninguna. Pero quizá, en realidad, eran dos personas heridas que debían, de alguna manera, encontrar el perdón, la paz y sanar juntos. Pero, para hacerlo, sin duda necesitaban sacar a la luz todo lo que había entre los dos. Sin embargo, no podía soportar saber...

Inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios. Eran suaves y flexibles. Y cuando apartó la cabeza para mirarla a los ojos vio que estaban llenos de anhelo. La besó de nuevo, tan suavemente como antes, hasta que notó que sus labios se adherían a los suyos y se apretaban contra ellos, igual que cuando la atrajo bajo su manta en la tienda, la noche de bodas.

Ah, Lily. La había echado en falta. Incluso creyéndola muerta, la había echado de menos. Había un vacío en su vida que nadie había llenado ni habría llenado nunca. Pero ahora había vuelto. Ah, sí, había vuelto a casa y a él. La rodeó con los brazos y la atrajo hacia él. Separó los labios para besarla.

Y se encontró defendiéndose de un ser salvaje, que le clavaba las uñas y lo apartaba lleno de pánico, emitiendo gemidos, como maullidos, de angustia. Ella dio media vuelta como un torbellino y se alejó de él, poniendo una silla entre los dos. Cuando él la miró estupefacto, ella lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, aterrorizados. Y luego, de repente, los cerró con fuerza y, cuando él iba a hablar, se tapó los oídos con las manos y continuó con los gemidos. Encerrándolo a él fuera. Encerrándose ella dentro.

Neville sintió que se volvía de hielo por dentro.

—Lily. —Usó la única voz que sabía que ella reconocería instintivamente y a la que respondería... su voz de oficial—. Lily, estás a salvo. Te lo prometo por mi honor. Estás a salvo.

Ella se quedó callada y, al cabo de unos momentos, apartó las manos de las orejas. Abrió los ojos, aunque no lo miró. Vio, alarmado, que estaban muy abiertos y vacíos, que tanto el terror como todo lo demás se había borrado de ellos.

—Lo siento —dijo—. Perdóname, por favor. No tenía intención de herirte ni de asustarte. Nunca te haré nada... físico en contra de tu voluntad. Te lo juro. Por favor, créeme.

—Tengo miedo —dijo ella, con voz átona—. Mucho miedo.

—Lo sé. —Todas sus preguntas anteriores acababan de ser contestadas con más claridad que si las hubiera expresado y ella las hubiera respondido con palabras. Estaba mutilada, con tanta seguridad como un soldado que vuelve de la guerra sin brazos o piernas... más todavía. También él sintió miedo, un miedo mortal a no ser capaz de reparar todo el daño que le habían hecho. Respiró hondo y usó, una vez más, su voz de oficial—. Mírame, Lily.

Ella lo miró. El vivo color ganado con su escapada a la playa había huido de su rostro. Estaba pálida y demacrada de nuevo.

—Mírame bien —le dijo—. ¿A quién ves?

—A ti —respondió ella.

—¿Y quién soy yo?

—El mayor lord Newbury.

—¿Confías en mí, Lily? —preguntó.

—Con mi vida —asintió.

Era una respuesta que lo aterrorizaba —había traicionado su confianza una vez, con unos resultados trágicos e incalculables—, pero no podía permitirse mostrar su debilidad en aquel momento.

—No te prometo no volver a besarte —dijo— ni hacer nunca algo más que besarte. Pero jamás haré ninguna de las dos cosas sin tu pleno y libre consentimiento. ¿Me crees?

—Sí—respondió, asintiendo de nuevo.

—Mira a tu alrededor —le ordenó—. ¿Dónde estás?

Ella miró.

—En la casa de la playa —dijo—. En Newbury Abbey.

—¿Y eso dónde está?

—En Inglaterra.

—No hay guerra en Inglaterra —le dijo—. Aquí hay paz. Y, además, esta pequeña porción de Inglaterra es mía. Aquí estás a salvo, conmigo. ¿Me crees?

—Sí.

—Entonces, deja que te vea sonreír otra vez.

Su sonrisa fue trémula, pero vio que el atroz miedo había desaparecido, aunque el suyo no lo hubiera hecho.

—Lo siento —dijo ella.

—No lo sientas —le respondió. Suspiró—. Será mejor que hoy no hablemos más de esto. No te he traído aquí para disgustarte. Te he traído porque amo este lugar y el instinto me dijo que tú también lo amarías. Es tuyo tanto como mío, cariño. Eres mi esposa. Debes venir siempre que lo desees. Aquí estarás siempre a salvo... incluso de mí. Lo juro. Y aquí puedes ser tú misma. Puedes ser exactamente la persona que decidas ser.

Ella asintió y recogió el sombrero. La observó mientras se ataba las cintas debajo de la barbilla y se volvía hacia la puerta. Se la abrió para que pasara y salieron juntos, iniciando la vuelta por el valle, en dirección al sendero de la colina. Caminaba junto a ella, con las manos entrelazadas a la espalda. Temía hasta ofrecerle el brazo.

Las heridas eran mucho más profundas de lo que parecía. ¿Cicatrizarían alguna vez? ¿Era él capaz de sanarlas? ¿Aquí, en un lugar al que ella no pertenecía, donde no podía ser la mujer que había llegado a ser, llena de vida, espontánea y libre?

Pero no le quedaba otra elección, salvo tratar de ayudarla a curarse y hacer frente a la presente realidad de su vida. Era su esposa. La amaba profundamente antes de casarse con ella. La amó apasionadamente durante aquella única noche de su matrimonio. La había amado sin cesar desde su supuesta muerte.

Y la amaba de nuevo desde el momento en que entró en la nave de la iglesia el día de su boda, dos mañanas antes.

Capítulo 11

Lily presentó sus disculpas a tía Theodora, vizcondesa de Sterne, y asumió toda la culpa por el irregular comportamiento de Miranda. Lo hizo en público, durante la cena, para que todos supieran que la responsable era ella. Pero tía Theodora solo se sonrojó y le aseguró que, en realidad, el incidente no tenía ninguna importancia. Hal añadió, con vehemencia, que esa era la pura verdad, que no la tenía. Su padre, sir Samuel Wollston, le dijo, cortante, que se callara. Joseph, el marqués de aquel sitio con un nombre tan largo, con un tono de voz decididamente hastiado, masculló de nuevo algo sobre las tormentas en un vaso de agua. Pauline soltó una risita. Y Elizabeth cambió de tema.

Lily se quedó con la impresión de que, de nuevo, había hecho lo equivocado.

Era una sensación que cada vez le resultaría más familiar en los días venideros. Una mañana, en que bajó a la cocina con un vestido nuevo al brazo e insistió en planchárselo ella misma y luego ayudó a una de las criadas de la cocina a acarrear una enorme cesta de colada hasta el tendedero, su madre política le dijo, muy amablemente, que contrataban a los sirvientes para que se encargaran de esas tareas, a fin de que las señoras pudieran ocuparse en tareas de más importancia. Pero esas tareas de más importancia consistían en una reunión diaria con el ama de llaves y un examen de las cuentas anotadas en un libro que Lily no podía descifrar. No pasó mucho tiempo antes de que la condesa viuda volviera a encargarse de la tarea ella sola.

Varias señoras —y algunos caballeros— venían de visita a la abadía y Lily tenía que enfrentarse a la penosa experiencia de que se los presentaran y luego conversar con ellos, mientras tomaban el té. Una tarde, el señor Cannadine, que acompañaba a su madre, hablaba de la guerra con Neville, el duque de Anburey y otros caballeros y Lily se unió a la conversación, con vehemencia. Pero, después de marcharse las visitas, Lauren la llevó aparte y le hizo notar que no era del todo discreto que las señoras hablaran de temas tan desagradables. Se apresuró a añadir que, por supuesto, no se podía culpar a Lily. El señor Cannadine no debería haber introducido aquel tema cuando era posible que las damas presentes oyeran la conversación de los caballeros.

Había que devolver las visitas. La condesa viuda le explicó que era una cuestión normal de cortesía, para dar las gracias a quienes se habían mostrado tan atentos. Pero, una tarde, cuando el birlocho pasaba por el pueblo de camino a casa de lady Leigh, Lily vio a la señora Fundy e, impulsivamente, le pidió al cochero que se detuviera. Le preguntó a la mujer cómo le iba y cómo estaban su marido y los niños. No eran preguntas retóricas. Escuchó con interés las respuestas y tendió los brazos

para coger al bebé y poderlo abrazar y besar, aunque la señora Fundy le advirtió de que había que cambiarle el pañal y de que no olía demasiado bien. Pero cuando el birlocho siguió su camino y Lily se volvió con una luminosa sonrisa hacia la condesa, vio que se había ganado otro amable sermón. Se podía saludar con un gesto cortés a ciertas personas, pero era del todo innecesario entrar en conversación con ellas.

Lily comprendió que «ciertas personas» eran las de clase baja. Las de su propia clase.

Lily huía al exterior siempre que podía. No era muy difícil, en especial después de que los invitados a la boda se marcharan de Newbury. Hacia el final de la semana todos, excepto el duque y la duquesa de Anburey, su hija Wilma, Joseph, Elizabeth y el duque de Portfrey, habían regresado a su propia casa y los demás pensaban marcharse a Londres al cabo de unos días. Por lo general, Lily conseguía salir de casa y volver sin que nadie se diera cuenta; no había olvidado la puerta lateral y las escaleras de servicio por las que había llegado hasta sus habitaciones aquel primer día.

Exploraba todo el parque, hiciera sol o lloviera. En la segunda mitad de la semana, hubo mucho de lo segundo, pero el mal tiempo nunca la hizo desistir de su empeño. Lo que más le gustaba era la playa, aunque había desarrollado la costumbre de llegar hasta allí evitando mirar hacia el valle y la casita. También le gustaban los prados y los jardines cultivados de delante de la casa, el denso bosque que había entre ellos y el pueblo, por donde pasaba el serpenteante camino de coches, y la colina de detrás de la casa, con su sendero cuidadosamente ajardinado que dibujaba, aproximadamente, una herradura que empezaba justo detrás del jardín de rocas, por encima de la colina, y acababa en la rosaleda, detrás de los establos. Lo llamaban el sendero de los rododendros.

Un día, al acabar la tarde, después de la tediosa visita a lady Leigh, lo recorrió hasta su parte más alta. Se había cambiado de ropa, vistiendo su viejo vestido y se había soltado el pelo, aunque el frío la obligó a ponerse una capa y zapatos. Pero la subida, la vista desde la cima y la sensación de soledad que la embargó al llegar allí bien valían soportar la incomodidad del tiempo. Desde donde estaba podía ver el mar, la playa y la caleta. Si se volvía podía ver campos y tierras de pasto comunes extendiéndose en la lejanía.

Cerró los ojos y pensó que no resultaba difícil tener una clara sensación de pertenencia. Esto era Inglaterra, que su padre tanto había amado, y era su nuevo hogar. Pensó, melancólica, que ojalá Neville fuera tan solo el dueño de una de las casas del pueblo de abajo y saliera a pescar cada día, con los otros hombres. Ojalá...

Pero no había lugar para los «ojalas». Miró alrededor buscando un sitio donde sentarse, para relajarse y dejar que la belleza del paisaje impregnara sus huesos y su espíritu. Y dio con el lugar perfecto. Mientras trepaba al árbol, con el vestido recogido por encima de las rodillas, se dijo, con picardía, que era una suerte que Miranda ya no estuviera allí, bajo su mala influencia. Un par de minutos después, estaba sentada en la rama que le había parecido perfecta desde abajo. Sus ojos no la habían engañado. Era una rama ancha y firme. Podía apoyar la espalda en el tronco y

estirar las piernas y sentirse absolutamente a salvo.

Ahora... Si pudiera soltarlo todo, incluso los pensamientos, y convertirse en parte de la belleza y paz de lo que la rodeaba. Respiró hondo varias veces, oliendo las hojas, la corteza, la tierra y la sal del aire marino. Pero sus viejas habilidades no le servían de nada esta tarde. Se sentía sola. Neville había sido muy amable con ella desde aquella terrible escena en la casa de la playa. Muy amable y cortés... y muy lejano. Parecía hacer lo imposible para evitar quedarse a solas con ella. Tal vez no quería volver a asustarla.

Había malinterpretado lo sucedido. Había pensado que tenía miedo de él, miedo de que se le impusiera en contra de su voluntad. No era eso en absoluto. Lo que ella sintió era miedo a que hubiera algo más que un beso y también a averiguar cómo sería. Temió que el único sueño que la había sostenido durante el último año y medio quedara destruido para siempre y no hubiera nada con que sustituirlo. ¿Y si resultaba no ser diferente con él de cómo había sido con Manuel? ¿Y si hacía que se sintiera como una «cosa», un objeto inanimado, usado para aliviarlo físicamente? Sabía que habría sido diferente. Sus recuerdos se lo decían. Y él se había mostrado cálido y tierno y olía a limpio y a almizcle. Y ella había sentido una oleada de intenso deseo.

Pero ¿y si hubiera resultado ser algo repulsivo?

Había pájaros cantando, docenas de ellos, quizá cientos, en los árboles. Sin embargo, casi todos eran invisibles entre las ramas, como tal vez también lo fuera ella. Pero ella no cantaba. Apoyó la cabeza en el tronco del árbol y cerró los ojos.

Había otro elemento en su miedo, uno que no quería reconocer. Tuvo miedo de que a él le resultara repulsivo, de que ella le pareciera repulsiva. Tuvo miedo de que la encontrara deteriorada, contaminada. Había estado con Manuel siete meses. Por algún milagro no había concebido; tal vez era estéril. Pero quizá, si le hubiera permitido entrar en su cuerpo, Neville habría recordado que había pertenecido, aunque contra su voluntad, a otro hombre. Y quizá eso hubiera cambiado las cosas. Puede que, pese a él mismo, hubiera sentido repugnancia.

Ella lo habría sabido y no habría podido soportarlo.

No habría podido soportarse a sí misma. Recordaba cómo, después de que la liberaran, durante el largo camino de vuelta a Lisboa, mientras se bañaba en un arroyo, descubrió de repente que no conseguía salir del agua ni dejar de frotarse con la camisa doblada... frotando y frotando hasta la histeria. Se sentía más sucia que nunca en toda su vida, pero no había conseguido lavar la suciedad porque estaba debajo de su piel.

No había vuelto a pasarle, pero después de convenirse para salir del agua y mientras permanecía temblando, asustada, en la orilla, había comprendido que quizá nunca volvería a sentirse limpia. Era un temor secreto con el que había aprendido a vivir. Pero si él llegara alguna vez a compartir esa sensación, ella ya no podría soportarlo.

Se dijo que tendría que haberle hablado de sus miedos en la casita. Tendría que haberle dicho, exactamente, cómo se sentía. Tendría que haberle hablado de Manuel,

de su largo viaje hasta Lisboa, de sus sueños, sus temores, sus pesadillas... no, era una única pesadilla. Tendría que habérselo dicho. Pero no fue capaz.

Posiblemente, aquello había sido lo peor de todo. ¿Cómo podían volver a estar unidos, si no compartían todo lo que eran?

Lily abrió los ojos para mirar, sin ver, por encima del tejado de la abadía hasta el mar, allá a lo lejos y, al hacerlo, captó un ligero movimiento a su izquierda. Alguien subía por el sendero desde el jardín de rocas. Mejor dicho, alguien estaba de pie allí, lejos, junto a un tronco de árbol, escudriñando el camino y protegiéndose los ojos con la mano. Era imposible saber si era un hombre o una mujer, pero era alguien alto, cubierto con una capa oscura. Tal vez fuera Neville, que la buscaba. El corazón le dio un vuelco de alegría. Después de todo, tal vez podrían hablar en un lugar aislado como aquel. Y a él no le importaría que se hubiera subido a un árbol. Agitó el brazo y, en el mismo momento, se dio cuenta de que no era él. Había algo en la manera en que aquella figura permanecía de pie que le resultaba desconocido.

El hombre —o la mujer— desapareció. O se ocultó a la vista. ¿Avergonzado, quizá, de verla subida a una rama? También era posible que quienquiera que fuera no la hubiera visto en absoluto.

Lily se sintió decepcionada. Era evidente que, esta tarde, estar sola no era la mejor idea. Mientras bajaba con cuidado hasta el suelo y se encaminaba por el sendero hacia el jardín de rocas, decidió volver a la casa. A lo mejor Elizabeth quería acompañarla a dar un paseo.

Hacia la mitad del camino, al doblar un recodo, casi se dio de bruces con el duque de Portfrey, que venía en dirección opuesta, vestido con una capa oscura.

—Ah —dijo Lily—, era usted.

—Estaba en los establos cuando la vi pasar, hace un rato —respondió— y supuse que estaría en el paseo de los rododendros. Justo ahora había decidido venir a buscarla. —Le ofreció el brazo.

—Es muy amable por su parte —respondió ella, aceptándolo. Pero ¿por qué se había quedado allí, tan furtivamente, buscándola a ella o a alguien y luego había retrocedido solo para volver a avanzar y fingir que acababa de llegar en aquel momento para reunirse con ella?

—Es un placer —dijo él—. El otro día me estaba hablando de su madre, Lily, cuando nos interrumpieron.

Fue Elizabeth quien los había interrumpido y le había dicho que era demasiado inquisitivo.

—Sí, señor —dijo Lily.

—Dígame —le preguntó—, ¿también ella era de Leicestershire?

—Así lo creo, señor —respondió ella.

—¿Y cuál era su nombre de soltera?

Lily no tenía ni idea y así se lo dijo. Pero la naturaleza indagadora de sus preguntas estaba consiguiendo que se sintiera incómoda.

—¿Cómo era? —le preguntó—. ¿Se parecía en algo a usted?

No. Su madre era regordeta, tenía la cara redonda, las mejillas sonrosadas y los

ojos oscuros. Era alta... o así se lo parecía a una niña que solo tenía siete años cuando ella murió. Tenía un pecho amplio y cómodo, en el que reclinar la cabeza, aunque Lily no añadió ese detalle a la descripción que le dio al duque.

—¿Cuántos años tiene exactamente, Lily? —inquirió él.

—Veinte, señor.

—Ah. —Se quedó callado unos momentos—. Veinte. No parece tan mayor. ¿Cuándo nació?

—Tengo veinte años, señor —le contestó, con voz firme, empezando a sentirse un poco irritada por las persistentes preguntas del duque.

Ya habían atravesado el jardín de rocas y se acercaban a la fuente. Él la miró.

—Le ruego me perdone, Lily —dijo—. He sido impertinente. Discúlpeme, por favor. Es solo que me recuerda una vieja... ah, obsesión, supongo que se podría llamar así, de la cual pensaba que me había recuperado hace tiempo, hasta que usted entró en la iglesia del pueblo.

Lily estaba desconcertada y también molesta con él. Y no estaba segura de si debía sentirse un poco asustada.

—Discúlpeme —repitió el duque y, deteniéndose junto a la fuente, le sonrió y le besó la mano.

—Desde luego, señor —dijo, amablemente, apartando la mano y dando media vuelta para subir corriendo, ligera, la escalera hasta la terraza. Se olvidó de que, con el aspecto que tenía, debería haber ido por la entrada de la servidumbre. Pero tuvo suerte y no se tropezó con nadie más que con el lacayo, el señor Jones, que se sonrojó y respondió a su alegre saludo con aire incómodo.

Lily pensó que el duque de Portfrey era apuesto y elegante y tenía una sonrisa agradable. Pero sería un disparate no desconfiar de él.

Al día siguiente, Neville salió por la mañana temprano, con su administrador, para encargarse de asuntos de la propiedad. No era todavía mediodía cuando volvió solo, atravesando el pueblo. Decidió detenerse en casa de la condesa viuda para ver cómo estaban Gwen y Lauren, aunque la mayoría de los días ellas acudían de visita a la abadía. Lauren insistía en actuar como si no hubiera nada que lamentar. Incluso podría decirse que había tomado a Lily bajo su protección. A veces, incluso leía y tocaba el piano para ella. Aunque podría parecer un giro afortunado de los acontecimientos, Neville estaba preocupado.

Gwendoline estaba sola en la salita de mañanas. Dejó el libro que estaba leyendo cuando hicieron entrar a Neville y levantó la cara para que la besara. No le sonrió. Gwen no sonreía mucho últimamente.

—No te has encontrado con Lily por solo un cuarto de hora —le dijo—. Ha pasado por aquí después de dar un paseo por la playa. Ha vuelto a la abadía a través del bosque, en lugar de por el camino de carruajes. No es nada convencional.

—Si lo dices como crítica —respondió él— guárdatela, Gwen. Lily tiene todo mi permiso para ser tan poco convencional como le plazca.

Ella lo miró, sopesándolo.

—Entonces nunca aprenderá a amoldarse —respondió—. No es sensato por tu parte, Nev. Pero te diré algo que me molesta más de lo que puedo decir. En muchos sentidos, la envidio. Nunca he caminado por el agua... en todo caso, no desde que éramos niños. Nunca he trepado a aquella roca ni me he quitado el sombrero y los zapatos. Nunca me he... metido en el bosque, a menos que fuera por el sendero.

Se miraron con aire grave durante unos momentos y luego intercambiaron unas sonrisas pesarosas.

—No la detestes, Gwen —le rogó—. Ella no tenía intención de hacer daño a nadie. Y está horriblemente sola. No estoy seguro de que mi apoyo sea suficiente. Necesito ayuda.

Gwen cogió un encaje de encima de la mesa y se inclinó sobre él.

—Era un sueño tan agradable —dijo— que te casaras con Lauren y vivieras en la abadía con ella... Y yo aquí con mamá. Todos juntos como siempre estábamos antes de que... antes de que yo me casara con Vernon. Ahora todo se ha estropeado. Y Lauren sufre tanto que ni siquiera a mí me hace confidencias. Nev, antes siempre hablábamos de todo.

—¿Dónde está?

—Se marchó pocos minutos después que Lily. Dijo que necesitaba aire y ejercicio, pero que no quería que la acompañara. Ojalá no insistiera tanto en convertir a Lily en un... un proyecto. Necesita demostrar algo... demostrar que puede elevarse por encima de la adversidad, que puede negarse a sentir rencor, que puede continuar siendo una perfecta señora, como siempre lo ha sido. Ojalá...

—¿Me tirara cosas a la cabeza y odiara a Lily? —sugirió él, cuando ella vaciló.

—Por lo menos, eso sería sano, Nev. O que empapara unas cuantas sábanas de amargas lágrimas. Incluso ha hablado de volver a trasladarse a la abadía para estar siempre a disposición de Lily, para ayudarla a hacer frente a su nueva vida.

—No —dijo él, con firmeza.

—No —respondió ella, mostrándose de acuerdo—. Cogeré la lepra o algo igualmente mortal para que tenga que quedarse aquí y cuidarme.

Volvieron a intercambiar una sonrisa fugaz y luego ella reanudó su tarea.

—Quizá —dijo él— debería sugerirle que se fuera a Londres, por lo menos parte de la temporada. Elizabeth va a regresar dentro de unos días. Estoy seguro de que le encantaría contar con la compañía de Lauren. Y también con la tuya.

—¿A Londres? —Levantó la mirada, sobresaltada—. Oh, no, Neville. No, no tengo ningún deseo de volver allí. Lauren tampoco querrá. ¿Te refieres a encontrar marido? Es demasiado pronto. Además, en estos momentos, Lauren debe de estar... toda nuestra familia debe de estar en boca de todos.

Neville se estremeció. Sí, la verdad es que no lo había pensado. Los sucesos de la semana anterior debían de alimentar muy adecuadamente la insaciable hambre de sensación y escándalo de la buena sociedad. Muchos de sus miembros estaban en Newbury para la boda. Y los que no lo estaban se sentirían ávidos de conocer todos los detalles. Aparecer en Londres este año sería una humillación para Lauren.

Suspiró y se puso en pie.

—Supongo que todos necesitamos tiempo —dijo—. Solo desearía poder cargar con todo el peso de lo sucedido sobre mis propios hombros y ser el único en sufrir. Pobre Lily. Pobre Lauren. Y pobre Gwen.

Gwen dejó su labor a un lado y lo acompañó al establo, donde había dejado el caballo. Se apoyó en su brazo mientras andaban y él aflojó el paso para acomodarse a su cojera.

—Y después de que todos hayamos tenido tiempo —dijo—, ¿serás feliz, Neville? ¿La felicidad es posible para ti ahora?

—Sí.

—Entonces será mejor que prepares a Lily —añadió—. Mejor todavía, deja que mamá la prepare.

—No dejaré que nadie haga desdichada a Lily, Gwen —afirmó.

—Entonces ¿ella está contenta tal como está? —exclamó ella—. ¿Alguno de nosotros está contento? ¿Qué sentido tiene? Si somos desdichados, no es por culpa de Lily. Ni siquiera por la tuya, supongo. ¿Por qué siempre tenemos que culpar a otro de nuestras desdichas? Es solo que estaba decidida a aborrecer a Lily intensamente.

—Gwen, es mi esposa. Y fue una boda por amor, ¿sabes?

—Oh —exclamó, enarcando las cejas—, ¿lo fue? Pobre Lauren.

No dijo nada más, pero le dijo adiós con la mano mientras él montaba y se dirigía al camino de carruajes.

Cuando llegó a la abadía, después de dejar el caballo en los establos, al cuidado de un mozo de cuadra, Neville descubrió que Lily todavía no había regresado, aunque había salido de casa de la condesa viuda hacía una buena media hora. ¿Adonde había ido? Era casi imposible saberlo, pero al salir de la casa se había adentrado en el bosque. Quizá todavía estuviera allí. No es que fuera fácil encontrarla. Tampoco es que debiera intentarlo.

Pero tal vez se había perdido. A grandes zancadas, pasó junto a la fuente y cruzó el ancho prado, dirigiéndose hacia los árboles.

Podría haberse pasado una hora dando vueltas entre ellos, sin encontrarla. Fue pura coincidencia que la viera casi de inmediato. Su mirada se vio atraída por el aleteo del vestido azul pálido que era el primero de sus nuevos trajes. Estaba de pie, muy quieta, apoyada contra el tronco de un árbol, con las manos pegadas, a ambos lados del cuerpo. No quería asustarla. No trató de silenciar sus pasos mientras se acercaba hasta quedar delante de ella. Incluso así, vio el inconfundible miedo en sus ojos.

—Oh —exclamó ella, cerrándolos un momento—, eres tú.

—¿Quién creías que era? —le preguntó, curioso, Aunque iba pulcramente peinada, no llevaba sombrero y pensó que su madre se escandalizaría.

—No lo sé —dijo, moviendo la cabeza—. Tal vez, el duque de Portfrey.

—¿Portfrey? —Frunció el ceño. Pero ella estaba asustada.

—¿Qué has hecho con la capa? —preguntó.

—Hoy no la llevaba —respondió, mirando el traje de montar—. Hace

demasiado calor.

—Oh, entonces estaba equivocada.

No quería tocarla, pero inclinó la cabeza, acercándola un poco más a la de ella.

—¿Por qué estabas asustada?

Su sonrisa era un poco desvaída.

—En realidad no lo estaba. No fue nada. Me sobresalto de las sombras.

Le recorrió la cara con la mirada. Incluso ahora parecía como si tuviera miedo de abandonar la seguridad del árbol contra el que se apoyaba. Se le ocurrió una nueva y dolorosa idea.

—He pensado en tu cautiverio—dijo— y he pensado en ti en Lisboa, intentando que alguien del ejército creyera tu historia. Pero hay una porción de tiempo en la que no he pensado, ¿verdad? Estabas en algún lugar de España y recorriste a pie todo el camino hasta Portugal. ¿Sola, Lily?

Ella asintió.

—Y cada colina y cada valle y cada bosque de los dos países quizá ocultara una banda de partisanos —siguió diciendo— o de tropas francesas aisladas detrás de mis líneas. Incluso de nuestros propios hombres. No tenías papeles. Tendría que haber pensado en aquel viaje tuyo antes de ahora, ¿no es verdad? —Se preguntaba qué suerte de horrores debía de haber vivido, añadidos a la dureza física de un viaje así.

—La vida de cualquiera contiene sufrimiento —respondió ella—. Cada uno tenemos suficiente con el nuestro. No necesitamos cargar con el de los demás.

—¿Aunque la otra persona sea tu esposa? —preguntó. Ella debería haber podido contar a los partisanos como amigos; eran aliados de los británicos, claro. Pero su experiencia con un grupo de ellos debió de imbuirla de un sano temor a encontrarse con otra banda. Y él ni siquiera había pensado en aquel viaje—. Perdóname, Lily.

—¿Por qué? —Le sonrió y pareció ser de nuevo ella misma, dulce y cautivadora—. Estos bosques son hermosos. Viejos. Recogidos. Llenos de pájaros y de su canto.

—Dale tiempo —le dijo—. Al final, acabarás creyendo en la paz y seguridad de Inglaterra. Y de tu hogar en particular. Aquí estás a salvo, Lily.

—Ahora no tengo miedo —le aseguró, y su serena sonrisa parecía respaldar sus palabras—. Fue solo un... una sensación. Fue una tontería. ¿Se me ha hecho tarde? ¿Es por eso por lo que has venido a buscarme? Olvido que siempre hay visitas.

—No llegas tarde y no hay visitas, aunque las habrá esta noche. Pero incluso si llegaras tarde y si hubiera visitas, no importaría. Debes sentirte libre aquí, Lily. Esta es tu casa.

Ella asintió, aunque sin responder. Neville le tendió la mano sin pensar, pero antes de poder retirarla, ella la cogió y entrelazó sus dedos con los suyos, como si tocarlo fuera lo más natural del mundo. Era una mano suave y cálida, que él sujetó firmemente mientras empezaban a caminar en dirección a la casa.

Era la primera vez que la tocaba desde aquella tarde en la casa de la playa. Bajó los ojos para mirar la rubia cabeza, con su trenza a la espalda, y sintió un extraño

deseo de llorar.

Ella había cambiado. Ya no era Lily Doyle, la mujer joven y libre de preocupaciones que había alegrado el corazón de todo un endurecido y cansado regimiento en Portugal. Había perdido la inocencia. Y sin embargo, esa inocencia seguía rodeándola como un aura casi invisible.

Capítulo 12

Aquella tarde se había puesto a hacer un calor impropio de la estación. Por la noche seguía haciendo calor y poco antes de la medianoche, cuando Neville despidió a sus invitados desde la terraza, hacía un fresco todavía agradable. Su tía y su tío Wollston, con sus hijos, Hal y Richard; Lauren y Gwen; Charles Cannadine con su madre y su hermana; Paul Longford; lord y lady Leigh con su hija mayor... todos habían venido a cenar y se habían quedado para disfrutar de una noche de música y cartas.

Neville sabía que para Lily había resultado una noche difícil. No jugaba a las cartas, pobre Lily; otra habilidad más de la que carecía y que sus amigos y vecinos habían descubierto en ella. Y aunque podría haber encontrado una compañía agradable en Hal y Richard, incluso quizá en Charles o Paul —había observado sin sorpresa que siempre estaba más cómoda con los hombres que con las mujeres—, lady Leigh y la señora Cannadine la habían tomado bajo su protección y habían procedido a descubrir todos los demás atributos de una dama que ella no poseía. Luego Lauren se la había llevado a la sala de música, donde todas las señoras, excepto Lily, habían exhibido su habilidad tocando el piano.

Más avanzada la velada, lady Leigh le aseguró a Neville que se habían quedado absolutamente fascinadas al saber que, con frecuencia, en la península lady Kilbourne se había visto obligada a dormir en el duro suelo bajo las estrellas y rodeada de un millar de hombres. Tenían que convencer a la querida esposa de su señoría para que les contara más sobre sus asombrosas experiencias.

Neville pensó, divertido para sus adentros, que con frecuencia eran muchos más de un millar y se preguntó si las damas, claramente excitadas por una información tan escandalosa relativa a su condesa, comprendían que, a veces, el número representaba seguridad.

Se sentía inquieto después de que todos se hubieran retirado a sus habitaciones. Volver a estar solo con Lily, otra vez, durante la mañana, hablando y paseando con ella, cogiéndola de la mano, había reavivado el hambre que sentía de estar en su compañía, de gozar de la intimidad de su matrimonio, que había estado tratando de acallar. No solo de la intimidad sexual —aunque reconoció que también estaba presente— sino de la intimidad emocional, esa unión de mente con mente y corazón con corazón. Comprendió que era algo que nunca había deseado especialmente con Lauren. Con ella, se habría conformado con la cómoda amistad y afecto que siempre habían compartido. Pero con Lily era diferente.

Luchó contra la tentación de ir a su habitación para ver cómo estaba, algo que no había vuelto a hacer desde aquel día en la casa de la playa. Tenía miedo de

encontrar una excusa para quedarse.

Pero, de pronto, se inclinó, asomándose a la ventana de su habitación, por la que estaba mirando, sin ser consciente de lo que veía. Apoyó las manos en el alféizar. Sí, era Lily la que estaba allí abajo. ¿Es que acaso necesitaba dudar de la evidencia de sus propios ojos? ¿Quién más saldría de la casa a estas horas de la noche? La capa se ahuecaba detrás de ella mientras se dirigía, apresuradamente, hacia el camino del valle, igual que su cabello, que llevaba suelto y le caía por la espalda.

Al principio, le pareció extraño que hubiera decidido salir sola, en mitad de la noche, cuando tan asustada estaba en el bosque, en mitad del día. Pero solo al principio. Pronto comprendió que si Lily tenía demonios contra los que luchar, no se acobardaría y escondería de ellos, sino que se enfrentaría a ellos decididamente. Además, siempre había conseguido su paz y su serenidad al estar al aire libre y en la soledad que parecía ser capaz de encontrar en medio de un ingente ejército.

Debía dejarla en paz.

Le dejaría que encontrara cualquier consuelo a su infelicidad que fuera capaz de descubrir en la playa, bajo las estrellas.

Sin embargo, suspiraba por ella. Suspiraba por ser parte de su vida, de su mundo. Ansiaba compartir lo que él era con ella, como nunca lo había deseado con ninguna otra mujer. Y ansiaba que ella confiara en él, que estuviera dispuesta a compartir lo que ella era con él.

Ansiaba que le concediera su perdón, aunque sabía que, para ella, no parecía haber nada que perdonar. Ansiaba poder compensarla por sus sufrimientos.

Debía dejarla en paz.

Pero, a veces, es difícil luchar contra el egoísmo. Y, tal vez, no era solo egoísmo lo que lo impulsó a seguirla. Tal vez, lejos de la casa, en medio de la belleza de la noche iluminada por la luna, pudiera encontrarse con ella a un nivel diferente de cualquier otro que hubieran descubierto aquí en Newbury. Tal vez, algunas de las restricciones que los habían mantenido tan separados desde su llegada —y en especial desde aquella tarde— pudieran ser eliminadas. En su encuentro de la mañana había cierta promesa. Tal vez...

Tal vez, estaba simplemente buscando alguna excusa —cualquier excusa— para hacer lo que sabía que iba hacer de todos modos. Ya estaba en el vestidor, poniéndose la ropa de montar que su ayuda de cámara había dejado preparada para la mañana.

La seguiría.

Por lo menos, podría vigilar que estuviera a salvo, asegurarse de que no le pasara nada malo.

Desde la tarde de la merienda, Lily solo había estado en la playa una vez, a primera hora de la mañana, bajo una lluvia torrencial. Dolly la había regañado a fondo cuando volvió y le había pronosticado sombríamente que cogería un resfriado mortal, a pesar de la capa prestada que llevaba, con la capucha puesta. Lily había

vuelto a la playa, pero no había seguido el camino del valle hasta la poza y la casa.

Sin ninguna duda, era uno de los lugares bellos de la tierra y lo había estropeado al dejarse dominar por el pánico cuando él la besó. Se había negado a confiar en la belleza, la paz y la bondad y, como resultado, había sido castigada. Había descubierto que, desde aquella tarde, era incapaz de forjar aquel contento que siempre conseguía encontrar en los diferentes ambientes y situaciones en que vivía su vida. Se había vuelto asustadiza. Había empezado a imaginar que la acechaban hombres —y quizá mujeres— vestidos con capas oscuras. No le gustaba sentir aquella debilidad.

La noche había sido una enorme prueba para ella. No era que el número de invitados la abrumara. Ni tampoco que nadie fuera poco amable o incluso abiertamente desaprobador. Ni siquiera era que se sintiera fuera de lugar. Era solo que, finalmente, después de una semana en Newbury Abbey, Lily había comprendido algo terrible: esta noche era el modelo de muchas noches por venir. Y los días que había vivido se repetirían una y otra vez, año tras año.

Tal vez se adaptara. Tal vez ninguna semana futura fuera tan difícil como lo había sido esta. Pero algo había desaparecido para siempre de su vida; ciertas esperanzas, ciertos sueños.

El miedo había ocupado su lugar.

Miedo de un hombre desconocido. O tal vez no desconocido. Dentro de la casa, el duque de Portfrey no dejaba de observarla. ¿Por qué no también fuera de la casa, cuando ella deseaba estar sola? O tal vez no fuera el duque. Tal vez, fuera... Lauren. Iba cada día a la abadía e, invariablemente, se pegaba a Lily, mostrándose atenta con ella, solícita de su bienestar, ansiosa de enseñarle lo que no sabía o de hacerlo en su lugar. Era toda elegancia y amabilidad. Sin duda, era exactamente lo contrario de lo que debería ser. Había algo que no estaba del todo bien en su alegre aceptación de la situación. Solo de pensar en ella, Lily sintió un escalofrío. Tal vez era Lauren quien sentía la necesidad de vigilarla incluso cuando estaba sola. Tal vez, de alguna manera diabólica, Lauren trataba de hacer que se sintiera tan incómoda cuando estaba en compañía y tan aterrorizada cuando estaba sola que acabara marchándose.

Y quizá, se dijo Lily, obligándose a reaccionar, no era nadie en absoluto, ni hombre ni mujer, ni conocido ni desconocido.

Mientras estaba junto a la ventana de su habitación, contemplando anhelante el exterior, comprendió que el miedo era lo único que no podía permitir que la dominara. La destruiría definitivamente. Había cedido a él una vez, escogiendo la vida y la prostitución, frente a la tortura y la muerte. En muchos sentidos se había perdonado por aquella elección. Como Neville le había dicho —y como su padre le había enseñado—, un soldado tenía el deber de permanecer con vida en cautividad y escapar tan pronto pudiera. Fue durante la guerra cuando la apresaron. Pero la guerra ya se había acabado para ella. Estaba en Inglaterra. Estaba en casa. No permitiría que ningún terror sin nombre la consumiera.

Así que había salido e iba a enfrentarse al peor de sus temores. La persona que había vislumbrado desde el paseo de los rododendros y en el bosque por la mañana

no era lo que más la asustaba. Era la casa de la playa.

La noche era tranquila y brillante, iluminada por la luna y las estrellas. La temperatura era casi templada. La capa que llevaba parecía innecesaria, aunque quizá se alegrara de haberla cogido cuando estuviera en el valle, pensó Lily, mientras corría a través del prado y llegaba al sendero que cruzaba el bosque; en especial, si se quedaba toda la noche. Pensaba que quizá lo hiciera, como lo había hecho aquella primera noche, cuando la habían echado de la abadía. Pensaba que quizá durmiera en la playa, después de obligarse a ir hasta la casa, aunque no necesariamente a entrar en ella. Ahora que había salido de la abadía, se habían disipado algunos de sus miedos y pensaba que no sería capaz de obligarse a volver. Ojalá no tuviera que volver nunca.

Se detuvo al llegar al valle. La playa tenía un aspecto tentador con el mar, con la marea media, iluminado por la luna. La arena formaba una brillante franja bajo la luz de la luna. Sería un sosiego para el alma caminar con los pies descalzos por la orilla, quizá volver a trepar a la roca. Pero no era para esto para lo que había venido. Volvió la cabeza, a regañadientes, para mirar hacia la parte alta del valle.

Era un mundo encantado, el acantilado cubierto de helechos, oscuro y misterioso, la cascada como una cinta de plata, la casa tan integrada en lo que la rodeaba que, más que una estructura construida por el hombre, parecía formar parte de la naturaleza. Era un lugar al que debía volver, si es que quería, de alguna manera, volver a reunir los fragmentos rotos de su vida.

Se dirigió lentamente hacia la casa y se acercó a la poza con pasos cada vez más lentos. Pero mientras se aproximaba, sabía que estaba haciendo lo acertado. Había algo en esta pequeña parte del valle que era muy diferente de la playa o de cualquier otro sector del parque, o de cualquier otro lugar de la tierra. Neville tenía razón y ella tenía razón; era uno de esos sitios especiales de este mundo, uno de los lugares en los que algo emergía. Vacilaba en pensar en que ese algo era Dios. El Dios de las iglesias y la religión establecida era un Ser demasiado limitador. Este era uno de los lugares en los cuales afloraba el significado de las cosas y donde sentía que podría comprenderlo todo, si encontraba los pensamientos o las palabras con los cuales captarlo.

Pero también es verdad que ese significado no era algo que había que captar. Era un misterio en el que había que confiar.

Se necesitaba valor para confiar en sitios como este y ella había perdido el valor la tarde de la merienda. Necesitaba recuperarlo.

Fue hasta los espesos helechos que colgaban por encima de la poza. Después de un par de minutos, desató las cintas del cuello de la capa y la dejó caer a un lado. Después de una breve vacilación, se despojó también del vestido y se quitó los zapatos, hasta quedarse allí, solo en enaguas. El aire era fresco, pero para alguien que ha pasado toda su vida al aire libre, no era incómodamente frío. Y necesitaba sentir. Permaneció muy quieta. Después de unos minutos, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La belleza de la escena iluminada por la luna amenazaba con apoderarse de todo solo para percibirlo con los ojos. Pero ella quería oír los sonidos del agua, los

insectos y las gaviotas. Y quería oler los helechos, el agua fresca de la cascada, la sal del mar. Y sentir el frescor del aire de la noche en la piel y los helechos y el suelo bajo los pies desnudos.

Volvió a abrir los ojos una vez que todos sus sentidos estuvieron en sintonía con lo que la rodeaba. Miró las aguas oscuras e insondables de la poza. La oscuridad con su insinuación de que había algo que temer era un espejismo. La poza se alimentaba de aquella brillante cascada de gotas de agua centelleantes y, a su vez, alimentaba el mar con su tenue luminosidad. Oscuridad y luz... formaban parte la una de la otra, opuestos complementarios.

—¿En qué estás pensando?

La voz, su voz, procedía de detrás de ella, no muy lejos. Las palabras habían sido pronunciadas quedamente. No lo había visto ni oído acercarse, pero curiosamente ni se sorprendió ni se sobresaltó. No había nada de aquel terror, aquella sensación de pánico, de que algo amenazador se le acercaba furtivamente, que había sentido en el camino de los rododendros y en el bosque por la mañana. Le producía una buena sensación que hubiera venido. Parecía como si tuviera que ser así. Lo que se había estropeado aquí no podía arreglarse si él no estaba aquí, con ella. No se volvió.

—En que no soy solo alguien que observa todo esto —respondió—, sino que soy parte de ello. La gente suele hablar de observar la naturaleza. Al decirlo así, ponen una distancia entre ellos y lo que, realmente, es parte de ellos. Se pierden una parte de su propio ser. Yo no estoy solo mirando esto; soy esto.

No pensaba las palabras, calculándolas, formulando una filosofía de vida. Se limitaba a hablar de su corazón al corazón de él. Nunca había compartido tan profundamente lo que era con otro ser humano. Él la comprendería. Y la aceptaría.

Neville no dijo nada. Sin embargo, su mismo silencio lo decía todo. De súbito, se produjo una sensación de perfecta paz, de comunión perfecta.

Y luego, él estaba junto a ella, acariciándole el pelo, junto a las sienes, con el dorso de los dedos.

—Entonces, la única prenda que queda debe desaparecer también, pequeña ninfa de las aguas —dijo.

No había ningún elemento de insinuación en sus palabras. Mostraban simplemente la comprensión y aceptación que ella esperaba. Mientras ella cruzaba los brazos para quitarse las enaguas por la cabeza, él se despojaba de la chaqueta, el chaleco y la camisa.

—Estabas pensando en nadar, ¿no es verdad? —le preguntó.

Sí. No lo había sabido conscientemente, pero sí, habría sido el siguiente paso lógico, aunque él no hubiera llegado para expresarlo, por ella, con palabras. Necesitaba sumergirse en las aguas de la poza, convertirse en una parte inextricable de la belleza y la paz que le habían sido devueltas esta noche... el regalo perfecto.

Asintió. Él también era parte de aquello, magnífico en su desnudez después de haberse quitado toda la ropa. Se miraron con franca apreciación y, ah, sí, con el despertar del deseo, del anhelo, de la necesidad. Pero había algo más que eso. Había

necesidades del alma que alimentar y, por ahora, eran de mayor importancia que las ansias del cuerpo.

Además, tenían toda la noche...

Él se volvió y se sumergió en la poza... y volvió a salir resollando y sacudiendo la cabeza como un perro mojado. Sus dientes refulgían muy blancos a la luz de la luna. Pero antes de que pudiera decir nada, Lily también se había lanzado al agua.

Estaba fría. Tan fría que entumecía, que dejaba sin respiración. Y transparente, deliciosa y purificadora. Sentía como si le penetrara bajo la capa de la piel y la sosegara, limpiara y renovara. Ahora que estaba dentro del agua, después de salir a la superficie y apartarse el pelo de la cara, vio que no era oscura, sino que brillaba con una luz en movimiento. Comprendió que la oscuridad solo era una percepción; estaba oscura desde un punto de vista y brillante desde otro.

No era una poza muy grande ni muy honda, pero nadaron el uno al lado del otro durante varios minutos, sin decir nada, porque no había necesidad de decir nada. Y fueron hasta la cascada y tendieron las manos para sentir las finas agujas del agua golpeándoles los dedos y la palma de las manos. El agua estaba fría incluso después de haberse acostumbrado a ella.

—Espera aquí —dijo él, finalmente, apoyando las manos en la orilla y alzándose fuera con un único y armonioso movimiento.

Lily se dejó flotar perezosamente sobre la espalda hasta que él volvió de la casa envuelto en una toalla y llevando otras dobladas al brazo. Le tendió la mano, la ayudó a salir y luego le envolvió el cuerpo tembloroso con una toalla grande. Desde atrás, le escurrió el exceso de agua del pelo antes de darle la otra toalla para que se la pusiera como un turbante,

—Podríamos encender un fuego en la casa —propuso—, si no te importa volver allí adentro, Lily. No correrías ningún peligro por mi parte. No te tocaré sin tu consentimiento. ¿Te seduce la perspectiva del calor?

Sí que la seducía. Pero más la seducía la idea de prolongar esta noche mágica, esta noche en la cual se podía convencer de que todos los problemas de la vida se habían solucionado para siempre. Sabía que la vida nunca era tan sencilla, pero también sabía que eran necesarios momentos como este, que era un bálsamo para restablecer el alma.

En una noche como esta, el amor debía serlo todo. No siempre podía ser así, pero había momentos preciosos, y aquel era uno de ellos, que no se debían rechazar.

Además, la casa era el único temor inquietante que quedaba por vencer.

Sonrió.

—Sí —dijo—. No tengo miedo. ¿Cómo podría tenerlo después de esto? —Con un gesto señaló lo que los rodeaba. Sabía que él lo comprendería. Se había convertido en parte de ello, con ella—. Quiero ir adentro. Contigo.

Lily se dijo que él debía de conocer la casa muy bien.

Había encontrado las toallas a oscuras y ahora solo le llevó unos segundos dar

con las velas y la caja de yesca y llevar la calidez de las velas a la sala. Mientras Lily se ponía las enaguas y el vestido, él se arrodilló y encendió el fuego que ya estaba preparado en la chimenea. Ahora había más luz y el agradable aroma de la leña al arder.

Casi de inmediato se notó un hilo de calor. Los residuos del miedo se desvanecieron. Después de vestirse, aunque sin volver a ponerse el chaleco o la chaqueta, él se sentó en un sillón junto al hogar mientras Lily se acomodaba en el suelo, cerca de las llamas, con las rodillas recogidas, el pelo caído por encima del hombro, secándose al calor. Recordaba la vida relajada e informal de un campamento del ejército, aunque allí nunca se había sentado así, con él; la distancia social que había entre su padre y el mayor lord Newbury era demasiado grande.

—Después de morir tu padre, Lily —dijo él, al parecer en perfecta sintonía con sus pensamientos—, ¿te arrepentiste de no haber dicho o hecho todo lo que le abrías dicho o hecho por él, si hubieras sabido que iba morir aquel día? ¿O eras tan consciente, siempre, de que, como combatiente, podía morir en cualquier momento que nunca dejabas nada sin decir, nada sin hacer?

—Me parece que lo segundo —respondió, después de pensarlo unos momentos—. Tuve la suerte de poder vivir toda la vida con él, hasta el último día. Tuve la suerte de tener un padre que me quería profundamente y al que yo quería sin reservas. Sin embargo, me gustaría, desearía de verdad haber sabido qué era lo que tanto quería que yo tuviera después de su muerte. Siempre insistía en que había algo dentro de su petate para mí. Pero no hubo ninguna oportunidad para ver qué era... lo había dejado en la base. Sin embargo, lo importante es que sé que me quería y que trató de proveer para mi futuro. —Levantó los ojos hacia Neville, repantigado y relajado en su sillón y, no obstante, elegante—. ¿Tú no tuviste tanta suerte?

—Mi padre era un organizador —dijo—. Le gustaba organizar la vida de todos aquellos a quienes quería. Lo hacía precisamente porque nos quería, claro. Tenía nuestras vidas perfectamente planeadas... la de Gwen, la de Lauren y la mía. Yo me rebelé. Quería forjar mi propia vida. Quería tomar mis propias decisiones. A veces, actuaba con auténtica maldad. Mi padre se oponía a que comprara un cargo de oficial en el ejército, pero cuando finalmente cedió y eligió un prestigioso regimiento de caballería para mí, yo insistí en un regimiento de infantería, que, según él pensaba, no estaba a la altura de la dignidad de su hijo. Yo lo quería, Lily. Estoy seguro de que, con el tiempo, habría superado la edad de la rebeldía y me habría acercado a él. Pero murió antes de que tuviera la oportunidad de decirle ninguna de las cosas que merecía que le dijera.

—Él lo sabía. —Lily se abrazó las rodillas—. Si te quería tanto como dices, entonces también te comprendía. Había vivido lo suficiente para conocer las diversas etapas de la vida. Y creo que, para muchas personas, la rebeldía durante la juventud es algo normal. No debes culparte. Nunca hiciste nada que pudiera avergonzarlo. Estoy segura de que debía de estar orgulloso de ti.

—¿Y qué hace que tú, a la avanzada edad de veinte años, seas tan sabia? —le preguntó, con una sonrisa bailándole en los labios y en los ojos.

—He visto y he escuchado a muchas personas en esos veinte años —respondió—. Muchas clases diferentes de personas. Todos somos únicos, pero he descubierto que también tenemos rasgos comunes de humanidad.

—Me gustaría haber conocido a tu madre. Era una de esas mujeres indomables que siguen al ejército incluso después de tener hijos. Ha sido una suerte para mí, claro, que lo hiciera y que tu padre te quisiera tanto que te conservara junto a él, incluso después de que ella muriera. Produjeron un hija muy especial.

—Porque eran unas personas muy especiales —dijo ella—. A mí también me gustaría haber conocido mejor a mi madre. La recuerdo, pero más como una sensación que como una persona. Era consuelo, seguridad, aceptación y amor sin fin. Fui muy afortunada por tenerla el tiempo que la tuve y por tener a mi padre. Tú también fuiste afortunado por tener un padre como el tuyo, un padre que te quería lo suficiente para dejar que te marcharas. Lo hizo por ti, ¿sabes? Te compró el nombramiento e incluso te permitió elegir un regimiento que desaprobaba. Por mi propio interés, me alegro de que lo hiciera.

Se sonrieron.

Hablaron durante toda una hora mientras el fuego se consumía, lo alimentaban de nuevo y volvía a consumirse. Hablaban sin elegir deliberadamente el tema, con una comodidad y facilidad entre ellos que no había estado presente durante la semana anterior. Era como en los viejos tiempos.

Finalmente, la charla fue dejando paso a unos silencios más largos, cordiales al principio, pero que se fueron cargando poco a poco, inevitablemente, de algo más. Lily era plenamente consciente de cómo cambiaba el ambiente, pero dejó que fuera así. Esta noche había decidido dejar el miedo atrás, ceder su voluntad personal al nuevo modelo de su vida que iba apareciendo. Permitiría que fuera lo que debiera ser.

—Lily —dijo él finalmente, todavía aparentemente relajado en el sillón—. Quiero hacerte el amor. ¿Lo quieres tú también? —le preguntó.

—Sí —susurró ella.

—¿Aquí? ¿En la cama de la habitación de al lado? ¿En esta casa, para borrar el recuerdo de lo que sucedió la última vez que estuvimos aquí?

—Para eso estamos aquí, ¿no es verdad? —respondió ella—. Para adentrarnos en la magia, para ser sencillamente nosotros mismos de nuevo, para estar juntos pese a todo lo que ha sucedido y está sucediendo. Juntos como hemos estado allí fuera, en la poza y aquí junto al fuego. Y juntos ahí... ahí dentro. —Señaló con un gesto hacia el dormitorio.

—No debes estar asustada —dijo él—. En ningún momento. Por muy dominado por la pasión que pueda llegar a estar, me detendré en el momento mismo en que tú me lo digas. ¿Me crees?

—Sí. Te creo. Pero no te diré que te detengas.

Sabía que querría hacerlo. Antes de que él entrara en ella, querría detenerlo. Porque una vez que estuviera dentro, ella lo sabría. Sabría si sus sueños de amor habían sido tan insustanciales como lo eran la mayoría de los sueños. Y sabría si,

después de todo, él habría sentido repulsión al saber que otro hombre la había conocido desde el día de su boda. Pero no lo detendría. Esto —esta noche, todo lo de esta noche— tenía que ser y ella dejaría que fuera, sin importar cuál fuera el resultado.

—Ven, pues, Lily.

Se levantó y le tendió la mano. Ella se quedó a su lado mientras él añadía leña al fuego y luego volvió a cogerle la mano para entrar en el dormitorio.

Capítulo 13

Se desvistieron sin incomodidad ni vergüenza, quizá porque habían nadado desnudos, juntos, hacía solo una hora. Él la cogió por los hombros y la apartó de él antes de abrazarla estrechamente. Era menuda, pero estaba exquisitamente formada. Sin embargo, sus ojos se centraron en la cicatriz arrugada de color purpúreo que tenía en la parte superior del seno izquierdo. La recorrió suavemente con la yema de los dedos y luego bajó la cabeza para acariciarla con los labios.

—¿Tan cerca estuve de perderte para siempre, Lily? —preguntó, mientras ella pasaba la mano suavemente por encima de la cicatriz que casi rodeaba el hombro izquierdo de Neville, reliquia de la herida de sable que estuvo a punto de amputarle el brazo en Talavera.

—Sí—dijo ella y, cuando él levantó la cabeza, resiguió la línea de la herida de su cara con un dedo—. La guerra es cruel. Pero los dos sobrevivimos.

La besó, rozándole apenas los labios con los suyos, mientras sus manos se apoyaban a ambos lados de su esbelta cintura, manteniéndola un poco separada de su propio cuerpo. Pensó que tenía el aspecto y daba la sensación de ser una criatura dulce e inocente. Casi podía imaginar que era su primera vez, aunque el recuerdo de su noche de bodas estaba vivo en su mente. Y pensó, muy deliberadamente, en el español, el partisano sin nombre, un nombre que no quería saber, aunque quizá ella necesitara, en algún momento futuro, hablar de aquel hombre y él se obligaría a escucharla. Pensaba en el hombre y en lo que le había hecho a Lily, una y otra vez, durante siete meses. No quería sofocar el conocimiento de que la habían obligado a ser la amante de otro hombre.

—Importa, ¿no es verdad? —Lo estaba mirando a los ojos—. El que haya habido otro...

—Importa —respondió— porque te sucedió a ti, Lily. Porque tú lo sufrías todo, mientras yo me recuperaba en el hospital y luego estaba aquí, empezando una nueva vida, mejor dicho, reanudando la anterior. Importa porque tú eras totalmente inocente, mientras yo no lo era. Importa porque siento que no soy digno de ti.

Ella le tapó suavemente los labios con la mano.

—El pasado no se puede cambiar —dijo—. Era la guerra. Esto es el presente, el único elemento de tiempo que tendremos para crear nuevos recuerdos. Recuerdos mejores.

Ah, Lily. Su bella, sabia, inocente Lily, que podía ver la vida como algo tan increíblemente sencillo que era profundo. Le cogió la mano que todavía descansaba sobre sus labios, le besó la palma y luego la besó en la boca. Quería recuperar toda su encantadora inocencia. Quería recuperar su propio honor.

—No voy a hacerte daño —le aseguró—. No voy a utilizarte para mi placer, sin darte ninguno a cambio. Voy a hacerte el amor.

—Sí —respondió ella—. No tengas miedo. Lo sé. Es lo que hiciste la última vez.

La atrajo hacia él, le rodeó los hombros con un brazo y la cintura con el otro, entreabrió los labios y la besó en los suyos, más profundamente. Era difícil ir despacio. De repente, el recuerdo de la ardiente pasión de su noche de bodas fue muy intenso y no había estado con ninguna mujer desde entonces. Pero ella lo abrazó, arqueó su cuerpo contra el suyo, como había hecho aquella noche y entreabrió los labios. Él metió la lengua dentro.

—Todo irá bien —murmuró, un poco más tarde, obligándose a apartar la boca de la de ella y besándola nuevamente en las sienes, las mejillas y la barbilla—. Todo irá bien.

—Sí —susurró ella—. Oh, sí. Todo está bien.

Él tenía tanto miedo como ella, si es que ella tenía miedo. Tenía que hacer que todo estuviera bien. Y lo haría. En el correo de la tarde había recibido noticias del capitán Harris y, seguramente, pronto recibiría las de todas las demás cartas enviadas. Harris le daba las respuestas que ya esperaba. Los documentos del reverendo Parker-Rowe habían quedado, abandonados, con su cuerpo en aquel paso portugués.

Sabía cuáles serían las otras respuestas... cuáles debían ser.

—Ven, échate —le susurró a Lily.

Se tumbó en la cama junto a ella, de lado, con la cabeza apoyada en la mano. Ella lo miraba sin ningún miedo visible. Tenía los ojos lánguidos, llenos de deseo.

—Quiero ponerme encima de ti —dijo él—. Así es como puedo amarte más profundamente. Pero si mi peso hace que te sientas atrapada, si lo prefieres, te tomaré contigo encima. Dime qué quieres.

Ella se acostó de espaldas y levantó un brazo.

—Ven. No me sentiré atrapada. No tengo miedo. Nunca he tenido miedo de ti, solo de mí misma. Debería habértelo explicado, habértelo dicho. Siempre he confiado en ti.

Él se arrodilló entre sus muslos, que ella abrió cuando él se puso encima, pero no la montó de inmediato ni descansó su peso en ella. Entrelazó las piernas de ella con las suyas y amó su cuerpo lentamente con las manos y la boca, inclinándose encima de ella, pero sin tocar todavía su cuerpo con el suyo. Se dijo que ella estaba viva, con su cuerpo exultante encima de ella, como si solo ahora acabara de hacérsele presente la realidad de aquel hecho. Era cálida, suave y estaba viva y en la cama con él, en la casa del valle, donde había estado tantas veces durante el año anterior, soñando con ella, llorándola.

Era su esposa y su amor. Estaba viva.

Y preparada para el amor. Deslizó la mano hacia abajo, por encima del monte de vello rubio oscuro en el vértice de los muslos. Con los dedos encontró su núcleo y la acarició hasta que notó el calor y la resbaladiza humedad de su deseo.

—Mírame Lily —dijo, dominando el impulso de montarla. Incluso ahora no

quería dar por sentada su conformidad, no se atrevía. Y ella permanecía muy quieta.

Ella abrió los ojos, llenos de una inconfundible pasión y miró hacia arriba, a su cara.

—Mírame —repitió él—. Soy tu esposo. Voy a penetrar en tu interior y amarte y dejar que me ames. No voy a utilizarte ni herirte ni degradarte.

—Lo sé —musitó ella—. Sé quién eres.

Se colocó con cuidado y presionó hacia dentro mientras ella lo miraba, sin ninguna vacilación. Notó como sus músculos se tensaban a su alrededor y luchó por mantener el control; ella estaba suave, caliente y húmeda. Lily buscó sus ojos con los suyos, pero luego dejó que se le cerraran e inclinó la cabeza hacia atrás contra las almohadas y entreabrió los labios. Estaba experimentando, como él no podía menos que ver, con una mezcla de alivio y deseo, el principio del éxtasis.

Era muy difícil que un hombre amara sin egoísmo cuando el deseo le zumbaba en las venas, le martilleaba en las sienes y era una agonía en la entrepierna.

Todavía seguía arrodillado entre sus muslos, pero ahora dejó caer lentamente su peso sobre ella, cuidando de amortiguar una parte con sus brazos. Y, finalmente, empezó a moverse dentro de ella, excitado por su quietud, que no era, sin embargo, pasiva, por el menudo y exquisito cuerpo que era inconfundiblemente el de Lily, por el recuerdo de la última vez que habían estado juntos, por su larga abstinencia, por su regreso de entre los muertos, por el continuo gemir de los muelles de la cama, que eran ruidosos incluso para una sola persona, por los suspiros de placer que escapaban de ella con el ritmo del empujar y retirarse que mantuvo constante todo el tiempo que pudo.

Lily, pensó cuando toda sensación, toda consciencia se centraron en el exquisito dolor de su deseo.

—Lily —murmuró—. Mi amor. Ah, amor mío, mi amor.

Ella había dejado de suspirar. Su cuerpo se había relajado y supo que había alcanzado el mundo de la liberación antes que él, con un quieto gozo, más que con cualquier súbito estallido de pasión. No podía haber pedido una recompensa mejor por su paciencia. Lily estaba tan lejos del miedo como era posible estar.

—Amado mío. —Fue un sonido que apenas fue un mero susurro. El término cariñoso que había usado en su noche de bodas.

Su propio clímax llegó rápidamente. La aplastó con todo su peso mientras empujaba fuerte y profundamente y daba rienda suelta a la bendita liberación de toda su necesidad, todo su dolor y todo su amor, dentro de ella.

Fue un momento de extraordinaria unicidad.

Todo iba a ir bien, pensó cuando empezó a recobrar la plena consciencia, un par de minutos más tarde.

Todo. Estaban juntos y eran uno solo. Había algunos problemas, algunos problemas menores que solucionarían juntos con el tiempo. No había nada que no pudieran hacer juntos. Todo estaba bien.

—Perdona —murmuró, al darse cuenta de lo pesadamente que yacía encima de ella. Se alzó, apartándose de ella, deslizándose lentamente hasta salir de su cuerpo al

hacerlo, y se echó junto a ella, todavía caliente, jadeante y sudoroso. Le puso el brazo bajo el cuello y volvió la cabeza para mirarla. Pero solo la vio brevemente, antes de que la vela parpadeara y finalmente se apagara. Tenía los ojos cerrados. Tenía un aspecto sosegado.

—Gracias —dijo ella, y se puso de lado para acurrucarse contra él, mientras deslizaba la mano por su pecho húmedo hasta dejarla apoyada cerca de su hombro. Él notó el dolor de las lágrimas en la garganta. Era como el perdón. Como la absolución.

El aire era frío sobre su cuerpo húmedo. Cogió las mantas con el pie y las subió para taparlos a los dos con ellas.

—¿Mejor? —preguntó. Se rió bajito—. Y las gracias no son nada necesarias, salvo que sean un cumplido. Y en ese caso, debo añadir mi agradecimiento al tuyo. Gracias, Lily.

Ella suspiró una vez y se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

Todo iba a ir bien. La atrajo más hacia él, frotó la cara contra su pelo, absorbiendo su fragancia, y se movió para colocarse en una posición más cómoda. Si lograra ver a Lauren igual de feliz... Seguramente lo sería, con el tiempo. Tenía mucho que ofrecer al hombre adecuado. Y Gwen... su felicidad había sido demasiado corta.

Pero a veces, pensó soñoliento, seguro que se podía perdonar que disfrutaras de una felicidad egoísta. Sentía la más profunda compasión tanto por su hermana como por su prima y antigua prometida. Pero, ahora, esta noche, se sentía tan absolutamente feliz por él mismo, por Lily, por ellos dos, que era difícil pensar en nadie más. Se durmió.

Cuando Lily se despertó, fue con una sensación de anhelo tan intensa que resultaba dolorosa. Al otro lado de la ventana, se veían los primeros indicios del alba. Estaba en la pintoresca casita de la playa, con su tejado de paja, junto a la poza bajo la cascada; imaginaba la escena tal como se veía al entrar en el valle por el camino de la playa. Estaba allí, ahora, con Neville, su esposo, que la rodeaba flojamente con el brazo, mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro. Le había hecho el amor y había sido maravilloso, más allá de todo lo imaginable. Se sentía limpia de dentro afuera. Y él no había sentido repugnancia... lo habría sabido de haber sido así. Aquel anhelo era el de hacer que aquella noche fuera algo permanente. Si pudieran vivir aquí juntos, solos los dos, durante el resto de su vida... Si pudieran olvidarse de Newbury Abbey, de sus responsabilidades como conde de Kilbourne, de su cautiverio, de la familia de él, de Lauren... Si pudieran quedarse así para siempre... Era, sin ninguna duda, la noche más feliz de su vida. Pero aunque siempre había sido soñadora, nunca había confundido los sueños con la realidad. Los sueños ofrecían un momento de felicidad y la fuerza para enfrentarse a la realidad. Y, algunas veces, cuando el sueño y la realidad se tocaban y, como había sucedido esta noche, se convertían en uno, durante un breve momento de tiempo, había que aceptarlo como un don

precioso, que había que vivir plenamente y luego dejarlo ir. Tratar de aferrarse a ese momento y retenerlo era destruirlo.

La noche terminaría y volverían a Newbury Abbey. Ella continuaría sintiéndose —y siendo— inadecuada, inferior, ignorante y estando fuera de lugar. Y él, siendo como era un caballero, adaptándose lo mejor posible a la situación. Continuaría viendo a Lauren casi cada día y continuaría, quizá inconscientemente, comparando la mujer que era su esposa con la que debía haberlo sido.

Lily se preguntó si lograría reunir la fuerza suficiente para este sueño hecho realidad. No era posible que él amara a alguien tan poco adecuado para su posición en la vida, pese a las palabras de cariño que le había dicho mientras le hacía el amor. Pero tampoco era contrario a ella. No sentía repulsión hacia ella. La deseaba; lo había notado en la creciente tensión entre ellos mientras estaban sentados junto al fuego. Y había gozado haciendo el amor con ella. También ella había disfrutado. Todos sus peores temores —que el propio acto siempre la repugnaría, quienquiera que fuera su amante— habían quedado superados. El amante cambiaba por completo el acto amoroso. Y ella lo amaba.

Pensó que, tal vez, algo se había ganado aquella noche. Se habían sentido cómodos juntos, tanto física como emocionalmente. Habían hablado como amigos. Se habían unido como amantes. No era tan ingenua como para pensar que todos sus problemas se habían solucionado y que ahora podían dedicarse a vivir felices por siempre jamás. Lejos de ello. Pero, quizá, lo imposible se había convertido en un poco más posible esta noche.

—Siempre me gusta despertarme aquí —le dijo él, en voz baja, al oído—. A través de la ventana oigo la cascada y veo el extremo del trenzado de paja del tejado y huelo la vegetación. Y puedo imaginar que el mundo está muy, muy lejos.

—¿A veces te gustaría que lo estuviera? —le preguntó.

—Con frecuencia. —Le retiró el pelo de la cara con un dedo y se lo colocó detrás de los hombros—. Pero no para siempre. Escapar es algo maravilloso siempre que uno pueda volver.

Entonces ¿él no sentía el anhelo de hacer que esta noche durara para siempre?

La besó, suave y perezosamente. Y ella respondió al beso, sintiendo la firmeza cálida y relajada del cuerpo de su hombre con las curvas del suyo, sintiendo cómo se despertaba el deseo en ella, como si fuera sangre nueva. Sentía la gradual tensión de sus senos y el endurecimiento de los pezones, el ansia en el vientre y en el interior de los muslos. Y notó cómo él crecía y se endurecía contra su abdomen.

No hicieron nada más que besarse durante varios minutos, con los labios ligeramente separados. Pero la calidez se convirtió en calor entre ellos y pronto estuvieron dispuestos, sin necesidad de más caricias previas.

—Ponte encima de mí, Lily —dijo él—, y toma tu placer como quieras.

Lily pensó que era un lujo increíble sentir deseo antes del apareamiento, saber por los intensos latidos que llegaría la maravilla de la compleción. Y que la invitaran a tomar su placer a su manera, como si ella importara tanto como él. Y estaba convencida de que, con él, era verdad. Quizá no la amara, pero era importante para

él. Si iba a copular con ella y sacar placer de ella, cuidaría de darlo también.

Qué diferentes podían ser dos hombres, pero no quiso hacer comparaciones.

Recordó que lo habían hecho así en su noche de bodas, la segunda vez, aunque él la había levantado para colocarla encima de él y la había sostenido con firmeza, mientras él la tomaba, con todo el peso del cuerpo de ella sobre él. Ella había sido pasiva, sin saber qué hacer. Habían tenido que estar muy callados porque su tienda estaba a poca distancia de donde dormía una compañía entera de hombres. Estaba dolorida de la primera vez y le había dolido y le había parecido maravilloso al mismo tiempo.

Ahora se montó encima de él, a horcajadas, después de que él apartara las mantas de una patada y doblara las rodillas para apoyar los pies planos en la cama. Se arrodilló encima de él, abrazándole los flancos con las rodillas mientras lo cogía con la mano y lo ponía en su entrada. Abrió las manos sobre su pecho, cerró los ojos y descendió encima de él.

Pensó que no era posible que hubiera una sensación más deliciosa en el mundo, notando su miembro rígido, estirándole los músculos profundos internos, que lo aferraban; esta voluntaria unión de cuerpos en preparación para el inicio del acto. A menos que fuera el momento final, cuando todo se disolvía en cumplimiento y paz. O tal vez, el propio acto era la parte más hermosa; el martilleo rítmico, el deseo creciendo gradualmente, en espiral, desde su vientre hasta sus senos, penetrando en cada terminación nerviosa de su cuerpo, la seguridad de que este hombre, su amante, este esposo la llevaría hasta el final. Abrió los ojos y lo miró.

—Es una sensación maravillosa—dijo.

—Sí, así es —asintió él.

Nunca se le había ocurrido hasta que él sugirió que era posible ser otra cosa que pasiva en el acto sexual. Siempre había permanecido muy quieta; llena de asombro y goce durante aquella primera noche y en esta última, y simplemente lo había soportado durante aquellos siete meses. Nunca había pensado en la posibilidad de ser amante; solo en ser amada o utilizada. Pero él le había dicho que podía buscar su placer como quisiera. Y fiel a su palabra —aunque ella sabía lo suficiente de los hombres para comprender que debía de resultarle muy difícil— permanecía inmóvil debajo de ella aunque estaba duro y ardiente en su interior.

¿Cómo quería buscar su placer? Apoyó las manos en su pecho, se alzó hasta casi salirse de él y descendió de nuevo. Mientras repetía el movimiento una y otra vez, descubrió que era posible marcar el ritmo que siempre había pensado era del dominio exclusivo de hombre y encontrarlo muy excitante.

—Ah, sí —dijo él, con voz ronca, alzando las manos hasta sus caderas y cogiéndola suavemente—, cabálgame, Lily. Cabalga con fuerza.

Era una comparación sorprendente, erótica. Cabalgó más y más fuerte, con los ojos fuertemente cerrados para concentrar toda sensación dentro de ella y de él, dentro de sus seres unidos, allí. Era consciente de los sonidos, tanto como de la sensación; de su trabajosa respiración, de la succión y el tirón de su cabalgada, del gemido de los muelles de la cama. Y de los olores; jabón y colonia y un fuego de leña

apagado y el almizcle del sexo.

Pero luego, todo se concentró hacia el interior, era el único punto en lo más profundo, donde había resistido el profundo descenso una y otra vez, tensándose contra él, incluso cuando cabalgaba con fuerza sobre él , tensando y tensando hasta que el miedo puso en peligro su concentración.

—Confía en mí, Lily. Confía en mí —dijo su voz—. No volveré a fallarte.

Siempre había confiado en él, siempre confiaría en él. Y nunca le había fallado. Nunca.

Pero era necesario un esfuerzo deliberado de fe para abrirse, para volver a bajar sobre él sin ninguna defensa contra el dolor, contra la caída, contra la muerte.

Se abrió y se abrió y se abrió, mientras él la cogía con fuerza por las caderas, por fin, y la sujetaba quieta mientras él empujaba contra aquel punto y a través de él y más allá...

Se oyó gritar.

No se perdió por completo hasta después de sentir que él entraba profundamente en el lugar secreto donde solo ella había vivido hasta entonces y los dos se encontraron y fusionaron y se convirtieron en uno.

Pasaron segundos o minutos u horas antes de que fuera consciente de que él la hacía descender hasta apoyar su cuerpo en el de él y le enderezaba las piernas para que descansaran a cada lado de las suyas. Pero estaba demasiado cerca de quedarse dormida para reaccionar, excepto para tensar los músculos un momento y notarlo, todavía cálido, todavía dentro de ella. Ojalá nunca tuvieran que volver a separarse.

Se preguntó, un breve momento, cómo podía haberlo sabido, cómo podía haber notado su miedo en el mismo momento en que ella era consciente de él, cómo podía haber sabido las palabras justas que usar para convencerla de que lo venciera, cómo podía haber controlado su propia liberación para dejar que su semilla fluyera dentro de ella en el momento mismo en que se abría para recibirla; había notado su calor muy dentro de ella en el momento en que gritó.

Escuchó cómo los latidos de sus corazones se hacían más lentos, hasta recuperar la normalidad, y se sintió llena de bienestar desde los dedos de los pies hasta la coronilla. Se habría dejado llevar a la deriva hasta quedarse dormida, si no hubiera sentido el aire frío en la espalda y las piernas. Pero también era una buena sensación, como la calidez del cuerpo de él contra el de ella. Las dos cosas la hacían sentir viva y estremecida con las sensaciones extrañamente opuestas de agotamiento y energía.

—Podemos dormir —dijo él, introduciendo los dedos entre su pelo enmarañado y masajeándole el cuero cabelludo— o podemos nadar. ¿Qué prefieres?

Podían dormir, así, tal como estaban, entrelazados y todavía unidos. Él tiraría de nuevo de las mantas y quedarían metidos en un nido cálido. Se sentía deliciosamente relajada y adormilada. También podían salir al frío del alba y saltar dentro del agua, todavía más fría, de la poza.

Hizo una mueca.

—¿Se supone que es una elección? —preguntó, sin abrir los ojos. Pero, de repente, sonrió—. Nadar, claro. ¿Necesitabas preguntarlo?

—En realidad, no —le aseguró, riendo y rodando con ella, de forma que se separaron y se desenredaron—. No serías Lily si no prefirieras un baño helado a un sueño civilizado. Cobarde el último.

No podía arriesgarse a ganarse aquella etiqueta ignominiosa por detenerse a coger la ropa. Tenía la ventaja de estar más cerca de la puerta de la habitación. Él tenía la ventaja de unas piernas más largas. Ella tenía la ventaja de la irreflexión. Él se demoró un momento para coger las toallas. Incluso así, llegó a la orilla forrada de helechos de la poza un segundo antes que ella. Pero se detuvo a regocijarse. Cayeron al agua en el mismo momento, o eso acordaron después de emerger sin respiración por el choque del agua fría y discutir el asunto, jadeando y castañeteando los dientes.

Nadaron y retozaron, riendo y farfullando alternativamente, durante, quizá, quince minutos, antes de que el implacable frío del agua y la muy clara llegada del día los hizo salir a regañadientes para secarse enérgicamente y volver corriendo a la casa, donde se vistieron apresuradamente.

Lily comprendió que era el final de una noche en la que el sueño y la realidad se habían tocado y fundido. Estos dos opuestos estaban a punto de separarse de nuevo. La noche se había acabado y el día debía llevarlos, a ella y a Neville, de vuelta a Newbury Abbey, donde no podían encontrarse como iguales en nada. En un momento de percepción, comprendió que aquello había sido lo mágico de la noche. Habían sido iguales durante toda la noche, ninguno de los dos superior o inferior al otro. Habían sido iguales como amantes. Pero dos personas no podían vivir del amor, excluyendo todo lo demás. Y no había nada más en lo que hubiera igualdad entre ellos. En Newbury Abbey, ella era, con mucho, inferior en todos los aspectos.

—¿Quieres quedarte aquí y dormir mientras yo vuelvo a la casa? —le preguntó cuando los dos estuvieron vestidos—. No has tenido muchas horas de descanso, ¿verdad?

Era tentador, pero sabía que no podría soportar ver cómo su sueño se alejaba de ella. Tenía que ser ella quien se alejara. Solo de esa manera podría esperar hacerse con una suerte de control de la realidad.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Es hora de volver a casa —dijo, usando la palabra «casa» deliberadamente, aunque Newbury Abbey no le daba la sensación que siempre había imaginado para su casa.

—Sí. —No creía que la mirada de tristeza de sus ojos fueran imaginaciones suyas. Él también lo sentía…la imposibilidad de que una única noche de pasión les hiciera creer que quizá era posible, después de todo.

La llevó cogida de la mano hasta que salieron del valle, pero aunque no se dio cuenta de cuando la había soltado, Lily observó que ya no se tocaban mientras caminaban el uno al lado del otro por el prado hacia los establos. Ni tampoco hablaban.

Volvían a casa.

Capítulo 14

Lauren tenía problemas para dormir desde el malogrado día de su boda. Y para comer. Y para presentar un aspecto paciente, alegre, cariñoso y consciente de sus deberes. Nunca en su vida había pensado en poner fin a todo. Pero, durante los días que siguieron al más horrible de todos, cuando estaba en un extremo de la nave de la iglesia y Neville en el otro y Lily se interpuso entre los dos, había momentos en que deseaba que su vida se acabara, de alguna manera, que se durmiera y nunca volviera a despertarse.

Había muchos más momentos en que deseaba que fuera Lily quien muriera.

Se había acostumbrado a levantarse al amanecer, a veces, para sentarse en la sala de mañanas, y leer durante una hora o más, sin volver ni una sola página; a veces, para salir a pasear sola.

Buscando a Lily.

Recordaba la mañana después de la boda, cuando Lily había bajado a la playa, cruzado por las rocas hasta el pueblo de abajo y vuelto a casa por el camino de carruajes, tropezándose, allí, con Gwen y Lauren. Sabía que Lily solía escaparse de la casa para estar sola. Vigilar a Lily, constatando todas sus horribles deficiencias y tratando de negar toda su belleza y su encanto natural, se había convertido en una especie de obsesión para Lauren.

Nunca había pensado en sí misma como una mujer vanidosa. Pero ¿por qué Neville la había dejado a ella y se había casado con Lily? ¿Qué había en ella que hacía que todos la dejaran o la rechazaran? ¿Qué había en Lily que atraía a todo el mundo? Todos los hombres de la casa estaban medio enamorados de ella. Incluso las mujeres se iban volviendo más tolerantes con ella. Hasta Gwen...

Esta mañana en particular, sus pasos la llevaron en dirección a la playa, como habían hecho en otras ocasiones, sin éxito. La playa nunca había sido su lugar del parque favorito. Siempre había preferido la belleza refinada de los parterres y los arriates de flores y el paseo de los rododendros. La naturaleza de la playa y del mar le parecía demasiado elemental, demasiado aterradora. Le recordaba lo cerca que siempre había vivido del filo de lo seguro. Después de todo, no pertenecía a Newbury Abbey por derecho de nacimiento. Podían echarla en cualquier momento. Si no era buena...

Había bajado la mitad de la cuesta cuando oyó risas y voces. Al principio, no supo exactamente de dónde procedían. Pero cuando descendió un poco más —con más lentitud y cautela que antes— comprendió que venían de la poza, al pie de la cascada. Y entonces los vio —a Neville y Lily— bañándose allí. Mientras volvía a subir corriendo, después de vislumbrarlos apenas, sumergidos en el agua, pensaba

que, si sus escandalizados ojos no la habían engañado, los dos estaban desnudos. Se reían juntos, como niños libres de preocupaciones... o como amantes. Todavía podía oírlos, aunque su propia y fatigosa respiración casi ahogaba aquel otro sonido. Y todavía veía en su mente la puerta de la casa abierta de par en par, como si hubieran pasado la noche allí.

Mientras sus pasos asustados la llevaban a toda velocidad por el camino del bosque hacia la verja principal y la casa de la condesa viuda, se dijo que eran marido y mujer. Pues claro que eran amantes. Y, por supuesto, tenían todo el derecho...

Pero, de repente, Lauren comprendió algo que le heló el corazón y casi también la mente. Ella nunca habría sido capaz de hacer aquello. Nunca habría sido capaz de estar... de estar desnuda con él. Y de juguetear sin ningún embarazo. Nunca habría sido capaz ni siquiera de reír con él de aquella manera, con toda la despreocupación de dos personas cuya felicidad está encerrada en el momento que pasan juntas. Cuando eran niños —ella, Gwen y Neville— habían reído, claro. Sin duda, también habían reído otras veces, desde entonces. Pero no de aquella manera.

Ella no habría sido capaz de satisfacerlo de la manera que Lily, claramente, hacía.

Fue atroz comprenderlo. La idea de que Neville y ella estaban hechos el uno para el otro, que eran mutuamente perfectos, que se querían, había sido una parte tan esencial de su ordenada concepción del mundo, a la cual se había aferrado toda su vida, que no estaba segura de poder vivir con cierta cordura si tenía que abandonarla.

No la iba a olvidar. Ella lo quería. Más que Lily. Lily podía amarlo de aquella manera cruda, física, quizá, pero no sabía leer ni escribir ni hablar con él de las cosas que le importaban. No podía llevar la abadía para él ni recibir a sus amigos ni realizar los ciento y un deberes de una condesa. No podía hacer que él se sintiera orgulloso de ella. No podía conocerlo a fondo, como alguien que había crecido con él, ni saber de manera infalible qué hacer para garantizar su comodidad y su felicidad.

Lily nunca podría ser su alma gemela.

Pero era la esposa de Neville.

Lauren se detuvo bruscamente en el camino y se ajustó la oscura capa para abrigarse. Pese al largo paseo, estaba temblando.

No era justo.

No estaba bien.

Cómo odiaba a Lily. Y qué asustada estaba por la violencia de sus propios sentimientos. Como la señora que era, había practicado la contención, la amabilidad y la cortesía toda su vida. De niña pensaba que si era buena, todos la querrían. Cuando creció pensaba que si era una perfecta dama, todos la aceptarían, dependerían de ella y la querrían.

Neville dependería de ella y la querría. Finalmente, pertenecería de verdad a aquel lugar.

Pero él se había ido y se había casado con Lily. ¡Lily! La antítesis perfecta de lo que ella, Lauren, siempre había creído que acabaría conquistándolo.

Deseaba que Lily estuviera muerta. Ojalá estuviera muerta.

Deseaba que muriera.

Lauren permaneció en el sendero mucho tiempo, arrebujada en la capa, estremeciéndose por la inusual vehemencia de su propio odio.

Lily volvió a la abadía, animada con una nueva esperanza. No era tan ingenua como para imaginar que todos sus problemas se evaporarían por arte de magia, pero sentía que tenía la fuerza y Neville la paciencia para enfrentarse a ellos y superarlos uno tras otro.

Dolly estaba en el vestidor esperándola cuando llegó. Miró a su señora de la cabeza a los pies y meneó la cabeza, desaprobadora.

—Va a coger una pulmonía, señora —la regañó—. Tiene el pelo mojado y lleva los pies descalzos. No sé qué le voy a decir a milord cuando pille un buen resfriado.

Lily se echó a reír.

—He estado con él, Dolly —dijo.

—Oh, señor —exclamó la doncella, momentáneamente confusa—. Bien, venga, déjeme que la ayude a quitarse el vestido, señora. —Siempre se sentía un poco escandalizada cuando observaba que Lily hacía algo que ella consideraba tarea de una doncella, como quitarse o ponerse una prenda de vestir. Lily se rió de nuevo.

—Y él también tiene el pelo mojado, Dolly —dijo—, aunque no creo que su ayuda de cámara tenga los problemas que vas a tener tú para pasar el peine por esta maraña. Hemos estado nadando.

—¿Nadando? —Dolly abrió unos ojos como platos, horrorizada—. ¿A estas horas del día? ¿En mayo? ¿Usted y milord? Siempre había pensado que él era... —Recordó con quién estaba hablando y se volvió para coger el traje de mañanas que había preparado para su señora.

—¿Sensato? —Lily volvió a reír—. Seguramente lo era, Dolly, antes de que llegara yo para corromperlo. Hemos estado nadando juntos en la poza; anoche y otra vez esta mañana. Ha sido maravilloso. —Permitió que Dolly le pusiera el vestido por la cabeza y se volvió, obediente, para que se lo abotonara en la espalda—. Me parece que voy a nadar cada día de mi vida a partir de ahora. ¿Qué crees que dirá la condesa viuda?

Dolly cruzó la mirada con Lily en el espejo, mientras esta se sentaba para que la peinara y las dos se echaron a reír.

A Dolly se le ocurrió otra cosa cuando, después de coger el cepillo de Lily, pensaba por dónde acometer la sobrecogedora tarea de desenredarle el pelo.

—¿Cómo es que su ropa interior no está mojada, señora? —preguntó.

Pero supo la respuesta antes de acabar de hacer la pregunta y se sonrojó violentamente. Las dos se echaron a reír de nuevo.

—Lo único que puedo decir —afirmó Dolly, cepillando el pelo con fuerza— es que fue una suerte que no hubiera nadie para verlos a los dos.

Las dos se retorcían de risa.

Lily estaba decidida a no perder la alegría con que había empezado el día. Después de desayunar, cuando sabía que las señoras se dirigirían, como de costumbre, al saloncito de mañanas para escribir cartas, conversar y bordar, ella bajó a la cocina y ayudó a amasar el pan y cortar verduras mientras participaba, contenta, en la conversación. Le alegraba constatar que los sirvientes se estaban acostumbrando a sus apariciones e iban perdiendo su incomodidad ante ella. Es más, poco después, la cocinera incluso le habló con brusquedad.

—¿Todavía no has acabado con esas zanahorias? —preguntó enérgicamente—. Demasiada charla... —Y entonces se dio cuenta de con quién estaba hablando, igual que todos los demás en la cocina. Todos se quedaron paralizados.

—Oh, vaya —dijo Lily, riendo—. Tiene toda la razón, señora Lockhart. No diré ni una palabra más hasta que acabe de cortar todas las zanahorias.

Al cabo de un minuto completo de embarazoso silencio, roto solamente por el ruido de su cuchillo contra la tabla de cortar, se echó a reír de nuevo.

—Por lo menos —dijo—, no corro el peligro de que la señora Ailsham me despida, ¿verdad?

Todos se rieron, quizá un poco demasiado fuerte, pero luego volvieron a relajarse. Lily acabó con las zanahorias y se quedó a tomar una taza de té y la crujiente corteza de un pan recién horneado, antes de regresar, de mala gana, arriba. Pero volvió a cobrar ánimos cuando su suegra le preguntó si, después de almorzar, le gustaría ir con ella al pueblo, a hacer unas visitas y entregar un par de cestas en el pueblo de abajo; una a un anciano que estaba indispuesto y la otra a la esposa de un pescador que acababa de dar a luz.

Pero más tarde, cuando estaban sentadas en la sala de las señoritas Taylor, tomando la inevitable taza de té, Lily se enteró de que la entrega de las cestas se haría por medio de otra persona. El cochero las llevaría colina abajo y las dejaría en las casas pertinentes.

—Ah, no —protestó Lily, poniéndose de pie de un salto—. Las llevaré yo.

—Mi querida lady Kilbourne —dijo la señora Amelia—, ¡qué idea tan bondadosa!

—Pero la ladera es demasiado empinada para el carruaje, lady Kilbourne —señaló la señorita Taylor.

—Oh, bajaré andando —respondió Lily con una sonrisa deslumbrante. No había vuelto a Lower Newbury desde aquella mañana en que había trepado por las rocas para llegar hasta allí. Le encantaba tener la oportunidad de volver.

—Lily, querida. —La condesa viuda le sonrió, moviendo la cabeza—. Es del todo innecesario que vayas en persona. Nadie esperará que lo hagas.

—Pero yo deseo ir—le aseguró Lily,

Así pues, unos minutos más tarde, después de dejar la elegante casa de las señoritas Taylor, la condesa viuda se dirigió a la vicaría, mientras Lily bajaba alegremente por la empinada pendiente, con una gran cesta al brazo. El cochero, que llevaba la otra, quería cargar con las dos, pero ella insistió en llevar su parte de la carga. Y no le permitió que caminara unos pasos detrás de ella. Se puso a su lado y

pronto lo tuvo hablando de su familia; se había casado con una de las doncellas el año anterior y tenían un niño de pocos meses.

La señora Gish, que había dado a luz a su séptimo hijo el día antes, después de un parto largo y difícil, hacía todo lo que podía por mantener su casa y a su familia en orden con la ayuda de una vecina anciana. En un momento, Lily barrió la habitación principal, recogió y limpió la mesa, fregó y secó un montón de platos sucios, limpió un arañazo que sangraba en la rodilla de uno de los niños y se lo vendó con un trozo limpio de tela.

El anciano señor Howells, que estaba sentado fuera de la casa de su nieto, fumando una pipa con aspecto melancólico, estaba muy necesitado de un par de oídos dispuestos a escuchar los largos y detallados recuerdos de sus días de pescador y de contrabandista. Ah, sí, le aseguró a una interesada Lily, hacían su buena parte de contrabando en Lower Newbury, claro que sí. Vaya, recordaba...

—Milady —dijo, finalmente, después de un carraspeo deferente, el cochero, que había permanecido a cierta distancia—, la señora ha enviado un sirviente de la vicaría...

—Oh, Dios mío —dijo Lily, poniéndose rápidamente en pie—. Estará esperando para volver a la abadía.

Así era, la condesa viuda estaba esperando... esperando desde hacía casi dos horas. Le quitó importancia al incidente delante del vicario y su esposa. La verdad es que también se mostró cortés en el carruaje, de vuelta a casa.

—Lily, querida —dijo poniendo la enguantada mano sobre la de su nuera—, cuando vemos tu interés por los arrendatarios más pobres de Neville, es como si nos llegara una ráfaga de aire fresco. Tu sonrisa y tu encanto te ganan amigos dondequiera que vayas. Todos hemos llegado a sentir mucho afecto por ti.

—¿Pero? —dijo Lily, volviendo la cabeza para mirar por la ventanilla—. ¿Pero soy una vergüenza para todos ustedes?

—Oh, querida. —La condesa viuda le dio unas palmaditas en la mano—. No, no es eso. Me atrevería a decir que tienes tanto que enseñarnos a nosotros como nosotros a ti. Pero sí que tenemos mucho que enseñarte, Lily. Eres la esposa de Neville y él te quiere mucho. Me alegro de ello, porque yo lo quiero, ¿sabes? Pero también eres su condesa.

—Y también soy la hija de un soldado vulgar y corriente —dijo Lily, con cierta amargura en la voz—. También soy alguien que no sabe nada de la vida en Inglaterra ni en un hogar estable, y absolutamente nada de la vida de una dama o de una condesa.

—Nunca es tarde para aprender —dijo la condesa, con energía pero con amabilidad.

—¿Mientras todos observan cada paso que doy para criticarme? —preguntó Lily—. Oh, lo siento, esto no es justo, lo sé. Todos han sido muy amables. Usted ha sido muy bondadosa. Lo intentaré. De verdad. Pero no estoy segura de poder dejar de ser quien soy.

—Mi querida Lily... —La condesa viuda parecía sinceramente preocupada—.

Nadie espera que dejes de ser tú misma.

—Pero la parte de mí que soy yo misma quiere estar en Lower Newbury, con los pescadores —dijo Lily—. Allí es donde me siento cómoda. Allí es donde pertenezco. ¿Es que tengo que aprender a saludar elegantemente, con un gesto, a esas personas, sin hablarles ni interesarme por ellos o coger en brazos a sus hijos?

—Lily. —A su suegra no parecía ocurrírsele nada más que decir.

—Lo intentaré —repitió Lily, después de un par de minutos de silencio—No estoy segura de poder llegar a ser la persona que quieren que sea. No estoy segura de que yo quiera dejar de ser quien soy. Y no veo cómo puedo ser las dos cosas. Pero le prometo que lo intentaré.

—Es lo que único que te pedimos —le aseguró la condesa, dándole unas palmaditas en la mano.

Pero una vez en la casa, mientras subía corriendo a sus habitaciones, pensaba que era un fracaso, total y estrepitoso y que, de continuar igual, solo haría que Neville quedara en ridículo.

Había sido un día feliz para Lily, maravillosamente feliz. Con el recuerdo de la noche antes y de la mañana fresco tanto en su memoria como en su cuerpo y la esperanza de que, quizá, él volvería a ella también esta noche, había vivido el día de la manera que deseaba vivirlo —tal como él le había dicho que hiciera— y había sido feliz. Pero solo porque había vuelto la espalda a la realidad. La realidad le decía que no era una de las sirvientas de la abadía; era la condesa. Y no pertenecía al pueblo de pescadores; ellos eran los arrendatarios de su esposo. Había evitado a las personas con quienes, si fuera una buena condesa, debería haber pasado el día. No había hecho ningún esfuerzo verdadero para ser, realmente, la condesa que era de nombre.

Pero, al parecer, era incorregible. En lugar de llamar a Dolly, cambiarse de vestido, bajar a tomar el té y tratar de reparar, de alguna manera, el daño causado, en cuanto llegó al vestidor, Lily casi se arrancó el bonito vestido de muselina adornado con ramitos, se puso su viejo vestido de algodón, cogió su viejo chal y bajó a toda prisa por las escaleras de atrás hasta la puerta lateral. Atravesó el prado casi corriendo y se lanzó, resbalando, colina abajo, sujetándose a los helechos gigantes para mantener el equilibrio. Ni siquiera miró hacia el valle —no quería estropear sus recuerdos con su actual estado de agitación—, sino que corrió hasta la playa y lo largo de ella, con la cara vuelta hacia el cielo y lo brazos bien abiertos a los lados para sentir toda la resistencia del viento.

Después de unos minutos se calmó. Se dijo que podía adaptarse. Le exigiría un esfuerzo, pero podría hacerlo, si lo intentaba. Se había pasado la mayor parte su vida amoldándose constantemente a circunstancias cambiantes. Se obligó a pensar en la mayor adaptación que había tenido que hacer. Había aprendido docilidad y obediencia —incluso había aprendido a hablar español— como medio de sobrevivir. Si pudo hacer aquello, sin duda podría aprender a ser una señora y una condesa.

La marea estaba baja. Las rocas que unían la playa con la cala de Lower Newbury estaban medio al descubierto. Lily trepó por ellas. No es que tuviera ninguna intención de llegar de nuevo hasta el pueblo, aunque pudiera, pero sentía la

necesidad de gastar más energía de la que le exigiría un simple paseo o carrera por la playa. Y en las rocas, con el mar a un lado y la pared del acantilado, casi vertical, al otro, había una sensación mayor de soledad y de algo salvaje. Al cabo de un rato, se detuvo y volvió la cabeza para mirar el mar.

Pero al hacerlo, oyó algo que no era el mar ni el viento ni las gaviotas. Algo imposible de identificar, pero que, sin embargo, la hizo quedarse petrificada donde estaba, mientras un escalofrío de pánico le recorría la espalda. Miró a ambos lados, pero no había nada. Nadie. Y alcanzaba a ver una buena distancia en ambas direcciones.

Pero la sensación no la abandonaba. ¿Qué era lo que había oído; el crujir de las piedras al pisarlas alguien?

Miró hacia arriba.

Todo sucedió en tan pocos segundos que, después, le habría resultado difícil dar una cuenta clara, incluso con la cabeza despejada. Vio a alguien de pie en lo alto del acantilado, por encima de ella... una figura envuelta en una capa oscura. Y luego la figura se transformó en una roca grande, que caía, veloz, hacia ella. Se retorció, apartándose, pegándose a la pared, y la roca cayó justo en el punto donde estaba un momento antes. Era una roca de gran tamaño, que sin duda la habría matado.

Permaneció con la espalda pegada a la pared y las manos a los lados, apoyadas, planas, contra ella, tanteando en busca de algo a que agarrarse. Y no podía apartar los ojos de la roca que le habría causado la muerte, mientras el corazón le martilleaba en la garganta y los oídos, quitándole el aliento y la capacidad de razonar.

En cuanto logró pensar de forma coherente, se dijo que había sido un accidente. La piedra se había soltado debido a la erosión producida por el tiempo —ese era el ruido que había oído— y había caído. Cuando miró alrededor vio que las rocas que la rodeaban estaban punteadas de piedras parecidas que seguramente, en algún momento, cayeron desde lo alto.

No, no había sido un accidente. Alguien —alguien con una capa oscura— había empujado la roca. ¿El duque de Portfrey? Era ridículo. ¿Lauren? Más ridículo todavía. Estaba claro que no había habido nadie allá arriba. En una fracción de segundos, se había visto en peligro debido a la roca que caía y lo había traducido al mismo peligro que imaginaba desde aquella tarde en el paseo de los rododendros.

¡Pero había habido alguien allá arriba!

¿Seguía aquel hombre allí ahora, por encima de ella, esperando para ver si había conseguido matarla? ¿O era una mujer?

¿Por qué alguien querría matarla?

¿El posible asesino estaría en aquel momento bajando por el camino que llevaba al valle para dar la vuelta a las rocas y ver, por sí mismo, si había tenido éxito? ¿O por sí misma?

Lily, nuevamente presa del pánico, no podía pensar. Se dijo que si movía un solo músculo, se desintegraría. Pero si no se movía, quizá tuviera que quedarse allí para siempre. Si no se movía, no podría ser dueña de su propio destino. La inundaron los recuerdos de momentos parecidos durante el largo y aterrador viaje a

través de España y Portugal. En varias ocasiones casi había perdido todo el valor, imaginando partisanos detrás de cada peña, imaginando que no creían su historia.

Se apartó de la pared del acantilado, con las piernas temblorosas y respiró hondo, lentamente. Miró hacia arriba. Allí no había nadie... claro. Tampoco había nadie en la playa... por lo menos, todavía no. Se sintió tentada a seguir el camino en dirección contraria y esperar a que la marea estuviera lo bastante baja para poder llegar al pueblo y encontrar la compañía de otras personas. Pero no iba a huir de su miedo. Si lo hacía, nunca conseguiría vencerlo. Bajó con cuidado por las rocas hasta la playa. No había nadie. Tampoco había nadie en el valle ni en la ladera.

No había nadie, en absoluto, se dijo con firmeza, mientras subía resueltamente la pendiente. Cuando llegó arriba, se obligó a seguir el camino del bosque durante un tramo corto, hasta que pensó que debía de estar cerca del punto que buscaba, y luego cruzó por entre los árboles hasta salir a la zona despejada que acababa al borde del acantilado. Sí, estaba más o menos en el sitio acertado, aunque no se acercó al borde para asegurarse. Allí no había nadie ni tampoco había señales de que hubiera habido alguien.

Lo único que había visto era una roca.

Quedó satisfecha con la explicación hasta acercarse a la abadía. El pánico volvió conforme se iba aproximando a la seguridad de sus muros. Pensó que, si no hubiera recordado cómo iba vestida, quizá habría cruzado a la carrera la puerta principal, preguntado dónde estaba Neville y se habría precipitado a la seguridad de sus brazos. Pero lo recordó, así que dio la vuelta hasta la entrada lateral y subió por la escalera trasera hasta sus habitaciones. Se lavó y se cambió con unas manos que, poco a poco, dejaron de temblar.

Llamaron a la puerta y la abrieron hasta la mitad antes de que Dolly asomara la cabeza.

—Ah, milady está aquí —dijo—. Su señoría la ha estado buscando. Está en la biblioteca, señora.

—Gracias, Dolly.

Lily tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no actuar con unas prisas indignas de una dama. Él estaba en la biblioteca, esperándola. No podía ir lo bastante rápido hasta él. Más que nada en el mundo, quería sentirse rodeada por sus brazos. Quería apretarse contra él y notar su calidez y su fuerza. Quería apoyar la cabeza en su hombro y oír el firme latido de su corazón.

Quería meterse dentro de él.

Capítulo 15

El correo de la tarde había traído las otras respuestas que Neville esperaba. Pero no había habido manera de encontrar a Lily. Había vuelto del pueblo con su madre, pero no había bajado a tomar el té. No se sorprendió, después de que su madre le contara lo sucedido por la tarde. Haberse visto abandonada en la vicaría durante dos horas la había molestado mucho. No le cabía ninguna duda de que Lily había recibido una amable regañina de camino a casa.

Su larga ausencia, en el pueblo de abajo, le habría divertido de no estar tan nervioso. Había permanecido en la sala apenas media hora y, desde entonces, recorría la biblioteca arriba y abajo, sin parar. Le era imposible dedicarse a nada.

Por fin, llamaron a la puerta, se abrió, Lily pasó junto al lacayo, le pareció que corriendo, y luego se detuvo de golpe delante de él, sonrojada y sonriente. Le tendió las manos y ella se las cogió.

—Lily. —Se llevó las manos a los labios y luego se inclinó para besarla en la boca. Pero, al apartar la cabeza, se detuvo y la miró atentamente a los ojos—. ¿Qué te pasa?

Ella vaciló y se aferró aún con más fuerza a sus manos.

—Nada —dijo, con la respiración entrecortada—. Solo ha sido una tontería.

—¿Más sombras? —preguntó. Esperaba que la noche pasada las habría hecho desaparecer para siempre. Pero no debía esperar que se hubieran resuelto todos los problemas.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—¿Querías verme?

—Sí. Ven, siéntate. —Siguió cogiéndola de la mano y la llevó hasta uno de los sillones de cuero que flanqueaban la chimenea. Cuando ella se hubo sentado, él ocupó el otro sillón—. ¿Mi madre te ha disgustado? ¿Es eso? ¿Te riñó?

—Oh, no, en realidad no —dijo mordiéndose el labio—. Quiso ser amable. Cree que tendría que hacer un esfuerzo mayor para comportarme como debe hacerlo la condesa de Kilbourne y, por supuesto, tiene razón. La hice esperar... oh, mucho tiempo. Supongo que no se le ocurrió que podía haber vuelto a casa caminando.

No, no lo habría pensado.

—Apostaría a que un par de mis arrendatarios se sintieron encantados contigo esta tarde. Tienes el don de hacer que la gente se sienta feliz. —Y pensó que eso lo incluía a él.

Ella lo miró, pero no respondió. De repente, se sintió nervioso y se recostó en el sillón. No le había pedido que viniera para hablar de los sucesos de la tarde. No sabía cómo abordar lo que tenía que decirle. Se dijo que lo mejor era decírselo

simplemente.

—Nos vamos a Londres mañana por la mañana —dijo—. Solo tú y yo, Lily. Al principio pensé en ir solo, pero cuando lo consideré más atentamente, comprendí que sería mejor que te llevara conmigo.

—¿A Londres?

Él asintió.

—Tengo que obtener una licencia especial —le dijo—. Podría conseguirla en Londres y traerla aquí y nos podríamos casar en la iglesia del pueblo. Creo que se podría hacer en menos de una semana. Pero quizá causara confusión en algunas mentes que no tienen ninguna necesidad de sufrirla.

—Una licencia especial —repitió Lily, mirándolo sin comprender.

—Una licencia de matrimonio. Para que podamos casarnos, Lily, sin padecer la demora de las amonestaciones. —Pensó, incómodo, que no lo estaba explicando nada bien.

—Pero ya estamos casados. —La incomprensión se estaba convirtiendo en desconcierto.

—Sí. —Observó que tenía las manos aferradas a los brazos del sillón. Las relajó—. Lo estamos, Lily, en todos los sentidos que importan. Pero la Iglesia y el Estado son muy peculiares en ciertos detalles realmente poco importantes. El reverendo Parker-Rowe murió en aquella emboscada y sus pertenencias fueron abandonadas junto con su cuerpo. El capitán Harris me lo ha confirmado en una carta que recibí ayer. Hoy he recibido respuesta a varias cartas que escribí el día de tu llegada. Los papeles de nuestro matrimonio se perdieron, Lily, antes de que los pudieran registrar debidamente. Parece que nuestro matrimonio no existe a ojos de la Iglesia ni del Estado. Tenemos que celebrar la ceremonia de nuevo.

—¿No estamos casados? —Sus azules ojos estaban muy abiertos y miraban, sin parpadear, a los suyos.

—Sí que lo estamos, Lily —se apresuró a asegurarle—. Pero debemos satisfacer a los que mandan haciendo que nuestro matrimonio sea incuestionablemente legal. Nadie tiene necesidad de saberlo, salvo nosotros dos. Iremos a Londres, quizá un par de semanas, para hacer algunas compras, ver los monumentos, incluso asistir a algunos de los espectáculos de la temporada. Y mientras estamos allí, nos casaremos con licencia especial. No permitiré que todo esto sea violento para ti. Nadie lo sabrá.

Deseaba desesperadamente ahorrarle la conmoción de verse completamente sola y abandonada. Era muy consciente de que no tenía a nadie más qué a él. No quería que creyera, ni por un instante, que aprovecharía aquella pequeña laguna legal para librarse de sus obligaciones hacia ella.

—No estamos casados. —No había nada en sus ojos que indicara que había oído nada más. Tenía una expresión aturdida y la cara pálida.

—Lily, no debes temer nada —dijo acentuando las palabras—. No tengo ninguna intención de abandonarte. Estamos casados. Pero hay una formalidad que debemos observar.

—Soy Lily Doyle. Sigo siendo Lily Doyle.

Neville se levantó y salvó la distancia que los separaba. Le tendió la mano. Absurda Lily. Después de la noche anterior, ¿cómo podía dudar ni por un momento? Pero le había explicado los hechos con demasiada brusquedad. No la había preparado. Que el diablo se lo llevara, era un estúpido.

Lily no le cogió la mano. Pero cuando la miró a los ojos, vio que ya no tenían aquella mirada aturdida.

—No estamos casados —repitió—. Oh, gracias, Dios mío.

—¿Gracias Dios mío? —Sintió como si el estomago hubiera dado un salto mortal en su interior.

—Oh, ¿es que no lo ves? —le preguntó ella, aferrándose a los brazos del sillón e inclinándose hacia él—. Nunca deberíamos habernos casado, pero yo estaba conmocionada después de la muerte de mi padre y también asustada y tú estabas siendo leal hacia él y caballeroso hacia mí. Pero fue un terrible error por parte de los dos. Incluso si hubiéramos podido pasar el resto de nuestra vida con el regimiento, habría sido una equivocación. Incluso allí, la distancia entre un oficial y la hija de un sargento habría sido enorme. No me habría resultado fácil ser la esposa de un oficial y codearme con las esposas de los otros oficiales. Pero aquí... —Con un amplio gesto pareció abarcar la totalidad de Newbury Abbey y a todos los que vivían dentro de la casa y el parque—. Aquí la distancia es absolutamente insuperable. Es una distancia imposible. Yo he soñado con escapar, igual que debes de haber hecho tú. Y ahora, por algún milagro, ese deseo nos ha sido concedido. No estamos casados.

Nunca, ni por un momento, se le había ocurrido que ella pudiera alegrarse de saber la verdad. De pronto, se sintió invadido por un terror contra el que no había tenido tiempo de prepararse. La había perdido una vez y pensó que para siempre. Y luego, por algún glorioso milagro, le había sido devuelta. ¿Iba a perderla de nuevo, una pérdida todavía más cruel que antes? ¿Iba a dejarlo? No, no, no, ella no lo entendía. Se puso en cuclillas delante de ella y le cogió las manos.

—Lily —dijo—, hay cosas más importantes que la Iglesia o el Estado. Por ejemplo, el honor. Le prometí a tu padre moribundo que me casaría contigo. En nuestra boda, juré ante ti, ante Dios y ante testigos que te amaría, te respetaría y te protegería hasta el día de mi muerte. Me diste tu virginidad aquella noche. Anoche volvimos a estar juntos. Aunque no pasáramos nunca por la ceremonia que hará que todo sea legal, siempre me consideraré tu esposo. Eres mi esposa.

—No. —No había ningún vestigio de color en su cara, excepto en los ojos azules, fijos en los suyos. Negó con la cabeza—. No. No lo soy. No, si todos los demás dicen que no es así. Y no, si no debería ser así y nosotros no deseamos que lo sea.

—¿No debería ser? He estado dentro de tu cuerpo, Lily. —Le apretó las manos hasta que ella hizo un gesto de dolor. Pero había sido más que eso... mucho más. Había estado... unido a ella. La noche anterior se habían convertido en uno.

Ella le devolvió directamente la mirada. Cuando habló, sus labios se movieron rígidamente.

—También estuvo Manuel —respondió—, pero tampoco es mi esposo.

Neville retrocedió como si lo hubieran abofeteado. Manuel. Cerró los ojos con fuerza y luchó contra una oleada de mareo y náusea. Ahora aquel hombre tenía nombre. Y ella los ponía a los dos al mismo nivel; eran hombres que la habían poseído pero no tenían ningún derecho marital sobre ella. ¿De verdad no había diferencia en su mente? ¿La noche anterior no había sido nada más que sexo para ella? ¿Nada más que un exorcismo para librarse de algunos de sus demonios? No quería creerlo.

—Lily —dijo—, después de anoche, quizá estés embarazada. ¿Has pensado en ello? Debes casarte conmigo. —Pero no era esa la razón. Lo que importaba no eran los detalles prácticos como aquel. Ella era su amor. Él era suyo.

—Soy estéril —contestó ella, con voz apagada—. ¿No te has preguntado cómo pude estar con Manuel durante siete meses sin concebir? No debemos casarnos. Debes casarte con alguien que pueda ser la condesa de Kilbourne, además de tu esposa. Al final, podrás casarte con Lauren, después de todo. Estoy convencida de que ella es la adecuada para ti. Es justo lo que necesitas en todos los sentidos.

Le apretó las manos de nuevo antes de ponerse de pie y pasarse los dedos por el pelo. Era una locura. Debía de estar preso en las garras de alguna extraña pesadilla.

—Te quiero, Lily —afirmó, reconociendo lo frustrantemente inadecuado de sus palabras, incluso mientras las decía—. Pensaba que tú me querías. Pensaba que anoche eso fue lo que pasó. Y también en nuestra noche de bodas.

Ella lo miraba fijamente con cara pálida e inexpresiva y los ojos llenos de lágrimas.

—El amor no tiene nada que ver. ¿Es que no lo ves? ¿No ves que podría ser tu amante, pero no tu esposa, no tu condesa? —Antes de que él pudiera expresar su indignación, ella volvió a hablar, con voz baja y átona—. Pero yo no seré tu amante.

¡Dios santo!

—¿Y qué harías? —Se dio cuenta de que hablaba en un susurro. Carraspeó. No podía creer que le estuviera haciendo estas preguntas—. ¿A dónde irías?

Los labios de Lily se movieron, sin sonido, unos momentos y sintió un rayo de esperanza. No tenía más alternativa que quedarse con él. No tenía a nadie más, ningún otro lugar adonde ir. Pero no había contado con el espíritu indomable de Lily. Su comportamiento tranquilo, a veces incluso infantil, era tan ilusorio ahora como siempre lo había sido.

—Iré a Londres —dijo—, si eres tan amable de prestarme el dinero para el viaje. Creo que la señora Harris estará dispuesta a ayudarme a encontrar empleo. Ah, si hubiera podido volver a Lisboa a tiempo para encontrar el petate de mi padre. Quizá había suficiente dinero allí... Pero no importa. —Dejó de hablar durante unos momentos—. No debes preocuparte por mí. Has sido bondadoso y honorable y continuarías siéndolo, si yo te dejara. Pero no eres responsable de mí.

Neville apoyó un brazo contra la repisa de la chimenea y fijó la mirada en el hogar vacío.

—No me insultes, Lily. No me acuses de haber actuado contigo movido solo

por la compasión y el honor —Se esforzó por dominar el pánico—. Entonces ¿no te casarás conmigo? ¿Has endurecido tu corazón? ¿No puedo decir nada para hacerte cambiar de opinión?

—No, señor —dijo ella, bajito.

Fue el golpe más cruel de todos. Se preguntó si se había dirigido, deliberadamente, a él como si todavía fuera un oficial y ella la hija de un simple soldado. Lo había llamado «señor».

—Lily. —Estaba al borde de las lágrimas. Cerró los ojos y esperó hasta estar seguro de poder controlar la voz—. Lily, prométeme que no huirás. Prométeme que te quedarás aquí, por lo menos esta noche, y que irás en mi propio coche hasta que alguien pueda ayudarte de verdad. Todavía no sé quién ni cómo. No había pensado en esta posibilidad. Dame hasta mañana por la mañana. ¿Me lo prometes? Por favor.

Pensó que iba a negarse. Se produjo un largo silencio. Pero el temblor en la voz de Lily proclamaba la razón de ese silencio. Estaba tan cerca de desmoronarse como él.

—Perdóname —dijo, por fin—. No era mi intención insultarte. Y tampoco quería herirte, Neville. De verdad que no. Pero tengo que marcharme. Seguramente lo comprendes. No puedo quedarme. Te lo prometo, esperaré hasta mañana.

Sir Samuel Wollston y lady Mary habían recorrido los ocho kilómetros hasta Newbury Abbey con sus cuatro hijos varones para cenar, una vez más, con los miembros de la familia que proyectaban marcharse al día siguiente. Lauren y Gwendoline habían acudido desde la casa de la condesa viuda. El duque y la duquesa de Anburey, Joseph y Wilma, la condesa viuda y Elizabeth estaban con ellos en el saloncito cuando entró Neville y pidió que excusaran a Lily. Dijo que le dolía la cabeza.

—Pobrecilla —dijo tía Mary—. Yo también soy mártir de las migrañas y sé lo que debe de padecer.

—Es una maldita lástima, Nev —dijo Hal Wollston—. Tenía muchas ganas de volver a ver a Lily. Es muy agradable.

—Lo siento, Neville —dijo Lauren—. ¿Le trasmitirás mis mejores deseos para su recuperación cuando la veas después?

Neville se inclinó.

—Ha sido muy sensato por su parte no bajar si tiene dolor de cabeza —afirmó Elizabeth.

La condesa viuda no fue tan amable. En un aparte habló con Neville.

—Esta es la clase de reunión familiar —declaró— en la cual es importante que tu condesa aparezca a tu lado, Neville. Me pregunto si estos dolores de cabeza se van a convertir en algo habitual. Lily no me parece el tipo de mujer que padece de indisposiciones nerviosas.

—Tiene dolor de cabeza, mamá —respondió él, con firmeza—, y se la debe excusar.

No podría ocultarles la verdad durante mucho tiempo, claro. Podría haberlo hecho, si Lily hubiera estado de acuerdo con sus planes, como él esperaba que hiciera. En realidad, en su cabeza, seguía sin poder aceptar que no estuviera casado con Lily, de verdad, ni fuera a estarlo. No lograba admitir el hecho de que no tenía ningún derecho sobre ella, que ella iba a dejarlo, que no volvería a verla después de mañana.

Sin embargo, había estado la noche anterior...

Pero ahora debía superar esta noche. Al principio, tenía la intención de vivir hasta el final la charada que había iniciado con el anuncio de la enfermedad de Lily. Todos parecían estar alegres, quizá debido a la presencia de varios jóvenes. Incluso a Derek Wollston, que solo contaba quince años, le habían dado permiso para cenar con los adultos. Pero Neville cambió de idea. Ya tendría que escribir bastantes cartas dando explicaciones. Esta noche le ofrecía una oportunidad perfecta para dar la noticia, por lo menos a unos cuantos de los más directamente afectados.

Así que cuando, una vez retirados los últimos cubiertos, su madre dio la señal para que las señoras pasaran a la sala y dejaran a los caballeros con su oporto, dijo:

—Te ruego que te quedes unos momentos, mamá —pidió, levantando la voz para que pudieran oírle en toda la mesa—. Y también todas las señoras, por favor. Tengo algo que decir.

Su madre se sentó de nuevo, sonriendo, y los ojos de todos se volvieron hacia él. Jugueteó unos momentos con la única cuchara que quedaba en la mesa, delante de él. No había pensado en qué iba a decir. Siempre había considerado que los discursos ensayados eran una abominación. Levantó la vista y miró a su alrededor, a los diversos miembros de su familia. La mayoría de ellos lo miraban con un interés cortés; quizá esperaban un discurso de despedida para los que se marchaban. Unos cuantos sonreían. Joseph hizo un guiño. Elizabeth lo miró, alerta, como si viera en su semblante algo que los demás todavía no habían visto.

—Lily no tiene dolor de cabeza —dijo.

El silencio adquirió una clara nota de incomodidad. El tío Samuel carraspeó. La tía Sadie jugueteó con sus perlas.

—Esta tarde se ha enterado —siguió diciendo— de que no es mi esposa. Por lo menos, no legalmente.

Primero, el silencio se volvió tenso y luego desapareció cuando todos, parecía, se lanzaron a hacerle preguntas al mismo tiempo. Neville levantó la mano y todos se callaron tan de repente como habían empezado,

—Yo sospechaba que podría ser así desde el día en que ella llegó aquí —dijo, y procedió a ofrecerles la misma explicación que le había dado a Lily antes. No era suficiente que la ceremonia de la boda se celebrara realmente y que la oficiara un ministro ordenado. No era suficiente que Lily y él intercambiaran sus votos y que uno de los dos testigos siguiera vivo para dar fe de ello. Había que observar unas formalidades antes de que un matrimonio fuera válido a ojos de la Iglesia y el Estado. Y, en su caso, estas formalidades no se habían completado porque el reverendo Parker-Rowe había muerto y los papeles se habían perdido. Y uno de los

testigos murió en Ciudad Rodrigo un mes más tarde.

—Entonces, Lily no es tu esposa —dijo el duque de Amburey, superfluamente, cuando Neville acabó de hablar—. Nunca has estado casado con ella.

—¡Vaya! —exclamó Hal, consternado.

—Así que, después de todo, Lily no es la condesa de Kilbourne —añadió tía Mary, meneando la cabeza, con una expresión confundida—. No me extraña que tenga migrañas, pobrecita. Todavía conservas el título, Clara.

Muchos de los reunidos en torno a la mesa tenían algo que manifestar, excepto la condesa, que lo miraba en silencio, y Joseph, que lo hacía con el ceño fruncido, y Lauren, que contemplaba la mesa con rostro inexpresivo.

—Pero, Neville... —Elizabeth se había inclinado hacia delante y, como solía suceder cuando ella hablaba, todos se callaron para escucharla—. Seguro que tienes intención de satisfacer las condiciones establecidas volviendo a casarte con Lily, ¿no es así?

Todas las miradas convergieron en Neville. Él se esforzó por sonreír y fracasó miserablemente.

—No me ha aceptado —respondió—. Me ha rechazado y no cambiará de opinión.

—¿Cómo? —exclamó la condesa, hablando por vez primera.

—Pensaba marcharme con ella a Londres, mañana por la mañana, mamá —le explicó—. Nos habríamos casado discretamente, con licencia especial, y nadie se habría enterado, salvo nosotros dos. Pero no quiere hacerlo. No se quiere casar conmigo.

Inesperadamente, Elizabeth sonrió, mientras se recostaba en la silla.

—No, claro que no —dijo, más para sí que para los demás.

Fue Gwendoline quien dio voz a una de las consecuencias de lo que acababan de oír. Enlazó las manos sobre el pecho y se le iluminaron los ojos.

—¡Oh, pero esto es maravilloso! —exclamó, sonriendo cálidamente a su hermano—. Lauren y tú podréis casaros, después de todo. Podéis fijar una nueva fecha para la boda y podemos empezar a hacer nuevos planes. Una boda en verano será más bonita que una boda en primavera. Podrás llevar rosas, Lauren.

La mano de Neville se cerró con fuerza sobre la cuchara. Respiró hondo para responder, pero Lauren habló primero, con voz entrecortada.

—No —dijo—. No, Gwen. Los últimos nueve días no se pueden borrar, como si no hubieran sucedido. Nada puede ser como antes. —Levantó los ojos y miró a Neville—. ¿No es verdad, Nev?

No sabía si ella quería que corroborase sus palabras o si le estaba rogando que se mostrara en desacuerdo con ella. Solo podía ofrecerle sinceridad. Negó con la cabeza.

—La verdad es que mis votos a Lily se los hice con absoluta buena fe. Tenía toda la intención de honrarlos durante toda la vida. ¿Qué diferencia hay en que no sean legalmente vinculantes? ¿Es que no son moralmente vinculantes? ¿Desearía yo acaso que no lo fueran? Yo considero que Lily es mi esposa. Creo que siempre será

así.

Lauren volvió a bajar los ojos. Era imposible saber si estaba satisfecha o decepcionada. Con Lauren, uno raramente sabía cuáles eran sus sentimientos más profundos. La dignidad era siempre lo primero para ella. Ahora se mostraba digna... y pálida y bella. Sintió una punzada de profundo afecto por ella. Y un deseo de liberarla del dolor que seguramente sentía. Pero no estaba en su mano hacer nada.

—Esto es absurdo, Neville —dijo su madre, con tono resuelto—. ¿Es que estás por encima del Estado? ¿Por encima de la Iglesia? Si la Iglesia dice que no estás casado, entonces está claro que no lo estás. Y es tu deber casarte con una dama adecuada a tu posición y capaz de darte herederos.

Lily no era una dama ni era adecuada a su posición; además, ella misma había reconocido que no podía darle herederos. Pero Lily era su esposa.

—Apuesto a que todo esto será la comidilla de toda la sociedad durante una novena —dijo el duque—. A la buena sociedad le encantará la historia y la olvidará en cuanto aparezca un nuevo escándalo u otra nueva sensación. Tu madre tiene razón, Neville; debes reanudar tu anterior forma de vida lo antes posible. Cásate con alguien de tu propia clase. No quiero ser poco amable con Lily, pero...

—Entonces no lo seas, tío Webster —interrumpió Neville, en voz baja, pero tan seca que su tío se detuvo a media frase y se sonrojó—. Si alguien dice algo infamante de Lily, quiero informar a esa persona que defenderé su honor del modo que estime oportuno... con tanta certeza como si el mundo entero la reconociera como mi esposa.

—Bien dicho —exclamó Richard Wollston—. Bravo, Nev.

—Cállate —le ordenó su padre, tajante.

—Están empezando a caldearse los ánimos —dijo Elizabeth, y procedió a plantear otro aspecto pertinente en el que nadie más parecía haber pensado, aunque era el que atormentaba a Neville desde que Lily lo dejara en la biblioteca, poco antes—. ¿Qué va a ser de Lily, Neville? ¿Qué hará? Por lo que he entendido, que ella sepa, no tiene familia en Inglaterra.

—Quiere ir a Londres a buscar trabajo —contestó Neville—. Me aterra pensarlo. Espero que me permita establecer una dote para ella y encontrarle un hogar decente en algún sitio. Pero me temo que no acepte. Sé que es orgullosa y terca.

Los ojos de Gwendoline estaban llenos de lágrimas.

—Estoy muy avergonzada —dijo—. Lo primero que he pensado ha sido lo que esto significaría para nuestra felicidad; la de Lauren, Nev y la mía. Ni siquiera me he preguntado qué pasaría con Lily. Desearía (oh, sí, cómo lo desearía) que no hubiera entrado nunca en nuestras vidas. Pero lo ha hecho y le he tomado afecto, a pesar mío. Ahora lo siento muchísimo por ella. ¿No huirá sin más, Nev?

—Me ha prometido no hacerlo —le aseguró.

—Neville —dijo Elizabeth—, quizá yo pueda hacer algo por Lily. Tengo amistades en Londres y siento mucho afecto por ella, aunque es verdad que, al venir aquí, frustró la felicidad de mi pobre Lauren. ¿Me dejarás que hable con ella?

—Me gustaría que lo hicieras, Elizabeth —respondió él—. Tal vez puedas persuadirla de que cambie de opinión y se case conmigo, después de todo.

—No hagas nada sin pensarlo bien, Neville —aconsejó el duque—. Te han ofrecido una segunda oportunidad para elegir a tu condesa sabiamente. Harías bien en tomarte tiempo para decidir con buen juicio, en lugar de dejándote llevar de tus emociones.

Elizabeth se levantó.

—¿Dónde está ahora? —preguntó—. ¿En sus habitaciones?

—Eso creo —respondió Neville. Nunca se podía estar seguro con Lily, pero allí estaba cuando él bajó a cenar. Se había acurrucado en un sillón, cerca de la ventana, mirando hacia fuera. No había vuelto la cabeza para mirarlo ni había respondido a ninguna de sus preguntas, excepto para encogerse de hombros, de forma defensiva más que despreocupada. Neville observó que se había cambiado, volviéndose a poner su viejo vestido de algodón azul.

—Subiré a verla ahora —dijo Elizabeth—, si me disculpáis.

Neville se dio cuenta demasiado tarde, de que Forbes estaba de pie, silencioso, junto al aparador. Pero no importaba. Una verdad de tanta magnitud como la de que Lily y él no estaban casados no podía mantenerse oculta a los sirvientes. Más valía que se enteraran de toda la historia por el mayordomo a que fuera llegándoles a retazos con una mezcla de verdad y rumores durante los siguientes días.

—Quizá —dijo Neville, levantándose y echando hacia atrás la silla con la parte de atrás de las rodillas— tendríamos que pasar todos al salón. No me apetece empaparme de oporto durante la próxima media hora.

Derek y su hermano, de diecisiete años, pusieron una cara de casi cómica desilusión. El toque de humor que Neville sintió al darse cuenta parecía incongruente con sus otros sentimientos. Pero sirvió para recordarle que, de una u otra manera, la vida seguía superando incluso los peores altibajos a que era sometida.

De repente pensó que buscaría y encontraría el petate de Doyle para Lily, si era humanamente posible hacerlo. Cualquier cosa que contuviera seguramente habría desaparecido, en especial si se trataba de dinero, pero tal vez podría recuperar algo. Comprendía que no debía de tener ningún recuerdo de su padre. Recordó algunas cosas que ella dijo cuando le enseñó la galería de retratos. Debía de ser atroz perder a toda tu familia, no conocer a ninguno de los que quedaran, haber perdido todo lo relacionado con tus padres.

Eso es lo que haría por ella. Si el petate seguía existiendo en algún lugar de este mundo, lo encontraría, aunque necesitara el resto de su vida. Le devolvería a Lily algo de su padre.

Le sirvió de consuelo saber que podía hacer algo, por pequeño que fuera.

—Nev —dijo Joseph, marqués de Attingsborough, poniéndole la mano en el hombro, mientras todos dejaban el comedor—, esta noche, no tienes ninguna necesidad de soportar la cháchara del salón, compañero. Lo que necesitas es emborracharte a fondo. ¿Aceptas mi comprensiva compañía, mientras lo haces?

Capítulo 16

Lily seguía sentada, con las piernas dobladas debajo de ella, en el sillón que había acercado a la ventana. Desde que, al salir de la biblioteca, había subido corriendo las escaleras, se había quitado con un apresuramiento nervioso la bonita ropa que le habían regalado tan recientemente y puesto de nuevo su viejo vestido de algodón, solo se había levantado una vez. Se había levantado para coger una manta de la cama y envolverse en ella. La noche se había puesto fría, pero no quiso cerrar la ventana. Continuó con la mirada clavada en la oscuridad.

El suave golpecito en la puerta del dormitorio no la alteró. Sencillamente, no le hizo ningún caso. Debía de ser él, y ella no podía mirarlo ni hablar con él. Su resolución podría fallarle y quizá se aferrara a él... para el resto de su vida. No podía permitir que eso sucediera. El amor no era suficiente; lo adoraba, hasta lo más profundo de su ser, pero eso no bastaba. Ella no tenía un lugar en su vida. Ni él en la suya, aunque esa idea era aterradora. Ella no tenía vida. Pero se negó a dejarse arredrar por el enorme vacío que había más allá de su última noche en Newbury Abbey.

—Lily... —Era la voz de Elizabeth—. ¿Puedo entrar, querida? ¿Me permites que entre a hacerte compañía?

Lily levantó la mirada. Como de costumbre, Elizabeth era la personificación de la elegancia, vestida con un traje verde oscuro de talle alto, con el rubio cabello recogido en un peinado liso y brillante. Era la quintaesencia de una aristócrata, hija de un conde, instruida, con una completa educación, una mujer de modales impecables, pero naturales. ¿Y pedía permiso para hacer compañía a la hija de un sargento, a Lily Doyle? Bueno. Lily siempre se había sentido orgullosa de su padre; atesoraba recuerdos cariñosos de su madre y había crecido gustándose y respetándose a sí misma. Su propio respeto se había tambaleado durante aquellos siete meses en que eligió sobrevivir en lugar de rebelarse, pero lo había recuperado. No había nada en su vida ni en su familia de lo que se avergonzara.

Asintió y volvió a mirar hacia la oscuridad exterior.

Elizabeth acercó una butaca a la de Lily, se sentó y le cogió una mano entre las suyas. Eran cálidas. Por vez primera, Lily se dio cuenta de que seguía teniendo frío, pese a la manta y al hecho de que el aire de la noche no era tan frío, después de todo.

—¡No sabes cuánto te respeto, Lily! —dijo Elizabeth.

Lily la miró sorprendida.

—Has hecho lo que está bien tanto para Neville como para ti —continuó—, pero no ha sido fácil. Es mucho a lo que renuncias.

—No —respondió Lily, negando con la cabeza—. No es difícil abandonar

Newbury Abbey y todo esto. —Con un gesto, abarcó lo que la rodeaba—. No lo comprendes. Esta es la clase de vida para la que tú naciste. Yo crecí en el convoy de un regimiento.

—Lo que quería decir —aclaró Elizabeth, amablemente— era que habías renunciado a Neville. Lo amas. —No era una pregunta.

—No es suficiente —contestó Lily.

—No, no lo es, querida —admitió Elizabeth. Siguieron sentadas juntas y en silencio durante un rato, antes de decir—: Neville dice que quieres encontrar empleo.

—Sí —contestó Lily—. No sé para qué estoy capacitada, pero estoy dispuesta a trabajar de firme. He pensado que quizá la señora Harris, con quien vine a Inglaterra desde Lisboa, me ayudará a encontrar algo, si se lo pido.

—Yo puedo ofrecerte un empleo —dijo Elizabeth.

—¿Tú?

Elizabeth sonrió.

—Tengo treinta y seis años, Lily, y hace mucho que he pasado la edad de necesitar que me acompañe una carabina dondequiera que vaya. Pero soy una mujer que vive sola y hay que respetar las convenciones. Se espera que tenga una compañera residiendo conmigo y acompañándome siempre que me aventure a salir sin una escolta masculina. Durante cinco años, mi prima Harriet ha vivido conmigo, pero lo enojoso es que, hace apenas cuatro meses, se casó con un rector y me ha dejado sin acompañante. Me alegré por ella, claro; es mayor que yo y siempre ha opinado que, hasta que renuncia a su persona para casarse, una mujer no es una persona completa. Y la verdad es, Lily, que Harriet ha sido una dura prueba para mí. Sería difícil encontrar dos mujeres más diferentes en carácter y temperamento como nosotras dos. En todo caso, necesito una sustituta. ¿Querrías serlo tú? Sería un puesto asalariado, por supuesto.

Lily se despreció por la oleada de alegría que sintió. Pero no aceptaría.

—Eres muy amable —dijo—, pero no estoy en modo alguno preparada para ofrecerte compañía. Piensa en mis deficiencias; no sé leer ni escribir; no sé pintar ni tocar el piano; no sé nada de teatro ni de música ni... ni de nada. No pertenezco a tu mundo. Si encontrabas aburrida a tu prima, a mí pronto me encontrarías insoportable.

—Oh, Lily —respondió Elizabeth, sonriendo y apretándole la mano, que todavía sostenía entre las suyas—. Si supieras lo aburrida que puede ser la vida para una mujer de la buena sociedad, no rechazarías mi oferta tan rápidamente. Para decirlo con una frase prestada, en todo momento una está enclaustrada, enjaulada y encerrada. Sometida a compañías insípidas, pasatiempos insípidos y conversaciones insípidas, en gran medida porque es mujer. Es posible que no sepas lo feliz que me has hecho en la última semana y media. Crees que no tienes nada que ofrecer como compañera porque no sabes las cosas que yo sé. Pues bien, querida, esas cosas las sé. No necesito que nadie más me las explique. Pero no sé las cosas que tú sabes. Podríamos compartir nuestros mundos, Lily. Podríamos entretenernos mutuamente. La vida contigo en mi casa sería estupenda, estoy segura. Y tienes una mente viva e

inteligente, aunque no te des cuenta de ello; la inteligencia es un atributo muy importante. Por favor, dime que vendrás... como amiga. En aras de la conveniencia, serías mi empleada dado que necesitas algo de que vivir, pero a todos los fines y propósitos serías simplemente mi amiga. ¿Qué me dices?

Lily se dijo que sería una empleada, pero dentro de los confines de su empleo, también sería una especie de igual. Elizabeth no creía que su mente o su inteligencia fueran diferentes. Creía que, en una relación de amistad, Lily tenía tanto que ofrecer como ella misma. No estaba del todo convencida, pero la tentación de aceptar era fuerte; abrumadora, en realidad, cuando tenía tan pocas alternativas.

—Tal vez durante un tiempo corto —respondió—. Pero si descubres que no soy lo que esperabas, entonces debes decírmelo y me marcharé. No seré una obra de caridad para nadie.

Elizabeth enarcó las cejas.

—No llevaría a nadie a mi propia casa por caridad, Lily —replicó—. Respeto demasiado mi propia comodidad, pero acepto tus condiciones. Y se aplicarán en los dos sentidos. Si, al cabo de un tiempo, piensas que es imposible trabajar para mí, entonces debes decírmelo y te ayudaré a encontrar otra cosa. ¿Puedes estar lista para ponernos en marcha por la mañana?

—Antes —respondió Lily, ardientemente—, pero prometí que me quedaría esta noche.

—Hiciste muy bien —dijo Elizabeth—. Neville no es feliz con lo que ha pasado, Lily. Nada feliz. Por causalidad, no tendrás intención de dejar aquí todos tus vestidos nuevos, ¿verdad?

—Debo hacerlo —afirmó Lily—. Lo compró todo para su esposa. Yo no soy su esposa.

—Pero se sentiría horriblemente dolido si no te los llevaras contigo —le aseguró Elizabeth—. A veces, el orgullo puede ser egoísta. ¿Por qué no los aceptas como un regalo suyo? No es nada malo, querida. No es codicia. Es hacer lo que está bien. Sería cruel hacer lo contrario.

Lily se mordió el labio, pero asintió con la cabeza.

—¡Espléndido! —Elizabeth se puso en pie—. Saldremos temprano. Procura dormir. —Se inclinó y besó a Lily en la mejilla.

Lily asintió.

—Gracias —dijo, pero detuvo a Elizabeth antes de que llegara a la puerta. Se le había ocurrido una posibilidad inquietante—. ¿El duque de Portfrey viajará con nosotras ?

—No. Qué hombre tan irritante —respondió Elizabeth, riendo—. Se ha marchado esta tarde. No irá directamente a Londres y quizá no aparezca por allí hasta dentro de algunas semanas. Pero no me ha dejado abandonada y, en cualquier caso, no es que yo tenga ningún derecho a su compañía. Webster y Sadie nos acompañarán, en su propio carruaje... y Wilma, claro. Y Joseph se marchará al mismo tiempo que nosotras, aunque supongo que se adelantará a un ritmo más adecuado a su juventud y sexo. ¡Hombre afortunado!

Lily asintió, sintiendo un alivio enorme. El duque de Portfrey se había ido. No estaría en Londres durante un tiempo. Pero ¿se había marchado aquella tarde? ¿De repente? ¿Después de haber atentado contra su vida, quizá? ¿Había dado el éxito por descontado? Se horrorizó de la dirección que llevaban sus pensamientos. No había habido ningún hombre. Incluso si lo había habido, no había ninguna prueba de que fuera el duque de Portfrey. Igual podía haber sido una mujer. Pero si había sido Lauren, ya no habría más acecho ni intentos de provocar accidentes. Lauren estaba libre para asegurarse de nuevo el afecto de Neville. Lo más probable es que no hubiera sido nadie, nadie en absoluto. La caída de aquella roca había sido un accidente.

Cerró los ojos después de que Elizabeth se marchara y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Pensó en su boda y en su noche de bodas, en el sueño de reunirse con Neville que la había mantenido cuerda durante su cautiverio y durante el largo, solitario y peligroso viaje hasta Inglaterra y Newbury; en el momento en que lo encontró a él en la iglesia del pueblo, a punto de casarse con otra; en todos los sucesos de la semana y media anterior.

En la noche anterior.

Dos lágrimas se le escaparon por debajo de las pestañas y le rodaron por las mejillas hasta caerle en el vestido.

Y en lo que él le había revelado, por la tarde, en la librería.

Todavía no se había enfrentado por completo a la realidad de que su sueño se había hecho añicos. No se atrevía a mirar al futuro, un futuro que ahora, ciertamente, parecía más alegre o, por lo menos, más seguro, que una hora antes, pero era un futuro que viviría sin él. Sin Neville.

Neville siempre había estado presente en su vida, desde sus catorce años, aunque durante cuatro de esos años había sido alguien inalcanzable, y durante un año y medio ponerse en contacto con él fue imposible. Pero siempre había contado con su sueño. La noche anterior, el sueño y la realidad habían entrado en contacto; sin embargo, incluso en aquel momento, ella era muy consciente de que se trataba de un mero contacto y que no podía durar. No obstante, no había sabido que se separarían tan pronto. No había sabido que esta noche su sueño se habría acabado.

A pesar de que lo amaba y siempre lo amaría.

A pesar de que él la amaba.

Era el final de un sueño imposible.

Abrió los ojos y se levantó para prepararse para ir a dormir; diciéndose que sobreviviría. Este había sido siempre el principal propósito en la vida de las personas con quienes había crecido; sencillamente sobrevivir. Ella lo haría. Quizá en algún lugar del futuro había otro sueño esperando que lo soñara. Ahora no podía ni siquiera imaginarlo, pero podía tener esperanzas.

Podía soñar sobre un sueño. Sonrió ante lo absurdo de la idea y la esperanza reconfortante que le daba.

Neville no se emborrachó. Se quedó sentado en la biblioteca con el marqués de Attingsborough, no sabiendo si ceder a la tentación de buscar un olvido temporal, mientras bebía dos copas de brandy, una tras otra, pero no bebió más. El licor no curaría el mal que lo aquejaba. Solo le nublaría la mente para lo que debía afrontar por la mañana.

Lily lo iba a dejar por la mañana.

—Ojalá encontrara algo que decirte, Nev —dijo el marqués, dejando su copa medio vacía, la primera—. Cuando estaba en la iglesia contigo, hace nueve días, pensé que no podía haber un desastre peor que aquel. Pero sí que lo había. Este.

—¿Crees que si le retorciera el cuello serviría de algo? —preguntó Neville, riendo entre dientes, pero su intento humorístico, negro como era, solo consiguió que se sintiera peor. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Es una mujer excepcional —dijo Joseph. Se rió de forma inapropiada— ¿Quién, salvo Lily, tendría la desfachatez de rechazarte? Especialmente, cuando no parece tener nada más. Y más especialmente todavía, cuando está muy enamorada de ti.

—A lo mejor, Elizabeth la convence para que cambie de opinión —dijo Neville, esperanzado—. ¿Qué haré si fracasa? Le prometí al padre de Lily que la cuidaría. Se lo juré a ella. Yo... bueno, todo esto tiene poco que ver con promesas y juramentos. Yo... No lo entenderías, Joe.

—¿Porque soy un tipo apático, que nunca se ha enamorado ni ha soñado que encontraba ese único amor del que nunca se desenamoraría? —dijo su primo, con aire pesaroso—. Lo que sientes por ella es muy evidente, Nev, y a mí me parece que muy duradero. Te envidio. Todos hemos caído un poco presos del encanto de Lily.

Elizabeth entró en la estancia en aquel momento y los dos se pusieron rápidamente en pie. Dirigió una significativa mirada a los dos vasos, pero no dijo nada.

—¿Bien? —Neville tenía las manos apretadas en puños.

—Lily vendrá a Londres conmigo mañana por la mañana, Neville —dijo ella— Ha aceptado un empleo conmigo. Como acompañante.

—¿Cómo dices ? —Neville se quedó mirándola fijamente.

El marqués carraspeó y removió los pies, incómodo.

—Es lo que ella ha decidido —dijo Elizabeth, calmadamente—. Será una situación respetable para ella, Neville.

—¿Has intentado siquiera convencerla para que se quedara y se casara conmigo? —preguntó él. Pero la cara de su tía le dio la respuesta sin necesidad de palabras. Toda su ansiedad acumulada estalló en cólera—. No lo has hecho, ¿verdad que no? No tenías ninguna intención de hacerlo. Me has dejado creerlo deliberadamente. ¿También tú quieres sacarla de en medio, Elizabeth, para que el campo quede libre y las cosas vuelvan a ser como eran? Nada puede volver a ser como era. Lily es mi esposa. La quiero. ¿Es que nadie puede comprender este hecho, solo porque ella no es una dama? Es lo bastante dama para mí. Es mi dama. Ahora mismo voy a subir y le...

—No, Neville —dijo Elizabeth, con voz sosegada, antes de que pudiera dar un paso en dirección a la puerta—. No, mi querido Nev. Estarías haciendo lo equivocado. Sería malo para ti y malo para Lily.

—¿Y tú qué sabes lo que es bueno para nosotros? —Los ojos de Neville soltaban chispas al mirarla—. ¿Tú, Elizabeth? ¿La tía solterona? ¿Qué sabes tú del amor?

—Cuidado con lo que dices, Nev —dijo Joseph en voz baja.

Neville se pasó los dedos por el pelo.

—Lo siento —dijo—. Oh, diablos. Perdóname, Elizabeth. Lo lamento mucho.

—Me preocuparía —contestó ella, sin perturbarse— si no reaccionaras a todo esto con apasionamiento, Neville. Pero escúchame, por favor. Puede que todo esto resulte ser lo mejor que os podía pasar a los dos. La quieres; ni siquiera tengo que preguntártelo. Pero debes admitir que tu matrimonio tenía todas las probabilidades de convertirse en una relación muy desdichada. Tal vez, la próxima vez que le propongas matrimonio a Lily haya algo más para uniros que el amor y la obligación.

—¿La próxima vez? —Frunció el ceño, mientras el marqués iba hasta una de las librerías y se ponía a examinar los lomos de los libros que tenía al nivel de los ojos.

Neville se la quedó mirando durante varios minutos. Sus emociones estaban en carne viva. Seguía sin poder pensar en la perspectiva de que Lily lo dejara por la mañana. No había considerado realmente la posibilidad de recuperarla una vez que hubiera dejado Newbury Abbey. Pensaba que o se casaba con él ahora o se vería obligado a vivir sin ella el resto de su vida.

—¿Cuándo?

—No soy yo quien tiene que decirlo —le respondió, meneando la cabeza—. Quizá nunca. Con certeza no hasta dentro de un mes, como mínimo.

—Un mes.

—Ni un día antes —insistió—. Mira, mañana nos hemos de poner en marcha temprano. Me voy a la cama. Buenas noches, Neville. Buenas noches, Joseph.

Después de que se marchara, se hizo el silencio en la biblioteca. Neville seguía con la mirada clavada en el suelo y Joseph continuaba examinando atentamente los libros, sin coger ninguno.

—Sería una vana esperanza —dijo Neville, al cabo de un rato—. Lo sería, Joe, ¿verdad que sí?

—Qué diablos —dijo su primo, suspirando audiblemente—, ¿quién puede predecir la conducta femenina, Nev? No seré yo quien se atreva, compañero. Pero Elizabeth siempre me ha inspirado el máximo respeto.

—Prométeme algo —dijo Neville.

—Lo que quieras, Nev. —El marqués se apartó de los libros y miró a su primo con aire interrogador.

—Vigílala, Joseph —dijo Neville—. Si muestra señales de ser desesperadamente desdichada...

—Diablos, Nev—interrumpió el marqués—. ¿Si es desdichada? La cuestión es que es libre y que continuará tomando sus propias decisiones. Pero visitaré a Elizabeth con frecuencia. Y cabalgaré junto a su coche hasta Londres, lo cual será una

prueba considerable para mis nervios, ya que el carruaje de mi padre estará también cerca y viajar con mi madre y Wilma nunca es un asunto cómodo. Sin embargo, me ocuparé de que Lily llegue sana y salva a Londres. Te lo prometo por mi honor.

—Gracias.

—¿Y quién sabe? —dijo Joseph con tono animado, cruzando la estancia para darle una palmada en la espalda a Neville—. Es posible que Elizabeth tenga razón y Lily vea con más claridad lo que se pierde cuando esté lejos de ti. Elizabeth sabe más del funcionamiento de la mente femenina que yo. ¿Vas a emborracharte o ya has tenido bastante por hoy y nos vamos a dormir?

—No creo que pudiera emborracharme aunque quisiera, Joe —respondió Neville—. Pero gracias por la idea.

—¿Para qué están los amigos? —le preguntó el marqués.

Neville se fue a la cama animado por una ligera esperanza. Incluso durmió a ratos. Pero por la mañana solo oía el eco de las palabras de Elizabeth «quizá nunca» y ese sonido ahogaba su esperanza.

Se marchaban todos juntos; la tía Sadie y el tío Webster con Wilma, Joe a caballo, Elizabeth con Lily. La terraza estaba llena de gente despidiéndose y abrazándose; incluso Gwen y Lauren habían acudido con ese propósito. Neville observó que Lily recibía su parte de abrazos, mientras él se despedía de todos los demás. Ni Lauren ni Gwen tenían los ojos secos después de decirle adiós. Lily vestía el bonito vestido azul de viaje que le habían hecho recientemente; Neville temía que se negara a llevarse ninguno de sus trajes nuevos.

Se dirigió hacia ella en último lugar, consciente de que todos los demás se apartaban discretamente, para proporcionarles cierta intimidad. Cogió la mano enguantada de la joven entre las suyas y la miró a los ojos. Eran enormes y tranquilos y estaban limpios de las lágrimas que fluían libremente entre los demás.

Buscó algo que decirle, pero no se le ocurrió nada. Ella lo miraba fijamente, sin decir nada. Neville se llevó su mano a los labios y la mantuvo allí durante varios momentos, con los ojos cerrados. Pero cuando volvió a mirarla a la cara, seguía sin haber nada que decir. No, no era cierto. Había el mundo entero que decir, pero ninguna palabra para expresar ni la más mínima parte. Así que no dijo nada.

Hasta que ella habló.

—Neville... —Casi no se oyó ningún sonido, pero no cabía duda de que sus labios habían formado su nombre.

Ah, Dios. Cómo había deseado oírla pronunciar su nombre de nuevo. Se lo había dicho la tarde anterior. Lo decía ahora. Pero se sentía como si le hubieran atravesado el corazón con una afilada daga.

—Lily —susurró, con la cabeza inclinada, muy cerca de la de ella—, quédate. Cambia de opinión. Quédate conmigo. Podemos hacer que funcione.

Pero ella negó con la cabeza, lentamente.

—No podemos —dijo—. No podemos. Aquella noche. Me alegró de que haya

habido aquella noche.

—Lily...

Pero ella liberó la mano y se apresuró hacia la puerta abierta del carruaje de Elizabeth. Neville se quedó mirándola, con el más absoluto desespero, mientras un lacayo la ayudaba a subir.

Lily se sentó junto a Elizabeth y fijó la mirada en los cojines del asiento de enfrente. El lacayo subió la escalerilla y cerró la puerta. El carruaje dio una ligera sacudida sobre sus ejes y se puso en marcha.

Neville tragó saliva una, dos veces. Luchó contra el pánico, contra el impulso de lanzarse hacia delante, de arrancar la puerta del coche, de cogerla entre sus brazos y sacarla de él y negarse a permitir que se fuera nunca jamás.

Levantó la mano, con un gesto de despedida, pero ella no miró atrás.

«Quizá nunca.» Las palabras resonaban y volvían a resonar en su cerebro.

«Ah, mi amor.» Cuando los sueños se hacen añicos, no hay ninguna seguridad de que se puedan recomponer y soñarlos de nuevo.

CUARTA PARTE:
La educación de una Dama

Capítulo 17

—Compláceme, Lily —le ordenó su nueva patrona, después de la primera hora de casi absoluto silencio y terrible dolor—, y contéstame a unas preguntas. Debes responder sinceramente; esta es la primera regla de los « ¿Y si...?».

Lily volvió hacia ella una cara resueltamente sonriente. Todavía no sabía cómo podía ser una compañera aceptable para Elizabeth, pero haría todo lo que estuviera en sus manos.

—Si tuvieras la libertad y los medios de hacer cualquier cosa que desearas en el mundo —preguntó Elizabeth—, ¿qué harías?

«Volver con Neville.» Pero eso sería una respuesta absurda. Tenía la libertad de volver. Él le había suplicado que se quedara. Pero volver con él significaba volver a Newbury Abbey y todo lo que eso entrañaba. Lily lo pensó bien. Pero al final descubrió que la respuesta a aquella pregunta debería haber sido evidente desde el primer momento.

—Aprendería a leer y escribir —dijo—. ¿Son dos cosas?

—Consideraremos que son una —respondió Elizabeth, aplaudiendo—. ¡Es una contestación magnífica! Sé que no vas a ser una decepción, Lily. Ahora otra cosa. A ver si reunimos cinco deseos. Adelante.

Lily se dijo que, ciertamente, había otras cosas en que soñar. Nada era suficiente para sustituir el sueño que había perdido, claro, pero quizá bastara para dar algún propósito a su vida. Era probable que estos nuevos sueños demostraran ser inalcanzables, pero así era la naturaleza de los sueños. Era su atractivo. Pero «probable» era la palabra más importante. Permitía la esperanza.

—Aprendería a tocar el piano —afirmó con convicción— y todo lo que hay que saber sobre música.

—Decididamente, eso sí que es más de una cosa —protestó Elizabeth, riendo—. Pero dado que yo he hecho las reglas del juego, permitiré su unidad esencial. ¿Qué más?

Lily miró a Elizabeth, que tenía un aspecto encantador y elegante con su ropa de viaje, coordinada en tonos marrones, bronce y crema y perfectamente adecuada para su edad, rango, figura y complexión.

—Aprendería a vestir con corrección y elegancia y quizá incluso a la moda —respondió.

—Pero ya tienes todas esas cosas con este conjunto que llevas, Lily —le dijo Elizabeth—. Sin duda, el azul pálido te sienta muy bien.

—Fuiste tú quien eligió lo que llevo puesto —le recordó Lily—, excepto las enaguas y los zapatos. No podría hacer nada sola. No tendría ni idea. Para mí una

prenda de vestir siempre ha sido algo cómodo y decente, caliente en invierno y fresco en verano.

—Muy bien, entonces —respondió Elizabeth, sonriendo—. Ya tenemos tres. ¿Y la cuarta y la quinta? ¿No sientes deseos de viajar ni de adquirir unas posesiones caras?

—He viajado toda la vida —respondió Lily—. He soñado con quedarme en un único lugar el tiempo suficiente para sentir que era mi hogar. Y las posesiones...

Se encogió de hombros. ¿Qué más podía elegir para completar la lista? Leería y escribiría y aprendería música. Tocaría el piano y vestiría con elegancia. Querría...

—Me gustaría ser capaz de calcular —afirmó—. No solo con los dedos o de cabeza, sino... como lo hace la señora Ailsham y la condesa en los libros de la casa. Me los enseñaron un día. Las dos entendían lo que estaba escrito allí y podían usar las cifras para saber qué había pasado en la abadía y planear lo que pasaría. Me gustaría poder hacerlo. Me gustaría poder llevar los libros y saber cómo administrar algo tan grande e importante como Newbury Abbey.

—¿Y tu último deseo, Lily?

—Siempre me he sentido cómoda con los demás —dijo, después de pensarlo un poco más—. Con todo tipo de gente, incluso con los oficiales cuando formaban parte del regimiento. Pero no me siento cómoda con tu clase de gente. Me gustaría aprender... cómo comportarme, cómo conversar, cómo hacer lo que se espera de mí. Me gustaría aprender los modales de tu clase. No porque aspire a pertenecer a ella, sino porque... oh, no sé del todo por qué. Porque te admiro, quizá. Porque respeto a la condesa.

Elizabeth no dijo nada durante un rato.

—No estoy segura de que tus deseos sean cinco, Lily —respondió, por fin—. En realidad, son solo uno; el deseo de tener los conocimientos y la educación de una dama. Podríamos añadir pintura, trabajos de aguja, baile y lenguas, quizá, pero en realidad todas estas cosas irían incluidas en alguna de las cinco que has deseado. ¿Pintas, bailas o conoces otras lenguas que no sea la inglesa? Sé que puedes zurcir y remendar, pero no bordar.

—Sé hablar hindi y español —dijo Lily—. Solíamos bailar danzas populares. Nunca he pintado.

Aquí su conversación se vio interrumpida, porque el carruaje entró en el patio con suelo de guijarros de una casa de postas para cambiar de caballos. Lily se quedó asombrada al darse cuenta de que, después de la primera hora, su mente había estado ocupada agradablemente. Casi había disfrutado. Y todo se lo debía a Elizabeth, que se había encargado de apartar los pensamientos de su compañera del terrible dolor de la despedida.

El duque de Anburey había reservado una sala privada en la posada y los seis cenaron juntos. Lady Wilma se moría de entusiasmo ante la perspectiva de volver, por fin, a Londres, donde la temporada ya habría empezado. Su conversación giraba en torno a bailes, salidas, teatros y presentaciones en la corte y Vauxhall y Almack. Era mareante para Lily, quien se obligó a comer por lo menos un poco y no hizo

ningún intento de participar en nada de lo que se decía, ni siquiera cuando Joseph insinuó que, probablemente, la incomodidad del viaje no era nada comparada con el tipo de viajes que ella había hecho en la península. Le sonrió vagamente, al darse cuenta de que, igual que Elizabeth, trataba de apartar sus pensamientos de lo que la oprimía como si tuviera una tonelada de plomo encima.

No cesaba de preguntarse qué estaría haciendo él en aquel mismo momento.

Elizabeth reanudó su interrumpida conversación, después de que Joseph las acompañara y ayudara a subir al carruaje y se pusieran en marcha de nuevo.

—Bien, Lily —dijo, dándole unas palmaditas en la rodilla—. Me parece que el próximo par de meses contigo van a ser muy interesantes. ¿Ayer utilicé la palabra diversión? Los próximos meses van a estar llenos de diversión, sin ninguna duda; sí, esa es la palabra adecuada. Querida, con la ayuda de los mejores instructores que pueda contratar, vamos a transformarte en toda una dama, con la educación y las habilidades de una dama, todo en un mes, o dos o diez. Claro está que algunas cosas necesitarán más tiempo que otras. ¿Qué me dices?

Lily no dijo nada durante unos momentos. Habían estado jugando al juego de «¿Y si...?». ¿No era eso lo que habían estado haciendo?

—No —dijo, frunciendo el ceño—. Oh, no. A los maestros hay que pagarles.

—Y a los mejores maestros hay que pagarles mucho —replicó Elizabeth sonriendo—. Lily, querida, soy casi indecentemente rica.

—Pero no puedes gastarte nada en mí —dijo Lily, horrorizada—. Soy tu sirvienta.

—Bueno, sí —aceptó Elizabeth—. En bien de tu orgullo, te concedo este punto. Pero ya sabes, Lily, que los sirvientes tienen que ganarse su salario. ¿Y cómo lo hacen? Obedeciendo a quienes los emplean, satisfaciendo todos sus caprichos. Soy una de las mujeres más afortunadas que hay, ¿sabes?, por una serie de razones. Pero tenerlo todo (casi todo) lo que alguien podría necesitar puede tener sus desventajas, en especial si eres una mujer. Hay cierto aburrimiento contra el que luchar. Ni me acuerdo de la última vez que me divertí. Supervisar tu educación será mi diversión, Lily. No debes rechazarme, no cuando has confesado que educarte es lo que deseas más que casi nada en el mundo.

Lily comprendió de repente que no había sido un juego. Y que no la habían contratado para servir; por lo menos no en el sentido convencional. Elizabeth tenía aquel propósito desde el principio. Tenía la intención de divertirse y complacer a Lily convirtiéndola en una dama.

Sería imposible.

¡No lo sería!

Sería glorioso y maravilloso. Podría aprender a leer. Podría leer libros. Podría llenar una sala con música... salida de sus propios dedos. Podría... Ah, eran demasiadas y demasiado deslumbrantes las posibilidades que se agolpaban en su cabeza.

Había nacido un nuevo sueño.

—¿En qué piensas? —preguntó Elizabeth.

—Podré, quiero decir cuando te deje —respondió Lily—, encontrar empleo como vendedora en una tienda y quizá incluso como institutriz. —Era una perspectiva mareante. Adquiriría conocimientos y luego podría transmitírselos a otros.

—Claro —afirmó Elizabeth—. O quizá te cases, Lily. Tengo intención de llevarte conmigo para que conozcas a la buena sociedad antes de que acabe la temporada. Es uno de los deberes de una acompañante, ¿sabes? Pero serás más que una acompañante... serás una amiga y participarás en las funciones sociales a las que asistamos.

Lily se recostó en el asiento.

—Oh, no —exclamó—. No, no, eso sería imposible. No soy una dama.

—Muy cierto —reconoció Elizabeth—. Y el *beau monde* es muy exigente en asuntos tales como el nacimiento y las relaciones. Para los más exigentes, que te comportes como una dama no te convierte en una dama. Pero hay excepciones a la mayoría de las reglas. Recuerda, Lily, por favor, lo famosa que eres. Tu historia, tu llegada en mitad de la boda de Neville y Laurea, su anuncio de que eras la esposa que pensaba que había muerto, su relato de vuestra boda y de tu aparente muerte serán la sensación de Londres. El resto de la historia, el descubrimiento de que vuestro matrimonio no es válido, tu negativa a hacerlo válido pasando por otro servicio nupcial... y con el conde de Kilboune, nada menos, harán que la buena sociedad pierda la cabeza. Se volverán locos por conocerte, incluso por verte, aunque sea fugazmente. Cuando se sepa que vives conmigo, nos inundarán las invitaciones. Pero haremos esperar a todo el mundo durante un tiempo. Cuando aparezcas, Lily, cautivarás a todo Londres. Añadidos a la historia, ¿sabes?, están tu belleza, tu gracia y tu encanto naturales. Y para cuando aparezcas en sociedad, habremos añadido el refinamiento de unos modales elegantes y un aspecto a la moda. Estoy segura de que podrías casarte con un duque, si quisieras... y si hubiera alguno adecuado disponible. —Se echó a reír bajito. Era evidente que se estaba divirtiendo.

—No podré casarme nunca —dijo Lily, sin hacer caso del cuadro aterrador, e indudablemente apasionante, que Elizabeth acababa de pintarle. Alisó los guantes que descansaban encima de su falda.

—¿Por qué no? —Fue una pregunta hecha con voz tranquila, pero exigía una respuesta.

Lily se quedó callada largo rato. Porque ya estoy casada. Porque lo amo. Porque me he acostado con él y le he dado, no solo mi cuerpo, sino todo lo que soy. Porque... Porque, porque...

—No puedo —respondió, finalmente—. Tú sabes la razón.

—Sí, querida. —Elizabeth deslizó la mano por el asiento y le estrechó la suya—. Sería un lugar común por mi parte decir que el tiempo lo cura todo. Nunca he experimentado nada ni la mitad de intenso que lo que tú has sufrido y estás sufriendo, así que no puedo saber con seguridad que unas heridas como las tuyas lleguen a curarse nunca. Pero eres una mujer de una gran fortaleza y fuerza de carácter, Lily. Estoy segura de no equivocarme en mi juicio. Vivirás, querida. No te

limitarás a arrastrar una existencia. Te ofreceré el beneficio de mis recursos y relaciones, pero no haré nada fundamental por ti. Eso lo harás tú misma. Confío en ti sin reservas.

—Gracias —respondió Lily.

—Dime —dijo Elizabeth de nuevo, después de viajar un rato en silencio—. ¿Qué te pasó, Lily, durante todos aquellos meses, cuando Neville pensaba que habías muerto?

Lily tragó saliva.

—¿La verdad? —preguntó.

—He pensado —dijo Elizabeth— que, si hubieran tenido cautiva a la esposa de un oficial, durante cierto tiempo, los franceses habrían informado a los británicos. Podrían haber hecho un intercambio muy favorable con uno o más de sus propios oficiales en manos de los británicos. No es eso lo que sucedió, ¿verdad?

—No —respondió Lily.

—Lily —interrumpió Elizabeth antes de que pudiera decir nada más—, aunque creo que no me vas a permitir que olvide que eres mi empleada, quiero que sepas que siempre serás libre de proteger tu intimidad de mí. No tienes ninguna obligación de decirme nada. Pero has crecido entre hombres, querida. Tal vez no has conocido la alegría de tener una amiga de tu propio sexo, una que pueda compartir tu punto de vista sobre los acontecimientos y las experiencias.

Lily le contó todo, todos los detalles dolorosos, sórdidos y humillantes que no le había contado a Neville aquel día en la casa de la playa, con la cabeza apoyada en los cojines y los ojos cerrados. Cuando acabó, su mano estaba encerrada, apretadamente, en la de Elizabeth. Aquel contacto era extrañamente reconfortante; era el contacto de una mujer que expresaba la compasión de una mujer. Elizabeth comprendía lo que sería estar cautiva, que te privaran de tu libertad y luego, la indignidad final, que invadieran tu cuerpo y lo usaran para el placer del captor. Otra mujer comprendería la monumental batalla interna librada cada día y cada noche para aferrarse a algo en su propia esencia, algo que fuera ella misma, que le diera dignidad e identidad. Ese algo que ni siquiera un violador —ni siquiera, quizá, un asesino— podía arrebatarle.

—Gracias —dijeron las dos al unísono, después de un corto silencio. Las dos se echaron a reír, aunque no era una risa divertida.

—¿Sabes, Lily? —añadió Elizabeth—, los hombres tienen la ridícula idea de que es preciso no mostrar ninguna emoción, incluso en los peores desastres de la vida. Las mujeres no somos tan estúpidas. No pasa nada por llorar, pequeña.

Lily lloró. Sollozó hasta pensar que el dolor la iba a desgarrar por la mitad. Lloró, con la cara enterrada en la falda de Elizabeth, mientras esta le acariciaba el pelo y murmuraba tonterías que Lily ni siquiera oía.

Al final, Lily se enderezó, se secó los ojos, se sonó y se disculpó por la mancha húmeda que había dejado en la falda de Elizabeth. Con una risa entrecortada dijo:

—Ahora te lo pensarás dos veces antes de invitarme a llorar.

—¿Lo sabe Neville? —preguntó Elizabeth.

—Solo los hechos básicos, no los detalles.

—Ah, buena chica. Bien, ahora, miremos hacia delante, ¿quieres?, y hagamos planes. Lily, querida, nos vamos a divertir, divertir y divertir.

Las dos se echaron a reír de nuevo.

Neville esperó un mes.

Procuró reanudar su vida normal. Excepto que, desde su regreso de la guerra en la península, la vida normal incluía una amistad muy estrecha con su hermana y su prima y el gradual e inevitable cortejo de Lauren.

Ahora esa amistad era forzada. No quería engañar a Lauren, haciéndole creer que podía volver a cortejarla y estaba claro que ella tampoco quería dar la impresión de que eso era lo que esperaba. Gwen se sentía evidentemente incómoda. Como la propia Lauren había dicho en la cena la noche antes de que Lily se marchara, nada volvería a ser igual.

Sin embargo, era evidente que todos esperaban que él y Lauren se casaran. Los vecinos que venían de visita a la abadía, con cualquier pretexto baladí, y que les enviaban invitaciones, más frecuentes de lo habitual, a cenas, juegos de cartas, bailes y meriendas eran demasiado bien educados para mencionar el tema abiertamente, pero había todo tipo de maneras disimuladas e ingeniosas de lanzar indirectas y sonsacar información.

—¿Se espera que el barón Galton, abuelo de la señorita Edgeworth, regrese a Newbury en fechas próximas? —preguntó lady Leigh, un día—. ¡Es un caballero tan distinguido!

—¿La condesa de Kilbourne tiene intención de volver a instalarse en la residencia de la condesa viuda? —quería saber la señorita Amelia Taylor. Solo lo preguntaba porque no estaría nada bien que ella y su hermana vinieran de visita a la abadía para encontrarse con que solo estaba su señoría. Se sonrojaba solo de pensarlo.

—¿Su señoría sigue pensando en ir a los Lagos este año? —se preguntaba sir Cuthbert Leigh. La familia política de su primo acaba de regresar y había dicho que era un lugar muy pintoresco y elegante.

—Su señoría debe de encontrar Newbury Abbey muy grande y solitaria ahora que su hermana y su prima ya no viven aquí—afirmaban las señoritas Cannadine.

—¿Se ha recuperado su señoría de su pequeño disgusto? —le preguntó la señora Beckford, esposa del vicario, con el tono quedo y lleno de compasión que su esposo usaba para un enfermo en su lecho de muerte. Ella y el reverendo tenían la esperanza (una esperanza que acompañaba con una mirada picara muy impropia de ella) que pronto todo se arreglaría.

Y no eran solo los vecinos. La condesa también lo instaba a volver al plan original.

—Me gustaba Lily, Neville —le aseguró mientras desayunaban juntos, una semana después de que Lily se fuera—. A pesar de mí misma, me gustaba. Tenía un encanto dulce y sin afectación. Estaba dispuesta a darle mi afecto y apoyo durante el

resto de mi vida. Y sé que la querías y que esta semana ha sido difícil. Eres mi hijo y lo sé y he sufrido por ti.

—¿Pero...? —preguntó, con una sonrisa un poco amarga.

—Pero no es tu esposa —le recordó la condesa— y no desea serlo. Lauren te ha estado destinada desde la infancia. Os conocéis bien; os tenéis verdadero afecto el uno al otro; tenéis una manera de pensar y una educación iguales. Encajaría en mi papel aquí, sin ningún período de dolorosa adaptación. Daría estabilidad a tu vida y niños a la familia. Ansío tener nietos, Neville. Es posible que no comprendas la desilusión que sentí cuando Gwendoline abortó como resultado de su accidente... además de mi dolor por ella. Pero me estoy desviando de lo principal. Habías decidido casarte con Lauren. Estabas contento con esa decisión. Estabas, literalmente, frente al altar, esperándola. Deja atrás la confusión de las últimas semanas y retoma las riendas de tu vida donde las dejaste. Por el bien de todos.

Neville se inclinó por encima de la mesa y cogió la mano de su madre entre las suyas.

—Madre, lo lamento de verdad —dijo—, pero no. —Trató de pensar en una explicación que tuviera sentido para ella, pero sabía que ninguna lo tendría. Y no podía desnudar su corazón ni siquiera ante su madre—. Démonos un poco más de tiempo —añadió sin convicción.

Parecía que, estos días, su vida estaba hecha de esperar, de darse tiempo. Esperó más de una semana la respuesta a la carta que había escrito al cuartel general de su regimiento la misma mañana de la marcha de Lily. Y al final llegó; medio había esperado que el problema fuera mucho más difícil, si no imposible, de solucionar. No había enviado la carta por correo, sino que la había llevado, con instrucciones precisas, su ayuda de cámara, que en un tiempo fue su batidor, un hombre robusto y un tanto melancólico, que siempre había servido bien a los intereses de su amo, negándose a desviarse ni un centímetro en el cumplimiento del deber. La respuesta le proporcionó a Neville algo que hacer y una excusa para abandonar la abadía, que ahora le resultaba opresiva.

Podía haber mandado a otro mensajero para hacer más indagaciones, pero en cambio, prefirió ir en persona a Leavenscourt, en Leicestershire, donde habían enviado las pertenencias de Thomas Doyle, cuando fueron devueltas a Inglaterra. El padre de Doyle era caballerizo en el señorío de Leavenscourt.

Fue un largo viaje, con un tiempo que se había puesto húmedo, ventoso y frío. Neville se vio obligado a viajar en un coche cerrado, algo que siempre encontraba tedioso en extremo. Y no esperaba encontrar nada al final del viaje. Pero por lo menos, pensaba mientras pasaba el rato en el bar del lamentable remedo de posada en la que el mal tiempo le había obligado a pasar la noche, por lo menos, estaba haciendo algo. Newbury se había convertido en un lugar detestable para él, había demasiadas cosas allí que le recordaban a Lily. Incluso cometió el error de pasar una noche en la casa de la playa, se acostó en la cama donde se habían acostado los dos, lleno de un vacío tan enorme que ni siquiera había conseguido obligarse a moverse, a salir de allí.

Leavenscourt era una propiedad pequeña, pero de aspecto próspero. Mientras se acercaba a la casa, miró a su alrededor con curiosidad. ¿Era aquí donde Doyle había crecido? La familia no residía en la casa en aquellos momentos y su llegada llenó de consternación al ama de llaves. Se lo quedó mirando fijamente, cuando él le explicó que había venido a hablar con el señor Doyle, uno de los caballerizos, padre del difunto sargento Thomas Doyle, del Noventa y cinco regimiento. Incluso se olvidó de seguir haciendo reverencias.

AI parecer, Henry Doyle llevaba muerto más de cuatro años.

Neville se sintió como si le hubieran dado con la puerta en las narices.

—Creo —dijo— que el regimiento envió aquí las pertenencias del sargento Doyle, después de su muerte, hace más de dieciocho meses. ¿Sabría algo de ellas, señora?

—¡Oh! —respondió ella, haciendo otra reverencia—. Seguramente se las dieron a William Doyle, milord. El hijo de Henry Doyle, señor.

—¿Y dónde puedo encontrar a William Doyle? —preguntó.

—Ha muerto, milord —respondió—. Murió hace cosa de un año, en un desgraciado accidente, milord.

—Lo siento —dijo Neville. Y lo sentía de verdad. Dos hombres que quizá fueran los dos únicos parientes supervivientes de Lily y ambos habían muerto—. ¿No sabría qué pasó con sus pertenencias?

—Diría que las tiene Bessie Doyle, milord —respondió—. Es la viuda de William. Sigue viviendo en la casa. Tiene dos hijos que todavía están creciendo y el amo fue demasiado compasivo como para echarlos a la calle. Bessie es lavandera.

La tía de Lily... y sus primos.

—¿Me podría indicar cómo llegar hasta la casa?

El ama de llaves, de nuevo terriblemente nerviosa, aseguró a su señoría que podía mandar a buscar a Bessie, pero él declinó la oferta y, finalmente, consiguió que le dieran las indicaciones que necesitaba.

Bessie Doyle era una mujer robusta, de cara rubicunda y mediana edad. Su casa estaba desordenada, aunque limpia. Recibió la aparición en su puerta de un conde, vestido a la moda, mirándolo, calculadora, de arriba abajo, con las manos plantadas firmemente en las anchas caderas.

—Si es ropa lo que tiene para mí—le dijo—, ha venido al mejor sitio. Aunque no respondo de unas botas tan finas como esas después de que haya pasado por el barro. Será mejor que se limpie los pies si piensa entrar.

Neville le sonrió. La retaguardia del ejército estaba llena de Bessies Doyle, mujeres fuertes, capaces y prácticas, que habrían dado la bienvenida al ejército completo de Napoleón con los brazos en jarras y un comentario cáustico en los labios.

Sí, Bessie recordaba la carta que les habían enviado diciéndoles que Thomas había muerto; Will la había llevado al vicario para que se la leyera. Y sí, aquí era donde habían enviado sus cosas, cosas inútiles todas. Todo estaba amontonado allí, dijo señalando un rincón de la habitación en la que estaban, cuando ella volvió de

cuidar a su anciana madre que, lo que son las cosas, no había muerto, aunque Will sí. La habían hecho volver de casa de su madre, a pocas millas de allí, con la noticia de que él se había caído del caballo y se había partido la cabeza contra una piedra al dar contra el suelo.

—Lo lamento muchísimo —dijo Neville.

—Bueno —dijo, filosóficamente—, por lo menos se demostró que tenía sesos, ¿no? A veces me lo había preguntado.

Neville comprendió que Bessie Doyle no era una viuda pesarosa e inconsolable.

—Lo quemé todo —le dijo, antes de que pudiera preguntárselo—. Todo el maldito montón.

Neville cerró los ojos un momento.

—¿Lo miró bien antes? —le preguntó—. ¿No había ninguna carta, ningún paquete... algo de dinero, quizá?

La idea del dinero hizo que la mujer soltara una áspera carcajada. En su opinión como esposa si lo hubiera habido, Will habría ido, a todo correr, y se lo habría gastado en bebida.

—Puede que sea eso lo que lo hizo caer del caballo —comentó, pero no lo decía en serio—. No, claro que no había dinero. Tom no habría guardado dinero para que gente como Will metiera las manos, después de que él la palmara, seguro que no.

—Thomas Doyle tenía una hija —le explicó Neville.

Bessie no sabía nada de eso y tampoco mostró un gran interés por saber nada de su desconocida sobrina. Le dijo a su señoría que sus hijos estaban a punto de volver de los establos. Trabajaban allí. Y seguro que traerían hambre bastante como para comerse un buey cada uno.

Neville tomó el comentario como una indirecta para que se marchara. Pero algo atrajo su mirada cuando se volvía para marcharse.; un petate militar colgado de un clavo junto a la puerta.

—¿Era el de Thomas Doyle? —preguntó, señalándolo.

—Seguro que sí —contestó ella—. Era lo único útil que había. Tan sucio estaba que tuve que frotarlo hasta casi romperlo antes de poder usarlo.

Estaba lleno de retales.

—¿Me lo puedo llevar? —le preguntó Neville—. ¿Me lo quiere vender? —Sacó el monedero del bolsillo, cogió un billete de diez libras y se lo tendió.

Ella se quedó mirándolo atónita.

—¿Está loco? —preguntó—. Eso es más de lo que los chicos y yo juntos ganamos en un año. ¿Por esa vieja bolsa?

—Por favor —dijo Neville sonriendo—. Si diez libras no son suficientes, doblaré la cantidad.

Pero Bessie Doyle tenía su orgullo. Puede que su señoría, el de las botas embarradas, estuviera loco, pero ella no era una ladrona. Vació el contenido del petate en el suelo, se lo entregó con una mano y cogió las diez libras con la otra.

El petate limpio y deformado que había sido de su sargento descansaba ahora delante de él, en el asiento del coche donde Neville permaneció sentado durante todo

el viaje de vuelta a Newbury. Sería el único recuerdo que Lily tendría de su padre. Habría pagado cien... mil libras por él. Pero también se sentía decepcionado. ¿Podría ser que la señora Doyle hubiera quemado una carta o algún tipo de paquete que contuviera algo más personal para Lily?

Neville se había dado un mes para seguir en Newbury, antes de trasladarse a su casa de Londres. Cuando volvió de Leicestershire habían pasado dos semanas. Solo medio mes y aún le quedaba otro medio. Además, la ligera esperanza que lo sostenía podía resultar ser ilusoria. Sospechaba que no sería fácil convencer a Lily para que cambiara de opinión.

Pero justo antes de que acabara el mes, antes de que decidiera la fecha de su marcha, le llegó un pequeño envío de Elizabeth.

—Te he conseguido esto —había escrito en una breve nota—, habiendo sido informada de que piensas venir pronto a la ciudad. Es posible que desees asistir, Neville.

La invitación que acompañaba la nota era para un baile en casa de lady Ashton, en Cavendish Square.

Neville asintió dirigiéndose al vacío de la biblioteca.

—Sí —dijo en voz alta—, ah, sí, Elizabeth. Allí estaré.

Capítulo 18

El baile anual que daba lady Ashton, en Cavendish Square, era siempre uno de los grandes acontecimientos de la temporada. Y era el baile que lady Elizabeth Wyatt había elegido para presentar a Lily en sociedad.

Elizabeth tenía muchos amigos y conocidos. Varios de ellos la habían visitado durante el mes pasado desde su regreso a la ciudad y también ella había hecho muchas visitas. Igualmente, había asistido a una serie de pasatiempos por la noche. Pero nadie había visto a su nueva acompañante, la señorita Doyle, ni había sentido una gran curiosidad por ella hasta que una noche, en una cena poco antes del baile Ashton, Elizabeth dejó caer, como quien no quiere la cosa, que Lily Doyle y la mujer que había causado tanto revuelo en la boda del conde de Kilbourne, a principios de primavera, eran una y la misma persona.

Todo el mundo había oído hablar de Lily. Posiblemente fuera la mujer más famosa, en el buen o en el mal sentido, de toda Inglaterra durante aquella primavera en particular; por lo menos entre los miembros del *beau monde.* Solo su aparición en la iglesia de Newbury, desbaratando por completo una de las bodas más importantes de la alta sociedad de aquel año, ya era suficiente para alimentar las conversaciones durante toda la temporada y más. Pero mucho antes de que la sensación empezara a apagarse, había sido revelado el resto de aquella deliciosa y extraña historia; después de todo, Lily no era la condesa de Kilbourne, porque su matrimonio con el conde no había llegado a registrarse como era debido.

La historia de Lily había sido contada y discutida en todos los salones y comedores de moda de Londres. Había tantas preguntas sin responder que los temas a debatir eran interminables: ¿Quién era? ¿Por qué Kilbourne se había casado con ella? ¿Por qué no se lo había dicho a nadie? ¿Dónde había estado exactamente durante todo el tiempo que Kilbourne la había creído muerta? ¿Qué había pasado cuando Kilbourne descubrió la verdad sobre la legalidad del matrimonio? ¿Ella le había suplicado de rodillas que se casara con ella de nuevo? ¿Era verdad que había amenazado con tirarse del acantilado y estrellarse contra las rocas al pie? ¿Alguien sabía a cuánto ascendía la cantidad del acuerdo que Kilbourne se había visto obligado a concederle? ¿Era realmente tan vulgar como todos decían? ¿A dónde se había ido? ¿Era verdad que se había escapado con la mitad de la fortuna del conde y con uno de sus mozos de cuadra, por si fuera poco? ¿Cuándo iba Kilbourne a casarse con la señorita Edgeworth? ¿Esta vez se decidirían por una boda discreta? ¿Era cierto que la señorita Edgeworth había rechazado la oferta del conde? ¿Y quién era esa Lily? ¿De verdad era la hija de un vulgar soldado?

Y entonces se supo que la señorita Doyle que vivía, como acompañante, con

lady Elizabeth Wyatt era en realidad la señorita Lily Doyle, antes y por breve tiempo condesa de Kilbourne. Y que iba a asistir al baile de lady Ashton. A muy pocos, si es que hubo alguno, se les ocurrió pensar que, como hija de un mero sargento de infantería, miembro de la clase baja, Lily no tenía ningún derecho a aparecer en un baile de sociedad y que Elizabeth contravenía gravemente la etiqueta al llevarla allí.

La verdad era que todos estaban ávidos por poner los ojos en Lily Doyle y que si solo se podía hacer en el baile de Ashton, bien, pues entonces que así fuera. Algunos de los que la habían visto en la iglesia de Newbury recordaban a la delgada y desaliñada mujer, a quien todos habían tomado por una mendiga, y se preguntaban, fascinados, cómo se atrevía lady Elizabeth a pensar en presentarla en sociedad, aunque se esperara que, como acompañante asalariada, permaneciera sentada silenciosamente en un rincón, con las carabinas. Pero la mayoría de las mismas personas se alegraban, en bien de su propia curiosidad, de que Elizabeth tuviera la audacia de hacerlo; querían echar una segunda ojeada a la mujer que habían visto durante tan breves instantes.

Los que nunca habían visto a Lily deseaban ver a la mujer que, de alguna manera, había hecho caer al conde de Kilbourne en el lazo de un matrimonio tan indiscreto en la península y luego había alborotado a toda la buena sociedad. Todos se preguntaban cómo debía de ser una mujer que había pasado toda su vida con la chusma del ejército. ¿Vulgar? ¿Cómo podía ser otra cosa?

El baile de Lady Ashton siempre era un acontecimiento muy concurrido. Este año no era una excepción. Es más, el *beau monde,* que solía exhibir cierto *ennui* a estas alturas de la temporada, bullía de ansiosa expectación ante una diversión que, sin ninguna duda, iba a ser diferente.

Y entonces, dos días antes del baile, llegó a Grosvenor Square el propio conde de Kilbourne. Una día antes del baile todo Londres lo sabía y sabía también que había aceptado la invitación hecha por lady Ashton.

En cuanto entró en el saloncito de Elizabeth, Lily vio que el duque de Portfrey había llegado. Sabía que iba a escoltarlas a las dos al baile, así que encontrarlo allí no fue ninguna sorpresa. Pero era un encuentro que la ponía nerviosa. El duque había estado fuera de la ciudad desde que ella llegó con Elizabeth y si hubiera estado allí, tampoco lo habría visto. No había visto a nadie más que a Elizabeth, a los sirvientes y a los diversos profesores que habían venido a darle clase. Deseaba que el duque hubiera permanecido alejado de la ciudad, aunque, en el mes que había pasado desde la última vez que lo había visto, se había convencido de que no había nada siniestro en él.

Se detuvo a poca distancia de la puerta, sin entrar demasiado en la sala —le habían enseñado la distancia precisa—, e hizo una reverencia. Le había costado una cantidad absurda de tiempo aprender a inclinarse correctamente. No era suficiente limitarse a doblar la rodilla e inclinar la cabeza; eso te hacía parecer una sirvienta. El extremo opuesto —rozar casi el suelo tanto con la rodilla como con la frente— era

excesivo, salvo quizá si te presentaban a la reina o al príncipe regente, y provocaba una risa contagiosa en Elizabeth. En realidad, Lily tenía que reconocer que aprender todo aquello había sido divertido, para utilizar la palabra con que a Elizabeth le gustaba describir las actividades del mes anterior. Habían compartido muchas risas.

—Excelencia—dijo, manteniendo los ojos modestamente bajos, mientras se inclinaba, alzándolos al levantarse para mirarlo directamente a la cara, no con demasiado atrevimiento, pero con la barbilla justo en aquella posición y la espalda y los hombros rectos, pero no rígidos como los de un soldado en un desfile. Con una «elegancia relajada y señorial», como decía Elizabeth con frecuencia.

—Señorita Doyle.

El duque hizo una inclinación ligera, pero elegante. Todo en él era elegante, desde el estilo moderno, algo despeinado, a lo Bruto, de sus cabellos oscuros, hasta sus zapatos de baile, igualmente a la moda. Lily había aprendido bastante de moda durante el mes anterior —tanto de la moda de las señoras como de los caballeros— y reconocía la diferencia entre buen gusto y dandismo. Su excelencia vestía con un buen gusto impecable. Lily se dijo que la verdad es que era muy apuesto para un hombre de su edad. No le sorprendía que Elizabeth lo hubiera aceptado como su admirador. Pero también él la estaba mirando muy atentamente, incluso utilizando su monóculo para hacerlo, y recordó la incomodidad que le había hecho sentir en Newbury.

—Extraordinaria. Exquisita —murmuró el duque.

—Pues claro —dijo Elizabeth, que sonaba muy contenta consigo misma—. ¿Es que acaso esperabas otra cosa, Lyndon? —Le dirigió una cálida sonrisa a Lily—. La verdad es que tienes un aspecto encantador, querida. Más que encantador. Pareces...

—¿Una dama? —intercaló Lily en la pausa que Elizabeth había llenado con una mano expresiva, pero sin palabras.

Elizabeth enarcó las cejas.

—Oh, eso claro, sin duda. Pero creo que donaire es la palabra que yo buscaba. Parece ser algo innato en ti. ¿No es cierto, Lyndon?

—¿Tal vez, señorita Doyle —dijo el duque—, me haría el honor de concederme el primer baile?

—Gracias, excelencia.

Lily se contuvo y no se mordió el labio ni dijo lo que le había estado repitiendo a Elizabeth durante toda la semana anterior, sin ningún resultado. Le había dicho que, aunque tenía el traje de baile más maravilloso que nunca había visto y aunque la habían enseñado cómo hacer la reverencia y sostener la cabeza, el cuerpo y los brazos de una determinada manera y aunque había aprendido cómo dirigirse a diferentes personas y hacer cosas ridículas como usar el abanico correctamente —parecía que su objetivo no era solo refrescarla cuando sintiera calor— no podía pensar en participar en un baile. Era cierto que había tomado clases de baile tres veces a la semana y que un profesor muy exigente y remilgado, que hacía que Elizabeth y ella estallaran en carcajadas una vez que se marchaba, había dictaminado que era una alumna diestra y elegante, pero incluso así, no se sentía segura para ejecutar los pasos en un baile de

verdad de la alta sociedad. Ni siquiera se sentía lo bastante competente para quedarse absolutamente quieta entre las sombras más oscuras de un baile así.

—¿Vamos? —preguntó el duque.

Cinco minutos más tarde, Lily estaba sentada en el carruaje de su excelencia, con su escudo en la puerta, junto a Elizabeth y frente al duque, que se sentaba de espaldas a los caballos. Se dirigían al baile de lady Ashton. La primera vez que Lily había protestado, asustada, Elizabeth le dijo que era su deber acompañarla allí, añadiendo que de qué servía una acompañante que no pudiera moverse en sociedad como la igual de quien la empleaba. Concluyó diciendo que no necesitaba otra sirvienta; ya tenía todas las que necesitaba. Necesitaba una amiga.

Lily estaba aterrada. Newbury Abbey le había mostrado cómo era la vida entre las clases altas. Era un mundo ajeno y totalmente desconocido para ella. Ese hecho fue, en gran parte, su razón para alegrarse cuando supo que no estaba casada. Y sin embargo, ahora estaba a punto de asistir a un baile de la alta sociedad en Londres, durante la temporada social. Tenía una extraña sensación en el estómago, pese a no haber comido más que unos bocados de la cena. Y se sorprendería enormemente si sus rodillas la sostenían en pie, cuando se viera obligada a descender del carruaje.

Confiaba que, después de que el duque de Portfrey bailara con ella, podría desaparecer y ocultarse entre las sombras, pero ¿había sombras entre las cuales ocultarse en un gran baile? Confiaba en que Elizabeth no la obligara a bailar con nadie más. Confiaba en que nadie supiera quién era. Era muy consciente, por supuesto, de que algunos de los invitados al baile seguramente habían estado presentes en la iglesia de Newbury para asistir a la boda que ella había interrumpido. Pero no creía que ninguno la reconociera. ¿Cómo iban a hacerlo? Lo cierto era que tenía un aspecto muy diferente. Confiaba en que nadie la reconociera. Seguro que la echarían a la calle, ignominiosamente, si alguien descubría quién era... o, más importante todavía, quién no era. No era una dama.

Al mirarlo a hurtadillas, vio que el duque de Portfrey no le quitaba los ojos de encima. Siempre la hacía perder el aliento, no de la misma manera que Neville ni tampoco exactamente con miedo. No sabía identificar aquella sensación, salvo que la hacía sentir incómoda.

—Es verdaderamente extraordinario —murmuró él.

—¿Verdad que sí? —dijo Elizabeth alegremente—. Cenicienta reencarnada, ¿no estás de acuerdo, Lyndon? Pero debes confesar que no es increíble. Había mucha belleza, gracia y refinamiento naturales sobre los que trabajar. No hemos creado una nueva Lily. Nos hemos limitado a pulir la antigua y convertirla en lo que siempre debió ser.

—No sé... —Su excelencia enarcó las cejas y siguió mirando a Lily. Habló en voz baja, dejando a Lily con la incómoda impresión de que Elizabeth había malinterpretado su anterior comentario.

Pero ya no había tiempo para aquella incomodidad particular. El carruaje aflojó la marcha y luego se detuvo. Al mirar por la ventilla, Lily vio que estaban al final de una fila de coches. Allá delante, una gran cantidad de luz salía por las puertas

abiertas de una mansión brillantemente iluminada. Una alfombra roja desplegada desde las puertas bajaba por la escalinata y cruzaba la acera, para que los invitados que descendían de los carruajes no tuvieran que pisar el duro y frío suelo.

Habían llegado... o casi. Tendrían que esperar su turno, mientras los coches que les precedían se detenían, de uno en uno, al llegar a la alfombra, donde unos lacayos con librea ayudaban a sus pasajeros, lujosamente ataviados, a descender.

Lily deseó fervientemente que nunca les llegara el turno. Y deseó que les llegara ya, sin más demora, para no disponer de más tiempo para pensar.

—Entrará en la casa y en el salón de baile de mi brazo, señorita Doyle —dijo su excelencia en voz baja, claramente consciente de su agitación, aunque ella pensaba que no mostraba señales externas—. Estará totalmente a salvo. Incluso aunque yo no la escoltara, tiene todo el aspecto de una dama y es tan encantadora que provocará la admiración de todos los asistentes.

Lily no tenía ningún deseo de atraer la atención, pero tenía que admitir que sus palabras la tranquilizaron. Y de repente, le pareció que podía depender y confiar absolutamente en él. Sintió que se calmaba. Es decir, hasta que el carruaje avanzó un poco más y uno de los lacayos abrió la puerta y bajó la escalerilla.

Neville no llegó temprano al baile. Primero cenó con el marqués de Attingsborough y se demoraron más de lo necesario, tomando su oporto.

—La verdad es que no la he visto —le dijo el marqués—. Elizabeth la ha mantenido muy en secreto. No habría sabido que estaba en la ciudad si no hubiera estado en Newbury cuando se marchó. Sin embargo, ahora se ha acabado el secreto. Todo el mundo sabe que estará en el baile, y tú también, claro.

Neville puso mala cara. Pensaba que sabía —confiaba en saber— qué tenía Elizabeth entre manos, pero no estaba seguro de que le gustaran sus métodos. Iba a ser un encuentro alarmantemente público. Y en una reunión de la alta sociedad, además. Habría preferido visitar discretamente a Elizabeth, pero ella se había negado. Estaba seguro de que Lily ni siquiera sabía que él estaba en Londres.

Intentó no pensar en cómo reaccionaría al enterarse o cuando lo viera inesperadamente esta noche.

Pero la pobre Lily tendría mucho más a lo que enfrentarse esta noche. Habría sido de esperar que Elizabeth se mostrara más sensible a los sentimientos de inadecuación de la joven y no la hubiera arrastrado a un baile así, cuando ni siquiera podía hacer frente a la vida cotidiana, normal, de Newbury Abbey. No podría superar aquella prueba y odiaría toda la experiencia. El nerviosismo que sentía según se acercaba a Cavendish Square con su primo y subía las escaleras hasta el salón de baile Ashton era tanto por ella como por él mismo.

—Por todos los diablos —le dijo entre dientes al marqués mientras los dos esperaban en el umbral—. ¿Por qué estoy haciendo esto?

Por desgracia, el baile estaba detenido entre dos danzas, y su aparición provocó un claro silencio, que fue seguido, una fracción de segundo más tarde, por un

renovado rumor de conversación, mientras todo un salón de baile, lleno a rebosar, fracasaba en sus intentos de fingir que solo se ocupaban de sus propios asuntos. Así pues, Lily debía de estar allí. Neville no creía que su mera aparición causara un revuelo tan evidente.

Suponía que la situación debía de ser la sensación del año. Tal vez de la década. Que el diablo lo llevara, no debía haber aceptado aquello. Era un completo error.

—Maldita Elizabeth —masculló.

—Mi querido Nev —respondió el marqués, lánguidamente—, fue para ocasiones como estas para las que se inventó el monóculo. —Él sostenía el suyo delante del ojo, inspeccionando, con aire altivo, la reunión.

—¿Para que pudiera ver mi incomodidad magnificada? —preguntó Neville, entrelazando las manos a la espalda y obligándose a mirar alrededor. Durante todo un mes había ansiado ver a Lily, aunque solo fuera una vez y, sin embargo, ahora descubría que temía verla, temía verla paralizada por la incomodidad que incluso él encontraba casi intolerable.

—Al fondo, a tu izquierda, Nev —dijo su primo.

Enseguida vio a Portfrey y, a su lado, a Elizabeth. Había un numeroso grupo de gente a su alrededor, casi todos hombres, aunque parecía haber una mujer en medio. ¿Lily? ¿Rodeada por una multitud? Neville notó cómo lo invadía la frialdad, de un modo muy parecido a como siempre le había sucedido durante la batalla, si veía a uno de sus hombres asediado por muchos enemigos.

Era evidente que el grupo no se había dado cuenta de su presencia. Todos los demás, sí. Todos lo observaban con avidez —aunque sospechaba que no habría atrapado a ninguno de ellos mirándolo, si hubiera vuelto la cabeza de repente— mientras atravesaba el salón en dirección al grupo.

—Tranquilo, Nev —aconsejó el marqués, junto a su hombro derecho—. Parece como si fueras a abrirte paso a puñetazos. No sería de buen tono, amigo mío. Por supuesto que todos se relamerían con la escena con el mismo entusiasmo que un gatito delante de un plato de nata y que serías famoso durante más de una década. Pero lo mismo le pasaría a Lily, ¿sabes?

Elizabeth los vio acercarse y sonrió graciosamente.

—Joseph, Neville —dijo—. Cuánto me alegro de veros a los dos.

Los buenos modales se impusieron. Neville se inclinó, igual que su primo. Intercambiaron un saludo con el duque de Portfrey, que también se había vuelto para saludarlos.

—¿Tu madre sigue bien, espero, Neville? —preguntó Elizabeth—. ¿Y Gwendoline y Lauren, también?

—Las tres —respondió Neville—. Todas te envían saludos.

—Gracias. ¿Conoces a la señorita Doyle? Permíteme que te la presente.

Neville pensó que vaya osadía la de aquella mujer. Estaba disfrutando. Se dio cuenta de que el grupo se había quedado en silencio. Varios habían desaparecido. Y él, estúpidamente, tenía miedo de volver la cabeza. Le resultaba físicamente difícil hacerlo. Pero lo hizo, algo bruscamente.

Se olvidó de que la mitad de la reunión lo estaba observando y también a ella.

Vestía toda de blanco, con una delicada sencillez. Parecía un ángel. Llevaba un traje de satén, de talle alto, escote cuadrado y mangas cortas, con una túnica de tul; también eran blancos el abanico, los zapatos y los guantes largos. Incluso la cinta que le adornaba el pelo era blanca... ¡El pelo! Se lo habían cortado y se le rizaba suavemente alrededor de la cara, acentuando su forma de corazón y agrandándole los azules ojos. Tenía un aspecto delicado, inocente y exquisitamente seductor.

Lily. ¡Lily, Dios santo! La había añorado cada minuto de cada hora desde que se fue. Pero no había pensado en lo doloroso que había sido hasta que la vio de nuevo.

—¿Puedo presentarte al marqués de Attingsborough y al conde de Kilbourne, Lily? —dijo Elizabeth—. La señorita Doyle, caballeros.

Neville se preguntó qué farsa era esta. A Lily se le habían dilatado las pupilas al verlo, tenía la mirada fija en él y se había sonrojado; así pues, no la habían advertido de que él iba a estar presente. Pero no perdió la compostura. Por el contrario, hizo una elegante reverencia.

—Milord —dijo, dirigiéndose primero a Joseph y luego a él.

Notó que él también se inclinaba ceremoniosamente, convirtiéndose en un actor más de aquella farsa.

—Señorita Doyle.

Se dio cuenta de que nunca la había llamado así. Siempre le había gustado y la había respetado como hija del sargento Doyle, pero siempre la había llamado solamente Lily, algo que, con certeza, no habría hecho si hubiera sido la hija de otro oficial. Entonces, siempre la había tratado como menos que una dama. ¿Eso había hecho?

—Sí —estaba diciendo ella, respondiendo a algo que Joseph le había preguntado—. Mucho, muchas gracias, milord. Todos han sido muy amables y he bailado las tres danzas que han tocado hasta ahora. Su excelencia ha sido muy gentil y me ha acompañado en la primera.

Neville se preguntó en qué había cambiado, aparte del pelo, que tenía un aire encantador, aunque se dijo que echaría de menos aquella cabellera salvaje, cuando tuviera ocasión de pensarlo. Había cambiado de otra manera, de mil maneras diferentes. Siempre había tenido donaire. Pero esta noche tenía un donaire elegante. También había algo en su manera de hablar. Siempre había hablado correctamente, nunca con un acento vulgar, pero esta noche había un toque de refinamiento en su voz. Sin embargo, comprendió sin necesidad de pensarlo mucho, la principal diferencia era que no parecía perdida ni desconcertada, como siempre le había sucedido en Newbury Abbey. Mostraba aplomo, estaba cómoda. Parecía que aquel fuera su lugar.

—¿Me concederá este baile... señorita Doyle? —le preguntó bruscamente. Vio que se iban formando los grupos.

—Lo siento, milord —respondió ella—. Ya le he prometido este baile al señor Farnhope.

Y por supuesto, allí estaba Freddie Farnhope, esperando con un aire incómodo,

pero decidido a no ceder terreno.

—Tal vez el próximo, pues —sugirió Neville.

—Gracias —dijo ella, apoyando la mano en la muñeca tendida de Farnhope. ¿Dónde había aprendido a hacerlo?—. Sería un placer, milord.

Milord. Era la primera vez que lo llamaba así. Se estaba mostrando ceremoniosa e impersonal, igual que él con ella. Como si acabaran de conocerse. ¿Lily sabía danzar una cuadrilla? Pero desde el primer acorde estuvo claro que sí que sabía. Bailaba con competencia, incluso con gracia, y con una cautivadora concentración. Se dijo que era como si hiciera poco que había aprendido los pasos, como sin duda era el caso.

Entonces comprendió que Elizabeth y Lily no habían permanecido ociosas durante aquel mes en Londres.

Comprenderlo le dolió de una manera extraña. Él había seguido con su vida en Newbury por necesidad y había imaginado que Elizabeth seguiría con la suya, mientras Lily permanecía desdichada e incómoda en un segundo plano. Durante todo el mes había estado ideando maneras de convencerla para que volviera con él, de hacer que la vida en Newbury Abbey fuera menos intimidante para ella. Si eso fallaba, había tratado de pensar en qué clase de vida y ambiente convendrían a una joven que había vivido una especie de existencia nómada, lejos de Inglaterra, toda su vida. Estaba decidido a establecerla felizmente en algún sitio. Había soñado con ser su salvador, con poner su felicidad por encima de la suya propia, con hacer lo que fuera bueno para ella.

Pero todo ese tiempo, Elizabeth y Lily, juntas, habían hecho lo que él nunca había considerado; es más, se había resistido a los intentos de su madre para hacerlo. La habían estado convirtiendo en una dama.

Mirándola con tristeza mientras bailaba, se dijo que seguro que no podía ser feliz. ¿Verdad que no? ¿Dónde estaba Lily, aquella criatura alegre, soñadora, parecida a un hada, a quien solía contemplar en la península, mucho antes de enamorarse de ella, sintiendo cómo con solo mirarla se le levantaba el ánimo? ¿La ninfa del pelo largo y los pies descalzos, sentada en aquella roca en Portugal, observando a un pájaro que volaba en círculos en lo alto y soñando con que la llevara el viento? ¿La mujer encantadora que había permanecido en toda su belleza junto a la poza, bajo la cascada, diciéndole que no estaba solo mirando el paisaje, que ella era el paisaje?

Se había convertido en la dama delicada, elegante y seductora que bailaba la cuadrilla en un baile de la alta sociedad en Londres, sonriendo a Freddie Farnhope y concentrándose en los pasos.

—Por Júpiter, Elizabeth —estaba diciendo Joseph, utilizando el monóculo de nuevo—, se ha convertido en una belleza extraordinaria.

—Solo para los ojos acostumbrados a las bellezas de salón, Joe —dijo Neville, más para sí mismo que para su primo—. Siempre fue de una rara belleza.

—Neville —pidió Elizabeth—, ¿puedes acompañarme a tomar un refrigerio, por favor?

Él le ofreció el brazo y la acompañó hacia la puerta.

—Louisa debe de sentirse muy complacida —comentó ella, en cuanto llegaron a la relativa tranquilidad del rellano, fuera del salón de baile—. Su baile está todavía más concurrido de lo habitual. O quizá sea que hay más gente dentro del salón de baile, en lugar de paseando por la sala de cartas o el otro salón, como de costumbre.

—Elizabeth —le preguntó—, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué tratas de cambiar a Lily? A mí me gustaba tal como era.

—Entonces eres un egoísta —respondió ella—. Sí, los refrescos están en esta dirección. Necesito un vaso de limonada.

—¿Egoísta? —repitió, frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Es posible que Lily no fuera feliz tal como era. Pero no se trata de que yo la cambie, Neville. Cuando alguien aprende, añade conocimientos y habilidades a lo que ya es. Enriquece su vida. Crece. No cambia en lo fundamental. A mí también me gustaba Lily tal como era. Me gusta como es. Sigue siendo Lily y siempre lo será.

—Detestaba estar en Newbury Abbey —dijo él—, aunque todos se esforzaban por ser amables con ella. Incluso mamá era amable, una vez que se recuperó de la conmoción. Estaba del todo dispuesta a liberar a Lily de parte de las obligaciones que entraña ser mi condesa. Pero Lily lo detestaba de todos modos, tú lo sabes. Debe de odiar todo esto. No permitiré que nadie la haga sentir desdichada, Elizabeth, ni que la obligue a hacer lo que no quiere hacer ni a ser quien no quiere ser. La instalaré en algún sitio (un pueblo tranquilo, en el campo, creo) donde pueda vivir su propia vida tranquilamente.

—Tal vez sea eso lo que ella elija, finalmente —respondió Elizabeth—, pero tal vez no. Tal vez decida aceptar un empleo de algún tipo; incluso ser mi acompañante permanente. O tal vez se case, pese a su falta de fortuna. Esta noche, hay aquí toda una serie de caballeros que parecen estar fascinados por ella.

—No se casará —dijo él, entre dientes—. Es mi esposa.

—Y desafiarás a un duelo a pistola, al alba, a cualquier hombre que se sienta inclinado a discutir este hecho —replicó risueña cuando entraban en la sala—. Una limonada, por favor, Neville.

Seguía sonriendo cuando él volvió, con el vaso en la mano.

—Gracias —dijo, antes de tomar un sorbo de su bebida y reanudar su conversación—. La cuestión es, Neville, que Lily tiene veinte años. Dentro de dos meses será mayor de edad. Quizá tendrías que empezar a pensar no en lo que tú deseas para su futuro, sino en lo que ella desea.

—Yo quiero que ella sea feliz —afirmó—. Me gustaría que la hubieras conocido en la península, Elizabeth. Pese a las condiciones de su vida, era la persona más feliz y serena que he conocido nunca. Quiero devolverle esa vida de placeres sencillos.

—Pero no puedes —respondió ella—. Incluso dejando aparte el hecho de que no tienes voz en lo que ella haga, han pasado muchas cosas desde aquellos días; la muerte de su padre, su boda contigo, su cautiverio, la llegada a Inglaterra, todo eso ha pasado desde entonces. No puede volver atrás. Permítele que vaya hacia delante y

que descubra su propio camino.

—Su propio camino —repitió él, con más amargura de la que pensaba—. Sin mí.

—Su propio camino —insistió ella—. Contigo o sin ti, Neville. Ah, Hannah Quisley y George Carson están a punto de reunirse con nosotros.

Neville se volvió, con una cortés sonrisa.

Capítulo 19

El duque de Portfrey no tenía por costumbre adornar con su presencia los bailes de moda durante la temporada. No era de ninguna manera un ermitaño, pero como solía comentar con sus amigos, los bailes eran para los jóvenes en busca de esposa o de coqueteos. A la edad de cuarenta y dos años no estaba interesado en esas actividades públicas y, además, estaba Elizabeth, con quien no había duda de que tenía una relación, aunque nunca habían definido su exacta naturaleza.

Pero asistía al baile Ashton debido a su peculiar fascinación por Lily, y porque Elizabeth le había pedido que las acompañara y no se le habría ocurrido negarse, cuando tan pocas eran las cosas que le pedía. Había bailado el primer baile con Lily y el segundo con Elizabeth, y se había visto obligado a añadir un toque de frialdad a sus modales, habitualmente impecables, para disuadir a su anfitriona de que lo presentara a toda una serie de jóvenes damas que, según ella, serían unas compañeras de baile encantadoras.

Dos o tres de sus conocidos lo habían embromado, amenazándolo con unas mamás en busca de buenos partidos que lo estaban poniendo, una vez más, en su punto de mira. El interés que despertaba se había desvanecido años atrás, conforme su edad y su indiferencia a los ardides femeninos había ido superando, gradualmente, el atractivo de su rango, su riqueza y su permanente apostura.

—Mejor harían en apuntar hacia otro sitio —respondió su excelencia con un tranquilo buen humor. Pero ese buen humor lo abandonó cuando el señor Calvin Dorsey se le acercó, después de que Neville acompañara a Elizabeth a buscar un refresco. El duque no le hizo ningún caso y se dedicó a recorrer la sala, con aire indiferente, a través de su monóculo. Dorsey era primo hermano de su difunta esposa y heredero del padre de esta, el barón Onslow. A su excelencia nunca le había caído bien y lo mismo le sucedía a su esposa.

—Portfrey, a tu servicio —dijo el señor Dorsey, con tono agradable, esbozando una inclinación desganada—. He llegado tarde, pero ¿es posible que los rumores sean ciertos? ¿El duque de Portfrey ha bailado con la hija del sargento el primer baile de la más grande reunión de la temporada? —Meneó la cabeza, con aire escéptico, riendo entre dientes—. Hasta dónde están dispuestos a llegar algunos hombres para ganarse los favores de sus am... —Se interrumpió, llevándose un dedo a los labios—. Sus amigas especiales.

—Enhorabuena, Dorsey—dijo su excelencia, sin dignarse ni mirarlo—. Sigues teniendo el talento de evitar, por media palabra, que te crucen la cara con un guante.

El señor Dorsey soltó una risita bien humorada y no dijo nada más durante un rato, mientras observaba cómo se desarrollaban las diferentes partes del baile. Era de

la misma edad que el duque, pero el tiempo lo había tratado peor. Su pelo, en un tiempo castaño rojizo, se había vuelto gris y ralo y parecía, con mucho, el de más edad de los dos. Pero era un hombre de buen humor y cierto encanto. No eran muchas las personas a quienes hablaba con lengua deliberadamente afilada. El duque de Portfrey era una de ellas.

—Me han dicho que estuviste en Nuttall Grange hace un par de semanas —dijo, al cabo de un rato.

—¿Ah, sí? —Su excelencia saludó con una inclinación a una viuda con mucho busto y un tocado desbordante de plumas en el pelo, que pasaba por delante de ellos.

—¿No queda un poco lejos de cualquier sitio de importancia para ti? —preguntó el señor Dorsey.

Por vez primera, el duque volvió el monóculo hacia su compañero, antes de bajarlo y mirarlo directamente.

—¿No puedo presentar mis respetos a mi padre político, sin que su sobrino me interrogue? —preguntó.

—Lo perturbaste —dijo el señor Dorsey—. Está mal de salud y es responsabilidad mía ocuparme de que esté tranquilo.

—Dado que llevas veinte años esperando, con una impaciencia apenas disimulada, acceder al título y a la fortuna de Onslow —replicó su excelencia con una despiadada brusquedad—, habría pensado que te interesaría más animarme a... esto... perturbarlo, Dorsey. Pero no es necesario que tengas ningún temor, ni ninguna esperanza. Me limité a enviarle mi tarjeta como cortesía, ya que estaba en la zona. Ni esperaba ni deseaba que me recibiera. Nunca hubo ningún afecto entre la familia de Onslow y la mía, incluso antes de que Frances y yo las desafiáramos a las dos con nuestro enlace secreto. Y menos todavía después de su muerte y de mi regreso de las Antillas.

—Dado que hablamos con tanta franqueza —dijo el señor Dorsey—, quizá quieras complacerme explicándome por qué estabas fisgoneando en la granja, cuando mi tío estaba demasiado enfermo para enviarte a freír espárragos.

—¿Fisgoneando? —Su excelencia volvió a llevarse el monóculo al ojo—. ¿Llamas fisgonear a tomar el té con el ama de llaves, Dorsey? Vaya por Dios, la lengua inglesa debe de tener un significado diferente en Leicestershire que en cualquier otro lugar donde yo haya estado.

—¿Qué querías de la señora Ruffles? —exigió el señor Dorsey.

—Mi buen amigo —respondió el duque en tono ligero—, deseaba saber... de hecho, sentía ardientes deseos de averiguar cuántos conjuntos de ropa de cama guarda en el armario de la ropa blanca.

El señor Dorsey enrojeció, irritado.

—No me gusta tu frivolidad, Portfrey —dijo—. Y te aconsejo que te mantengas alejado de mi tío en el futuro, si sabes lo que te conviene.

—Oh, ciertamente sé lo que me conviene —dijo su excelencia, recuperando su tono lánguido—. ¿Me excusas, por favor, Dorsey? Ha sido un placer conversar con los parientes de mi esposa otra vez. Ha pasado mucho tiempo, ¿no es cierto?, dado

que, hace cosa de un mes, en Newbury Abbey, nos ignoramos mutuamente, con toda la intención. Solo cabe esperar que pase un tiempo igual de largo hasta la próxima vez. —Y se alejó para intercambiar una charla cortés con la viuda que había pasado unos minutos antes.

Lo que la señora Ruffles había hecho fue responder a las preguntas del duque de Portfrey muy satisfactoriamente. Había tenido que pensarlo mucho, porque los sucesos sobre los que él la interrogaba se remontaban a veinte años atrás, o más. Pero sí, había habido una Beatrice empleada en la granja. El ama de llaves la recordaba especialmente, ahora que lo pensaba, porque la habían despedido por impertinencia, aunque no hacia la señorita Frances, si se acordaba bien. El duque le preguntó por qué pensaba que podía haber sido Frances. La señora Ruffles le explicó, recordando ahora con claridad, que porque Beatrice era la doncella personal de la señorita Frances y la señorita Francés le tenía mucho afecto y se había enfadado mucho con su primo. El ama de llaves frunció el ceño, concentrándose. Sí, eso fue. Fue con el señor Dorsey con quien Beatrice se mostró insolente, aunque no recordaba qué había dicho o hecho exactamente la doncella y, muy probablemente, nunca lo había sabido.

La señora Ruffles creía que Beatrice se había ido de Nuttall Grange un año o más antes de la muerte de la señorita Frances... ah, sí, seguramente más. No sabía adonde había ido, pero tenía una hermana que todavía vivía en el pueblo, añadió casi como si acabara de ocurrírsele.

Su excelencia fue a visitar a la hermana, quien, una vez superada la agitación y los casi incoherentes balbuceos en que la había sumido la presencia del duque, le informó de que Beatrice se había ido a vivir con su tía y, luego se había casado con el soldado Thomas Doyle, cuyo padre había sido primer caballerizo en la propiedad de Leavenscourt, del señor Craddock, a unos ocho kilómetros de allí. Los Doyle se habían marchado a la India, donde Beatrice murió hacía muchos años. Suponía que también Thomas Doyle estaría muerto. Nunca había oído decir que hubiera vuelto. Pensaba que, de todos modos, no había vuelto a Leavenscourt. Había oído que tanto su padre como su hermano habían muerto.

No creía que Beatrice y Thomas hubieran tenido hijos.

No sabía nada de Lily Doyle, a quien el duque de Portfrey observaba ahora atentamente mientras bailaba una cuadrilla con Freddie Farnhope en el baile de Ashton.

Lily estaba en las nubes. Sonreía e incluso conversaba.

Bailaba los complicados y recién aprendidos pasos sin titubear. Hacía frente a la novedad, alarmante y mareante, de estar en un baile de la alta sociedad y participar en él plenamente. No le había costado mucho comprender que no era solo la acompañante anónima de lady Elizabeth Wyatt, sino que todos sabían exactamente quién era y, probablemente, lo habían sabido antes de su llegada. Tampoco le había costado mucho comprender que no la iban a tratar con hostilidad, sino con una curiosidad ávida e indulgente.

Era consciente de que era todo un reto que Elizabeth le había lanzado,

convencida de que estaría a la altura de la ocasión. Creía no haberla decepcionado, ni a ella ni a sí misma. Había recordado todo lo que le habían enseñado y, no sabía cómo, todo había ido bien. Si no se había sentido exactamente a sus anchas, por lo menos sí que se sentía dueña de sí misma.

Hasta que volvió la cabeza para que le presentaran a otro caballero que acababa de solicitar serle presentado... y se encontró frente a Neville.

Desde ese momento, estaba aturdida. Ni siquiera estaba segura de recordar del todo lo que había pasado. Él se había inclinado, ella había hecho una reverencia. La había llamado señorita Doyle, ¿era así? Nunca la había llamado por ese nombre antes. Y había sido una inclinación ceremoniosa. No sonreía. Se había acordado —creía que se había acordado— de llamarlo «milord».

Los dos habían actuado como si no se conocieran. Y sin embargo...

El señor Farnhope le dijo algo y ella sonrió y respondió sin pensar mucho en lo que decía.

Y sin embargo, había habido aquella noche en la poza y en la casa; la noche que había revivido una y otra vez durante el pasado mes. Los recuerdos se habían hecho cada vez más dolorosos con el paso del tiempo. Había averiguado que está muy bien armarse de valor para hacer lo que uno sabe que debe hacer. De alguna manera daba por sentado que el dolor pasaría, que el tiempo lo curaría todo. El tiempo no lo curaba todo... por lo menos no algunas heridas.

Había vuelto a tener el sueño —la pesadilla— varias veces durante el pasado mes.

Bailaba con el señor Farnhope y sabía que los ojos de todos los presentes estaban fijos en ella, más incluso que al principio del baile. Bailaba y sonreía y todo el tiempo sentía un dolor en carne viva. ¿Por qué había venido Neville? Claro que no podía esperar encontrarla en el baile. Pero ¿por qué había venido a Londres? ¿Quizá para adquirir una licencia especial? ¿Esta vez para Lauren?

No quería saberlo. No era asunto suyo, en absoluto.

Y entonces recordó que el próximo baile se lo había concedido a él. Por vez primera en toda la noche sintió la clase de pánico que había experimentado con frecuencia en Newbury y el impulso de huir. Pero al otro lado de las puertas de la mansión de lady Ashton, no había ningún parque al que correr ni un bosque ni una playa. Además, huir no serviría de nada, excepto hacer que fuera imposible regresar. Una dama no huía. Ni tampoco, bien mirado, lo hacía Lily Doyle. Ya no.

Cuando la cuadrilla tocó a su fin, vio que él estaba junto a Elizabeth. El señor Farnhope la condujo hacia ellos. Neville estaba extremadamente elegante y apuesto, todo de negro, crema y blanco. La miraba sin sonreír, con una expresión casi altanera. Quizá también él se sentía incómodo al saber que eran el centro de atención, pese a que todos eran demasiado educados para mirarlos abiertamente. Parecía un desconocido. Era difícil creer que era el mismo hombre que se había casado con ella, el mayor lord Newbury. Y el mismo hombre que le había hecho el amor en la casa de la playa, junto a la cascada.

Él se inclinó ante ella y ella hizo una reverencia.

—Espero que la condesa de Kilbourne esté bien, milord —le dijo.

—Sí, gracias —respondió.

—¿Y Lauren y Gwendoline?

—Las dos bien, gracias.

Ella sonrió y deseó fervientemente que Elizabeth interrumpiera el silencio... pero la tía de Neville permaneció en silencio.

—Espero que lo esté pasando bien... señorita Doyle —dijo él.

—Oh, muy bien, gracias, milord. —Lily recordó su sonrisa y su abanico e hizo uso de ambos.

—¿Ha visto algo de Londres?

—Todavía no mucho, milord —contestó ella—. He estado muy ocupada.

Lily pensó sin ninguna alegría que si Elizabeth tuviera un cuchillo podría cortar el aire entre los dos. ¿Es que nadie iba a acudir al rescate? Y entonces alguien lo hizo.

—Lady Elizabeth, ¿me haría el honor de presentarme, de nuevo?

Era una agradable voz de hombre y Lily se volvió hacia su dueño con una sonrisa agradecida. Pero lo reconoció. Había estado en Newbury Abbey durante unos días, después de su llegada. Era amigo del barón Galton, el abuelo de Lauren.

—Señor Dorsey —dijo Elizabeth y se volvió hacia Lily—. Lily, ¿recuerdas al señor Dorsey? La señorita Doyle, señor.

—Encantada de conocerlo, señor —dijo Lily, haciendo una reverencia y deseando fervientemente que aquel hombre se quedara y conversara, aunque era muy consciente de que los grupos de baile iban a formarse en cualquier momento.

—Encantado, señorita Doyle —respondió—. Y también encantadora, si se me permite decirlo. ¿Me haría el honor de concederme el próximo baile?

—Se lo he prometido a su excelencia —contestó Lily.

—Ah, claro. —Sonrió a Neville—. ¿Cómo está, Kilbourne? Entonces ¿quizá el siguiente?

—El siguiente lo tiene comprometido conmigo, Dorsey.

Lily se volvió con cierta sorpresa y vio que el duque de Portfrey se les había unido. Sus palabras habían sido pronunciadas con un tono cortante y no demasiado cortés.

—Y también tiene comprometidos todos los demás —siguió diciendo su excelencia, erróneamente. Ni siquiera había reservado el baile después del próximo.

—Lyndon... —empezó Elizabeth.

—Buenas noches, Dorsey —dijo el duque con un acento claramente desdeñoso.

El señor Dorsey sonrió, se inclinó ante todos y se alejó sin decir nada más.

—Lyndon —preguntó Elizabeth—, ¿qué te ha poseído para mostrarte tan maleducado?

—¿Maleducado, señora? —replicó fríamente—. ¿Por mantener a los rufianes lejos de las jóvenes inocentes? Me sorprende que considere normal presentar a la señorita Doyle a cualquier sinvergüenza que se lo pida.

Elizabeth tenía los labios apretados y estaba pálida.

—Y a mí me sorprende, excelencia, que se atreva a decirme cómo debo

comportarme. El señor Dorsey, creo recordar, era primo de su esposa. Si tiene alguna disputa con él, apenas puede esperar que la haga mía.

Fue un intercambio breve y cortante. Afectó y disgustó a Lily, que pensaba que había sido la causa de la inesperada disputa. También ayudó a que sofocara su propia indignación porque el duque de Portfrey se hubiera atrevido a hablar y actuar en su nombre.

—Lily —dijo Neville, ofreciéndole el brazo—, se están formando los grupos. ¿Nos unimos a uno?

Por unos momentos se había olvidado de él. Pero era cierto que los grupos se estaban formando y ella había aceptado pasar toda una media hora en su compañía. No era una idea atrayente. La perspectiva de estar media hora con él, cuando habría toda una vida y toda una eternidad sin él, le producía una agonía mortal.

Alzó la mano, esperando que no le temblara demasiado visiblemente y la apoyó, como le habían enseñado, en el puño de su chaqueta de etiqueta. Notó su fuerza y su calidez. Olió su colonia, bien conocida. Y se olvidó de lo que la rodeaba y dejó de ser consciente de que aquel era el momento que los miembros del *beau monde* reunidos allí debían de esperar desde que él entró en el salón. Deseaba cogerse de su muñeca con fuerza y apretarse contra él y cobijarse en su seguridad y calor. Deseaba estallar en sollozos para librarse de su pesar y de su soledad.

Un momento después se sintió horrorizada por su olvido y por su propia debilidad. Había pasado un mes, un mes de trabajo duro y diversión. Un mes de vivir y prepararse para tener una vida independiente y productiva. Había puesto todo un mes entre ella y él. Pensaba que era un poderoso baluarte. Pero solo una mirada, un contacto y todo se venía abajo de nuevo. Estaba segura de que el dolor era peor de lo que había sido nunca.

Ocupó su lugar en la fila de señoras, frente a la de caballeros. Sonrió... y él le devolvió la sonrisa.

Elizabeth seguía con los labios apretados, mirando alrededor, buscando a alguna amistad con quien pudiera reunirse. El duque de Portfrey la miraba fríamente.

—Apóyate en mi brazo —ordenó—. Vamos a buscar un refresco.

—Acabo de volver de allí —respondió ella—. Y no respondo a ese tono, excelencia.

Él suspiró audiblemente.

—Elizabeth —dijo—, ¿me harías el honor de acompañarme a la sala donde sirven los refrescos? Allí estaremos más tranquilos. La experiencia me ha enseñado que una pelea que no se soluciona inmediatamente después de un momento acalorado es probable que nunca se solucione.

—Quizá —replicó ella— sería mejor que esta no se solucionara nunca. — ¿Lo dices de verdad? —preguntó él, sin rastro de frialdad en su voz.

Ella lo miró, con una mirada prolongada, como midiéndolo, y luego aceptó su

brazo.

—¿Conoces bien a Dorsey? —le preguntó él mientras caminaban.

—Apenas —reconoció ella—. No creo que hayamos intercambiado más de una docena de palabras en Newbury esta primavera. Me ha sorprendido que me pidiera que le presentara oficialmente a Lily, dado que ya la había visto allí. Pero no puede decirse que fuera una petición inusual esta noche y no veía ninguna razón para declinar su petición. ¿Hay alguna?

—Impuso sus atenciones en Frances... mi esposa —respondió él—. Unas atenciones inoportunas, incluso después de saber que lo eran. ¿Es una razón suficiente?

—¡Oh, cielos! —exclamó ella—. Oh, lo siento mucho, Lyndon. No trataré de excusarlo diciendo que han pasado más de veinte años y que entonces debía de ser joven y obstinado. Para ti, la ofensa debe de seguir estando viva.

—Estaba desesperado por casarse con ella —explicó él—. Aparte del título, ninguna de las propiedades de Onslow, incluido Nuttall Grange, está sujeta a vínculo. El barón había hecho testamento, dejándoselo todo a Frances. Cuando ella rechazó a Dorsey, este intento forzarla a casarse con él. Fue una de las razones de que nos casáramos tan apresuradamente y en secreto el día antes de que yo marchara a los Países Bajos con mi regimiento. Había un enfrentamiento de las dos familias que impedía que celebráramos la boda abiertamente. Los dos pensábamos que cuando yo volviera nos sería más fácil convencer a las dos familias de que nuestra unión duraba desde hacía tiempo y que debían aceptarla. Éramos jóvenes, aunque los dos mayores de edad, e insensatos. Pero, por lo menos, el hecho de nuestro matrimonio pudo haber sido una baza de Frances contra la insistencia de Dorsey.

Mientras entraban en la sala, desierta salvo por un par de sirvientes que estaban ocupados haciendo algo en un aparador, de espaldas a la estancia, Elizabeth pensó que nunca antes le había hablado de su esposa y ella nunca había querido preguntarle por su matrimonio.

—Puedo entender por qué sientes tanta aversión hacia él —dijo—. Es posible, claro, que haya cambiado en veinte años y, ciertamente, no puede haber nada en Lily para atraer su codicia. Pero me ocuparé de desanimar cualquier futuro intento que pueda hacer para ahondar su relación con ella.

—Gracias. Mantenía alejada de él, Elizabeth.

Ella frunció el ceño y lo miró atentamente, con la cabeza ladeada. No le gustaban los sentimientos que experimentaba. ¿Celos?

—¿Qué interés particular tienes en Lily? —le preguntó.

Él no le contestó con palabras. Hizo lo que nunca había hecho antes, pese a una estrecha relación de varios años. Se inclinó hacia ella y la besó apasionadamente en los labios.

—Este debe de ser el baile de la cena —dijo—. Por eso, esta sala está tan vacía. ¿Qué te parece si pasamos ya al comedor?

Mientras aceptaba su brazo, Elizabeth luchaba por poner en orden sus ideas. Se dijo, burlándose de sí misma, que se sentía como una jovencita acabada de salir de la

escuela, a la que acaban de dar su primer beso... sin aliento, con las rodillas temblorosas y deseando más. Y desesperadamente enamorada, claro. Pero tenía la suficiente autodisciplina para ocultar aquel hecho, incluso a ella misma.

Fue una danza lenta y ceremoniosa en la que entraron. Como los pasos hacían que hubiera varias ocasiones en que bailaban el uno alrededor del otro o uniendo las manos, había oportunidades para un poco de conversación. Pero Neville no aprovechó ninguna de ellas y Lily, por su parte, no hizo ningún intento de hablar con él, aunque no dejó de sonreír durante todo el baile. Con unos retazos tan breves para conversar, solo podían ocuparse de temas triviales. Además, cualquier cosa que dijeran podía ser oída por otros. Bailaban en silencio.

Neville sabía que los observaban. Sabía que cada mirada y cada gesto, cada contacto y cada palabra serían anotados y comentados a la mañana siguiente en muchos salones y que su importancia sería interpretada con todo detalle. Descubrió que no le importaba.

Lily danzaba con ligereza y gracia. Se sostenía orgullosa y elegantemente. Parecía como si aquel fuera su lugar desde siempre. Era una belleza, un diamante de primera calidad. No podía —no quería— dejar de mirarla.

Había venido a Londres con esperanzas, aunque con inquietud. Esperaba encontrarla triste. Esperaba poder cogerla entre sus brazos —tanto figurada como literalmente— y asegurarle que la protegería durante el resto de su vida, incluso si no quería casarse con él.

Pero allí, en el salón de lady Ashton, Lily parecía estar en su sitio. Tenía un aspecto desenvuelto y relajado.

Casi le parecía como si la viera por primera vez. Había recuperado el peso perdido antes de llegar a Newbury, un peso que nunca había llegado a recuperar mientras estaba allí. Seguía siendo menuda y esbelta, pero ahora era toda curvas agradables y seductoras. No quedaban trazas de la muchacha despreocupada, con aire de potrillo, que recordaba tan bien. Ni tampoco de la mujer hermosa y demacrada que había entrado en la iglesia de Newbury. Ahora era...

No había palabras adecuadas para la tarea. Era la feminidad personificada. No, eso resultaba demasiado insulso. Era todo lo que él había querido siempre, todo lo que podía querer. No solo una compañera, esposa, alma gemela. Era todo lo que su cuerpo ansiaba. Era... era mujer.

Pensó que si la danza fuera un vals, podría maniobrar para llevársela hacia los ventanales, hacerla pasar, girando, a través de ellos, seguir bailando hasta las sombras, más allá de la luz de las velas y besarla hasta hacerle perder y perder él el sentido.

No era un vals. Bailaban acercándose, se movían alrededor el uno del otro, espalda con espalda y volvían a sus filas respectivas sin tocarse ni una vez, aunque sentía que el calor de su cuerpo lo rodeaba como si fuera una manta caliente. Ella conservó la sonrisa que tenía desde el principio, pero estaba seguro de que sus ojos

ardían, respondiendo a los suyos.

Gracias a Dios que no era un vals. Los ojos de Lily solo sonreían. El honor dictaba que ni siquiera intentara aprovecharse de ella sin su pleno y libre consentimiento.

Ah, Lily.

Cuando el baile tocaba a su fin, Neville se dio cuenta de que era la última danza antes de la cena y que estaba claro que ella sabía lo que eso significaba. Aceptó su brazo sin protestar, y le permitió que la acompañara al comedor, donde él tuvo la suerte de conseguir dos sitios en una mesa ligeramente apartada de los demás invitados. Le separó la silla y esperó a que se sentara. Luego fue a traerle un plato con comida y una taza de té.

—Lily —le preguntó, sentándose a su lado y resistiendo el impulso de cogerle la mano—, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias, milord —le respondió. Sus ojos, que le habían sonreído al mirarlo durante todo el baile, ahora estaban fijos en alguna parte alrededor de su barbilla.

—Estás encantadora. Pero podría echarme a llorar por tu pelo.

Esto hizo que lo mirara a los ojos y vio a la antigua Lily en la diversión que los iluminó.

—Dolly sí que lloró, la tonta —dijo—, hasta que le prometí que seguiría necesitando sus servicios. Solía pasarse horas con mi pelo. Sin embargo, sigue estando muy ocupada. Ya no plancho mi propia ropa, ni hago ningún arreglo ni zurzo.

—¿Tampoco te haces la cama ni ayudas a pelar patatas o a cortar cebollas? —le preguntó.

—No, ninguna de esas cosas —reconoció—. Las damas no las hacen.

—A menos que quieran hacerlas —le dijo él, sonriendo.

—Están demasiado ocupadas con otras cosas —le respondió.

—¿Lo están, Lily? —le preguntó—. ¿Como cuáles?

No quiso decirle lo que la había mantenido tan ocupada durante el pasado mes, aparte de cortarse el pelo y aprender a bailar y a comportarse como una dama. Cambió de conversación.

—Le agradezco que devolviera el dinero que me prestó el capitán Harris, milord —dijo—, aunque no tuviera ninguna obligación de hacerlo. Los he visitado varias veces. Elizabeth dijo que estaba dispuesta a darme permiso, si era para visitarlos.

—Entonces ¿Elizabeth es muy estricta y exigente, en general?

—Claro que no. ¿Le ofendería, milord, si ofreciera devolverle lo que envió al capitán Harris, en cuanto pueda?

—Me ofendería, Lily —dijo, y añadió una verdad más—: Me sentiría dolido, querida.

Ella asintió.

—Sí —dijo—, eso pensaba. Así pues, no insistiré.

Neville observó que ella había estado jugueteando con la comida. Pero también es verdad que él ni siquiera había tocado la suya.

—¿Puedo venir a visitarte, Lily? —le preguntó—. ¿Mañana por la tarde?

—¿Por qué? —Ahora lo miraba directamente a los ojos. Él se sobresaltó ante la pregunta. ¿Iba a negarse?

—Tengo algo para ti —dijo—. Una especie de regalo.

—No puedo aceptar sus regalos, milord —dijo ella.

—Este es diferente —le aseguró—. No es personal. Es algo que, sin duda, aceptarás y te alegrará. ¿Puedo traértelo yo mismo y ponerlo en tus manos? Por favor.

Sus ojos brillaron un momento, con lo que podían ser lágrimas, pero bajó la mirada antes de que él pudiera estar seguro.

—Muy bien —respondió—, si Elizabeth permite su visita. Debe recordar, milord, que soy su acompañante asalariada.

—Le pediré permiso —dijo él. Y después de todo, no se pudo resistir al capricho de apoderarse de su mano y llevársela brevemente a los labios—. Lily, cariño...

Sus párpados bajaron más rápidamente esta vez, pero no antes de que él estuviera totalmente seguro de las lágrimas que intentaba ocultarle. Se obligó a callar lo que había estado a punto de decirle. Incluso si sus sentimientos hacia él seguían siendo los mismos, sabía que no capitularía fácilmente a su cortejo. El amor, o la falta de él, tenían poco, o nada, que ver con su rechazo. Si no conseguían encontrar un mundo común donde vivir juntos y si no podían, de alguna manera, vivir como iguales, ella lo rechazaría, aunque él se lo pidiera cada semana durante los siguientes cincuenta años.

Pero seguía sintiendo lo mismo por él. Estaba seguro de ello. Era un descubrimiento doloroso y estimulante a la vez. Por lo menos, seguía habiendo esperanzas, seguía habiendo algo por lo que vivir.

Capítulo 20

Lily había alcanzado un punto frustrante en su educación. Al principio, todo era desconcertante y agotador, pero bastante fácil... y, sin ninguna duda, apasionante. Cada día, había algo nuevo que aprender y, cada día, podía ver sus progresos. Pensaba que, al cabo de un mes, lo sabría todo. Por lo menos, contaría con los conocimientos básicos que le permitirían aprender todo lo que deseara saber.

Pero, inevitablemente, llegó el momento en que las lecciones se hicieron repetitivas y tediosas, en que los progresos parecían lentos y, a veces, inexistentes, en que tenía la impresión de que nunca alcanzaría nada que se pareciera siquiera a una educación básica tolerable.

Había aprendido todas las letras del alfabeto; las reconocía tanto en mayúscula como en minúscula y sabía escribirlas todas. Podía descifrar cierto número de palabras, en especial las que se escribían igual que sonaban y las que aparecían en casi cada frase. A veces, se convencía de que sabía leer, pero siempre que cogía un libro de la biblioteca de Elizabeth, descubría que cada página seguía siendo un misterio. Las pocas palabras que podía leer no le permitían dominar el sentido del conjunto y la lentitud con la que leía incluso lo que lograba descifrar mataba el interés y la continuidad del sentido. Un día, cuando cogió una invitación de encima de la mesa y descubrió que el aspecto de la letra era muy diferente del que ella había aprendido en los libros, tan diferente que apenas podía reconocer una sola letra, sintió que estaba muy cerca de caer en la desesperación.

La pura tozudez hizo que siguiera adelante. No iba a admitir la derrota. Incluso insistió en dar clase durante toda la mañana después del baile, aunque cuando llegaron a casa estaba empezando a amanecer y Elizabeth le propuso que enviaran una nota al tutor excusándolo de venir.

Y dio clase de música inmediatamente después del almuerzo. El piano resultaba igualmente frustrante. Al principio, había sido maravilloso ser capaz de pulsar las teclas y aprender su nombre. Sentía que, de alguna manera, estaba empezando a desenmarañar el misterio de la música. Fue excitante aprender las escalas y practicarlas sin equivocarse, usando la digitación correcta, con los dedos curvados correctamente y la espalda, los pies y la cabeza en la posición debida. Fue pura magia aprender a tocar una melodía de verdad con la mano derecha y decirse que sabía tocar el piano. Pero luego llegó el demonio de la mano izquierda, que tocaba al mismo tiempo que la derecha, pero algo diferente. ¿Cómo podía dividir su atención entre las dos y tocar con las dos correctamente? Era igual que el viejo juego que tanto hacía reír a los niños del regimiento, el de tratar de frotarse el estómago con una mano y, al mismo tiempo, darse palmaditas en la cabeza, con la otra.

Pero perseveró. Aprendería a tocar. Nunca sería una gran intérprete. Es probable que nunca fuera lo bastante buena ni siquiera para tocar para el público de una sala de música, como parecían ser capaces de hacer la mayoría de las señoras. Pero estaba decidida a llegar a tocar correctamente y un poco musicalmente para su propia satisfacción.

Llevaba media hora haciendo el mismo ejercicio de digitación de Bach, una y otra vez. Cada vez que el profesor la interrumpía para señalarle un error o comentaba negativamente lo que había hecho, cuando conseguía tocar hasta el final sin interrupciones, tenía ganas de permitirse una pataleta, de tirarle la partitura y unos cuantos insultos a la cara, de declarar que no quería volver a tocar un teclado de piano en su vida y chillarle que, sencillamente, no le importaba. Pero todas las veces, escuchaba y lo intentaba una vez más. Reconocía su cansancio —no solo la noche había sido corta, sino que no había dormido nada, pensado en él— y su nerviosismo. Él iba a venir más tarde. Tenía un regalo para ella. ¿Cómo podría verlo, sin desmoronarse, sin mostrarle lo débil que era?

Pero siguió practicando. Y finalmente, consiguió tocar, no solo sin interrupción, sino de una manera, en su opinión, más competente que nunca antes. Al acabar, apoyó las manos en la falda y esperó el veredicto.

—¡Maravilloso! —exclamó él.

Volvió la cabeza de golpe. Neville estaba de pie en el umbral de la sala, junto a Elizabeth, y los dos parecían asombrados y encantados.

—¿Es esto lo que has estado haciendo con tu tiempo, Lily? —le preguntó él.

Ella se levantó y le hizo una reverencia. Si hubiera habido un profundo agujero negro en su corazón, habría saltado dentro con mucho gusto. La había pillado haciendo un ejercicio que, estaba convencida, un niño de cinco años podría tocar el doble de bien que ella. Miró a Elizabeth con reproche.

—Creo, señor Stanwick —le dijo Elizabeth al profesor de música—, que la señorita Doyle estará de acuerdo en dejar que hoy se marche temprano.

Lily asintió.

—Sí, gracias, señor Stanwick.

Elizabeth fue, del todo innecesariamente, a acompañarlo a la puerta y no volvió de inmediato.

—Sonaba muy bien —dijo Neville.

—Era un ejercicio muy elemental —dijo—, que yo toqué más o menos bien, milord.

—Sí —admitió él, con gravedad—, lo era y lo hiciste.

Y así le quitó la posibilidad de usar la discusión como arma. Se sentía indignada. ¿Le había hecho un elogio solo para retirarlo?

—Y todo en un solo mes —continuó él—. Es una hazaña extraordinaria, Lily. Y además, has aprendido a relacionarte con la alta sociedad con gracia y facilidad... además de a bailar. ¿Qué más has estado haciendo?

—He estado aprendido a leer y escribir —dijo, levantando la barbilla—. No puedo hacer ninguna de las dos cosas ni medio bien... todavía.

Él le sonrió.

—Recuerdo que dijiste (fue en la casa de la playa) que pensabas que ser capaz de leer y escribir debía de ser lo más maravilloso del mundo. En aquel momento, no supe reaccionar. No era un sueño vacío, ¿verdad? Yo pensaba que lo único que necesitabas era libertad y el bálsamo calmante de la naturaleza.

Lily se dio media vuelta, apartándose de él, y se sentó al borde de la banqueta del piano. No quería que le recordara la casa de la playa. Aquellos recuerdos eran su mayor debilidad.

—¿Cómo está Lauren? —preguntó... ¿Se lo había preguntado ya la noche antes?

—Bien —dijo él.

Ella se estudiaba el dorso de las manos.

—¿Va a... va a haber una boda este verano? —preguntó, sin querer hacerlo.

—¿De Lauren y yo? No, Lily.

No se había dado cuenta de lo mucho que temía la respuesta hasta que la oyó, aunque, claro, él no había dicho que no fuera a haber una boda en otoño o en invierno o...

—¿Por qué no? —le preguntó.

—Porque ya estoy casado —respondió él, en voz baja.

Lily sintió como si el estómago le hubiera dado un salto mortal. Pero era exactamente lo mismo que le había dicho en Newbury. Nada había cambiado. Si volviera a pedirle lo que le había pedido allí, su respuesta sería la misma. No podía cambiar.

—Te he traído el regalo de que te hablé anoche —dijo, acercándosele un poco. Al mirarlo, vio que llevaba un paquete. Se lo tendió.

Le había dicho que no era nada personal. Si lo fuera, tendría que rechazarlo. Le había comprado ropa y zapatos cuando estaba en Newbury Abbey y se los había quedado. Pero esto era diferente. En aquellos momentos, pensaba que era su esposa legal. Ahora era una mujer soltera, en compañía de un caballero soltero, y no podía aceptarle regalos. Pero levantó el brazo y cogió el paquete.

Supo lo que era en cuanto lo desenvolvió, aunque estaba ajado y deformado y demasiado limpio. Pero se lo preguntó de todos modos, apoyando la mano sobre él.

—¿Es de papá? —susurró.

—Sí. Me temo que todo lo que contenía ha desaparecido, Lily. Esto es lo único que pude recuperar para ti. Pero pensé que, de todos modos, te gustaría tenerlo.

—Sí. —Sentía un agudo dolor en la garganta—. Sí. Gracias. Oh, gracias. —Vio que una mancha oscura y húmeda se extendía por el paquete y la secó con el dedo—. Gracias.

Se puso en pie, tambaleándose y, antes de darse cuenta de lo que hacía, tenía los brazos alrededor de su cuello y la cara oculta entre los pliegues del corbatín. Él la rodeó firmemente con los brazos. Ella aferraba el paquete con fuerza en una mano y sentía el vínculo de seguridad que había habido durante aquellos años en la península; su padre, el mayor lord Newbury y ella misma. No habían sido años libres de preocupaciones —la guerra solo podía ser atroz— pero a pesar de ello la

inundó la nostalgia. Cerró los ojos con fuerza, como si deseara con toda su voluntad estar de vuelta allí, a aquella vida, cuando los abriera.

Él la soltó cuando ella se hubo recuperado y ella volvió a sentarse en la banqueta.

—Lamento lo del contenido —dijo—. Siento que nunca sepas lo que tu padre guardaba allí para ti.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó.

—Lo habían enviado a casa de tu abuelo, en Leavenscourt, en Leicestershire —le dijo—. Era mozo de cuadra. Siento decirte que murió antes que tu padre, y su hijo, el hermano de tu padre, murió poco después. Pero todavía tienes una tía, que sigue viviendo allí, y dos primos. Tu tía tenía el petate.

Tenía parientes propios; una tía y dos primos. Lily suponía que la idea debería alegrarla. Tal vez lo hiciera, con el tiempo. Pero en este momento, estaba demasiado llena de dolor por su padre. Se dio cuenta de que nunca lo había llorado como es debido. Se había casado apenas tres horas después de su muerte y pocas horas después, cuando la alcanzó aquel disparo justo por encima del corazón, había empezado la larga, larguísima pesadilla. Nunca había tenido la oportunidad de comprender plenamente lo enorme de su pérdida.

—Lo echo de menos —dijo.

—También yo, Lily. —Había ido a apoyarse en el otro extremo del piano. —Pero, por lo menos, ahora tienes algo para recordarlo. ¿Qué pasó con tu guardapelo? ¿Te lo cogieron los franceses... o los españoles?

—Manuel —respondió ella—, pero me lo devolvió cuando me liberaron. Sin embargo, está roto. La cadena se partió cuando me lo arrancó del cuello.

Lo oyó cómo tomaba aire.

—Siempre lo llevabas —dijo—. ¿Era un regalo de tu padre o de tu madre?

—De los dos, supongo. Siempre lo he tenido, que yo recuerde. Papá solía decir que tenía que llevarlo puesto siempre, que no me lo quitara ni lo perdiera nunca.

—Pero la cadena está rota. Debes volver a ponértelo, Lily, como un recuerdo más personal de tus padres. ¿Me permitirás que lo lleve a un joyero para que arregle la cadena?

Ella vaciló. Le confiaría incluso la vida, pero no soportaba la idea de separarse del guardapelo otra vez. Cuando la capturaron los españoles, le arrancaron la ropa, pero nunca se había sentido tan desnuda como cuando Manuel le arrancó el guardapelo del cuello. Había sentido que le arrancaban una parte de ella misma.

—Mejor todavía —dijo Neville, interpretando su vacilación correctamente—, ¿me permitirás que te acompañe a un joyero, Lily, para que te arregle la cadena? Estoy seguro de que lo podrá hacer allí mismo, mientras tú ves cómo lo hace.

Lily lo miró, confió en él y olvidó la barrera que siempre debía estar entre los dos.

—Sí, gracias, Neville. —Y se mordió el labio cuando sus miradas se encontraron. Se sentía como si hubiera pronunciado una palabra de cariño, y él tenía el mismo aspecto que si hubiera oído una.

Pero la puerta se abrió en aquel mismo momento y Elizabeth entró en la sala, sonriendo alegremente.

—Oh, cielos —comentó—, hay que ver lo que le gusta hablar al señor Stanwick cuando tiene la oportunidad. Perdóname por abandonarte así, Neville. Pero estoy segura de que Lily te ha mantenido entretenido. Es muy hábil en la conversación.

—No puedo quejarme —respondió Neville.

—Vayamos a la salita a tomar el té —propuso Elizabeth—. El fuego está encendido. Hace un poco de frío para ser verano, ¿no es cierto? Y humedad.

La mirada de Lily fue hacia la ventana de la sala. Sí que hacía un día gris y nublado. Había gotas de lluvia en la ventana, aunque no parecía estar lloviendo en aquel momento. Recordó que el tiempo la había deprimido toda la mañana. Sin embargo, tenía la clara impresión de que ahora, por la tarde, el sol brillaba. Estaba equivocada.

Elizabeth siempre había reconocido abiertamente que Neville era su sobrino favorito. Él sabía que deseaba su felicidad. También sabía que conocía la profundidad de sus sentimientos hacia Lily, pero que no la presionaría para que volviera con él. Era demasiado íntegra. Había decidido ofrecerle a Lily la oportunidad de aprender y adquirir confianza, de forma que pudiera elegir su propio futuro. Si Lily decidía casarse con él, Elizabeth se alegraría. Si decidía no hacerlo, Elizabeth la apoyaría.

Neville pensó, con cierta amargura, que las mujeres, cuando se aliaban, eran tan fáciles de mover como el Peñón de Gibraltar.

Estaba ansioso por acompañar a Lily al joyero. Sabía que el guardapelo era precioso para ella y quería ayudarla a repararlo para que pudiera volver a ponérselo. Estaba seguro de que este era su principal motivo. Claro que la salida era también una buena excusa para volver a pasar algún tiempo con Lily.

Pero, mientras tomaban el té, el día que le llevó a Lily el petate de su padre, Elizabeth le informó de que al día siguiente no podía ser. Lily estaría ocupada toda la mañana con sus lecciones y por la tarde estaba la fiesta en el jardín de los Fogles. Era preciso que Lily la acompañara. Y al otro día, estaban las lecciones de la mañana y una clase de baile por la tarde. También era el día de la semana en que Elizabeth recibía en casa y esta semana tenía necesidad de que Lily se quedara y la ayudara a entretener a sus visitas.

Lo máximo que Neville podía hacer, ya que no lo habían invitado a la fiesta de los Fogles, era acudir a casa de Elizabeth a la tarde siguiente y tomar el té y conversar con un grupo en el que no estaba Lily. No fue hasta dos días después cuando, finalmente, le dijeron que estaba libre para ir con él al joyero. Incluso entonces, Elizabeth los habría acompañado si él no le hubiera asegurado que irían en un coche descubierto, con su lacayo.

Elizabeth, claro, siempre había insistido mucho en las buenas maneras. Pero trataba a Lily más como una pupila muy querida que como una acompañante

asalariada. Era frustrante, aunque Neville descubrió que también se alegraba de ello. Eran demasiados los jóvenes apuestos que acudían a tomar el té con Elizabeth sin otra razón aparente que el deseo de comerse a Lily con los ojos.

El sol brillaba de nuevo en la tarde señalada y Lily llevaba un vestido verde muy atractivo y muy a la moda, con un sombrero de paja. Neville la ayudó a subir al faetón y se sentó a su lado, antes de coger las riendas de manos de su mozo de cuadra y esperar a que el muchacho subiera a la parte de atrás.

—Dime la verdad, Lily —le dijo, mientras se dirigían hacia Bond Street— ¿lo estás pasando bien?

Ella pensó la respuesta.

—Me siento... cómoda —respondió—. Siento que ahora me puedo relacionar con casi cualquier persona con la que me encuentre durante el resto de mi vida. Es una buena sensación, milord.

—¿Estás aprendiendo todo lo que deseas aprender? —le preguntó.

—De ninguna manera —contestó—. Dudo que alguien pueda aprender o incluso estar en camino de aprender todos los hechos y los misterios fascinantes de la vida. Aprendo mucho más lentamente de lo que esperaba. Apenas puedo leer y, sin embargo, hace más de un mes que tomo lecciones. No obstante, cada día, cuando me siento frustrada y desdichada, recuerdo que siempre he ansiado disponer de conocimientos y habilidades. Y recuerdo lo afortunada que soy al poder satisfacer por fin mis deseos.

Él suspiró.

—Yo no quería que cambiaras, Lily —dijo—. Me gustabas tal como eras. Pero cuando se lo dije a Elizabeth, ella me señaló lo egoísta que era. Y debo reconocer que es un placer verte cómoda, como tú dices. —Le sonrió—. Y me gusta tu pelo, tal como lo llevas.

—A mí también. —Sonrió alegremente y saludó con un gesto de la enguantada mano a dos señoras que salían de un sombrerero. En aquel mismo momento, George Brigham, que pasaba por la calle, se tocó el ala del sombrero con el bastón e inclinó la cabeza ante Lily.

Neville comprendió que Lily tenía el aspecto de una damita de la buena sociedad y que la trataban como a tal. Su propia valentía y el estímulo de Elizabeth la habían hecho salir de su escondite y estaba cómoda. Él la habría resguardado y protegido y habría conseguido que siempre se sintiera incómoda y desdichada. No era agradable reconocerlo.

La acompañó al interior de la joyería que había elegido como la mejor y explicó que la señorita Doyle preferiría no dejar el guardapelo y recogerlo más tarde, sino que le gustaría esperar y ver cómo reparaban la cadena. Así que les ofrecieron asientos y Lily no perdió de vista la preciosa pieza.

El guardapelo era de oro. También la cadena. No era la clase de baratija que uno esperaría que estuviera al alcance de un simple soldado que ni siquiera tenía una paga de sargento cuando la compró. Neville la había visto docenas de veces alrededor del cuello de Lily. Parecía ser parte de ella. Nunca se le había ocurrido

preguntarse por la joya. Había una especie de intrincado dibujo en la parte exterior del guardapelo, pero no intentó acercarse para examinarlo. Por alguna razón, Lily guardaba su intimidad. Respetaría sus deseos.

Neville pagó por el trabajo cuando estuvo acabado y ella guardó cuidadosamente el guardapelo en su pequeño bolso.

—¿No te lo vas a poner? —le preguntó, cuando salían de la tienda.

—No lo he llevado durante tanto tiempo —respondió— que quiero elegir una ocasión especial para ponérmelo otra vez. No sé cuándo. Pensaré en el momento oportuno.

—¿Me permites que te lleve a Gunter a tomar un helado ? —preguntó.

Ella se mordió el labio, pero asintió.

—Sí—dijo—, gracias, milord. Y gracias por hacer arreglar el guardapelo. Es muy amable.

Él se detuvo en la acera, junto a ella, y se acercó para poderla mirar a los ojos.

—Lily —dijo—, no te engañes pensando que actúo por amabilidad. He vuelto a actuar de forma egoísta. Cuando lleves de nuevo el guardapelo, espero, es más, creo que pensarás no solo en tus padres, sino también en el hombre que siempre se considerará tu esposo.

—Oh, por favor, no —exclamó ella, rápidamente, mirándolo también con unos ojos azules muy abiertos.

—Pero pensarás en mí, ¿verdad que sí?

Ella no respondió, pero al cabo de un momento, asintió, casi imperceptiblemente, con la cabeza.

Lily llevaba días temiendo que llegara aquella tarde. Había rezado para que Elizabeth los acompañara. Una vez arreglada la cuestión del coche, rezó para que lloviera y así él se viera obligado a traer un coche cerrado y Elizabeth tuviera que acompañarlos, después de todo.

Era tan débil... Era muy difícil verlo, hablar con él, estar a solas con él y no revelar sus auténticos sentimientos hacia él. Era una agonía saber que, cuando él regresara a su casa, estos recuerdos suyos se aferrarían a ella con un dolor casi insoportable. No tenía necesidad de más recuerdos. Ya tenía demasiados.

Pero la verdad es que la tarde le parecía casi mágica. El tiempo volvía a ser veraniego después de varios días de oscuridad y lluvia intermitente. Ir en un faetón descubierto, sentir el calor del sol y verlo brillar le levantó maravillosamente el ánimo. Igual que su compañía.

Pero era algo más lo que creaba la magia. Se le ocurrió una idea que la entusiasmó y no podía evitar sentirse animada, aunque sabía que debía volver a casa y pensar cuidadosamente en ella antes de tomar ninguna decisión al respecto.

Se había negado a casarse con Neville porque se sentía incómoda en su mundo y sabía que nunca encajaría en el papel de condesa. Se había negado por su propio bien y también por el de él. Con el tiempo, él se habría sentido inmensamente

desdichado por su inadecuación.

Pero acababa de darse cuenta de que ya no se sentiría incómoda ni inepta en su mundo. No es que se hubiera transformado en poco más de un mes. Todavía tenía que recorrer un largo camino antes de poder actuar como una dama, nacida y crecida en aquel ambiente. Pero iba por buen camino. Por lentas y difíciles que fueran algunas de las lecciones, sabía que podía aprenderlas. Nunca sería una dama de cuna y había personas en el *beau monde* que siempre se lo echarían en cara, pero sería una dama por formación. Y había muchas personas —personas que le gustaban y a quienes respetaba— que la aceptarían.

¿Qué podía impedirle, entonces, volver a casarse con Neville?

Al principio se había dicho que no quería que se casara con ella movido por su sentido del deber. Pero sabía que esto era ridículo. Sabía que él seguía amándola incluso antes de que la obligara a detenerse frente a la joyería y le dijera lo que le dijo sobre el guardapelo. Y no le cabía ninguna duda de que ella lo amaba. No había dejado de adorarlo desde que tenía catorce años y lo vio por primera vez.

Sin embargo, tenía que pensarlo con mucho detenimiento. Debía estar muy segura de no estar racionalizando. Debía estar segura de que no quedaba ningún sentimiento de inferioridad que le impidiera verse como igual a él. Nunca sería su igual por cuna ni fortuna. Debía estar segura de que ese hecho nunca llegara a ser un obstáculo insalvable para ninguno de los dos; cuando el encanto del principio hubiera desaparecido de su amor, como sucedería inevitablemente en el curso de su vida.

Pero ya lo pensaría cuando volviera a estar sola. Esta tarde se permitiría relajarse y pasarlo bien. Así que fue a Gunter con él y se tomó un helado y le habló de todas las lecciones que había aprendido durante el mes anterior. Decidió divertirlo con todos los detalles cómicos que recordaba, la mayoría a sus expensas. Se rieron, felices, y supo, quizá con una punzada de inquietud, que él también había caído preso de la magia.

Fue una decepción que su *téte-a-téte* se viera interrumpido, pero Lily sonrió cortésmente al caballero que se había detenido junto a su mesa para hablar con ellos. Era difícil recordar los nombres de todas las personas que le habían presentado desde la noche del baile de los Ashton, pero recordó al señor Dorsey inmediatamente, en parte porque había permanecido en Newbury Abbey un día o dos después de su llegada, pero sobre todo porque fue por su causa por lo que Elizabeth y el duque de Portfrey se habían peleado.

—Ah, señorita Doyle. Buenas tardes —dijo, sonriendo e inclinándose, con aire sorprendido, como si acabara de verla—. Kilbourne.

Los dos respondieron educadamente, pero sin un gran entusiasmo. Lily suponía que Neville quería estar a solas con ella tanto como ella quería estar a solas con él. Recordaba la breve referencia que Elizabeth había hecho del incidente del baile a la mañana siguiente. Le dijo que no podía revelar una confidencia para darle una explicación completa, pero creía que había buenas razones para que Lily evitara favorecer su relación con el señor Dorsey.

Durante los siguientes cinco minutos, en que él permaneció sentado, sin ser invitado, a su mesa, charlando con ellos, Lily pensó que era un caballero amable y, sin duda, inofensivo. Él dijo que se había enterado de que el conde de Kilbourne había estado recientemente en Leavenscourt, en Leicestershire. Le habría gustado saberlo. Era el heredero del anciano barón Onslow, que vivía en Nuttall Grange, apenas a cinco o seis millas de distancia. Le habría encantado ir hasta allí para enseñarle la región al conde. Se preguntaba si, quizá, el conde había ido allí por negocios.

Lily pensó que había sido una coincidencia bastante embarazosa que, por casualidad, el propio duque de Portfrey pasara por allí durante aquellos cinco minutos y, al mirar hacia Gunter, los viera a los tres. Se detuvo un momento y luego siguió caminando, después de llevarse la mano al sombrero, saludando a Lily. Lily se dijo que, por lo menos, podría asegurarle a Elizabeth que Neville y ella no habían podido hacer nada, sin mostrarse maleducados.

Un par de minutos después, el señor Dorsey se despidió.

—Un tipo curiosamente amable —dijo Neville—. ¿Habría hecho todo el camino hasta Leicestershire solo para enseñarme el lugar, si hubiera sabido que yo estaba a cinco millas de la propiedad de su tío? Pero yo apenas lo conozco. Tal vez cree que me debe una atención porque fue uno de los invitados en Newbury, en mayo. Pero vino como conocido del abuelo de Lauren. Por lo menos, ha hecho lo imposible para demostrarme que no me guarda ningún rencor.

Se sonrieron mutuamente.

—Supongo que todavía no has estado en los jardines de Vauxhall —le dijo, inclinándose hacia ella, la interrupción olvidada—, ¿verdad, Lily?

—No —respondió, negando con la cabeza—, pero he oído hablar de ellos. Dicen que por la noche están encantados.

—¿Querrás ir conmigo —le preguntó—, si puedo formar un grupo?

Bien podía ser un lugar de lo más peligroso para ir, si tras pensarlo cuidadosamente, decidía que, después de todo, no podía cambiar de opinión respecto a él. Quizá debería rehusar directamente. O por lo menos, no debería decir nada más, salvo que lo pensaría y se lo comentaría a Elizabeth.

Pero se encontró inclinándose, entusiasmada, hacia él hasta que solo unas pulgadas separaban sus caras.

—Oh, sí—dijo—. Sí, por favor, milord.

Capítulo 21

—Me pregunto —dijo el duque de Portfrey— qué interés puede tener el señor Calvin Dorsey en usted, señorita Doyle.

Elizabeth y Lily formaban parte de un grupo de personas a las que el duque había invitado a su palco del teatro. Hasta aquel momento, Lily se había sentido subyugada por la experiencia; por la suntuosa elegancia del teatro, por el público de los otros palcos, la platea y los anfiteatros y por el primer acto de la obra. En cuanto empezó la representación, se sintió transportada a otro mundo y perdió el sentido de su propia identidad independiente; se convirtió en los personajes del escenario y vivió su vida con ellos. Pero ahora había un entreacto y el palco se había llenado de personas que venían a saludar a Elizabeth o a otros miembros del grupo... y a ver de cerca a la famosa Lily Doyle.

Su excelencia no había perdido el tiempo en conversaciones banales y le había propuesto a Lily que salieran del palco un rato.

—¿Qué interés puede tener nadie en mí, excelencia? —preguntó, respondiendo a su comentario—. Según los patrones de la alta sociedad, no soy nadie.

—Dorsey nunca ha sido un conquistador ni tampoco se ha dedicado a galantear a las damas. Pero la ha buscado deliberadamente en dos ocasiones diferentes, que yo sepa.

—Me parece, excelencia —dijo Lily—, que eso no es de su incumbencia.

—Ah, ese brillo en los ojos y ese alzar la barbilla —dijo, moviendo la cabeza—. Lily, ¿qué se hace cuando...? Bueno, no importa.

—Además, en Gunther —prosiguió Lily—, el señor Dorsey estaba más interesado en el conde de Kilbourne que en mí. Dijo que habría ido a Leicestershire, también él, hace unas semanas, de haber sabido que su señoría estaba allí.

—¿Kilbourne fue a Leicestershire? —preguntó el duque.

—A Leavenscourt —dijo Lily—, donde se crió mi padre... Mi abuelo era mozo de cuadra allí.

—¿Todavía vive?

—No —respondió Lily—. Murió antes que mi padre, y he sabido que el hermano de mi padre también ha muerto.

—Ah, así que no queda nadie. Lo siento.

—Solo una tía —contestó Lily—, y dos primos.

—Mi esposa era de Leicestershire —dijo el duque—. ¿Sabía que estuve casado, Lily? Ella creció en Nuttall Grange, a pocas millas de Leavenscourt. Calvin Dorsey era su primo. Y la madre de usted fue, en un tiempo, su doncella personal.

Lily se detuvo bruscamente. Se lo quedó mirando fijamente, sin prestar atención

a los demás paseantes, que se veían obligados a desviarse para no tropezar con ellos. De repente, sin ninguna razón que pudiera nombrar, se sintió muy asustada.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, casi susurrando.

—He hablado con su hermana —dijo—. Otra tía.

Durante la semana anterior, Lily había descubierto algunas cosas sobre los orígenes de sus padres. Y acababa de descubrir que los dos tenían familiares vivos. No estaba tan sola en el mundo como había pensado. Pero en lugar de sentirse exultante, se sentía inquieta... algo peor que inquieta. Sin embargo, no podía comprender aquella sensación. ¿Exactamente de qué... o de quién tenía miedo?

—Me parece que es hora de que volvamos al palco, Lily. No tardará en empezar el segundo acto.

Lily sentía muchísimo afecto por Elizabeth, que para ella ejemplificaba las mejores virtudes de una auténtica dama. Lily la respetaba y la admiraba. También era consciente de que estaba a su servicio y de que no hacía casi ningún trabajo a cambio del muy generoso salario que recibía. Lo único que Elizabeth requería en calidad de servicio era que Lily se aplicara en las lecciones que había soñado estudiar y que exhibiera, tanto como fuera posible, los conocimientos y habilidades que había adquirido asistiendo a ciertas funciones sociales con ella.

Lily había trabajado mucho, tanto por su propio interés como por el de quien la empleaba. Y estaba satisfecha de los resultados, aunque un poco impaciente por la lentitud con que adquiría algunos de ellos. Pero, a veces, la abrumaba la nostalgia de su antiguo modo de vida. En ocasiones, no podía negarse a la necesidad de estar al aire libre, en comunión con la naturaleza, de desaparecer en su propio mundo de sosiego interno. Hyde Park no era realmente un sustituto del campo, rodeado como estaba por la ciudad más grande y bulliciosa del mundo. Y durante la mayor parte del día, era el punto de encuentro de moda para el *beau monde,* que gustaba de pasear por allí para ver y ser visto y para intercambiar los últimos *on dit* del cotilleo. Pero Lily raramente había conocido unas condiciones idílicas en las que disfrutar de la naturaleza. Estaba acostumbrada a ver lo que deseaba ver, aislándose del mundo que la rodeaba durante unos momentos preciosos. Y Hyde Park a primeras horas de la mañana estaba cerca de ser idílico.

Unas cuantas veces desde su llegada a Londres, Lily había salido de la casa sola, a hurtadillas, para disfrutar de una hora tranquila, sin compañía de nadie, antes de que se iniciara la movida ronda diaria de actividades. Nunca se lo había dicho a Elizabeth y si esta lo sabía, nunca había dado muestras de ello. Claro que si lo hubiera admitido, se habría visto obligada a insistir en que Lily se llevara a una doncella o un lacayo con ella. Y eso lo habría estropeado todo.

Lily fue al parque a la mañana siguiente del teatro. Era una mañana fresca, con un poco de niebla, pero con la promesa de otro día encantador. Casi no había nadie. Lily evitó los senderos y paseó por el césped húmedo de rocío. Sentía la tentación de quitarse los zapatos y las medias, pero no lo hizo. Por desgracia, había convenciones

que respetar. Después de todo, el parque no estaba completamente desierto. Había unos cuantos comerciantes y obreros que se apresuraban a acudir a sus tareas y, de vez en cuando, pasaba un jinete a medio galope por el sendero.

Lily levantó la cabeza para mirar las copas de los árboles mientras se llenaba los pulmones de aire. Procuró aclarar las ideas que le llenaban la cabeza, donde el entusiasmo y la inquietud se mezclaban hasta un punto tan perturbador que, durante toda la noche, no había parado de despertarse y volverse a dormir y despertarse y volverse a dormir... y había vuelto a tener su vieja pesadilla.

No lograba entender por qué la había asustado tanto lo que averiguó la noche pasada. Tal vez fuera que estaba acostumbrada a creer que no tenía ningún pariente cercano. Desde que tenía siete años, solo había estado su padre; una roca de seguridad mientras vivió, pero la única roca. Y ahora, de repente, había todo un grupo de familiares; dos tías, dos primos y dos conocidos que tenían estrechos vínculos con el lugar donde su madre trabajó como doncella. Lily ni siquiera sabía que su madre hubiera sido sirvienta. Pero resultaba que había sido la doncella personal de la prima del señor Dorsey, la esposa del duque de Portfrey.

¿Qué era lo que le producía inquietud en todo aquello? Lily no conseguía encontrar una respuesta. Procuró librarse de aquella sensación.

Sabía muy bien por qué estaba tan llena de júbilo. Neville había reunido un grupo para ir a los Vauxhall Gardens por la noche, dentro de tres días. Lily se dijo que se habría sentido entusiasmada solo por la perspectiva de ir al famoso parque de diversiones. Pero... bueno, no era solo la idea de ir allí lo que la ponía tan nerviosa que apenas podía dormir. Había oído decir que los Vauxhall Gardens, con sus avenidas bordeadas de árboles e iluminadas por faroles y sus senderos más íntimos, con sus casetas privadas y sus conciertos, danzas y exhibiciones de fuegos artificiales, eran el lugar idóneo para el amor.

Y ella iría, dentro de pocas noches, con Neville. El grupo estaría formado por ocho personas, pero eso no significaba nada para Lily. Sabía que él había invitado a los otros seis solo porque no podía invitarla a ella sola.

Se preguntaba si él planeaba una noche romántica... y si ella se lo permitiría. Todavía no lo había decidido.

Se esforzó por no dar más vueltas a los viejos argumentos mientras paseaba por el parque. Mantuvo la cara levantada, escuchando a los pájaros, que cantaban al unísono. Se esforzó por concentrar sus pensamientos en el precioso momento presente.

Decidió que, cuando fueran a Vauxhall, llevaría puesto el guardapelo. Él se daría cuenta y recordaría que ella le había dicho que se lo pondría en una ocasión especial.

Pero ¿estaba preparada para darle una señal así?

Aspiró el aire ligeramente húmedo, con su fuerte olor a vegetación y oyó el sonido distante de los cascos de un caballo al trote.

Si el duque de Portfrey había hablado con la hermana de su madre, entonces también él debía de haber estado en Leicestershire recientemente. Pero ¿por qué no?

Estuvo casado con una mujer que se había criado allí. Quizá todavía fuera íntimo de la familia.

El caballo se acercaba por detrás de ella. Su paso se había acelerado hasta casi alcanzar el galope. Las pocas veces que Lily había montado a caballo, había pensado que era una sensación de lo más maravilloso. Pensó que le gustaría recorrer volando los senderos de Hyde Park a lomos de un caballo.

Y entonces pasaron tres cosas simultáneamente; el ruido de los cascos quedó amortiguado, como si ahora pisaran hierba, alguien chilló y Lily volvió a tener aquella sensación... aquel terror que le helaba los huesos y le embotaba la mente. Cuando volvió la cabeza, caballo y jinete estaban casi encima de ella. Por puro instinto, se apartó y cayó pesadamente en la hierba. El caballo pasó rozándola, atronador, y siguió su camino a galope tendido.

Alguien volvió a gritar de nuevo y una sirvienta acudió, cruzando el césped y dejando caer una cesta grande al hacerlo. Dos hombres, uno con ropa de obrero y el otro con más aspecto de comerciante próspero, aparecieron igualmente, como si surgieran de la nada. Lily permanecía, aturdida, en la hierba húmeda, mirándolos.

—Oh, señorita —dijo la sirvienta, arrodillándose junto a Lily—. Oh, señorita, ¿está muerta?

—Pero mira que eres tonta, muchacha. Está conmocionada, no muerta —dijo el obrero— ¿Está herida, señorita?

—No —respondió Lily—. Creo que no. No lo sé.

—Es mejor que no se mueva, señora —aconsejó el comerciante, con tono eficiente—, hasta que esté segura. Recupere el aliento y luego vea cómo siente las piernas.

—¡Pero qué animal! —exclamó la criada, mirando furiosa hacia donde caballo y jinete desaparecían rápidamente—. Ni siquiera miraba por dónde iba, para nada. Seguro que ni siquiera sabe que casi mata a alguien.

—Y qué más le da —añadió el obrero, cínicamente—. A la gente bien no le importa hacer daño a un tipo o una muchacha siempre que el caballo que montan no resulte dañado. A ver, señorita, ¿quiere que le eche una mano para levantarse?

—Déjela un momento —dijo el comerciante—. ¿No la acompaña su doncella, señora?

La cabeza de Lily estaba empezando a informarla de que acababa de escapar a la muerte por un pelo... otra vez. Todavía no le había hecho notar las diversas contusiones que se había hecho al caer con tanta torpeza.

—Estoy bien —dijo—. Gracias.

—Parecía el mismo diablo salido del infierno —explicaba la criada—, con aquella capa negra hinchada, volando detrás de él. Tal vez no tenía cara. ¡Oooh, quizá era el demonio de verdad!

—No seas tonta, muchacha —le dijo el obrero—. Aunque no sé por qué llevaba la capucha puesta en una mañana como esta... es decir, a menos que fuera una mujer y que no quisiera que nadie la viera montando como un hombre y la reconociera. La gente bien está muy mal de la azotea, se lo digo yo.

El comerciante estaba ocupado, más prácticamente, en ayudar a Lily a ponerse de pie y permitirle que se cogiera a su brazo un momento hasta estar segura de que las piernas la sostendrían.

—¿Me permite que la acompañe a casa, señora? —le preguntó.

—Oh, muchas gracias, pero no es necesario. Estoy bien, aunque un poco mojada. Gracias a todos. Les estoy muy agradecida.

—Bien, si está segura —dijo el comerciante, estropeando su gesto de galantería al sacar el reloj del bolsillo, fruncir el ceño y comentar que mejor así, porque ya llegaba tarde a una cita.

Lily volvió a casa sola y consiguió entrar y subir a su habitación sin que la viera Elizabeth ni ninguno de los sirvientes. Se quitó la ropa mojada antes de llamar a Dolly y luego, con una sonrisa encantadora, le explicó a la doncella que había ido al parque y había resbalado en la hierba, pero que preferiría que nadie más se enterara de su escapada. Dolly participó alegremente en la conspiración y le prometió que sus labios estaban sellados...y luego, mientras se ocupaba de Lily, pasó a darle un informe entusiástico de los progresos de su relación con el apuesto cochero de Elizabeth.

Lily, que empezaba a sentir los dolorosos efectos de las magulladuras, se dijo que había sido un accidente. Un jinete descuidado se había salido del camino y ni siquiera la había visto.

Llevaba una capa oscura... y la capucha puesta.

Seguramente, casi todos los caballeros del país tenían, por lo menos, una capa oscura. Y la mañana era fresca, aunque no exactamente fría.

Y era ciertamente posible que «él» fuera en realidad «ella».

Había sido un accidente.

Pero temía que no lo hubiera sido.

Como tampoco lo fue la roca que cayó desde lo alto del acantilado en Newbury.

Las cosas progresaban lentamente, si es que lo hacían. Neville ni siquiera había visto a Lily cada día desde que llegó a la ciudad. Y cuando la veía, solía ser en alguna función social, donde ella permanecía junto a Elizabeth y los buenos modales le impedían pasar demasiado tiempo con ella.

Siempre que estaban juntos, seguían observándolos atentamente. Joseph le había dicho que las conversaciones de los salones se alimentaban del tema. También se decía que había apuestas registradas en el White's Club. Algunos caballeros habían apostado por la probabilidad de que volviera a casarse con Lily antes de que acabara el año. Y otros —o posiblemente los mismos— lo habían hecho por la posibilidad de que se casara con Lauren en el mismo período de tiempo.

Joseph se sentía secretamente divertido por todo aquel asunto. En público dejaba claro que lo consideraba un absoluto aburrimiento; no había nadie más hábil para mostrar *ennui* que el marqués de Attingsborough.

Pero Neville tenía la intención de lanzar la prudencia por la borda durante la

noche en el Vauxhall. Pensaba aprovecharse plenamente del lugar. Aunque había reservado una caseta privada, invitado a varias personas y hecho que fuera su propia fiesta, sin embargo, tenía planes para pasar algún tiempo a solas con Lily. Llevaba casi dos semanas cortejándola con gentileza y cautela. Tenía la intención de hacerlo en serio en Vauxhall. No le faltaban esperanzas de tener éxito. Recordaba la tarde en el joyero y en Gunther's casi sin aliento. Ella estuvo relajada y feliz aquella tarde... feliz de estar con él.

Rezó por que hiciera buen tiempo.

Y sus oraciones fueron escuchadas. Hizo un día caluroso y soleado, aunque con un poco de viento. El viento desapareció al caer la tarde y creó unas condiciones que no podían haber sido más favorables para ir a Vauxhall ni aunque Neville las hubiera encargado a propósito.

Cruzaron el Támesis en barca; el medio más lento de aproximarse a Vauxhall Gardens pero, con mucho, el más pintoresco. Neville se sentó junto a Lily, mientras que Elizabeth lo hacía frente a ellos. Se esperaba que Portfrey, que llevaba unos días fuera de la ciudad, volviera hoy, pero no había aparecido todavía. Joseph estaba sentado atrás, flirteando discretamente con lady Selina Rawlings, su actual enamorada y presente esta noche bajo la vigilancia de Elizabeth. El capitán Harris y su esposa estaban sentados a popa. Las luces de colores del parque se reflejaban, temblorosas, en el agua. Casi había caído la noche.

—¿Qué te parece, Lily? —Neville acercó la cabeza a la de ella para poder ver su expresión.

—Es mágico —respondió ella.

Y lo era; una magia que los envolvería con su embrujo y nos los liberaría hasta que acabara la noche y, quizá, ni siquiera entonces.

Le ofreció un brazo a Lily y el otro a Elizabeth para entrar en Vauxhall Gardens y dirigirse hasta la caseta que había reservado, en una zona donde estaban todas las demás casetas y el lugar donde los miembros de la orquesta afinaban sus instrumentos. Era una de las noches en que iba a haber baile.

—¿Has bailado alguna vez a la luz de las estrellas, Lily? —le preguntó después de acompañar a sus invitados a sus asientos y pedir comida y bebidas.

—Pues claro que sí —respondió—. ¿No te acuerdas de lo mucho que bailábamos?

¿En el ejército? Sí, había habido muchos bailes. Los oficiales tenían sus propios bailes. Neville siempre había pensado que estaban mejor organizados, eran más ceremoniosos y mucho menos divertidos que los que se celebraban alrededor de los fuegos del campamento y en algún granero vacío. A veces, iba a verlos. Nunca había estropeado la diversión de sus hombres tratando de participar o pidiendo pareja cuando casi no había mujeres suficientes para todos los hombres.

—Sí, me acuerdo —dijo, sonriendo—. Pero ¿has bailado un vals bajo las estrellas? ¿Sabes bailar el vals?

—No se me permite hacerlo —respondió ella—. Primero tengo que recibir la aprobación de una de las patrocinadoras de Almack, aunque diría que eso no

sucederá nunca.

Neville se acercó un poco más y le habló de forma que solo ella pudiera oírlo.

—Pero este no es un baile oficial, Lily. Aquí esas reglas no valen de nada. Esta noche bailarás el vals... conmigo.

Sus ojos le dijeron que deseaba hacerlo. Y también le decían otras cosas. Había un anhelo profundo en ellos; estaba seguro de no equivocarse.

Y entonces vio que llevaba el guardapelo.

—¿Esta es la primera vez que te lo pones? —preguntó, tocándolo ligeramente.

—Sí.

—Entonces ¿esta es la ocasión especial, Lily? —dijo, mirándola a los ojos.

—Sí, Neville.

Pensó en lo extraño que era que su nombre se convirtiera, en los labios de Lily, en la más íntima de las palabras de cariño.

No hubo más oportunidades de hablar en privado durante un rato. Llegaron la comida y las bebidas, la orquesta empezó a tocar y la conversación se generalizó.

Cuando empezó la música, Neville llevó a Elizabeth a la pista de baile y luego a la señora Harris. Pero el tercer baile era un vals y el tiempo para las relaciones sociales había tocado a su fin. Empezaba el tiempo para el amor.

—No sabes —dijo Lily, apoyándole una mano en el hombro y la otra en la suya, cuando la orquesta empezó a tocar— cuánto he deseado bailar un vals... quizá porque pensaba que nunca lo haría.

—¿Conmigo, Lily? —murmuró él—. ¿Has soñado en bailar el vals conmigo?

—Sí —dijo, mirándolo con ojos luminosos—. Oh, sí. Contigo.

Después de eso, él ya no intentó conversar. Había un tiempo para las palabras y había un tiempo para vivir. El aire era fresco y, allá en lo alto, la luna y las estrellas brillaban intensamente. Pero en Vauxhall, la naturaleza estaba en feliz comunión con la belleza, hecha por el hombre, del sonido de la orquesta y de los colores de los farolillos que se balanceaban suavemente entre los árboles.

Y tenía una mujer entre los brazos, menuda, bien formada y delicada, que le sonreía, mirándolo a los ojos sin vergüenza y sin ninguna pretensión de indiferencia.

—¿Qué te parece, Lily? —le preguntó cuando el vals casi tocaba a su fin—. ¿Es un baile tan pecaminoso como dicen?

—Oh, mucho más pecaminoso.

Él se rió bajito y ella se rió con él.

—¿Damos un paseo?—propuso.

Ella asintió.

—Tenemos que llevarnos a los demás —dijo, acompañándola de vuelta a la caseta—, pero con un poco de ingenio, creo que podemos perderlos antes de recorrer mucho camino.

Ella no puso ninguna objeción.

No se había equivocado. Claro que no. Él se había casado con ella por sentido

del deber. La había tratado bondadosamente cuando ella llegó a Inglaterra, porque era un hombre bueno. Le había hecho el amor porque sacaría el máximo partido de cualquier situación en la que se encontrara. Le había ofrecido volver a casarse de nuevo con ella, cuando supo que no estaban casados legalmente, porque su sentido del honor lo había obligado a hacerlo. También había habido algo de amor, claro; él lo había dicho y ella no dudaba de sus palabras.

Pero ahora era amor, puro y simple. No quedaba ninguna obligación. Ella lo había liberado de todas y, desde entonces, se había construido una vida propia y aprendido los conocimientos que la ayudarían a vivir sin depender de la caridad de nadie, ganándose la vida por sí misma.

Ahora Neville la estaba cortejando... sencillamente porque la amaba.

No abrigaba ni un vestigio de duda. Y tampoco pondría ningún obstáculo entre los dos; no había ninguna necesidad. Quizá nunca fuera su igual a los ojos del mundo, pero ahora sabía que podía vivir en su mundo con comodidad y con mucho amor propio. Pensar en Newbury Abbey ya no la llenaba de angustia.

Iba a permitir que pasara.

Así que, mientras paseaban, con el marqués y lady Selina, por la avenida bordeada de árboles e iluminada por los farolillos, no protestó ante las casi cómicas maniobras de los dos caballeros para conseguir que las dos parejas se separaran. Tampoco lady Selina dijo nada.

—¿Sabes?, Lily —dijo Neville una vez que los dos tomaron por uno de los senderos más estrechos, oscuros y tranquilos—, estos caminos se hicieron para los enamorados.

—Sí —respondió ella—, es muy conveniente.

—Y los hicieron lo bastante estrechos —prosiguió— para que dos personas tuvieran que caminar en fila india o, de lo contrario, abrazados.

—Si caminamos en fila india, no podemos hablar —decidió ella, sonriendo a la oscuridad.

—Precisamente. —Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia él. Lily se dio cuenta de que no sabía dónde poner el brazo, salvo rodeándole la cintura a él. Y luego descubrió que como estaba más cómoda era con la cabeza apoyada en su hombro.

Había una extraña sensación de aislamiento, aunque seguía oyéndose el sonido de la orquesta y de las voces que hablaban y reían. De vez en cuando, había un farolillo en un árbol, pero en su mayor parte, el camino estaba iluminado por la luz de la luna. Lily se dijo que si era romanticismo lo que esperaba, entonces seguramente lo había encontrado en abundancia.

Cuando llevaban recorrido cierto trecho, sus pasos se fueron haciendo más lentos y luego se detuvieron por completo. La hizo volverse hacia él y ella se encontró con la espalda recostada cómodamente contra el ancho tronco de un árbol.

—Lily, cariño —le dijo, apoyando las manos en el árbol, a ambos lados de su cabeza—, si no quieres que esto continúe, debes decir no ahora.

Ella levantó la mano y resiguió la cicatriz de su cara con el dedo.

—No he dicho que no —le susurró.

La besó, al principio tocándola solo con la boca. Mientras le apoyaba las manos en los hombros y, luego, se las deslizaba alrededor del cuello, Lily se dijo que era un beso de amor. No podía haber otro motivo por parte de ninguno de los dos. Solo el amor. Entreabrió los labios y le devolvió el beso con amor.

Neville levantó la cabeza mientras la rodeaba con los brazos y la estrechaba contra él. Lily apenas le veía la cara, porque tenía la luna detrás, pero le pareció que sonreía.

—Esto —dijo él, rozándole los labios con los suyos al hablar— estaba destinado a pasar, Lily, desde el primer momento.

Ella no le preguntó a qué primer momento se refería. ¿Al momento en que se encontraron por primera vez? ¿Al momento en que ella entró en la iglesia de Newbury? ¿Al primer momento del tiempo, en el alba del mundo? Quizá él se refería a todos esos momentos juntos. Y tenía razón. Estaba destinado a pasar, desde siempre.

La besó en la boca, los ojos, las sienes. La besó suavemente a lo largo de la mandíbula, hasta llegar a la barbilla. Le besó el cuello. Y volvió a besarla en la boca susurrando palabras de amor.

El romanticismo se desvaneció. Notaba los músculos de su cuerpo, duros y bien conocidos, apretándose contra ella. Olía su colonia y su esencia masculina. Notaba el vino que él había bebido antes en sus labios y su lengua, dentro de su boca. Oía cómo se aceleraba su respiración y sentía su urgente deseo creciendo y presionando contra su abdomen. Su propio cuerpo respondía... lo había hecho desde el primer contacto de sus labios. Notaba un doloroso latir en su vientre y en la parte interior de los muslos mientras se apretaba contra él, con un ciego deseo de estar cerca, más cerca. Neville. Lo deseaba. Lo quería allí. Aquí. Ahora.

Pero, de repente, él levantó la cabeza y los brazos se le tensaron. Sostuvo la cabeza en actitud de escuchar. Incluso en la oscuridad, Lily vio que fruncía el ceño.

Más tarde, Lily nunca estuvo segura de si también ella había oído un ruido... un ruido distinto de la lejana algarabía de la fiesta. Pero lo cierto es que, de súbito, mientras él se apartaba de ella para mirar hacia los árboles del otro lado del sendero, sintió que se sumergía, de nuevo, en aquel atroz terror. Más tarde, ni siquiera estaba segura de haber visto algo. No estaba del todo segura de haber visto una figura con una capa oscura, que les apuntaba con una pistola. Todo sucedió demasiado rápidamente.

De golpe, Neville se volvió de nuevo hacia ella y la empujó detrás del árbol, poniendo su propio cuerpo entre ella y el peligro. El sonido pareció llegar después. La bala no la había alcanzado, pensó mientras él la aplastaba, haciéndole daño, contra el otro lado del árbol, con su espalda contra ella, protegiéndola. Pero el ruido seguía resonándole en los oídos.

Sentía que se ahogaba. Las manos de Neville estaban tendidas detrás de él, a ambos lados del cuerpo de Lily. Apenas podía respirar. Aun así, agradecía el escudo que él le proporcionaba. Sin él, se habría desintegrado en un terror ciego.

Lo oía respirar con jadeos, unos jadeos que sabía que trataba de silenciar para no revelar el lugar donde se encontraban. Y sabía que era un impedimento para él. Sin la necesidad de protegerla, podría moverse, ir en busca de su asaltante, en lugar de esperar a que él los encontrara.

Le pareció que permanecían allí, en aquella tensión insoportable, durante cinco, quizá diez minutos. Más tarde pensó que, seguramente, no fueron más de un par de minutos. Y luego se oyeron risas bastante cerca, unas risas que se iban acercando y supo, con un alivio que hizo que se le doblaran las rodillas, que venía alguien por el sendero; más de una persona.

En realidad, eran cuatro. Cuando llegaron al árbol y lo sobrepasaron, Neville la cogió con fuerza de la mano y la hizo salir al camino. Lo recorrieron detrás de las dos parejas, que estaban tan alegres que no parecían darse cuenta de que su número había aumentado.

—Voy a llevarte con Elizabeth —le dijo Neville, rodeándola con el brazo, cuando llegaron a la avenida principal—. Y luego voy a encontrar al hijo de... —Se interrumpió a tiempo. Respiraba ruidosamente.

Pero Lily, al rodearle la cintura con el brazo, por temor a desfallecer, notó algo... algo caliente, húmedo y pegajoso.

—Estás herido —exclamó. Y luego, dominada por el pánico, añadió—: Neville, te ha alcanzado un disparo.

—No es nada —la tranquilizó, hablando entre dientes que ella sabía estaban fuertemente apretados. A continuación, apretó el paso.

Pero cuando se acercaban a la caseta, la soltó y medio la empujó hacia la sorprendida Elizabeth, que estaba en el exterior, junto al duque de Portfrey.

—Llévatela —dijo Neville, con voz ronca—. Sácala de aquí. Llévala a casa.

Y se desplomó, cayendo al suelo, a sus pies.

Capítulo 22

Cuando Neville volvió en sí, estaba echado, boca abajo, en una cama que no era la suya. Tenía los brazos extendidos a los lados y alguien le sujetaba con fuerza las muñecas. Se dio cuenta de que estaba desnudo, por lo menos de cintura para arriba. Y el hombro le dolía como todos los demonios.

Sabía por experiencias anteriores qué estaba pasando.

—¡Por todos los diablos! —Era la voz de Joseph, que le agarraba la muñeca derecha con tanta fuerza como si su mano fuera de acero—. ¿No podías haber seguido durmiendo unos minutos más, Nev? ¿Disfrutando del país de los sueños y todo eso?

—Deja de agarrarme con esa fuerza infernal —dijo Neville—. No voy a resistirme. ¿Quién es el matasanos?

—El doctor Nightingale es mi médico particular, Neville. —La voz de Elizabeth, como se podía esperar, era tranquila y sensata... nada de histerias para ella—. Todavía tienes la bala en el hombro.

Y el doctor Nightingale ya había hecho un intento por extraerla. Neville comprendió que eso era lo que le había hecho recuperar el sentido y se agarró con más fuerza al borde del colchón. Al mismo tiempo, abrió los ojos. Tenía la cabeza vuelta hacia la izquierda; era Lily la que le sujetaba la muñeca izquierda.

—Sal de aquí —le ordenó.

—No.

—Se supone que las mujeres obedecen a sus esposos.

—Tú no eres mi esposo.

—Y además —dijo él—, has visto cosas mucho peores en el campo de batalla. Esto no es nada para ti. Qué estúpido por mi parte querer protegerte de un ataque masivo de vahídos.

—Sí.

El médico, mucho menos diestro en aquellas tareas que los cirujanos del ejército, se acercó de nuevo, tratando de sondear suavemente y provocando una agonía atroz y prolongada. Neville mantuvo los ojos fijos en Lily hasta que el dolor amenazó con ser superior a su aguante y entonces los cerró y apretó los dientes con fuerza.

—Ah —exclamó el doctor por fin, con una nota de satisfacción en la voz.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Joseph, con voz jadeante, como si acabara de correr un kilómetro con un toro salvaje detrás, persiguiéndolo—. Ya está fuera, Nev.

—Y, por lo que puedo ver, no hay daños en el hueso ni en los tendones —

añadió el doctor—. Le tendremos remendado en un segundo, milord.

El dolor no disminuyó de forma perceptible. Se sentía sumergido en él, intentando ver la realidad desde una gran distancia. Pero al abrir los ojos, supo que la mano de Lily ya no le rodeaba la muñeca, sino que, no sabía cómo, la tenía encerrada en la suya... estrujada dentro de la suya. Durante unos minutos más, pareció que su propia mano estaba bloqueada en aquella posición, pero gradualmente, la relajó y liberó la de ella.

Vio, con una curiosa indiferencia, desde su interior, que ella tenía los dedos blancos y fuertemente unidos y que, durante un corto tiempo, no conseguía moverlos ni separarlos. Era sorprendente que no se los hubiera roto todos, pero ella no había emitido ni un gemido.

Lily se apartó y luego volvió hacia él, y notó un trapo húmedo y frío en la ardiente cara.

Joe estaba hablando; Neville no sabía de qué. El doctor seguía ocupándose de su hombro y, al parecer, Elizabeth lo ayudaba. Neville observaba a Lily, mientras ella trabajaba tranquila y eficazmente, tal como siempre había hecho después de una batalla o una escaramuza, empapando el trapo, escurriéndole el exceso de agua y apretándolo suavemente contra su cara o su cuello. Se fabricó un nido con su dolor y se acurrucó en lo más profundo.

—¿Lo han cogido? —preguntó finalmente. De repente, se había acordado de Vauxhall, de estar besando a Lily en uno de los caminos más oscuros, pensando en el muy indiscreto acto de adentrarse más entre los árboles, para poder llevar su abrazo más lejos y, luego, reconocer aquel extraño cosquilleo en la columna, como un sexto sentido que le advertía del peligro y que había desarrollado durante sus años como oficial. Quizá había oído romperse una ramita, sin siquiera darse cuenta. Recordó ver una figura envuelta en una capa, acechando entre los árboles al otro lado del sendero, apuntándoles con una pistola. Recordó que había saltado a un lado para proteger a Lily y había recibido la bala que seguramente la habría matado—. ¿Han atrapado a ese bastardo? —Recordó la presencia de Elizabeth y Lily demasiado tarde.

—Harris y Portfrey fueron tras él a toda prisa —dijo el marqués—, junto con un pequeño ejército de hombres, Nev. Apostaría a que nunca en toda su historia Vauxhall se había vaciado de señoras y de todos los demás con tanta rapidez. Sin embargo, dudo que encontraran al pistolero. Lily dijo que era un hombre con una capa oscura. Probablemente, cincuenta de los hombres presentes respondían a esa descripción, Portfrey y yo entre ellos.

—Estabas en el sitio equivocado, en el momento equivocado, Neville —dijo Elizabeth, fríamente—. Ya está, el doctor Nightingale ha terminado. Por favor, Lily, ¿quieres acompañarlo, mientras Joseph y yo le quitamos a Neville el resto de la ropa y le ponemos una camisa de dormir?

—No —dijo Lily—, me quedo.

—Lily, cariño...

—Me quedo —repitió.

Neville dedujo que fue Elizabeth quien acompañó al médico. Para él, siguieron

unos minutos de pesadilla —que más le parecieron horas— mientras Lily y su primo lo desnudaban y, no sabía cómo, lo metían, incluyendo el hombro herido, en la camisa de dormir de alguien y lo levantaban de la cama, para poder quitar las toallas en las que había estado echado y apartar la ropa de la cama. Luego vino toda la dificultad de volverlo a acostar. Había sufrido su ración de heridas durante la guerra. Cada vez, descubría que no se acordaba de la agonía física en toda su extensión.

Oía la aspereza de su propia respiración. Pensó que, si se concentraba en su ritmo, podría imponer cierto control en la situación.

—No tendríamos que haberlo echado de espaldas. —Era Joseph el que hablaba.

—No. —Ahora era Lily—. Así estará mejor. Neville, tienes que tomarte el láudano que ha dejado el médico.

—Vete al infierno —exclamó, y abrió los ojos de golpe—. Te ruego que me perdones.

Los labios de Lily temblaban en una sonrisa.

—Te sostendré la cabeza —dijo.

Siempre se había opuesto a tomar medicamentos de cualquier clase. Pero se tragó, dócilmente, la dosis completa de láudano, como castigo por lo que le había dicho.

Después, todo se convirtió en una mezcla borrosa de dolor y bendita confusión. Le pareció que Elizabeth y Portfrey estaban en la habitación, aunque no abrió los ojos para verlos ni prestó atención al informe de que no se había encontrado ni rastro de cualquier personaje sospechoso con un arma. Y luego, en la estancia, solo estaban Elizabeth y Lily, discutiendo sobre cuál de las dos se quedaría con él por la noche. Por lo menos Elizabeth discutía; ella se encargaría de hacer la primera guardia y el ama de llaves, la segunda; decía que era indecoroso que Lily se quedara a solas con él, en el dormitorio. Si hubiera conseguido salir de la profundidad en que estaba, habría pensado que aquel argumento era decididamente cómico. Elizabeth insistía en que Lily acabaría agotada, que estaba demasiado involucrada emocionalmente para ser una buena enfermera; que era de esperar que se produjera una fiebre alta y que, entonces, sería esencial tener calma y cierta distancia.

Lily no rebatió aquellas razones; sencillamente se negó a marcharse.

Neville se iba hundiendo rápidamente en el letargo cuando se quedaron solos, pero abrió los ojos para confirmar su impresión de que lo estaban. Ella estaba de pie, junto a la cama, mirándolo. Todavía llevaba el elegante traje de noche de seda y gasa doradas que vestía en Vauxhall.

—No vas a estar sentada junto a la cama toda la noche, mientras yo duermo —le dijo y, a sus propios oídos, le sonó como si arrastrara las palabras—. Si tienes intención de quedarte, quítate ese vestido y échate a mi lado. Después de todo, eres mi esposa.

—Sí —respondió ella, pero la mente de Neville no estaba lo bastante centrada como para comprender que ella aceptaba.

El dolor se había localizado y convertido en un sordo latido en el hombro. Notaba la lengua pastosa. Su respiración se hizo más profunda. Había un calor

nuevo a su lado izquierdo y la pequeña mano de alguien, dentro de la suya.

Lily se despertó justo cuando la primera luz del día empezaba a agrisar la habitación, una habitación desconocida. Notaba como si hubiera un fuego ardiendo cerca de su costado derecho. Alguien estaba hablando.

Neville estaba pidiéndole disculpas a Lauren. Luego, le decía al sargento Doyle, con un vocabulario asombrosamente blasfemo lo condenadamente estúpido que había sido al ponerse en el camino de una bala destinada a otro. Después, daba instrucciones a toda una compañía para que se quedaran donde estaban en el paso, sin hacer caso del mortal fuego que los franceses disparaban desde las colinas a ambos lados y que buscaran los documentos de su matrimonio hasta que los encontraran. A continuación, le decía a alguien más que, por todos los infiernos, iba a conseguir estar solo con Lily en Vauxhall y que Elizabeth haría mejor en no tratar de impedírselo.

Tenía una fiebre altísima, deliraba.

Lily le había abierto la camisa de dormir y lo estaba bañando con agua fría, cuando llegó Elizabeth. Pero aparte de enarcar las cejas al ver que Lily solo llevaba las enaguas y mirar al lado izquierdo de la cama, donde estaba claro que alguien había dormido, no hizo ningún comentario. Tranquilamente, empezó a ayudar a Lily. Le dijo que había cancelado todas sus lecciones hasta nuevo aviso.

Lily se negó, tercamente, a dejar la habitación hasta última hora de la tarde. Sabía por experiencia que morían muchos más hombres debido a las fiebres que seguían a la cirugía que de las propias heridas. Una bala en el hombro no debía ser una herida mortal, pero la fiebre podía matarlo. No lo dejaría. Lo cuidaría hasta que recuperara la salud o estaría a su lado cuando muriera.

Pero Elizabeth tenía razón; era difícil cuidar a un hombre cuando tenías una relación sentimental con él. Cuando lo amabas tan profundamente que sabías que su muerte dejaría un enorme vacío en tu propia vida, un vacío que nunca volvería a llenarse. Cuando sabías que había recibido la bala destinada a ti. Y cuando no comprendías por qué había pasado aquello.

Nunca le había dicho que lo amaba; por lo menos no desde su noche de bodas. Ahora podía ser demasiado tarde. Se lo podía decir una docena de veces durante el día —y se lo dijo—, pero él no podía entenderlo.

Nunca le había dicho que, hasta el día de su muerte, lo consideraría su esposo, sin importar lo que la Iglesia y el Estado tuvieran que decir en sentido contrario; que siempre había sido fiel a su matrimonio, sin vacilar en ningún momento.

Al final de la mañana, Neville la cogió por la muñeca, con una mano caliente, haciéndole daño.

—Tendría que haber hecho que ella viniera conmigo a la cabeza del grupo, ¿no es verdad? —le preguntó, con ojos febriles—. No debería haber confiado su seguridad a otros hombres, en el centro. Nunca debería haberlo hecho. Debería haber muerto protegiéndola.

—Hiciste todo lo que pudiste, Neville —le dijo, acercándose a él—. Es lo máximo que cualquiera puede hacer.

—Podría haberla salvado —insistió— de... ¿Crees que es un destino peor que la muerte? Ojalá hubiera muerto para salvarla de aquello.

—Nada es peor que la muerte —respondió ella—. A este lado de la tumba siempre hay esperanza. Mientras siguiera viva, podía soñar en volver a ti. Te amaba. Siempre te he amado.

—No debes decir eso, Lauren —replicó él—. Por favor, no lo digas, querida.

Finalmente, a última hora de la tarde, Elizabeth la convenció para que volviera a su habitación, con la promesa de no discutir cuando Lily quisiera quedarse otra vez por la noche. Le dijo que Dolly la estaba esperando y amenazaba con venir y llevarse a su señora a rastras, si era necesario. Tenía un baño caliente y una cama esperándola.

—Haré que te despierten, si hay algún cambio —le prometió—. Es muy fuerte, Lily. Saldrá de esta.

De haberse tratado de cualquier otro que no fuera Neville, Lily habría sabido que Elizabeth decía la verdad, pero deseaba tan desesperadamente que viviera que le costaba convencerse de que lo conseguiría.

Se sorprendió al dormir profundamente y sin soñar durante cuatro horas. Cuando llamó a Dolly, esta la informó de que su señoría el duque de Portfrey solicitaba que le dedicara unos minutos de su tiempo en el saloncito, antes de ir a ver al enfermo.

Lily había apartado, con mucha firmeza, de su mente cualquier pensamiento sobre lo que había sucedido en Vauxhall. Por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo, pero se había negado a darle vueltas a aquel aterrador misterio. No podía permitírselo. Necesitaba toda su fuerza emocional para Neville. Pero el terror volvió arrasador cuando supo que el duque estaba abajo y, con él, el recuerdo de que él había aparecido súbitamente en Vauxhall entre el momento en que ella y los demás se habían ido de paseo y el momento de su regreso. Y vestía una larga capa negra con capucha.

De todos modos, bajó al saloncito.

Él se apresuró a ir hasta ella, tendiéndole las dos manos.

—Lily, querida —exclamó, y su atractivo rostro mostraba una enorme preocupación.

Lily se apoyó en la puerta y se aferró al pomo con las dos manos detrás de ella.

Él dejó caer los brazos y se detuvo a pocos pasos de ella.

—No conseguimos atraparlo —dijo—. Lo siento mucho. ¿Lo vio, Lily? ¿Pudo verlo bien? ¿Recuerda alguna otra cosa aparte de la capa oscura y la pistola?

—¿Fue usted? —preguntó ella, en un susurro.

Él se la quedó mirando, al parecer sin comprender.

—¿Cómo?

—¿Fue usted quien disparó contra Neville?—Ahora hablaba en voz alta.

Él no dijo nada durante un rato que pareció muy largo.

—¿Por qué piensa que fui yo? —le preguntó finalmente.

—Era usted en el paseo de los rododendros —afirmó ella—. ¿Fue usted en el bosque? ¿Y usted el que empujó la roca por encima del precipicio para matarme mientras estaba en las rocas al pie de la playa? ¿Fue usted el que intentó arrollarme con su caballo en Hyde Park? Sé que el blanco en Vauxhall era yo, no Neville. ¿Fue usted? —Curiosamente, se sentía muy calmada. Observó que al duque se le había demudado el color.

—¿Intentaron matarla en Newbury? —le preguntó— ¿Y en Hyde Park?

—Vi a alguien en el paseo de los rododendros —dijo—, de pie, quieto, buscándome. Yo estaba subida a un árbol. Y luego bajé por el sendero y allí estaba usted. ¿Por qué me quiere muerta?

Él cerró los ojos y se los cubrió con la mano.

—Solo hay una explicación —masculló. Volvió a abrir los ojos y la miró—. Pero ¿cómo diablos voy a demostrarlo? —Parpadeó y la miró más consciente de su presencia—. Lily, no fui yo. Lo juro. No le deseo ningún daño. Todo lo contrario. Si supiera... —Negó con la cabeza—. No tengo pruebas... de nada. Por favor, créame, no fui yo.

Y de repente, todas sus sospechas le parecieron ridículas. No podía imaginar por qué las había tenido. Pero también la idea de que alguien la quisiera muerta era ridícula. Y no se podía esperar que un posible asesino le confesara a su víctima que llevaba más de un mes acechándola.

—Por su propia paz mental, Lily —insistió el duque—, por favor, créame. Ah, Lily, si supiera lo mucho que la quiero.

Lily retrocedió horrorizada y se apoyó contra la puerta con tanta fuerza que el pomo se le clavó dolorosamente en la espalda. ¿Qué quería decir? ¿La quería? ¿De qué manera? Pero solo había una manera, claro. Sin embargo, era lo bastante mayor como para ser su padre. Y cortejaba a Elizabeth, ¿no?

Su señoría se pasó la mano por el cabello plateado y resopló.

—Perdóneme —pidió—, nunca había sido tan inepto. Vaya con Kilbourne, Lily, y pídale a Elizabeth que se reúna aquí conmigo, por favor. Y hágame el honor de confiar en mí, se lo ruego.

Lily no le respondió. Se volvió, abrió la puerta y salió corriendo. Tenía todas las razones del mundo para desconfiar de él; ahora más que nunca. ¿Qué había querido decir con que la quería? Y sin embargo, cuando le había rogado que confiara en él, se había sentido inclinada a hacerlo.

Cuando abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras. No estaba seguro de que fuera la misma noche en que le habían sacado la bala del hombro. Se inclinaba a pensar que no lo era. Se sentía débil y tenía el hombro rígido y le dolía más que todos los tormentos del infierno juntos. Volvió la cabeza e hizo un gesto de dolor. Ella estaba echada a su lado, con la cabeza vuelta hacia él y los ojos abiertos.

—Si estoy soñando —le pidió, sonriéndole—, no me lo digas.

—La fiebre ha cedido hace un par de horas —le dijo ella—. Has estado durmiendo, pero ahora ya estás despierto. ¿Tienes hambre?

—Sed.

Cuando se levantó de la cama y fue al otro lado de la habitación para traerle un vaso de agua, vio que solo llevaba unas finas enaguas. Ella sostuvo el vaso, mientras él se incorporaba. Le costó un poco conseguirlo; había rechazado su ayuda. Pero ella le colocó un montón de almohadas detrás de la espalda, después de que él cogiera el vaso, y, cuando acabó de beber, él se recostó, vacilante, en ellas.

—La vida civil te vuelve blando, Lily —dijo—. Si esto hubiera pasado en la península, a estas alturas ya habría vuelto al campo de batalla.

—Lo sé —respondió ella.

Él dio unos golpecitos en la cama, a su lado, y le cogió la mano cuando se sentó.

—Supongo —dijo— que no han atrapado a nadie.

Ella negó con la cabeza.

—No debes estar asustada —le aseguró, aunque no podía imaginarse a Lily acobardada con un terror prolongado—. Fue uno de esos actos de violencia, casuales y sin sentido que siempre parecen sucederles a otras personas. Era algún demente o, quizá, aquella noche le había pasado algo que le había hecho odiar al mundo entero y nosotros estábamos en su línea de fuego. No volverá a suceder.

—Ha sucedido antes —dijo ella.

No la malinterpretó ni por un momento. Notó que se quedaba helado. Se dio cuenta de que, ni por asomo, se había creído su propia explicación. Era solo que no tenía nada más que ofrecerle. ¿Por qué querría nadie matarlo a él o a Lily?

—¿Alguien ha disparado contra ti antes? —La propia idea era demasiado extraña.

Ella negó con la cabeza.

—No fue un disparo —dijo, y procedió a contarle la vaga visión de una figura con una capa oscura que había tenido en el paseo de los rododendros y la sensación que tuvo en el bosque de volver a ver a alguien envuelto en una capa. Le habló de la roca que cayó del acantilado, mientras ella trepaba por las rocas al pie. Le contó lo cerca que había estado de la muerte en Hyde Park.

—Alguien me quiere muerta —afirmó.

—¿Por qué? —preguntó él, frunciendo el ceño. Le gustaría no sentirse tan condenadamente débil. Deseaba que su cerebro no funcionara tan lentamente.

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto negativo con la cabeza.

Alguien quería a Lily muerta y casi había conseguido su propósito en tres ocasiones diferentes, una de ellas en Newbury.

Tiró de ella de repente, sin casi darse cuenta del agudo dolor de su hombro. La atrajo, haciéndola caer, a medias, encima de él y la rodeó con los brazos, mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro izquierdo.

—No —dijo, casi como si por su sola voluntad pudiera protegerla—. No va a suceder, Lily. Te juro que no. No conseguí salvarte una vez. No volverá a suceder.

—Debes olvidar aquella emboscada en Portugal —le pidió ella, acariciándole la

mejilla—. Me salvaste la vida en Vauxhall. Tienes que hacer borrón y cuenta nueva.

—Nadie va a hacerte daño —le aseguró—. Te doy mi palabra. —Qué ridícula era la palabra de un hombre que ni siquiera sabía que habían amenazado su vida y que casi la había perdido una vez, y dentro de sus propiedades.

Ella lo besó en la mejilla.

—Debes descansar —dijo—, o te volverá la fiebre.

—Pues échate conmigo. —pidió—. No quiero perderte de vista.

Ella dio la vuelta a la cama y se echó junto a él, debajo del cobertor.

—Descansa —le rogó—. No tendría que haberte dicho nada hasta que hubieras recuperado las fuerzas.

Él le cogió la mano y volvió la cabeza para mirarla.

—Déjame que te haga el amor.

Ella vaciló, pero negó con la cabeza.

—No. Todavía no, Neville. No es el momento oportuno.

Él observó que volvía a llamarlo Neville y, aunque había dicho que no, había añadido, «todavía no». Cerró los ojos y sonrió. ¿De dónde diablos habría sacado las fuerzas si ella hubiera dicho que sí?

—Además —añadió ella—, todavía estás demasiado débil.

—Grrr —gruñó, sin abrir los ojos.

Ella se rió bajito.

Debía de haber gastado mucha energía cuidándolo. Y pese a toda su calma exterior, debía de estar agotada por la ansiedad. A los pocos minutos, se había quedado dormida.

Neville siguió echado a su lado, con la mirada clavada en el techo. Alguien quería a Lily muerta. No tenía sentido. ¿Por qué? ¿Qué motivos podía tener nadie? ¿Quién podía tener alguna razón para odiarla? Por mucho que lo intentaba, solo se le ocurrían Lauren o Gwen. Y la clase de resentimiento que cualquiera de las dos podía sentir no era de la que lleva al asesinato. Además, estaban muy lejos de allí. Gwen, en Newbury y Lauren, en casa de su abuelo. Su madre le había escrito diciéndole que la joven había decidido marcharse de improviso, poco después de que él partiera para Londres, pero se había negado a aceptar compañía para el viaje.

¿Quién más había?

No había nadie más.

¿Qué tenía Lily que alguien pudiera desear? Lily no tenía nada. Su guardapelo era lo único de algún valor que poseía y a nadie se le ocurriría matarla por un guardapelo de oro, cuando casi todas las mansiones de Mayfair debían de estar llenas de joyas mucho más valiosas. Además, hasta la noche de Vauxhall, no lo había llevado puesto. Quizá hubiera dinero para ella en el petate de Doyle, pero tampoco habría sido una suma como para matar a nadie. Por otro lado, habían quemado todo lo que éste contenía.

Por alguna razón, su mente se quedó fija en esa idea. Tal vez porque no se le ocurrían otras.

¿Era posible que Bessie Doyle hubiera quemado el contenido del petate sin ver

primero qué era? Si había algo de valor, ¿no lo habría guardado? ¿Se había quedado algo, además de la propia bolsa? No obstante, parecía una mujer honrada. No le había dado la impresión de que ocultara algo; seguía sin creerlo.

La mujer no estaba en casa cuando llegó el paquete. Era de presumir que fuera su esposo quien lo recibiera. Había muerto en un accidente antes de que ella volviera a casa, dejando el petate y su contenido tirado por el suelo, en un rincón.

Casi como si él —o alguna otra persona— hubieran estado buscando algo.

Sin comprender la razón, Neville sintió un escalofrío y una sensación de inquietud.

El sargento Doyle había tratado de decirle algo antes de morir. Algo que debía de haberle dicho a Lily y a alguien más. Algo sobre el petate que había dejado en la base. Le había dicho a Lily, repetidas veces, que había algo para ella en la bolsa. ¿Era posible que William Doyle hubiera averiguado qué era?

¿Y lo hubieran matado como consecuencia?

Pero ya no había medio de averiguar la respuesta.

Neville se dijo, impaciente, que todo aquello era ridículo. Si seguía así, acabaría escribiendo novelas góticas. Pero también resultaba ridículo que hubieran atentado contra la vida de Lily tres veces.

Y luego, de repente, como salido de la nada, le vino a la mente algo, un detalle al que no había prestado mucha atención en su momento. Bessie Doyle le dijo que había llegado una carta, informándolos de la muerte del sargento Doyle. Y William, que no sabía leer, se la había llevado al vicario para que se la leyera. Si en el propio petate había una carta o un paquete con algo escrito, ¿también se lo habría llevado al vicario?

Neville se dijo de nuevo que todo aquello era ridículo.

Alguien quería a Lily muerta. Nada tenía menos sentido que aquello. Pero, de alguna manera, en algún lugar, debía de haber una respuesta.

Entonces supo qué iba a tener que hacer.

Cerró la mano, con un gesto más protector, sobre la de Lily.

Iba a tener que salvarla. Aunque le costara la vida, aunque le costara perderla, la salvaría del terror y la muerte. No dejaría de buscar hasta que encontrara y destruyera cualquier cosa —o a cualquier persona— que la amenazara.

Capítulo 23

Lily se sentía deprimida. Neville se había recuperado rápidamente, una vez desaparecida la fiebre, como era de esperar en un soldado veterano, y había regresado a su casa dos días después. Al día siguiente, había pasado a verlas, pero solo un momento, para anunciar que dejaba la ciudad durante unos días. No había explicado adonde iba ni cuándo pensaba volver, si es que volvía. Sus modales eran bruscos e impersonales, aunque le había cogido las manos a Lily al despedirse. Elizabeth también estaba presente.

—Lily —dijo—, por favor, prométeme que no saldrás de casa sola y que no abandonarás ninguna estancia de cualquier casa en que estés, excepto esta, sin compañía.

Esperó la respuesta. A Lily no le pareció un momento oportuno para afirmar su independencia. De todos modos, habría hecho lo que él le pedía, incluso si no se lo hubiera pedido.

—Te lo prometo.

Él le apretó las manos, vaciló un momento y continuó:

—Cuando salgas de casa, quizá te parezca que te vigilan y te siguen. No debes alarmarte, aunque tendrás razón. Habrá más de una persona vigilándote por tu seguridad.

Lily se sorprendió, pero no discutió. Ya no era posible convencerse de que había imaginado cualquiera de los ataques contra su vida. Y él se había ganado el derecho —con una bala en el hombro— de mostrar una activa preocupación por su seguridad.

Desde entonces, había ido dos veces a dar un paseo por el parque, en coche, con Elizabeth y el duque de Portfrey, a la hora en que iba todo el mundo, y había asistido a una cena privada en casa del duque de Anburey y a una velada selecta en casa de una de las amigas de Elizabeth; una señora con fama de ser una intelectual. Y había reanudado sus clases.

Se había lanzado a sus estudios con una enorme energía y determinación. Por fin parecía haber dejado atrás aquel estancamiento frustrante y veía que avanzaba en casi todos los conocimientos, excepto el bordado.

Pero estaba deprimida. No se habían hecho progresos para aprehender al hombre que había tratado de matarla en tres ocasiones diferentes. Ella había guardado silencio sobre sus propias sospechas sin fundamento. No había ningún indicio, ninguna pista. Pero, entretanto, se sentía como si viviera enjaulada. No podía ir sola a ningún sitio, aunque hacía un tiempo maravilloso y las primeras horas de la mañana la llamaban con una invitación casi irresistible. Además, incluso cuando

estaba en casa, sentía la presencia de sus guardianes.

Tenía los nervios a flor de piel. Elizabeth comentó, de pasada, que se alegraba de saber que Lauren iba a pasar una temporada en casa de su abuelo, en Yorkshire. Dijo que un cambio de ambiente le sería beneficioso.

¿Por qué se había marchado?

—¿Ha ido Gwendoline con ella? —preguntó Lily.

Pero Lauren había decidido ir sola. Lily no pudo evitar preguntarse si de verdad había ido a Yorkshire. Pero era absurdo. Aunque montaba a caballo, Lauren no era del tipo para galopar a horcajadas por encima de la hierba en Hyde Park. Y tampoco era fácil imaginársela apuntando y disparando una pistola. Ni haciendo caer una roca desde lo alto de un acantilado. Pero, así y todo...

Lo peor de todo era que Neville se había ido, justo cuando Lily pensaba que la cortejaba de nuevo y que estaba a punto de declararse. Se esforzaba por no pensar en él. Tenía que vivir su vida. Pero esa vida era muy triste en estos momentos. Esperaba con ilusión la fiesta que Elizabeth llevaba varias semanas preparando. Se esperaba que habría mucha gente. La fama de Lily había alcanzado nuevas cumbres después del incidente de Vauxhall. Además, las invitaciones a las selectas fiestas de Elizabeth eran muy codiciadas.

Lily se vistió cuidadosamente para la ocasión. Tenía la intención de divertirse y de desempeñarse bien. Iba a actuar como anfitriona, ya que vivía allí, y era una aventura totalmente nueva para ella.

—¿Qué te parece, Dolly? —le preguntó a la doncella antes de bajar—. ¿Estoy guapa o estoy guapa? —Hizo una pirueta, grácilmente, con los brazos a los lados.

—Bueno, no sé cuál de las dos palabras la describirían mejor, milady —respondió Dolly, ladeando la cabeza, con un dedo apoyado en la barbilla. Dolly nunca había dejado de dirigirse a ella como si fuera una condesa—. Si quiere saberlo, y está claro que eso es lo que quiere, yo le diría que está guapa.

Las dos se echaron a reír, divertidas por aquel chiste tan malo.

—Siempre está encantadora cuando va de blanco —continuó Dolly—. Muchas señoras matarían por todo ese precioso encaje. Sin embargo, necesita alguna joya.

—¿Y qué me pongo: los diamantes o los rubíes?

Volvieron a reírse, las dos a la vez, y Lily sacó su guardapelo del cajón junto a la cama. No lo había llevado desde Vauxhall; aquella ocasión especial que tan mal había acabado. Pero no iba a ser supersticiosa. Se llevó la mano al colgante, después de que Dolly se lo abrochara en la nuca. Cerró los ojos por un momento y pensó que él había tenido razón, que el guardapelo hacía que sintiera más cerca a su padre y le recordaba a su madre. Pero sobre todo, hacía que pensara en él, en el día que la acompañó al joyero para que le repararan la cadena y pudiera volver a ponérselo.

—Volverá, milady —dijo Dolly.

Lily la miró, sobresaltada. Su doncella asentía sabiamente.

—Cielos —mintió Lily—, ni siquiera pensaba en él, Dolly.

—Entonces ¿cómo sabe que hablaba de él? —preguntó Dolly, con descaro, y luego se echó a reír con toda su alma.

Lily seguía sonriendo mientras bajaba las escaleras. Los invitados empezaron a llegar de inmediato y ya no tuvo tiempo para seguir pensando ni dándole la vuelta a las cosas. Se concentró en su postura y sus sonrisas, en escuchar y decir lo adecuado. Estaba descubriendo que, después de todo, no era tan difícil mezclarse con la gente bien. Y la mayoría de las personas eran amables con ella.

Alrededor de una hora más tarde, estaba en la biblioteca con Elizabeth, el marqués de Attingsborough y otros dos caballeros. El señor Wylie le había preguntado antes si se había suscrito a alguna de las bibliotecas y el marqués le había informado de que la señorita Doyle no sabía leer, pero que no se lo tenían en cuenta porque era, sin ninguna duda, una de las jóvenes más encantadoras de la ciudad. Lily fue lo bastante insensata para protestar, indignada, diciendo que claro que sabía leer, por supuesto.

Joseph le había sonreído.

—¿Sabes, Lily? —dijo—, la gente que dice mentirillillas, cuando muere, va directamente al infierno.

—¿No me crees? Bien, pues te lo demostraré —respondió ella.

Esa era la razón de que estuvieran en la biblioteca. Lily había desafiado al marqués a coger cualquier libro, de cualquier estante, y ella leería la primera frase en voz alta.

—¿Tienes algún libro de sermones por aquí, Elizabeth? —preguntó el marqués, mirando en los estantes.

—De verdad —le dijo el señor Wylie a Lily—, yo acepto su palabra, señorita Doyle. Estoy seguro de que lee muy bien. Y no veo que importe si no lo hace. Lo pregunté solo por conversar.

Lily le sonrió.

—La galantería para con las damas —comentó Elizabeth— no ha sido nunca el punto fuerte de Joseph, señor Wylie. Joseph, no hay sermones. Ya oigo los suficientes los domingos, en la iglesia.

—Qué lástima —murmuró él—. Ah, este servirá: *El Progreso del Peregrino.* —Hizo mucho teatro al sacar del estante el volumen encuadernado en piel y abrirlo por la primera página, antes de entregárselo a Lily.

Ella se reía y se sentía terriblemente turbada al mismo tiempo. Y se sintió todavía más violenta cuando alguien más apareció en la puerta y vio que era el duque de Portfrey. Seguramente, acababa de llegar y venía a presentar sus respetos a Elizabeth.

—Ah, Lyndon —explicó esta—, Joseph ha insultado a Lily afirmando que es analfabeta. Y ella está a punto de demostrarle que está equivocado.

El duque sonrió y se quedó donde estaba, junto a la puerta, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Tendríamos que haber apostado algo, Attingsborough —dijo—. Estaría a punto de aligerarte de una pequeña fortuna.

—Oh, Dios mío —dijo Lily—. Todavía no leo muy bien. Quizá no consiga descifrar todas las palabras. —Inclinó la cabeza y vio, con alivio, que la primera frase

no era muy larga y tampoco parecía contener muchas palabras largas.

—«Mientras vagaba por los lugares des... desiertos de este mundo —leyó, con voz monocorde y vacilante—, llegué a cierto lugar, donde había una cueva y me refugié en ella para dormir; y mi... en... tras dormía, tuve un sueño.» —Levantó los ojos, con una sonrisa triunfal y bajó el libro.

Los caballeros aplaudieron y el marqués silbó.

—Bravo, Lily —dijo—. Tal vez todavía vayas al cielo. Mis más humildes, abyectas disculpas. —Le cogió el libro de las manos y lo cerró con gran ceremonia.

Lily miró hacia el duque de Portfrey, que había dado un par de pasos hacia ella. Pero la sonrisa murió en sus labios. Él la estaba mirando fijamente, con la cara muy pálida. Todos parecieron darse cuenta al mismo tiempo. Se hizo un extraño silencio en la estancia.

—Lily —dijo el duque, con un áspero susurro—, ¿de dónde ha sacado ese guardapelo?

Lily alzó la mano y lo tapó, protegiéndolo.

—Es mío —dijo—. Mis padres me lo dieron.

—¿Cuándo? —preguntó él de nuevo.

—Lo tengo desde siempre —respondió ella—, desde que puedo recordar. Es mío. —Estaba nuevamente asustada. Aferró con fuerza el guardapelo.

—Déjeme verlo —le ordenó él. Se había acercado hasta estar solo a la distancia de un brazo.

Ella apretó todavía más el guardapelo.

—Lyndon... —empezó Elizabeth.

—¡Déjeme verlo!

Lily apartó la mano y él se quedó mirando fijamente el guardapelo, todavía más pálido, si eso era posible. Parecía a punto de desmayarse.

—Tiene una F y una L entrelazadas —dijo—. Ábralo. ¿Qué hay dentro?

—Lyndon, ¿qué es todo esto? —Elizabeth parecía irritada.

—¡Ábralo! —Su excelencia no le hacía ningún caso.

Lily negó con la cabeza, muerta de miedo, aunque había otras cuatro personas en la habitación, además de ellos dos. El duque de Portfrey parecía no darse cuenta de su presencia, hasta que, de repente, apartó los ojos del guardapelo y se pasó la mano por la cara. Luego, mientras todos lo miraban en silencio, se aflojó el corbatín lo suficiente para poder meter la mano dentro de la camisa y sacar una cadena de oro, con un guardapelo idéntico al que llevaba Lily.

—Solo había dos —explicó—. Los hice hacer expresamente. ¿Hay algo dentro del suyo, Lily?

Ella negaba con la cabeza.

—Mi padre me lo dio —dijo—. No era un ladrón.

—No, no —respondió él—. No, estoy completamente seguro de que no lo era. ¿Hay algo dentro?

Ella volvió a negar con la cabeza y dio un paso atrás, apartándose de él.

—Está vacío —afirmó—. El guardapelo es mío. No me lo puede quitar. No se lo

permitiré.

Elizabeth había acudido a su lado y estaba junto a ella.

—Lyndon —dijo—, estás asustando a Lily. Pero ¿qué significa todo esto? ¿Hiciste hacer dos guardapelos idénticos especialmente?

—La L significa Lyndon —explicó—. La F significa Frances. Mi esposa. Tu madre, Lily.

Lily lo miró, sin entender.

—Eres Lily Montague —continuó el duque, mirándola—. Mi hija.

Lily movió la cabeza, negando. Le zumbaban los oídos.

—Lyndon... —Era la voz de Elizabeth—. No puedes dar eso por sentado. Tal vez...

—Lo he sabido —prosiguió él— desde el momento en que la vi en la iglesia de Newbury. Aparte de los ojos azules, Lily tiene un parecido asombroso con Frances, con su madre.

—¡Cuidado! ¡La señorita Doyle! —exclamó uno de los caballeros, pero sus palabras eran innecesarias.

El duque de Portfrey avanzó y la cogió en sus brazos. Lily, solo medio consciente, veía que su guardapelo —no, el de él— se balanceaba delante de sus ojos.

La depositó en el sofá y le masajeó las manos, mientras Elizabeth le colocaba un almohadón bajo la cabeza.

—No tenía ninguna prueba, Lily —dijo su excelencia—, hasta ahora. Sabía que debías existir, aunque tampoco de eso tenía pruebas. Pero no lograba encontrarte. Nunca he dejado de buscarte. Nunca he podido seguir adelante con mi vida, por completo. Y entonces, tú entraste en aquella iglesia.

Lily volvía la cabeza de un lado para otro en el cojín. Se esforzaba por no escuchar.

—Lyndon —pidió Elizabeth, en voz baja—, ve más despacio. Yo misma estoy a punto de desmayarme. Imagina cómo debe de sentirse Lily.

Él miró a Elizabeth y luego alrededor,

—Sí — dijo ella—, los otros caballeros han tenido la delicadeza de marcharse. Lily, cariño, no tengas miedo. Nadie va a quitarte nada... ni a nadie.

—Mamá y papá son mi madre y mi padre —susurró Lily.

Elizabeth la besó en la frente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una nueva voz, enérgica, desde la puerta—. Acabo de llegar y, nada más entrar, Joseph me ha dicho que viniera aquí enseguida. ¿Lily?

Ella soltó un gemido y se puso de pie, tambaleándose. Estaba en sus brazos, antes de poder dar ni un paso; rodeada apretadamente por ellos, con la cara contra su cuello.

—Soy yo el que la ha disgustado, Kilbourne —dijo el duque de Portfrey—. Le acabo de decir que es mi hija.

Lily se acurrucó con más fuerza en su calidez y seguridad.

—Ah, sí —afirmó Neville, con voz tranquila—. Sí, lo es.

—La carta iba dirigida a lady Francés Lilian Montague —explicó Neville—, pero alguien había escrito debajo, con una letra diferente, o eso me aseguró el vicario, «Lily Doyle».

Estaba sentado en el sofá, junto a Lily, la mano de ella en la suya y su cabeza apoyada en el hombro. Ella tenía la mirada fija en su otra mano, que descansaba en su falda. No mostraba ningún interés visible en la conversación. El duque de Portfrey había ido al otro lado de la sala y vuelto con un vaso de brandy, que le había tendido en silencio. Ella lo había rechazado con un gesto de la cabeza. Él lo había dejado encima de la mesa y había acercado una silla para poder sentarse delante de ella. La estaba mirando fijamente, devorándola con los ojos. Elizabeth caminaba arriba y debajo de la estancia.

—Ojalá supiéramos lo que decía en la carta —dijo su excelencia, con tono nostálgico.

—Lo sabemos. —Neville consiguió que los ojos del duque se apartaran de Lily por un momento—. La carta iba dirigida a Lily Doyle. William Doyle era su pariente más cercano, aunque desconocía su existencia. El vicario abrió la carta y se la leyó.

—¿Y recuerda el contenido? —preguntó el duque, ansiosamente.

—Mejor todavía —dijo Neville—. Hizo una copia. Después de leerla, le aconsejó a William Doyle que la llevara a Nuttall Grange, al barón Onslow, el abuelo de Lily. Pero creía que William también tenía derecho a conservar una copia. Parecía pensar que los Doyle quizá desearan reclamar algún tipo de compensación por los años de cuidados que Thomas Doyle le había proporcionado a Lily.

Lily estaba plegando el caro encaje del vestido entre los dedos. Era como una niña, sentada en silencio, escuchando mientras los adultos hablan.

—¿Tiene la copia? —preguntó el duque, con la voz tensa.

Neville la sacó del bolsillo y se la tendió, sin decir palabra. Su excelencia la leyó en silencio.

—Lady Lyndon Montague informaba a su padre de que iba a quedarse con una amiga enferma durante un par de meses —dijo Neville, al cabo de unos momentos. Elizabeth había venido y se había sentado cerca—. En realidad fue a casa de su antigua doncella y del marido de esta (Beatrice y el soldado Thomas Doyle) para dar a luz a su hija.

Lily alisó los pliegues que había creado y, a continuación, volvió a empezar.

—Su boda con lord Lyndon Montague había sido secreta —siguió Neville— y los dos habían jurado no desvelarla hasta que él volviera de su destino en los Países Bajos. Pero lo enviaron a las Antillas con su regimiento y ella descubrió que estaba embarazada. Temía la ira de su propio padre tanto como la del padre de su esposo. Peor aún, tenía miedo de su primo, que la presionaba para que se casara con él y así poder heredar la propiedad, además del título, a la muerte de Onslow. Tenía miedo de lo que le pudiera hacer a ella y al niño, si descubría la verdad.

—¿El señor Dorsey? —preguntó Elizabeth.

—Ni más ni menos. —Su excelencia había doblado la carta y la sostenía encima de las rodillas. Volvía a contemplar a Lily—. Fuimos lo bastante tontos para creer que nuestro matrimonio la protegería de él. Fue todo lo contrario, claro.

—Ella temía volver a casa, llevando a la niña con ella —dijo Neville—. Esperaba que su esposo volviera de las Antillas; le había escrito diciéndole que estaba en estado. Mientras tanto, dejó a la niña a cargo de los Doyle. Debía de tener la intención de escribir de nuevo a su esposo una vez en casa. Pero él era un oficial y, por ello, siempre en peligro de muerte. Y también ella debía de temer por su vida. Así que dejó el guardapelo con el bebé y una carta que debía serle entregada a su esposo cuando regresara o a su hija en caso de que ninguno de los dos volviera a buscarla.

—Siempre sospeché —intervino el duque— que su muerte no fue un accidente. Sospechaba que Dorsey la había matado. Es verdad que ella me había escrito diciéndome que esperaba un hijo, pero si escribió otra carta, no la recibí. Cuando murió, no estaba embarazada y nadie sabía nada de que hubiera dado a luz recientemente. Pensé que, cuando escribió la primera carta, quizá estuviera equivocada o que, tal vez, hubiera sufrido un aborto. Pero, de alguna manera, siempre he sabido que había un niño, que había alguien en este mundo que era mi hijo o mi hija. Exploré todas las posibilidades que se me ocurrieron, pero no pensé en Beatrice Doyle.

—Lyndon—preguntó Elizabeth—, entonces ¿es el señor Dorsey quien ha tratado de matar a Lily? Pero no puede ser. No puedo creer una cosa así de él.

—Onslow está postrado en cama —respondió Neville—. Probablemente, fue en manos de Dorsey donde William Doyle puso la carta. Debió de descubrir la verdad entonces, pero no debió de parecerle muy grave porque Lily había muerto. Sin embargo, me pregunto si la muerte de William Doyle fue un accidente. Quizá le hizo alguna torpe reclamación a Onslow por los años de cuidados proporcionados a su nieta. Es posible que el vicario de Leavenscourt tenga suerte de seguir con vida. Pero luego, claro, se produjo la súbita aparición de Lily en Newbury. Dorsey también estaba en la iglesia. Vio lo mismo que Portfrey y debió de comprender la verdad de inmediato.

—Lily —dijo el duque de Portfrey, inclinándose hacia ella y cogiéndole la mano libre entre las suyas. La carta se deslizó y cayó al suelo—. Beatrice y Thomas Doyle fueron tu papá y tu mamá. Te dieron una familia y seguridad y una buena crianza y, estoy seguro, un cariño inusualmente profundo. Nadie, y yo menos que nadie, va a intentar nunca eliminarlos de tu vida. Siempre serán tus padres.

Ella cobijó la cara en el brazo de Neville, pero él vio que había alzado los ojos para mirar a Portfrey.

—Nos queríamos, Lily —siguió diciendo el duque—. Tu m... Frances y yo. Fuiste concebida con amor. Te habríamos prodigado nuestro cariño si.... —Respiró hondo y luego espiró lentamente—. Ella te quería tanto como para abandonarte temporalmente, por tu propia seguridad. Durante veinte años nunca he conseguido del todo dejar que ella descansara ni olvidar la posibilidad de que existieras. No te abandonamos, Lily. Si puedes pensar que ella, Frances, mi esposa, era tu madre, si no

tu mamá... Si pudieras pensar en mí como tu padre... No quiero ser un rival de tu papá. Eso nunca. Pero, permíteme... —Se llevó la mano de Lily a los labios y luego la soltó y se puso bruscamente en pie.

—¿Adonde vas? —preguntó Elizabeth.

—Lily está conmocionada —dijo— y yo no hago más que imponerle mis propias exigencias egoístas. Tengo que marcharme, Elizabeth. ¿Me disculpas? Vendré mañana, si me lo permites. Pero no debes tratar de obligar a Lily a recibirme. Cuídala.

—Excelencia... —Lily habló por primera vez desde que Neville entró en la estancia. Portfrey y Elizabeth se volvieron a mirarla—. Le recibiré mañana.

—Gracias. —No sonrió, pero volvió a mirarla como si quisiera devorarla. Se inclinó ceremoniosamente y se dirigió hacia la puerta.

—¿Puede esperarme, Portfrey? —preguntó Neville—. Estaré con usted en un minuto.

Su excelencia asintió y salió de la sala con Elizabeth.

Neville se levantó e hizo levantar a Lily. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él. Se preguntó qué sensación debía de producir descubrir, de repente, que tus queridos padres no lo eran en realidad. Trató de imaginarse a sí mismo en esa situación. Se sentiría sin raíces, sin sostén. Sentiría... miedo.

—Quiero que te olvides de la fiesta —le dijo— y que subas a tu habitación. Llama a Dolly y luego vete a la cama. Procura dormir. ¿Lo harás?

—Sí —respondió ella.

Le dolía verla tan apática, tan dispuesta a obedecer, igual que una niñita obediente. Era tan impropio de Lily... Pero Portfrey tenía razón; estaba en estado de choque. Le recordaba su estado en las horas que siguieron a la muerte de Doyle.

—Procura no pensar mucho esta noche —le aconsejó—. Mañana te sentirás mejor y serás más capaz de adaptarte a la nueva realidad. Estoy convencido de que, con el tiempo, comprenderás que no has perdido nada. Una cosa es, Lily, cuidar al hijo de tu propia semilla o de tu propio seno y otra querer y cuidar al hijo de otro hacia el cual, en realidad, no tienes ninguna responsabilidad. Esto es lo que tus padres hicieron por ti. No conocí a tu mamá, pero siempre me maravilló que un padre pudiera sentir un amor tan entregado, tan tierno por su hija como el que tu papá sentía por ti. No los has perdido. Solo has ganado a unas personas que te querrán y respetarán en el futuro y que no tendrán celos del pasado.

—Estoy muy cansada —dijo ella, y levantó la cara para mirarlo... una cara pálida, con unos ojos enormes—. No puedo pensar a derechas... ni siquiera con líneas torcidas.

—Lo sé. —Bajó la cabeza y la besó y ella suspiró, respondió a su beso y levantó los brazos para rodearle el cuello con ellos.

Neville la había echado terriblemente de menos durante su viaje a Leicestershire. Y había estado enfermo de preocupación por su seguridad; en especial después de leer la carta. Notar de nuevo su cuerpo menudo y bien formado apretado contra el suyo y sentir sus brazos alrededor del cuello y sus labios pegados a los

suyos despertó unos deseos que amenazaban con dominarlo. Pero ella no estaba en condiciones de entregarse a la pasión. Además, había un asunto de grave importancia al que había que atender esta noche... y Portfrey lo estaba esperando.

—Vete a la cama, mi amor —dijo, levantando la cabeza y cogiéndole la cara entre las manos—. Te veré mañana.

—Sí —contestó ella—. Mañana. A lo mejor, mañana me funciona la cabeza.

Capítulo 24

Lily se despertó de un profundo sueño cuando el primer sol de la mañana brillaba ya en su ventana. Apartó las mantas, saltó de la cama como solía hacer y se estiró. ¡Qué sueño tan extraño había tenido! Ni siquiera podía recordarlo, pero sabía que había sido singular.

Se detuvo a medio estirarse.

Y recordó. No había sido un sueño.

No era Lily Doyle. Su papá no era su padre. Ella ni siquiera era Lily Wyatt, condesa de Kilbourne. Era lady Frances Lilian Montague, una completa extraña. Era hija del duque de Portfrey. Su abuelo era el barón Onslow.

Por un momento su cabeza amenazó con volver a refugiarse en la confusión de la noche pasada, pero no servía de nada hacerlo. Luchó contra el pánico.

¿Quién era ella?

Durante aquellos siete meses en España, se esforzó por conservar su identidad. No fue fácil. La despojaron de todo: su propia ropa, su guardapelo, su libertad, su propio cuerpo. Y sin embargo, se había aferrado al conocimiento básico de quién era; se había negado a ceder eso.

Ahora, esta mañana, ya no se conocía. ¿Quién era lady Frances Lilian Montague? ¿Cómo podía aquel hombre apuesto y austero —con unos ojos iguales a los suyos— ser su padre? ¿Cómo podía la mujer cuya inicial estaba enlazada con la de él en el guardapelo ser su madre?

Los habían separado, al duque que era su padre y a la mujer que era su madre, muy poco después de su boda. Lily sabía lo que era eso. Conocía el dolor de la nostalgia y la soledad que debió de sentir la mujer. Y se habían amado. La noche antes, el duque le había dicho a Lily que había sido concebida con amor. Se habían amado y se habían separado para siempre. Su hija se había quedado, para lo que se pensaba que sería poco tiempo, bajo la tutela de las personas que se convirtieron en los padres de Lily.

Mamá y papá, que la habían querido tanto como cualquier padre puede amar a un hijo.

La mujer, su madre, también debió de quererla. Lily imaginó cómo se habría sentido ella si hubiera tenido un hijo de Neville después de separarse. Ah, sí, su madre la había querido. Y durante veinte años, el duque, su padre, no había podido olvidarse de su esposa ni dejar de estar convencido de que, en algún sitio, ella, Lily, existía.

No quería ser lady Frances Lilian Montague. No quería que el duque de Portfrey fuera su padre. Quería que su papá fuera quien la había engendrado. Pero

todo era verdad, tanto si ella quería como si no. Y no podía menos de pensar que, mientras durante dieciocho años ella había tenido el mejor padre del mundo y durante tres, desde su muerte, había atesorado sus recuerdos de él, el duque había estado sin su propia hija, a lo largo de todo ese tiempo. Todos esos años, tan llenos de amor para ella, estuvieron vacíos para él.

Era su padre. Puso a prueba la idea en su cabeza, sin rehuirla. El duque de Portfrey era su padre. Y su papá siempre había querido que ella lo supiera. Su mamá y él le habían dado el guardapelo para que lo llevara toda la vida y su papá siempre había insistido en que, si él moría en batalla, debía llevar su petate a un oficial. No sabía por qué le había ocultado la verdad tanto tiempo ni por qué no había tratado de ponerse en contacto con el duque de Portfrey. Pero sí que lo sabía. Recordaba que su mamá la adoraba, que su papá actuaba como si el sol saliera y se pusiera alrededor de ella. Descubrieron que eran incapaces de entregarla a otro y, sin duda, encontraron todo tipo de buenas razones para no hacerlo. Papá tenía intención de decírselo cuando alcanzara la mayoría de edad. Estaba segura de que la tenía.

Lily decidió que nunca sabría con seguridad cuáles habían sido sus intenciones o motivos. Pero sí que sabía dos cosas. Su papá la quería y no pensaba mantener en secreto la verdad para siempre.

De repente, pensó que no estaba mal ser hija de un duque y nieta de un barón. Había soñado con ser la igual de Neville y había creído que, quizá, lo lograría en todo, menos en cuna y fortuna.

Sonrió un tanto lánguidamente.

Elizabeth estaba vestida y en el comedor antes que Lily; una ocurrencia inusual. Se levantó, cogió las manos de Lily y la besó en las dos mejillas, antes de mirarla inquisitivamente a la cara.

—Lily, ¿cómo estás, querida?

—Despierta, completamente despierta.

—¿Lo recibirás esta mañana? —preguntó Elizabeth, que parecía bastante preocupada—. No tienes que hacerlo, si no te sientes totalmente dispuesta.

—Lo recibiré —respondió Lily.

Él llegó una hora más tarde, cuando estaban sentadas en el saloncito, bordando— o fingiendo que bordaban. Entró en la estancia a grandes pasos, pisándole los talones al mayordomo, se inclinó y luego se quedó cerca de la puerta, como si, de repente, hubiera perdido toda su confianza.

—Por Dios, Lyndon —exclamó Elizabeth, corriendo junto a él—, ¿qué ha pasado?

—¿Un desgraciado choque contra una puerta? —dijo, pronunciando las palabras como si fueran una pregunta, como preguntando si estarían dispuestas a aceptar una mentira tan evidentemente ridícula. Tenía la cara llena de magulladuras y el ojo izquierdo enrojecido y morado en la parte de la sien.

—Se ha peleado con el señor Dorsey —dijo Lily, en voz baja.

Él se acercó unos pasos a ella.

—Desde hace un rato, ya no corres ningún peligro por su parte, Lily —dijo—.

Según creo, Kilbourne había hecho que te vigilaran de cerca y yo había hecho vigilar a Dorsey. Sabía que era él, ¿sabes?, pero no tuve pruebas de ello hasta anoche. No te volverá a molestar nunca más.

Lily se dijo que la noche anterior ya sabía por qué el duque y Neville se habían ido tan temprano. Pero su mente no había sido capaz de asumir aquella información ni ninguna otra cosa relacionada con aquel asunto.

—¿Está muerto? —preguntó.

Él inclinó la cabeza.

—¿Usted lo ha matado?

Él vaciló.

—Lo dejé inconsciente —dijo— en una pelea cuerpo a cuerpo. Kilbourne y yo estábamos de acuerdo en que, lamentándolo mucho, nuestra conciencia no nos permitía matarlo a sangre fría ni tampoco en un duelo a muerte, pero también estábamos de acuerdo en que le aplicaríamos un severo castigo antes de entregárselo a un agente de la ley y a un magistrado para que lo juzgara. Pero nos descuidamos y, antes de que se lo llevaran, se hizo con una pistola y me habría matado, si Kilbourne no le hubiera disparado primero.

Elizabeth se había llevado ambas manos a la boca.

Lily se limitó a mirar, con calma, al duque a los ojos y supo que había oído todo lo que él estaba dispuesto a decirle. Sabía que, aunque era probable que el señor Dorsey matara a su madre y al señor William Doyle y seguro que había intentado matarla tres veces y casi había matado a Neville, podría resultar difícil demostrar cualquiera de aquellos asesinatos o intentos de asesinato ante un tribunal. No estaba segura de si fue un descuido el que hubiera un arma al alcance del señor Dorsey. Tal vez, querían que él cogiera aquella arma. Tal vez, querían que tratara de usarla para tener así una excusa perfectamente justificada y poder dispararle en defensa propia.

Por supuesto, el propio duque no lo diría nunca. Ni Neville tampoco. Y ella nunca lo preguntaría. En realidad, no deseaba saberlo.

—Me alegro de que esté muerto —dijo, casi escandalizada al darse cuenta de que había dicho la verdad—. Gracias.

—Y eso es todo lo que tenemos que decir sobre el tema de Calvin Dorsey —dictaminó el duque—. Estás a salvo, Lily. Libre.

Ella asintió.

—Bien —dijo Elizabeth con tono enérgico—, tengo que reunirme con el ama de llaves. Hoy es el día que dedicamos a revisar las cuentas. ¿Me excusas durante una media hora, Lyndon? ¿Lily?

Lily asintió y el duque se inclinó.

Cuando volvió después de acompañar a Elizabeth a la puerta, parecía inseguro, pero Lily le sonrió.

—Por favor, excelencia, tome asiento.

Él se sentó bastante cerca de ella y la miró en silencio durante unos momentos.

—Lily —dijo, finalmente, y sonaba como si estuviera pronunciando un discurso muy ensayado—, si te sientes incapaz de reconocer nuestra relación, lo comprenderé.

Anoche, Kilbourne me habló mucho del sargento Doyle. Comprendo lo orgullosa que te sientes de él y el afecto que le tienes. Pero, por favor, te ruego que me permitas asignarte una parte considerable de mi fortuna para que puedas vivir con una independencia cómoda durante el resto de tu vida. Como mínimo, permíteme que haga eso por ti.

—¿Qué desearía hacer —le preguntó ella— si le dijera que estaba dispuesta a aceptar algo más que lo mínimo?

Él se recostó en la silla y respiró hondo, mirándola pensativo.

—Te reconocería públicamente —dijo—. Te llevaría a casa, en Rutland Park, en Warwickshire y dedicaría cada minuto disponible a conocerte y a dejarte que me conocieras. Te vestiría y te adornaría con joyas. Te animaría a continuar con tu educación. Te llevaría a Nuttall Grange, para que conocieras a tu abuelo... ¿Qué más queda? Intentaría, por todos los medios a mi disposición, compensar los años perdidos. —Sonrió lentamente—. Y haría que me contarás todo lo que recuerdas de Thomas y Beatrice Doyle y de tu infancia. Esto es lo que desearía hacer, Lily.

—Entonces, excelencia, esto es lo que debe hacer —respondió Lily.

Se quedaron mirándose durante lo que pareció mucho tiempo, antes de que él se levantara, se acercara a ella y le tendiera la mano. Ella se puso de pie, le dio la mano y lo observó mientras él se la llevaba a los labios.

—Lily —exclamó él—, querida niña. Mi queridísima niña.

Ella retiró la mano, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en su hombro.

—Él siempre será mi papá —dijo—, pero a partir de hoy usted será mi padre. ¿Puedo llamarlo así? ¿Padre?

Los brazos del duque eran como aros de hierro en torno a ella. Lily se alarmó un poco al oír el primer y doloroso sollozo, pero lo estrechó con más fuerza entre sus brazos, cuando él hizo ademán de separarse.

—No, no —susurró—. No pasa nada. Todo está bien.

Él no lloró mucho rato. Los hombres no lo hacían, lo sabía por experiencia. Lo veían como una señal de vergonzosa debilidad, aunque acabaran de ver a un amigo partido en pedazos por una bala de cañón o el cirujano les acabara de amputar una pierna o un brazo... o acabaran de encontrar a una hija después de casi veintiún años. El duque se separó de ella al cabo de un par de minutos y fue hasta la ventana, donde permaneció de espaldas a la estancia, sonándose con un pañuelo de gran tamaño.

—Siento mucho que hayas presenciado esto —dijo—. No volverá a suceder. Verás que soy fuerte y que puedes confiar en mí, Lily, que proveeré por ti y te protegeré.

—Lo sé, padre —respondió ella, sonriendo.

Oyó cómo respiraba con fuerza y retenía la respiración unos momentos.

—Supongo —declaró— que podría haberme casado en algún momento de estos veinte años. Podría tener una habitación llena de niños, que me habrían llamado así miles de veces, antes de ahora. Pero estoy convencido, Lily, de que valía la pena

esperar a oírlo de tus labios.

—¿Cuándo saldremos para Rutland Park? —preguntó ella—. ¿Es una gran mansión? ¿Me gustará... padre?

Él se volvió para mirarla.

—Lo antes posible —respondió—. Es más grande que Newbury Abbey. Te encantará. Te ha estado esperando durante todos estos años. Será mejor que veamos si Elizabeth quiere venir con nosotros. Hoy es jueves. ¿Digamos el lunes?

Lily asintió.

El duque le sonrió y fue a tirar del cordón de la campanilla. Le dijo al sirviente que acudió que le preguntara a lady Elizabeth si podía volver al saloncito, en cuanto pudiera. Luego, los dos volvieron a sentarse y se quedaron mirándose.

Lily pensó que sería más acertado decir que él la contemplaba con una sonrisa radiante. Pese al aspecto magullado de su cara, parecía muy feliz. Ella mantuvo deliberadamente, una expresión alegre... y no es que fuera completamente fingida. Pero una parte sí que lo era. De nuevo, se adentraba en lo desconocido, como había hecho tantas veces, al parecer, durante los dos últimos años.

Se acordó de su viaje desde Londres hasta Newbury Abbey, cuando esperaba que aquella larga marcha estuviera a punto de tocar a su fin. Se acordó de que, al ver a Neville por primera vez después de casi un año y medio, experimentó, pese a lo difícil de las circunstancias, la sensación de haber llegado, finalmente, a casa. Pero no era su casa y todavía ahora seguía sin serlo. Se preguntó si alguna lo sería. ¿Llegaría un momento en que sintiera que, por fin, había llegado, que podía afincarse en paz para vivir el resto de su vida?

¿O la vida era siempre un viaje por un camino desconocido?

—Kilbourne —le dijo el duque, justo antes de que Elizabeth entrara en la estancia— me pidió que te informara de su intención de venir a visitarte esta tarde, Lily... si estás dispuesta a recibirlo.

Matar a otro ser humano no era algo que uno disfrutara haciendo, pensaba Neville durante la noche y la mañana que siguieron a la muerte de Calvin Dorsey. Ciertamente no en batalla; uno era demasiado consciente de que los nombres que mataba no eran más malvados ni merecían más la muerte que uno mismo; pero ni siquiera cuando el hombre que uno mataba era un asesino, alguien que había matado a la madre de tu esposa y tratado en varias ocasiones de matarla también a ella. Quizá había sentido cierta satisfacción al ver que Dorsey mordía el anzuelo y cogía aquella pistola tan descuidadamente abandonada y no le dejaba más alternativa que matarlo; sobre todo, porque, cuando discutieron cuál de los dos debía castigar a Dorsey, antes de entregárselo a la justicia, Portfrey había ganado. Pero placer no.

¿Sentía placer por haber descubierto la verdad sobre la cuna de Lily? ¿Por saber que lo superaba en rango? ¿Que no tenía nada que ofrecerle que ella no tuviera ahora de sobras? ¿Era así como había esperado conquistar a Lily, con su posición y su riqueza, y la esperanza de que su propia pobreza la obligaría a volver con él? Claro

que no. Quería que ella fuera su igual, que se sintiera su igual. Cuando ella llegó a Newbury, el hecho de que se sintiera tan inferior a él había echado por tierra cualquier posibilidad que tuvieran de ser felices.

Entonces, debería alegrarse por este giro de los acontecimientos. ¿Por qué no era así? Al final, llegó a la conclusión de que era por la propia Lily. La pobre había sufrido tanta confusión en el último año y medio... ¿Cómo soportaría la pérdida de sus raíces? ¿La encontraría destrozada cuando fuera a visitarla a casa de Elizabeth aquella tarde? Peor aún, ¿la encontraría todavía totalmente distinta de su propio e indomable yo, confusa y pasiva como la noche anterior?

Mientras se aproximaba a casa de Elizabeth sentía una considerable inquietud. Al entrar en la casa y preguntar si la señorita Doyle querría recibirlo, descubrió que, incluso, esperaba a medias que se negara. Pero no fue así y el mayordomo lo acompañó al saloncito. Lily y Elizabeth estaban allí.

Una vez que él se hubo inclinado e intercambiado saludos con ellas, Elizabeth cruzó la sala y lo besó en la mejilla.

—Neville, os dejaré para que habléis a solas —dijo y salió, sin añadir nada más.

Lily no parecía hundida ni confusa. Por el contrario, tenía un aspecto radiante, con su vestido de muselina, adornado con ramilletes, según la moda, y el pelo enmarcándole la cara con suaves rizos.

—Has matado al señor Dorsey. Mi padre me lo ha contado esta mañana. No lamento que esté muerto, aunque nunca había deseado la muerte a nadie. Pero siento que te hayas visto obligado a hacerlo. Sé que no es fácil matar.

Sí, Lily sabría eso, al haber crecido en medio de un ejército, cuyo trabajo era matar.

Pero ¿mi padre?

—Esta vez —respondió— resultó casi fácil.

—No hablaremos más de ello —dictaminó Lily con firmeza. Se levantó y cruzó la estancia hacia él—. Neville, el lunes me voy a Rutland Park, con mi padre y Elizabeth. Mañana habrá un comunicado en la prensa. Voy a pasar algún tiempo con él, aprendiendo a ser su hija y dejándole que aprenda a ser mi padre. Veré a mi abuelo y visitaré la tumba de mi madre. Voy a... irme.

—Sí. —Le pareció que el corazón le daba un vuelco en el pecho y luego caía hasta la suela de sus botas, aunque, al mismo tiempo, se decía que se alegraba por ella.

Ella le sonrió a medias.

—Era Lily Doyle —dijo—, después fui Lily Wyatt y luego dejé de serlo. Ahora soy Lily Montague. Tengo que averiguar quién soy en realidad. Pensaba que, cuando vine a Londres, lo estaba descubriendo, pero hoy me parece que la verdad está tan lejos como siempre.

—Eres Lily —afirmó, intentando sonreírle a su vez.

Ella asintió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó él.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Comprendió que no debía presionarla en aquel aspecto. No había necesidad de cargarla con más cosas. Además, sabía que la pregunta no tenía respuesta.

Había empezado a creer que, después de todo, había un futuro para los dos. Había estado a punto de poner su idea a prueba en Vauxhall. Detestaba recordar aquella noche, que se había iniciado con una promesa llena de magia. Ahora tendría que esperar no sabía cuánto tiempo, sin ninguna certidumbre que hiciera más fácil la espera.

Le tendió ambas manos y ella le dio las suyas.

—Te gustará, Lily —le aseguró—. Creo que incluso llegarás a quererlo. Es un hombre bueno y es tu padre. Ve y encuéntrate a ti misma. Y sé feliz. ¿Me lo prometes?

Vio que se mordía el labio superior.

Le apretó las manos y se las llevó, una después de la otra, a los labios.

—No me gusta demasiado Londres —añadió—. Me alegrará volver a Newbury a pasar el verano. Supongo que me iré mañana o pasado mañana. ¿Me escribirás una carta, tal vez, si crees que es apropiado?

—No sé... escribir bien —respondió ella.

—Pero sabrás —le aseguró, sonriendo—. Y también podrás leer mi respuesta.

—¿Lo crees? —le preguntó—. A veces, desearía... oh, cuánto desearía ser Lily Doyle de nuevo y que tú fueras el mayor lord Newbury y papá...

—Pero no lo somos —la interrumpió, con tristeza—. Sin embargo, quiero decirte algo, Lily. No para que cargues con otro peso más, sino para que sepas que algunas cosas no han cambiado ni pueden cambiar. Te amaba cuando me casé contigo. Te amo ahora. Te amaré hasta mi último aliento. Te he amado y te amaré en cada segundo durante todo ese tiempo.

—Oh, pero ahora no es el momento —contestó ella, con los ojos nublados por alguna emoción en la que él no podía entrar. Pobre Lily. Le habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y todas las había soportado con dignidad e integridad.

—No prolongaré esta visita. Me voy ahora, Lily. ¿Querrás presentar mis disculpas a Elizabeth?

Ella asintió.

Siguieron con las manos cogidas unos momentos más. Pero ella tenía razón. No era el momento oportuno. Si ella volvía a él —cuando volviera a él— no debía existir ninguna otra necesidad en ella que la de estar con él durante el resto de sus vidas.

Retiró las manos con suavidad, sin dejar de sonreír y se marchó, sin decir nada más.

Había recorrido la mitad del camino de vuelta a Kilbourne House, caminando sin ver por la calle, cuando se acordó de que había ido a casa de Elizabeth en coche.

QUINTA PARTE:
Una boda

Capítulo 25

Lily miraba, anhelante, por la ventana del carruaje, sin tratar siquiera de mostrar un aspecto adecuadamente refinado. El pueblo de Newbury Abbey parecía tan familiar... Allí estaba la posada, donde había bajado de la diligencia, y el pendiente sendero que llevaba al pueblo de abajo. Y allí...

—Oh, ¿podemos parar? —preguntó

El duque de Portfrey, sentado frente a ella, dio unos golpecitos en el panel frontal y el carruaje se detuvo bruscamente. Lily bajó la ventana en un instante, pese al frío que hacía, y sacó la cabeza afuera.

—Señora Fundy —llamó—, ¿cómo está? ¿Y los niños? Oh, cómo ha crecido el bebé.

Mientras el duque y Elizabeth intercambiaban, en silencio, miradas divertidas, la señora Fundy, que había estado contemplando boquiabierta el imponente carruaje con su emblema ducal, sonrió de oreja a oreja, luego pareció aturdida y, a continuación, hizo una reverencia.

—Todos estamos muy bien, gracias, milady —dijo—. Me alegro de ver que ha vuelto.

—Ah, yo también me alegro de haber vuelto —dijo Lily—. Vendré a verla un día, si puedo.

Le dedicó una luminosa sonrisa a la señora Fundy, mientras el carruaje volvía a ponerse en marcha. Se recordó que no volvía a casa. Newbury Abbey no era su casa. Ah, pero se sentía como si lo fuera. Había llegado a querer Rutland Park, como su padre había pronosticado. Y también había llegado a quererlo a él, como había decidido hacerlo, aunque la verdad es que no había resultado nada difícil. Había disfrutado de su larga visita a Nuttall Grange, donde se había ganado el afecto de su abuelo postrado en cama y de Bessie Doyle y la hermana de su mamá, sus dos tías, que en realidad no lo eran. Incluso había llegado a sentirse feliz, tranquila y en paz con ella misma y con el mundo. Ni una sola vez, desde que dejaron Londres, había vuelto a tener su pesadilla.

Pero Newbury Abbey, aunque todavía no se veía el parque ni la casa, le parecía su hogar.

—¡Oh, mirad! —exclamó asombrada, cuando el coche entró por la verja y siguió por la calzada a través del bosque. Todos los árboles tenían unos maravillosos tonos rojizos, amarillos y castaños. Algunas hojas, caídas en el suelo, formaban una alfombra llena de color a lo largo del camino—. ¿Has visto alguna vez algo más espléndido que Inglaterra en otoño, padre? ¿Y tú, Elizabeth?

—No —respondió su padre.

—Solo Inglaterra en primavera —dijo Elizabeth—. Y afirmo que no es más espléndido, sino solo igual de espléndido.

Era primavera cuando Lily llegó la primera vez. Ahora era otoño, octubre. Lily pensó que habían sucedido muchas cosas en esos meses. Recordaba cómo había recorrido, penosamente, aquella calzada por la noche, con su bolsa en la mano...

Le había escrito a principios de septiembre, como él le había pedido que hiciera. Le había preguntado a Elizabeth si no había nada reprochable en que escribiera a un caballero soltero. Elizabeth le había respondido, con risa en los ojos, que era algo que no se hacía, en absoluto. Pero su padre, que también estaba presente en aquel momento, les recordó a las dos que se trataba de Lily y que Lily era muy aficionada a estirar todas las reglas casi hasta el punto de ruptura, sin hacer nunca nada escandalosamente impropio. Añadió que ese era su mayor encanto, con una sonrisa indulgente que a ella, al principio, la sorprendió. Así que le escribió, con un laborioso cuidado y una letra redonda e infantil. Estaba trabajando en su escritura, pero iba a llevar tiempo.

Le escribió que era feliz con su padre y con la compañía de Elizabeth, que había estado en Nuttall Grange y había conocido a su abuelo, que había puesto flores en la tumba de su madre. Le decía que confiaba en que lady Kilbourne estuviera bien, al igual que Gwendoline y Lauren. Esperaba que él estuviera bien. Se despedía diciendo que era su humilde servidora.

Él había contestado para invitarla a ella y a su padre a Newbury Abbey para celebrar el quincuagésimo cumpleaños de su madre, en octubre. Elizabeth ya había hecho sus preparativos para asistir.

Así que allí estaban. Solo eran invitados, pero parecía la vuelta a casa. Y, al mirar con los ojos brillantes a su padre, cuando la casa apareció a la vista, Lily vio que él lo comprendía y, aunque le sonrió a su vez, le entristecía un poco.

—Padre —dijo, inclinándose impulsivamente y cogiéndole la mano—, gracias por aceptar que viniéramos. Te quiero muchísimo.

Él le dio unas palmaditas en la mano.

—Lily —respondió él—, ya tienes veintiún años, cariño. Eres escandalosamente vieja para seguir en casa con tu padre. No espero tenerte solo para mí mucho más tiempo.

Pero aquello era algo demasiado explícito. Ella se recostó en el asiento y su sonrisa se apagó un poco. No quería dar nada por sentado. Habían pasado varios meses. En su vida habían cambiado muchas cosas y lo mismo podía haber pasado en la de él. Les había invitado por cortesía. Sin duda, habría muchos otros invitados. No quería dar demasiada importancia al hecho de que también la hubiera invitado a ella.

Si se repetía aquellas tonterías con mucha frecuencia, quizá al final, acabaría creyéndoselas.

En la casa habían visto el carruaje. Las enormes puertas dobles se abrieron cuando se acercaban y un grupo de gente salió de la casa; Gwendoline, Joseph, la condesa y... él.

Fue el marqués quien abrió la puerta y bajó la escalerilla. El duque descendió

casi antes de que acabaran de bajarla y le tendió la mano a Elizabeth. La condesa se acercó para abrazarla. Todo el mundo intentaba hablar a la vez.

Luego, alguien se inclinó hacia el interior del carruaje y le tendió la mano a Lily... y fue como si estuvieran solos. Todo lo demás había desaparecido de la vista y el oído. Él la miraba con los ojos brillantes y unos labios muy apretados. Ella le sonreía tontamente.

—Lily —dijo él.

—Sí. —Y de repente supo que todas sus preocupaciones habían sido tontas de verdad—. Hola, Neville.

Apoyó la mano en la suya.

Ya había varios invitados en la casa, aunque todavía faltaba un día para la fiesta de cumpleaños. En la cena había mucha gente y mucho ruido. Neville se sintió complacido al ver que su madre había colocado a Portfrey a su derecha y a Lily a su izquierda. Estaban muy lejos de su sitio, a la cabecera de la mesa. Aparte de unos momentos en la terraza, por la tarde, apenas había tenido ocasión de intercambiar una palabra con ella.

En realidad, no le importaba. Por el momento, se contentaba con observarla, mirarla y ver los cambios que unos pocos meses habían forjado en ella. Recordó que, en una ocasión, Elizabeth le había dicho que los conocimientos y las habilidades no cambiaban a una persona, sino que se limitaban a aumentar lo que ya había en ella. En Lily, era verdad. Era elegante, alegre y estaba llena de aplomo. Había desaparecido la horrible sensación de inadecuación que, cuando estaba en Newbury, hacía que se sintiera cohibida en compañía refinada; por lo menos, en compañía femenina. Ahora hablaba tanto como cualquiera y más que muchos. Sonreía y reía.

Pero seguía siendo Lily. Era Lily tal como la habían creado, pero ahora era libre de disfrutar de cualquier compañía y en cualquier ambiente.

Le llegaban fragmentos de su conversación por la simple razón de que, de alguna manera, parecía ser el centro de atención y, con frecuencia, se hacía casi un silencio completo a lo largo de la mesa cuando todos se inclinaban para escucharla. Por ejemplo, cuando Joseph le preguntó qué tal progresaba con la lectura.

—Oh, ahora perderías mucho dinero, si fueras lo bastante imprudente como para apostar, te lo aseguro —le dijo—. Leo muy bien. ¿No es verdad, Elizabeth? Puedo leer toda una página en media hora, si no hay distracciones ni palabras muy largas. Y no tengo que decir las palabras en voz alta ni siquiera pronunciarlas en silencio. ¿Qué te parece eso, Joseph? —Se rió alegremente a su propia costa, un sonido que encontró eco en toda la mesa.

—Me parece que me quedaría dormido mucho antes de que llegaras al final de la página, Lily —dijo Joseph, bostezando y dándose unos delicados golpecitos en los labios con los dedos.

Mientras se esforzaba por mantener una conversación con los parientes que estaban cerca de él, algo que no le resultaba nada fácil, Neville se dijo que era

deliciosa.

Unos minutos más tarde, se repitió que, desde luego, seguía siendo Lily. Cuando uno de los lacayos se inclinó sobre la mesa, junto a ella, para retirar un plato, ella lo miró y se le iluminó la cara al reconocerlo.

—¡Señor Jones! —exclamó—. ¿Cómo está?

El pobre Jones estuvo a punto de dejar caer el plato. Se puso rojo como un tomate y masculló algo que Neville no consiguió oír.

—Oh, lo sé —dijo Lily de inmediato, contrita—. Le ruego que me disculpe por ponerlo en una situación embarazosa. Mañana por la mañana bajaré a la cocina, si puedo, para charlar con todos. Parece que ha pasado un siglo desde la última vez que les vi.

Neville observó que su madre sonreía, mirando a Lily, con lo que parecía auténtico afecto.

—Es decir, si no le importa, señora —dijo Lily, volviéndose hacia ella—. Me olvido de que no estoy en casa. Con frecuencia, en casa, bajo a la cocina, ¿no es verdad, padre? Es la habitación más acogedora de la casa y siempre tengo la seguridad de encontrar algo útil para hacer allí. A mi padre no le importa.

—Y a mí, tampoco, pequeña —respondió la condesa, dándole unas palmaditas en la mano.

—Se aprende rápidamente, señora —dijo el duque de Portfrey, con un suspiro—, que las hijas fueron creadas con el expreso propósito de hacer bailar a sus padres al son que quieren.

Neville había observado, en el momento mismo de su llegada, que parecía un hombre diferente. Había un brillo de felicidad en él y hacía poco o no hacía nada para disimular lo orgulloso que se sentía de su hija.

Más tarde, en el saloncito, Lily fue encantadora con todos, sentándose con cada una de sus tías y con su madre y hablando con ellas. Cuando retiraron la bandeja del té y algunas de sus primas fueron a la sala de música para entretenerse tocando, ella se sentó junto a Lauren un rato y habló animadamente con ella, cogiéndola de la mano mientras lo hacía. Y luego Gwen se inclinó hacia ella, diciéndole algo, y se sonrieron antes de dirigirse a la sala de música cogidas del brazo.

Neville pensó, entristecido, que debía de ser una noche difícil para Lauren. Se había producido cierta incomodidad entre ellos, cuando él volvió de Londres —finalmente, ella no había ido a Yorkshire— porque aunque no se había dicho nada en su presencia, los dos sabían que las especulaciones sobre sus futuros planes estaban a la orden del día en el vecindario. ¿Pensaba proponer matrimonio a lady Lilian Montague o tenía intención de renovar sus planes de casarse con Lauren?

Tanto él como Lauren sabían la respuesta. Pero nunca la habían expresado con palabras. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía decirle que no tenía ninguna intención de renovar sus atenciones hacia ella, sin sugerir que ella daba por sentado que él se casaría con ella?

Pero, como siempre, Lauren se comportó con aplomo y dignidad. No había manera de saber qué pensaba.

Hacía mucho tiempo que amaba a Lily. En la primavera no habría creído que fuera posible amarla más. Pero así era. Se había esforzado por vivir su antigua vida, sin pensar constantemente en ella. Se había esforzado por no estar demasiado seguro de que ella volvería a él, en su momento.

Pero solo con verla, desapareció todo fingimiento de su mente. Sin Lily, la vida tendría muy poco sentido para él. Ella era la alegría, la calidez y las risas. Ella era… Bueno, ella era, sencillamente, su amor.

Se mantuvo a distancia. No quería apremiarla, aunque había algo inevitable en la manera en que se desarrollaba la visita. Había venido con su padre para celebrar una fiesta de cumpleaños. Mañana la dejaría que disfrutara de ella. Pero después de mañana...

Todos sus sueños descansaban en lo que seguramente sucedería después de mañana. Se negaba a dudar, a sentir ningún temor.

Aunque era tarde cuando llegaron a casa de la condesa viuda, Lauren y Gwendoline no se fueron a la cama de inmediato. Se quedaron en el saloncito, donde había un fuego encendido. Era una estancia más pequeña y acogedora que la sala. Durante un rato, las dos se limitaron a contemplar las llamas que chisporroteaban, sin decir nada.

—¿Sabes qué me ha dicho? —dijo Lauren, finalmente.

—¿Qué? —preguntó Gwendoline. No había necesidad de aclarar de quién hablaban.

—Me ha dicho que sabe que debo estar resentida con ella. Me ha dicho que ella también sentía rencor hacia mí la primavera pasada, porque yo era tan perfecta, el modelo de lo que una dama debía ser, mucho más adecuada para ser la condesa de Neville que ella. Me dijo que admiraba mi contención, mi dignidad, mi constante bondad hacia ella, pese a lo que debía de sentir en realidad. Me ha pedido que la perdonara por haber dudado en algún momento de mis motivos.

—Tiene razón al haber hablado tan abiertamente de lo que hay entre las dos —dijo Gwendoline—. Dice lo que piensa, ¿no es verdad?

—Es... —Lauren cerró los ojos—. Es la mujer que Neville necesita. ¿Has visto cómo la miraba durante toda la noche? ¿Te fijaste en sus ojos?

—A mí me ha dicho —señaló Gwendoline, en voz baja— que sabía que me había hecho daño al aparecer, sin que nadie la invitara, en medio de mi familia, cuando yo todavía lloraba a Vernon y trataba de adaptarme a todos los altibajos que había sufrido en la vida. Me pidió que la perdonara. No estaba siendo obsequiosa, Lauren; lo decía de verdad. Todavía deseo que fuera posible odiarla, pero no lo es, ¿verdad? Es muy, muy encantadora.

Lauren sonrió, con la mirada fija en el fuego.

—Al decir esto —añadió Gwendoline apresuradamente— no quería decir...

—¿Que, por lo tanto, yo ya no te gusto? —dijo Lauren, mirándola—. Claro que no, Gwen. ¿Por qué tendría que significar esto? Ella no es mi rival. Si ella no hubiera

aparecido, Neville y yo nos habríamos casado, pero es bueno que lo hiciera. El nuestro no habría sido un matrimonio por amor.

—¡Oh, Lauren, claro que lo habría sido! —exclamó Gwendoline.

—No —insistió Lauren, negando con la cabeza—. Esta noche tú también debes de haber percibido lo que todos los demás percibían, Gwen. El ambiente chisporroteaba con la tensión de su pasión mutua. Están hechos el uno para el otro. Nunca existió nada igual entre Neville y yo.

—Tal vez —empezó a decir Gwendoline, pero Lauren tenía la mirada nuevamente perdida en el fuego y algo en su expresión hizo que se callara.

—Los vi una vez, ¿sabes? —prosiguió Lauren—, cuando no debería haberlos visto. Estaban juntos en la poza de la cascada, una mañana muy temprano. Se estaban bañando y riendo, y eran completamente felices. La puerta de la casa estaba abierta; habían pasado la noche allí, juntos. Así es como debería ser el amor, Gwen. Es lo que tú tuviste con lord Muir.

Las manos de Gwendoline aferraron con fuerza los brazos del sillón y respiró profundamente, pero no dijo nada.

—Es la clase de amor que yo nunca conoceré —afirmó Lauren.

—Claro que lo conocerás —le aseguró Gwendoline—. Eres joven y encantadora y...

—Incapaz de sentir pasión —acabó Lauren—. ¿Has observado el contraste que hay entre Lily y yo, Gwen? Después de... de la boda, podría haberme marchado. Podría haberme ido a casa de mi abuelo. Estoy segura de que él habría hecho algo por mí. Podría haber empezado una nueva vida. En cambio, me quedé aquí, deseando que ella muriera. Incluso más tarde, cuando ya había decidido marcharme, después de todo, volví a cambiar de opinión. Tenía miedo de irme, por si acaso me perdía algo aquí. Pero Lily, que tenía mucho menos adonde ir que yo y mucho más que dejar atrás, se marchó para construirse una vida propia, en lugar de aferrarse a lo que no era satisfactorio para ella en aquel momento. Yo no tengo esa clase de valor.

—Estás cansada —dijo Gwendoline enérgicamente— y un poco desanimada. Todo tendrá mejor aspecto por la mañana.

—Pero hay algo que sí que tengo el valor de hacer —afirmó Lauren, poniéndose en pie. Se estiró para coger con mucho cuidado una cara pastorcilla de porcelana que había en la repisa de la chimenea y la sostuvo entre las manos, sonriéndole—: Ah, sí, esto sí.

Y tiró el adorno contra la chimenea, donde se hizo añicos.

Las principales celebraciones de la fiesta de cumpleaños de la condesa iban a producirse por la noche, pero con tantos invitados alojados en Newbury Abbey, incluso el té resultó un asunto lleno de bullicio y ruido. Hacía un día crudo de otoño. Todo el mundo se alegraba de permanecer en el interior.

Excepto Elizabeth. Estaba encantada de estar de nuevo en casa, de volver a ver a todos sus parientes, de participar en una celebración familiar. Y estaba más que

encantada de ver que lo que había esperado desde la primavera estaba a punto de suceder. Aunque, nominalmente, la ocasión era el cumpleaños de Clara, todos comprendían muy claramente que estaba pasando algo mucho más importante. Contemplar la clase de amor que era evidente que Neville y Lily compartían era algo raro y maravilloso.

Alegraba la parte generosa del corazón de Elizabeth.

Y entristecía su parte egoísta.

Ya no sería necesaria ni para Lily ni para... el padre de Lily.

Se retiró discretamente del salón más temprano que la mayoría de los invitados, fue a su habitación a buscar una capa de abrigo, un sombrero y guantes y salió a dar un paseo solitario por el jardín de rocas. Pensó que tenía un aspecto triste y gris en esta época del año. Se acordó de haber ido allí el día en que Lily llegó a Newbury Abbey, el día que debían haberse celebrado los esponsales de Neville y Lauren. Lyndon había interrogado insistentemente a Lily en aquella ocasión y ella, Elizabeth, lo había regañado, sin saber que, incluso entonces, él sospechaba la verdad. Había pasado tanto tiempo...

—¿Se acepta compañía? —preguntó una voz, detrás de ella—. ¿O prefieres estar sola?

Había venido a buscarla. Se volvió sonriéndole. Deseaba tener la fuerza para decirle que sí, que prefería estar sola, pero habría sido mentira. Tenía el resto de su vida para estar sola. No tenía sentido empezar antes de que fuera necesario.

—Lyndon —dijo, mientras él se acercaba—, ¿no te sientes un poco triste? Has pasado tan poco tiempo con ella... —Había observado la transformación de su amigo desde su descubrimiento de Lily con asombro y alegría... y un estremecimiento involuntario en el corazón.

—¿Porque me vaya a abandonar por Kilbourne? —preguntó—. Sí, un poco. Los últimos meses han sido los más felices de mi vida. ¿Vamos por el paseo de los rododendros o tendrás demasiado frío?

Ella negó con la cabeza. Pero observó que él no le ofrecía el brazo, quizá porque ella había entrelazado las manos a la espalda con tanta decisión. Nunca se había sentido incómoda con él. Ahora se sentía incómoda.

—Pero también siento cierta satisfacción —siguió diciendo él—. Lily será feliz... si lo acepta. Y no me cabe ninguna duda de que lo hará. Tampoco lo duda la condesa ni nadie más de Newbury, a decir verdad. Siento cierta satisfacción, Elizabeth, al saber que finalmente podré seguir adelante con mi propia vida.

—Cuando lloraste ante la tumba de Frances, el verano pasado —dijo ella—, igual que Lily, pudiste finalmente aceptar que ella se había ido, ¿no es verdad? Debiste de amarla mucho.

—Sí —respondió él—. Hace mucho, muchísimo tiempo. Solía pensar en volver a casarme, ¿sabes?, y engendrar un hijo y criarlo para que fuera mi heredero. Y luego imaginaba que encontraba al hijo de Frances y mío, y era un varón. Imaginaba la enemistad y el resentimiento que crecería entre los dos hermanos; ambos hijos de mi sangre, pero solo uno de ellos susceptible de ser mi heredero.

Había más belleza en el sendero de la colina que en el jardín. Las hojas por encima de sus cabezas eran multicolores, igual que las que había bajo sus pies. El año no estaba muerto del todo.

—Todavía no es demasiado tarde, Lyndon —se obligó a decir, sintiendo el corazón lleno de frío y pesadumbre, a tono con la helada brisa que les daba en la cara—. Quiero decir, para engendrar un hijo y heredero. Después de todo, no eres tan mayor. Y eres un partido muy codiciado. Si te casaras con una mujer joven, todavía podrías tener varios hijos. Formarías una familia para consolarte por la ausencia de Lily.

—Entonces ¿es eso lo que aconsejas que haga, amiga mía? —preguntó él.

—Sí —afirmó, confiando en que su voz sonara tan tranquila y firme como ella quería.

Siempre le había gustado la manera en que habían construido el sendero para que, en su punto más alto, quedara por encima de las copas de los árboles, de forma que, de repente, se tenía una amplia vista de la abadía y el parque, hasta el mar, allá a lo lejos. Concentró sus pensamientos en la belleza de lo que la rodeaba, mientras el silencio se prolongaba entre los dos. Se dio cuenta de que habían interrumpido el paseo.

—¿Te consideras joven, Elizabeth? —le preguntó él, finalmente.

Algo dio un vuelco en su interior. Fijó la mirada al frente, hacia el mar de color gris plomizo, negándose a prestar atención al hecho de que él estaba desenlazándole las manos de la espalda y las cogía entre las suyas.

—No lo bastante joven —respondió—. No soy lo bastante joven, Lyndon. Tengo treinta y seis años. He permanecido soltera por decisión propia, ¿sabes? Siempre he preferido no casarme con quien no podía amar. Pero ahora soy demasiado mayor.

—¿Me quieres? —preguntó él.

Él no miraba el panorama, lo cual parecía absurdo dado que habían caminado todo aquel trecho para eso. Estaba vuelto hacia ella, mirándola. La pregunta que le había hecho no era justa. El corazón de Elizabeth le latía con tanta fuerza que amenazaba con dejarla sin respiración.

—En tanto que amigo muy querido —respondió.

—Ah —dijo él suavemente—. Es una lástima Elizabeth. Yo podría haber dicho lo mismo de mis sentimientos hacia ti, hasta hace solo unos meses. Pero ya no. Así que no tiene sentido que aborde la cuestión del matrimonio contigo, ¿es así? ¿No me quieres como desearías amar a un esposo?

—Lyndon —musitó ella—, es demasiado tarde para que yo te dé un hijo.

—¿Lo es? —le preguntó, llevándose su mano a los labios y manteniéndola allí después de quitarle el guante—. Pero si solo tienes treinta y seis años, querida mía.

Se estaba riendo. No abiertamente, pero había risas en la voz de aquel condenado hombre. Trató de retirar la mano, pero él se la sujetó más apretadamente.

—Lyndon—rogó—, sé sensato. No me debes nada y le debes mucho a tu nombre y posición.

—Me debo algo a mí mismo —respondió él—. Me debo a mí mismo casarme

con la persona a la que amo, Elizabeth. Te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?

—Oh —exclamó ella, y no se le ocurrió nada más que decir durante unos momentos, mientras él le volvía la mano y la besaba en la muñeca—. Lo lamentarás dentro de unos días, cuando todo esté arreglado con Lily y te des cuenta de que pronto estarás libre para hacer cualquier cosa que desees con tu vida. Te sentirás aliviado de que te haya dicho que no.

—Entonces ¿me estás diciendo que no, querida mía? —De repente, sonaba triste; toda la risa había desaparecido de su voz—. Por favor, mírame y dime que me rechazas porque no me quieres y prefieres vivir el resto de tu vida sola que conmigo. Dímelo mirándome a los ojos.

Ella volvió la cabeza y le miró la barbilla y luego lo miró a los ojos, aquellos ojos tan azules. Ah, ¿aquella mirada podía ser para ella? ¿La clase de mirada con la que Neville contemplaba a Lily y que ella tanto había envidiado? Pero el duque de Portfrey seguía mirándola fijamente a los ojos.

—Prométeme que nunca lo lamentarás. —La esperanza y el terror, mezclados, hacían cosas dolorosas y peculiares en su interior—. Prométeme que no lo lamentarás, dentro de un año o dos, si no tenemos hijos. Prométeme...

Él la besó con fuerza.

—Elizabeth, es la primera vez que te oigo farfullar tonterías —le dijo, más de un minuto después.

—Lyndon —empezó, y tuvo que parpadear para aclarar su visión. De alguna manera, sus manos habían encontrado el camino hasta los hombros de él—. Oh, Lyndon, eres un... un...

La besó de nuevo, esta vez con los labios abiertos, introduciéndole la lengua más allá de los sorprendidos labios y dientes. Fue un beso tan escandalosamente íntimo que ella perdió tanto la respiración como la firmeza de sus rodillas y se vio obligada a rodearle el cuello con los brazos, aferrándose a él para no perder la vida. Y luego, lo besó a su vez, acariciándole la lengua con la suya, sorbiéndola, escuchando, exultante, el suave murmullo de apreciación con que él reaccionaba.

Él sonreía cuando volvió a levantar la cabeza.

—Te ruego que me disculpes —dijo—. Te he interrumpido. ¿Qué estabas diciendo?

—Tengo la impresión —respondió ella, severamente— de que no me permitirás completar ninguna frase que no quieras oír.

—Aprendes muy deprisa —dijo él, frotando la nariz contra la de ella y luego besándole la mejilla hasta llegar a la oreja y mordisquearle el lóbulo, provocándole una exclamación de puro placer—. Pero también es verdad que eres una mujer inteligente. Debes comprender que pienso imponerte la obediencia propia de una esposa y cómo pienso hacerlo.

—Nunca me había dado cuenta de lo absurdo que puedes ser... ni lo carente de escrúpulos, Lyndon.

—¿Humm? —Le recorrió la mandíbula con leves besos hasta la barbilla.

—Te quiero, ¿sabes? —dijo Elizabeth, cerrando los ojos—. Como a un amigo

muy querido y muchísimo más que eso. Si me caso contigo, haré lo imposible por darte un hijo.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, antes de estrecharla con fuerza contra él.

—¿De verdad? —dijo—. Es una afirmación muy provocadora, querida mía... muy provocadora. Pondré a prueba tu resolución en nuestra noche de bodas, te lo prometo, y cada noche después de esa. Y tal vez también algunas mañanas o tardes. ¿Cuándo, Elizabeth? ¿Pronto? ¿Más pronto? ¿Con licencia especial? No tengo paciencia para esperar las amonestaciones, ¿y tú? Tengo cuarenta y dos años y tú treinta y seis. Quiero que pasemos cada día, cada momento, del resto de nuestra vida juntos.

—No somos tan viejos —protestó ella.

—Ciertamente no demasiado viejos —reconoció, besándola de nuevo en los labios. Sonrió—. Veamos qué deciden hacer aquellos niños durante los próximos días, ¿de acuerdo? Sin ninguna duda, insistiré en una boda como es debido en Rutland para mi querida Lily... ningún otro lugar servirá. Pero me gustaría mucho que tuviera una madrastra que me ayudara a organizarlo todo.

—Ah —exclamó ella—, por fin hemos llegado a lo esencial de este asunto. Ahora hemos llegado a la verdad del porqué te esfuerzas tanto por convencerme de...

Él la besó larga e intensamente.

Capítulo 26

Lily había descubierto que Newbury Abbey tenía el mismo aspecto y, sin embargo, parecía muy diferente. La vez anterior, se había sentido oprimida, disminuida, abrumada. Ahora podía admirar su magnificencia y entusiasmarse con la grácil elegancia de su diseño. Ahora lo sentía como su hogar; porque era el hogar de Neville y, sin duda, también sería el suyo.

Durante el día y medio que siguió a su llegada, habló con todos y disfrutó de la compañía de todos, incluyendo el personal de la cocina, con quienes tomó café a media mañana, mientras pelaba patatas. También había estado en compañía de Neville, aunque ni siquiera una vez a solas con él. El momento más privado que habían compartido fue cuando él se inclinó hacia el interior del carruaje de su padre.

No importaba. Había una manera de estar a solas con alguien, incluso en medio de una multitud. Había crecido rodeada de un regimiento de soldados y sus mujeres e hijos y había aprendido la lección muy pronto.

Neville y ella conversaban el uno con el otro; cuando estaban en compañía de los demás. Se miraban y se sonreían... ante los ojos de todos. Pero todo el tiempo, en realidad solo estaban ellos dos y el entendimiento compartido de que, por fin, había, llegado el momento oportuno, de que ella había vuelto a casa para quedarse. Para el resto de su vida. Lily estaba segura de no equivocarse.

No se lo habían dicho con palabras, porque, aunque era el momento adecuado, todavía no había llegado la ocasión exacta y perfecta. Y no querían apresurarse; era como si tuvieran un acuerdo tácito. Habían esperado mucho tiempo; habían soportado mucho. El momento de su compromiso final se revelaría solo. No intentarían forzarlo.

Por la noche, retiraron la alfombra del salón para que pudiera haber baile en la fiesta de cumpleaños de la condesa. Lady Wollston, la tía Mary de Neville, ocupó su sitio al piano. Neville bailó con su madre y luego con Gwendoline, a la que le gustaba bailar pese a su cojera. También bailó con Elizabeth y Miranda.

Y, por supuesto, bailó con Lily... el último baile de la noche, un vals.

—Soy egoísta, ¿sabes, Lily? —le dijo, sonriendo—. Si fuera una danza popular, tendría que cederte a otros en cada nuevo movimiento. En un vals, te tengo solo para mí.

Lily se echó a reír. Había bailado con su padre, con Joseph, con Hal y con Ralph. Había disfrutado plenamente de la noche. Pero solo porque sabía que, al final, por fin, bailaría con Neville.

—Sabía que sería un vals —afirmó.

—Lily —continuó él, acercándose un poco más—, eres una mujer soltera, hija

de un duque, atada por todas las convenciones propias de una dama del *beau monde.*

Los ojos de Lily brillaban, divertidos.

—Ya he hablado con Portfrey y tengo su consentimiento —dijo—. Puedo hablar contigo, formalmente, mañana, en la biblioteca. Tu padre o Elizabeth te acompañarán hasta allí y luego, diplomáticamente, nos dejaran solos durante quince minutos. Solo quince minutos... más sería impropio.

—¿O? —preguntó Lily, riendo de nuevo—. Me parece oír una alternativa en tu voz y también la veo en tu cara. Si la perspectiva de esos quince minutos en la biblioteca te molesta, como a mí, ¿qué hacemos?

—Portfrey me desafiaría a un duelo al amanecer, solo por pensarlo —respondió, sonriendo.

—Neville —dijo, acercándosele más. Su proximidad habría escandalizado al *beau monde*, en un baile de sociedad. Pero estaban en familia *y* todos los miraban con una afectuosa indulgencia, mientras fingían no mirarlos en absoluto—, ¿cuál es la alternativa a la biblioteca? Oh, ¿quieres que lo diga yo? Te refieres al valle, ¿verdad? La cascada y la poza. La casa de la playa.

Él asintió, sonriendo lentamente.

—¿Mañana por la mañana? —preguntó ella—. No, eso provocaría el desafío de cualquier padre iracundo. Te refieres a esta noche, ¿verdad?

La sonrisa permaneció en sus labios, igual que la de ella. Pero se estaban mirando a lo más profundo de los ojos, ejecutando los pasos del vals sin siquiera darse cuenta de que seguían bailando. Y Lily, al sentir la tensión de sus pechos y la debilidad de sus rodillas, supo que el momento había llegado. El momento perfecto. Él solo volvió a hablar cuando paró la música.

—¿Irás allí conmigo, Lily?

—Claro —respondió ella.

—¿Después de que todos se hayan ido a dormir? Pasaré a buscarte.

—Estaré preparada.

Sí, pensó Lily mientras se dirigía a su habitación, un poco más tarde, después de haber abrazado a la condesa, a Elizabeth y a su padre y deseado buenas noches, decorosamente, a Neville. Sí, estaba absolutamente bien que fueran a la casa de la playa. Esta noche. Ahora era una dama, la hija de un duque; era soltera y estaba obligada a obedecer todas las normas que regulan a la buena sociedad. Pero más profundo que estas realidades estaba el hecho de que ella era Lily, que en su corazón estaba casada, que lo estaba desde hacía casi dos años y que obedecía a algo mucho más fuerte que las reglas hechas por los hombres.

Una luna casi llena brillaba en un cielo despejado, tachonado de estrellas. Era otoño y hacía frío. Pero Lily, con la mano dentro de la de Neville, solo veía y sentía la belleza del momento al que habían llegado. Pasaron de prisa junto a los establos, cruzaron el prado, atravesaron entre los árboles y los helechos y bajaron por la empinada pendiente hasta el valle. No hablaron, ni siquiera cuando estaban lo

bastante alejados de la casa como para no alertar a nadie con el sonido de sus voces. No había necesidad de hablar. Algo mucho más profundo que las palabras latía entre ellos mientras caminaban.

Remontaron el valle, juntos por fin, dirigiéndose hacia la cascada, la poza y la casa de la playa. Era allí donde habían vivido otro momento —un momento torturadoramente breve— de felicidad total y absoluta, antes de verse separados por una serie de acontecimientos que no era necesario recordar ahora. Volvían al lugar donde habían sido felices juntos. Y donde volverían a ser felices de nuevo.

Él habló antes de abrir la puerta de la casa.

—Lily —dijo, inclinándose hacia ella y cogiéndole la cara entre las manos—, haremos el amor antes de hablar, ¿de acuerdo? Aunque la Iglesia y el Estado no reconozcan nuestro derecho a hacerlo.

—Yo lo reconozco —respondió ella—. Y tú también. Es lo único que importa. Soy tu esposa. Eres mi esposo. —Siempre había sido cierto, desde aquel momento en la ladera en Portugal, cuando estaba aturdida por la conmoción y el pesar. Incluso entonces sabía que él era todo lo que necesitaría o querría en el mundo. Nadie, y menos las fuerzas impersonales de la Iglesia y el Estado, podrían destruir la santidad de aquella ceremonia.

—Sí. —Apoyó, brevemente, su frente sobre la de ella y cerró los ojos—. Sí, eres mi esposa.

Una vez dentro de la casa, encendió dos velas. Ella llevó una al dormitorio, mientras él se arrodillaba junto a la chimenea, para encender el fuego. La sala estaba helada.

—A la casa le costará un poco calentarse —dijo, poniéndose de pie y abriéndose la capa antes de atraer a Lily hacia él y rodearlos a los dos con ella. Le apoyó la mejilla en la parte superior de la cabeza—. Déjame que te abrace y te bese así hasta que se haya calentado lo suficiente para desnudarnos y echarnos en la cama.

Pero ella se echó a reír y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Hacía frío —le recordó— en nuestra noche de bodas.

—Dios santo, sí —respondió, sonriendo—. Y solo teníamos capas, mantas y una tienda para protegernos del terrible frío de diciembre.

—Y pasión —añadió ella.

Él le acarició los labios con los suyos.

—Seguro que te aplasté horriblemente. No fue la manera de introducirte en la pasión que habría elegido para ti, si hubiera podido planificarlo.

—Fue una de las dos noches más hermosas de mi vida —le aseguró—. La otra fue aquí. Mira, el fuego ya ha caldeado el ambiente.

—Pero el suelo es duro.

Ella le sonrió, deslumbradora.

—No más duro que dentro de tu tienda en Portugal.

Utilizaron las almohadas y todas la mantas de la cama. Usaron sus capas. No se quitaron toda la ropa. El suelo estaba duro y frío de verdad y la temperatura no era confortable, pese al chisporroteante fuego que iba prendiendo en el hogar.

Su pasión no sabía nada de incomodidades. Al cabo de un rato, después de haberse acariciado con manos y bocas, murmurado palabras cariñosas y de que él le hubiera levantado el vestido, abierto su propia ropa y penetrado profundamente dentro de ella, ni siquiera había dos personas, sino que las dos parecían un único cuerpo, un corazón y un ser. Y después de que él se moviera dentro de ella y con ella durante largos minutos de pasión y placer compartidos, ni siquiera había una persona, sino solo una dicha ciega y absoluta.

Ah, sí, estaban casados.

Todavía seguía dentro de ella. Había estado dormido, con todo su peso desplomado sobre ella. Y la espalda de Lily estaba apoyada contra el duro suelo de la casa. Se retiró y se dio la vuelta, sin dejar de abrazarla. Pero ella gimió, protestando al perderlo, y se volvió hacia él, murmurando dormida.

Neville vio por encima del hombro que el fuego ardía con fuerza. Eso quería decía que no había dormido mucho tiempo.

—Debes de tener todos los huesos del cuerpo rotos —dijo.

—Mmm... —Suspiró y luego movió la cabeza y lo besó con suave languidez en los labios—. ¿Vas a convertirme en una mujer honrada?

—Lily. —La estrechó con fuerza contra él—. Oh, Lily, mi amor. Como si tú pudieras dejar de ser honrada alguna vez. Eres mi esposa. Puedes decir no mil veces, puedes decirlo durante el resto de nuestra vida y nunca conseguirás que vacile en mi convicción.

—No tengo intención de decir no mil veces —respondió ella—. Ni siquiera una vez. Dije sí la primera vez que me lo pediste. Me casé contigo una hora más tarde. He estado casada contigo desde entonces, aunque en la primavera no podía aceptar convertir en legal nuestro matrimonio. Ahora no digo no. Estoy casada contigo y quiero que el mundo lo reconozca; mi padre, tu madre, todos. Pero solo se trata de reconocer lo que ya es.

La besó.

—Mi padre querrá una boda grandiosa —dijo ella—, aunque la única que a mí me importará, siempre, es la de Portugal. Querrá que nos casemos en Rutland Park. Debemos darle lo que pide, Neville. Es alguien muy especial para mí. Es... lo quiero.

—Claro. Y mi madre también lo dará por sentado. Por supuesto que nos casaremos de nuevo... a lo grande. ¿Cuándo, Lily?

—Cuando mi padre y tu madre quieran —contestó.

—No. —Le sonrió de repente—. No, Lily. Lo decidiremos nosotros. ¿Qué te parece el segundo aniversario de nuestra primera, nuestra auténtica boda? Diciembre... en Rutland Park.

—Oh, sí —exclamó ella, con una evidente alegría—. Sí, sería perfecto.

Todo era perfecto, por el momento. No sería así durante el resto de sus vidas, claro. La vida no era así. Pero ahora, esta noche, todo estaba bien. El futuro se anunciaba brillante y el pasado...

Ah, el pasado. El pasado que Lily había sufrido y que él nunca había sido lo bastante valiente para compartir con ella por completo. Tal vez, no importaba. Era mejor dejarlo donde estaba. Pero no podía permanecer allí para siempre. Invadía el presente y, si no se aclaraban las preguntas que suscitaba, podía malograr el futuro. El pasado de Lily siempre sería algo que rodearían de puntillas, algo de lo que ella nunca le hablaría.

—¿En qué piensas? —preguntó, acariciándole los labios con los suyos—. ¿Por qué tienes ese aspecto tan triste?

—Lily. —Habló en voz baja, mirándola a los ensombrecidos ojos, aunque habría preferido mirar a cualquier otro sitio del mundo—. Háblame de aquellos meses. Había más que contar, ¿no es verdad? Pero la primavera pasada no tuve el valor ni la fortaleza de escucharlo todo. El dolor de los que amamos siempre es más difícil de soportar que nuestro propio dolor, en especial cuando nos sentimos culpables. Pero necesito saber. Necesito compartirlo todo contigo, para que no quede ninguna sombra entre nosotros. Y tal vez, tú también necesitas contarlo. Necesito ayudarte a que sueltes ese peso, si puedo. Necesito...

—¿Perdón? —dijo ella, cuando él no completó la frase. Reseguía con un dedo la cicatriz de su cara—. Hiciste todo lo que pudiste, Neville, tanto por mí como por los hombres que murieron en el paso. Era la guerra. Y fue mi padre quien me llevó a aquella misión de reconocimiento. Yo conocía los riesgos y él también los conocía. No debes culparte. No debes. Pero sí, te lo contaré. Y luego, los dos soltaremos el lastre del dolor. Juntos. Finalmente, será cosa del pasado; estará donde tiene que estar.

Incluso ahora deseaba no haberlo mencionado. Deseaba haber seguido con su noche perfecta, sin permitir la entrada a la única experiencia repulsiva a la que nunca se habían enfrentado juntos.

—Se llamaba Manuel —dijo él, con voz queda.

Ella suspiró lentamente, sonoramente.

—Sí. Se llamaba Manuel —dijo—. Era bajo, nervudo, apuesto y carismático. Era el líder de una banda de partisanos y un fanático nacionalista. Era fieramente leal a sus paisanos, aterradoramente cruel con sus enemigos. Fui su mujer durante siete meses. Creo que acabó queriéndome. Lloraba cuando me dejó marchar.

Neville siguió abrazándola mientras hablaba. Y cuando dejó de hablar. Al final, Lily se había echado a llorar. Ahora estaba llorando. Y él también.

—No es necesario decirlo —le susurró al oído, cuando consiguió dominar la voz—, porque no tuviste ninguna culpa, Lily. Pero sé que te culpas por vivir cuando los prisioneros franceses murieron. Y por permitir que aquel hombre utilizara tu cuerpo, en lugar de luchar contra él hasta la muerte. Así que lo diré, amor mío, y tú debes creerme. Estás perdonada. Yo te perdono.

Al final, Lily dejó de llorar y se sonó con el pañuelo que él había encontrado en un bolsillo de la capa.

—Gracias —dijo. Sonrió, trémula—. No es necesario decirlo, porque no tuviste ninguna culpa, Neville. Pero sé que necesitas oírlo. Te perdono por no protegerme, por no ir en mi busca, por volver a Inglaterra y seguir con tu vida. Estás perdonado.

Neville apoyó la barbilla sobre la cabeza de Lily y se la acarició, a través del pelo, con dedos suaves. Tenía la mirada fija en el fuego.

Se dijo que era una noche extraña. Casi como la primera que habían pasado juntos; fealdad y dolor por un lado, amor y el goce de la pasión física por el otro, entretejiéndose para formar algo llamado vida. Algo por lo que, pese a todo, valía la pena vivir y luchar. Mientras hubiera amor; ese indefinible elemento que le daba a todo un sentido y un valor más profundo que las palabras.

Había sido extrañamente acertado enfrentarse a la última y dolorosa barrera esta noche, entre todas las noches. Reconocer juntos, abiertamente, que el camino hasta esta noche y esta casa había sido largo y difícil. Pero que al comprenderlo juntos, podían aligerar mutuamente su carga y ofrecerse perdón y paz, además de amor y pasión.

—Lily. —La besó en la boca—. Lily...

Ella se apretó contra él y lo abrazó con fuerza. Hicieron el amor con rabia, sin caricias previas, sin mucha delicadeza. Era el anhelo de dos cuerpos por llegar más allá del deseo, más allá del placer, más allá de la simple pasión sexual, hasta el núcleo mismo del amor. Y felizmente lo encontraron allí, en la casa de la playa, junto a la poza y la cascada; sus gritos últimos, sin palabras, sus cuerpos saciados enlazados en el duro suelo, entre mantas, capas y otras prendas.

Se durmieron.

Neville seguía profundamente dormido y enredado en las mantas después de que Lily se levantara, se arreglara la ropa, se ahuecara el pelo lo mejor que pudo y se pusiera la capa. Se sintió tentada a dejarlo allí, pero el fuego se había apagado y pronto lo despertaría el frío, de todos modos. Lo empujó con el pie. Él gruñó.

—Neville —dijo y miró, sin sorprenderse, cómo se despertaba por completo y se incorporaba en un segundo; después de todo, había sido oficial en el ejército—. Neville, dentro de pocas horas tendremos que estar de vuelta en casa y mostrar un aspecto lo bastante fresco, pulcro e inocente como para enfrentarnos a mi padre, a tu madre y a todos los demás. Tendremos que darles la noticia y dejarlos que se hagan cargo de todo. ¿Vamos a desperdiciar estas pocas y preciosas horas?

Él sonrió y alargó el brazo para cogerla.

—Ahora que lo mencionas... —empezó.

Pero ella chasqueó la lengua.

—Sí que pensé en bañarnos —reconoció—, pero supongo que el agua estará demasiado helada.

Él hizo una mueca.

—Iremos a correr por la playa —dijo ella, firme—. De hecho —continuó, haciéndole una mueca descarada—, el último en llegar a la roca y subir a lo más alto es un gallina.

—¿Un qué? —dijo él partiéndose de risa.

Pero ella se había ido, a la otra habitación y afuera, dejando la puerta abierta de

par en par y, detrás de ella, solo el eco de sus risas.

Neville volvió a hacer una mueca, suspiró, echó una nostálgica mirada al agonizante fuego, se rió entre dientes, se puso en pie de un salto, arreglándose la ropa mientras lo hacía y salió en persecución de Lily.

Capítulo 27

Lily no había juzgado del todo acertadamente al duque de Portfrey. Era cierto que quería que su boda se celebrara en Rutland Park. Era su hija y, finalmente, la había traído a casa, donde pertenecía. Era en su casa donde la entregaría al hombre al que había dado su bendición para que fuera su marido.

Pero dejó la cuestión de los detalles de la boda en manos de la propia Lily. Si quería tener a toda la buena sociedad allí, entonces él obligaría a acudir hasta al último componente de esa sociedad. Si, por el contrario, ella prefería algo más íntimo, con la única asistencia de la familia y los amigos, entonces que así fuera.

—Toda la buena sociedad no cabría en la iglesia —dijo ella. Era una antigua iglesia normanda, construida en la cima de una colina, sobre el pueblo, a la que se llegaba por un estrecho sendero que atravesaba el cementerio hasta su puerta en arco. No era una iglesia grande.

—Los embutiremos dentro, si eso es lo que deseas —le aseguró el duque.

—¿Estás seguro de que no te importaría que eligiera una boda solo para la familia y algunos amigos? —le preguntó.

—Seguro —respondió, con un gesto negativo—. Mira, Lily, sé que esta boda siempre ocupará un segundo lugar respecto a la primera, pero quiero que sea un valioso segundo lugar. Algo que recuerdes con cariño durante el resto de tu vida.

Ella le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza.

—Lo será, padre —dijo—, lo será. Esta vez, tú estarás allí y también Elizabeth y toda la familia de Neville. Oh, no ocupará un segundo lugar, te lo prometo, sino un lugar igual.

—Bien, pues será una boda más pequeña e íntima. De todos modos, era lo que tenía la esperanza de que eligieras.

Sin embargo, no sería tan pequeña ni tan íntima como su propio enlace con Elizabeth, que se celebró en Rutland Park a principios de noviembre, solo con la asistencia de Lily y el administrador del duque. Y sin embargo, nada habría podido hacer que aquel día fuera más feliz para él y para la novia.

Elizabeth, siempre bella, elegante, digna y serena, irradiaba una nueva felicidad que devolvía la flor de la juventud a sus mejillas. Y ahora se entregó con una entusiasta energía a los planes para la boda de su hijastra con su sobrino favorito.

Y así, en una mañana clara, fría y soleada de diciembre, Neville esperaba ante el altar de la iglesia de Rutland a que la novia llegara. La iglesia no estaba llena del todo, pero todos los que eran importantes en su vida y en la de Lily estaban allí, con

excepción de Lauren que, pese a las protestas de todos, había decidido quedarse en casa. Su madre estaba allí, sentada en el primer banco con sus tíos, el duque y la duquesa de Anburey. Elizabeth, duquesa de Portfrey, estaba en el primer banco, al otro lado del pasillo. Todos sus tíos y primos estaban allí. También había venido el capitán Harris y su esposa, junto con algunos parientes de Portfrey. El barón Onslow había abandonado su lecho de enfermo en Leicestershire para asistir a la boda de su nieta.

Y Joseph, marqués de Attingsborough, estaba junto a Neville, desempeñando el papel de padrino.

Hubo un rebullir al fondo de la iglesia y se vio, por un breve momento, a Gwen, que se inclinaba para arreglar el borde del traje de la novia. La propia novia quedaba, de manera exasperante, fuera de la vista.

Pero no por mucho tiempo. Portfrey apareció primero, vestido inmaculadamente de negro, plata y blanco y luego la propia novia entró y lo cogió del brazo. La novia, con un traje blanco de un diseño clásico y sencillo que brillaba a la tenue luz del interior de la iglesia, con los cortos rizos rubios adornados con flores blancas y hojas verdes trenzadas en ellos.

Se oyó un suspiro de satisfacción procedente de los reunidos en los bancos.

Pero Neville no veía una novia vestida con elegancia, buen gusto y un enorme gasto. Veía a Lily. Lily con su gastado vestido de algodón azul, envuelta en una vieja capa del ejército, demasiado voluminosa para ella aunque la había cortado para adaptarla a su medida. Lily, con los pies descalzos, pese al frío de diciembre, y el pelo despeinado, una melena salvaje que le caía por la espalda hasta la cintura.

Su novia.

Su amor.

Su vida.

Miró cómo se iba acercando hacia él, mirándolo a los ojos en todo momento. Y supo que ella no veía un novio con una chaqueta de terciopelo de color vino, un chaleco de brocado plateado, pantalones grises hasta la rodilla y camisa de hilo blanco. Supo que ella veía a un oficial del Noventa y cinco, desaliñado y polvoriento con su uniforme verde y negro, las botas sucias y el pelo muy corto.

Ella le sonrió y él se dio cuenta de que también sonreía. Portfrey le puso la mano de Lily en la suya y se volvió para ir a ocupar su asiento junto a Elizabeth.

Neville regresó a la iglesia de Rutland Park, con su novia vestida con un traje elegante y muy caro. Su hermosa Lily. Hermosa tanto con su aspecto agreste como con toda su elegancia.

—Amados hermanos, estamos aquí reunidos...

Prestó atención al servicio que los uniría a los ojos de la Iglesia y el Estado, del mismo modo que el servicio en las colinas de Portugal los había unido para siempre en sus corazones.

El aire frío les dio la bienvenida cuando salieron de la iglesia. Pero era el frío de

un perfecto día de invierno, la clase de frío que avivaba el color en las mejillas, el brillo en los ojos y la energía en los músculos.

Lily se echó a reír.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó.

Mientras recorría el pasillo central, después de firmar en el registro de la iglesia, sonriendo a derecha e izquierda a los parientes y amigos, que sonreían a su vez, no se había dado cuenta de que un número significativo de los congregados, especialmente los más jóvenes, había desaparecido. Ahora era evidente. Estaban alineados a ambos lados del serpenteante camino, con las manos cargadas de munición.

Neville también se echó a reír.

—¿De dónde diablos —preguntó, irreverente— han sacado todas esas flores en pleno diciembre?

—De los invernaderos de mi padre —aventuró Lily—, pero ya no son flores; son pétalos.

Cientos, miles de pétalos. Todos en manos de los primos que esperaban, llenos de alegría, a cubrir a los novios con ellos.

—Bueno —dijo Neville, mirando hacia el carruaje abierto que iba a llevarlos de vuelta a la casa para el desayuno de bodas—, no podemos decepcionarlos y caminar pausadamente, como si no nos importara que nos cubrieran de desechos, Lily. Será mejor que echemos a correr.

La cogió con fuerza de la mano y, riendo alegremente, recorrieron a la carrera el camino hasta el coche, bajo el acoso de sus primos, que daban vítores y gritaban, mientras hacían que llovieran pétalos multicolores sobre el cabello y la ropa de los recién casados.

—Santuario —dijo Neville, todavía riendo, cuando llegaron al carruaje. Le tendió la mano a Lily para ayudarla a subir y luego la envolvió en la capa blanca, ribeteada de piel, que la esperaba en el coche—. Ajá.

Lily se arrebujó en la capa cubierta de pétalos, mientras Neville, de pie en el carruaje, amenazaba con el puño a los divertidos invitados. Ahora estaban todos allí, los serenos adultos junto a los alocados jóvenes. Lily vio que la condesa había estado llorando y, cuando se acercó, le tendió la mano y la besó. También besó a Elizabeth, que tenía los ojos húmedos, y abrazó a su padre, que fingía que era el frío lo que hacía que le lagrimearan los ojos.

Neville, todavía de pie en el coche, lanzaba puñados de monedas en dirección a un numeroso grupo de lugareños reunidos para observar el espectáculo. Los niños chillaban y corrían de un lado para otro para recoger aquel tesoro.

Y luego el carruaje se puso en marcha y tanto Lily como Neville vieron que arrastraba detrás todo un arsenal de cintas, lazos y campanillas.

—Se diría —comentó Neville, acomodándose junto a Lily— que nuestros primos no tenían nada mejor que hacer con su tiempo.

—Llevas un pétalo enganchado en la nariz —dijo ella, riendo divertida y alargando la mano para quitárselo.

Pero él se la cogió en cuanto acabó la tarea y se la llevó a los labios. Ya no reía.

Ella lo miró a los ojos, con los suyos brillando intensamente.

—Lily. Mi esposa. Mi condesa.

—Sí. —Abrió la mano y se la apoyó en la mejilla. Habían doblado una curva del camino que los llevaría de vuelta a casa. La iglesia, los invitados y la gente del pueblo habían desaparecido de la vista—. He cambiado de identidad tantas veces en los dos últimos años que acabé sin saber del todo quién soy ni quién debería ser.

—Lo sé. —Le cubrió la mano con la suya—. ¿Y ahora te has encontrado finalmente? ¿Quién eres, Lily?

—Soy Lily Doyle —dijo ella—, y lady Frances Lilian Montague. Y Lily Wyatt, condesa de Kilbourne. Soy las tres juntas.

—Todavía pareces confundida —dijo él, pensativo.

Pero ella negó con la cabeza y le sonrió, con toda la felicidad que sentía aflorándole a los ojos.

—Soy todas las personas que he sido, y todas las experiencias que he vivido. No tengo que elegir. No tengo que negar una identidad para reclamar otra. Soy quien soy. Soy Lily. —Su sonrisa se hizo festiva—. También conocida como tu esposa.

Él volvió la cabeza, cerró los ojos y la besó en la muñeca.

—Sí—dijo—. Eso es exactamente lo que eres. Eres Lily. La mujer que amo. ¡Te quiero tanto, Lily!

—Lo sé. —Inclinó la cabeza, acercándola a la de él—. Me querías lo suficiente como para dejarme ir, para que pudiera encontrarme a mí misma.

—Y has vuelto a mí.

—Sí —respondió—, porque no estaba obligada a hacerlo, Neville. Porque podía venir libremente y ofrecerme libremente. Y porque te quiero. Siempre te he querido. Desde el primer momento en que te vi hablando con papá. Entonces eras mi héroe. Luego llegaste a ser mi amigo. Y más tarde mi amor. Y ahora eres incluso más que eso. Eres la persona con quien puedo estar como igual y amar como igual.

—¿Te he dicho —preguntó él, sonriéndole lentamente— que eres la novia más hermosa del mundo, Lily?

—Oh, eso tienes que agradecérselo a Elizabeth. Fue ella la que me convenció de que este vestido era el ideal y que estaría mejor solo con flores en el pelo que con un sombrero y un velo.

—Me refería —aclaró él— a cuando llevabas tu vestido de algodón azul con la capa del ejército y nada en absoluto en el pelo. Ni siquiera una horquilla.

—Oh —dijo, mordiéndose el labio—. Eso que has dicho es muy bonito. Y tú nunca has estado más apuesto que con tu gastado uniforme del regimiento. Neville, qué afortunados somos de tener dos días de boda tan especiales para recordar.

—Oh, vaya —dijo él de repente. Estaba mirando hacia delante, a lo largo del camino, mientras Lily todavía lo miraba a él. Ella volvió la cara rápidamente.

—¡Cielo santo! —exclamó.

Habría jurado que todos los sirvientes de Rutland Park, desde el mayordomo hasta el más humilde ayudante de jardinero, estaban en la terraza. Se habían alineado ordenadamente, según su rango, para recibir a los recién casados. También

estaban —hasta el último de ellos— armados hasta los dientes con pétalos de flores.

Neville rodeó los hombros de Lily con un brazo e inclinó la cabeza para mirarla a los ojos. Ella le devolvió la mirada. Al parecer, su amoroso interludio de intimidad había tocado a su fin. Por lo menos, por ahora.

—Hasta la noche, mi amor —dijo él.

—Sí —respondió, con anhelo—. Hasta la noche.

Se volvieron, riendo, hacia los sirvientes y se dirigieron hacia la emboscada floral que los aguardaba.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Mary Balogh

Mary Jenkins nació en Wales, Gran Bretaña. Junto con su hermana, solían llenar de historias sus cuadernos y devoraban todos los libros que podían. Decían que cuando crecieran serian escritoras, un sueño que han cumplido. Mary se graduó como profesora de inglés y como quería enseñar y viajar, se fue a Canadá, donde conoció a su marido en una cita a ciegas… antes de un año estaban casados. En 1985 escribió su primera novela, Masked Deception, la cual ganó el premio RITA de novela romántica. Compaginó su carrera como profesora de inglés con su pasión por la escritura, hasta que en 1988 se jubiló después de veinte años de docencia. En la actualidad sigue viviendo en Canadá junto con su marido también retirado. Sigue leyendo mucho, escuchando música galesa, practicando yoga y dando largos paseos matutinos.

«La vida es muy buena… quién dice que los sueños no se vuelven realidad. Pueden hacerse realidad si tienes visión, esfuerzo y un poco de suerte, bueno, tal vez, mucha suerte.»

www.marybalogh.com

Noche de amor

Neville Wyatt, Conde de Kilbourne, esperaba a su novia frente al altar... pero en vez de su prometida apareció una mujer harapienta corriendo por el pasillo de la capilla. Entonces, él declaró que esa mujer era su... ¡esposa!, dejando conmocionados a los invitados al enlace. Una noche de pasión, era lo único que podía recordar mientras contemplaba a Lily, la mujer con la que se casó, a la que amó y a la que perdió en el campo de batalla de Portugal. Ahora, se prometió a sí mismo honrar el compromiso que tiempo atrás había contraído...

Hasta que Lily apareció... Decía que sólo quería empezar una nueva vida... con el único hombre que la había amado. Que se vio obligada a dejarle para hacer de dama de compañía de su tía y aprender los modales y refinamientos necesarios para poder entrar en su mundo.

Ahora, ella tendrá que convertirse en la perfecta esposa de un conde, y él tendrá que probarla que lo que siente por ella es mucho más que deseo... mucho más que una NOCHE DE AMOR.

* * *

© 1999, Mary Balogh
Título original: *One Night for Love*
Traducción de Juana Cárdenas
© Editorial: De Bolsillo / Febrero /2007
ISBN: 8-483-46263-X